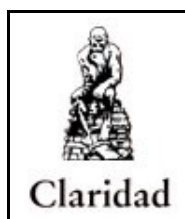


GUIDO MIGLIOLI

**La Colectivización
de los
Campos Soviéticos**

TRADUCCIÓN ESPECIAL PARA CLARIDAD POR
LETICIA MONTAÑA



COLECCIÓN CLARIDAD
“Manuales de Política Agraria”
BUENOS AIRES

ÍNDICE

Prefacio	1	• <u>Infancia y vejez</u>	<u>50</u>
Los interrogantes de la colectivización	2	• <u>Los nombres de los koljoses</u>	<u>51</u>
• <u>Previsiones</u>	<u>3</u>	En torno al koljós	53
• <u>Signos de interrogación</u>	<u>5</u>	• <u>El koljós y el crédito</u>	<u>54</u>
• <u>La hora de la historia</u>	<u>7</u>	• <u>El koljós y el fisco</u>	<u>55</u>
• <u>Premisas</u>	<u>8</u>	• <u>El koljós y el cambio</u>	<u>56</u>
Del mujik al koljosiano	10	• <u>El sistema de los contratos</u>	<u>57</u>
• <u>Abolición derecho de propiedad</u>	<u>10</u>	• <u>Las leyes de mayo de 1932</u>	<u>58</u>
• <u>El Código Agrario de 1922</u>	<u>12</u>	• <u>El mercado de los koljós</u>	<u>59</u>
• <u>La cooperación</u>	<u>13</u>	• <u>Características culturales</u>	<u>60</u>
• <u>Las instituciones colectivas</u>	<u>14</u>	• <u>Koljós y cooperación de consumo</u>	<u>61</u>
• <u>Progreso técnico</u>	<u>16</u>	• <u>Balance</u>	<u>62</u>
• <u>El kulak</u>	<u>16</u>	Colectivización e industrialización	64
• <u>La víspera</u>	<u>17</u>	• <u>El sovjós</u>	<u>65</u>
• <u>El Código Agrario de 1928</u>	<u>19</u>	• <u>El sovjós y industria del ganado</u>	<u>66</u>
La gran conquista	21	• <u>El sovjós y diferentes criaderos</u>	<u>68</u>
• <u>Frente a la crisis capitalista</u>	<u>21</u>	• <u>El sovjós y la industria de cereales</u>	<u>69</u>
• <u>El Plan Quinquenal</u>	<u>22</u>	• <u>Monocultivo y policultivo</u>	<u>70</u>
• <u>El campesino medio</u>	<u>23</u>	• <u>Experimentación y especialización culturales</u>	<u>72</u>
• <u>La lucha contra el kulak</u>	<u>25</u>	• <u>Los progresos de la mecánica</u>	<u>73</u>
• <u>Dos leyes de 1929</u>	<u>26</u>	• <u>El segundo Plan Quinquenal</u>	<u>75</u>
• <u>La evicción del kulak</u>	<u>27</u>	Los problemas del mañana	76
• <u>El octubre de los colectivistas</u>	<u>28</u>	• <u>La instrucción agraria y dos regímenes</u>	<u>76</u>
• <u>Tres documentos</u>	<u>30</u>	• <u>La escuela superior agraria</u>	<u>77</u>
• <u>El XVI Congreso</u>	<u>31</u>	• <u>La química agraria</u>	<u>78</u>
En el koljós	33	• <u>Electrificación e irrigación</u>	<u>79</u>
• <u>Los tres tipos de koljoses</u>	<u>33</u>	• <u>Comparaciones y aplicaciones</u>	<u>80</u>
• <u>Problemas interiores del artel</u>	<u>34</u>	• <u>Una ciencia nueva</u>	<u>82</u>
• <u>Determinación territorio del artel</u>	<u>37</u>	• <u>Los medios</u>	<u>82</u>
• <u>La Estación de los tractores</u>	<u>38</u>	• <u>El esclavo mecánico</u>	<u>84</u>
• <u>Arteles ¿Grandes o medianos?</u>	<u>39</u>	• <u>El amor a la máquina</u>	<u>85</u>
• <u>La fábrica y el artel</u>	<u>41</u>	La comuna	87
• <u>El sovjós y el artel</u>	<u>42</u>	• <u>Un ejemplo moral</u>	<u>87</u>
• <u>Obrero agrícola y el koljosiano</u>	<u>43</u>	• <u>Un ejemplo técnico</u>	<u>89</u>
• <u>Primera organización del trabajo</u>	<u>44</u>	• <u>El XVII Congreso de Moscú</u>	<u>90</u>
• <u>Organización del trabajo sobre base científica</u>	<u>45</u>	• <u>La familia</u>	<u>91</u>
• <u>Principio soviético de productividad</u>	<u>46</u>	• <u>Revolución política</u>	<u>92</u>
• <u>Factores de desenvolvimiento</u>	<u>48</u>	• <u>Heroísmo y fe</u>	<u>94</u>
• <u>La koljosiana</u>	<u>49</u>		

PREFACIO

La persistente crisis que ha traído una desocupación sin precedentes y el empobrecimiento de las masas trabajadoras en todos los países capitalistas, ha provocado una poderosa atención, sin cesar acrecida, con respecto a la U. R. S. S. Es que es el único país del mundo en el que no hay ni crisis, ni desocupación y donde todos los dominios de la economía atraviesan un período de considerable desenvolvimiento. Es que la agricultura está allí en vías de reconstrucción rápida sobre la base socialista, y las grandes masas se encaminan con rapidez hacia una existencia acomodada.

Sin embargo no existen casi libros que engloben toda la historia de la colectivización hasta los acontecimientos más recientes, inclusive.

A esta falta responde la presente obra de Guido Miglioli, antaño militante de primera fila del "Partido Popular Italiano", y hoy uno de los elementos que mejor conocen los problemas agrarios y el movimiento campesino internacional.

Miglioli ha visitado tres veces la U.R.S.S., a fin de estudiar, de manera bastante completa y circunstanciada, el proceso que se desarrolla en ese país, sobre todo en el campo.

Y a consecuencia de estos estudios, ha llegado a la convicción de que solamente en la Unión Soviética un nuevo mundo está realmente en construcción, un nuevo mundo que él saluda con entusiasmo.

El autor somete a un análisis detallado los actos legislativos, las piezas y los documentos oficiales, y se esfuerza por dar al lector su contenido lo más plena y escrupulosamente posible. Señala realizaciones inmensas en el dominio de la industrialización de la agricultura, el desenvolvimiento de la técnica agrónoma, la mejora del rendimiento del suelo, la subida del nivel material y cultural de las amplias masas trabajadoras, los progresos en el sentido de la abolición de los antagonismos entre la ciudad y el campo.

Sin embargo todos los problemas no han sido suficientemente esclarecidos en esta obra. El autor describe la tendencia espontánea del campesinado de la U.R.S.S. a unirse a los koljoses y a la colectivización en masa de la agricultura; y subraya, en base a ese hecho, la experiencia personal del campesino, y su convicción de la superioridad de la agricultura colectivizada. Pero, no se ha detenido bastante sobre la función y la importancia del Partido Comunista en ese país, sobre su obra para la organización y la educación de las masas, para la formación de cuadros, sobre la ayuda de toda especie aportada por él a los campesinos para la reconstrucción de la agricultura. Del mismo modo no ha puesto suficientemente de relieve las enormes dificultades que se han debido superar para vencer la resistencia encarnizada de los elementos rurales hostiles a la colectivización, y suplir la falta de experiencia en la organización de las grandes explotaciones agrícolas.

Pero todo esto no aminora el gran valor y la utilidad de este libro que esboza un cuadro tan resplandeciente como objetivo de las formidables transformaciones históricas que se realizan en el campo soviético.

El Instituto Agrario Internacional, expresa su convicción de que la obra de Guido Miglioli encontrará numerosos lectores y se hará muchos amigos.

Instituto Agrario Internacional.

Moscú, Mayo de 1934.

LOS INTERROGANTES DE LA COLECTIVIZACIÓN

En abril de 1930, se reunía en Berlín el primer Congreso Campesino Europeo. Delegaciones de las poblaciones agrícolas habían acudido de casi todos los Estados de Europa. Era la época en que la crisis económica, que aprieta la garganta del mundo burgués, los igualaba a todos en la miseria.

Los campesinos de los países donde se había procedido después de la guerra a la reforma agraria, tales como Polonia, Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia, expusieron la situación trágica en que se encontraban estas poblaciones agrícolas. Los pequeños labradores sobrecargados de deudas y de impuestos; sus familias en un estado de miseria increíble. En algunas regiones, el hambre, como una epidemia, hacía centenares de víctimas.

En las tierras occidentales donde dominaban las pequeñas empresas, y donde la industria agrícola había ya alcanzado notables progresos, como en Dinamarca, en Holanda, en Bélgica, y en Francia, la crisis había tardado más en manifestarse; pero había tomado inmediatamente forma de una gravedad imprevista. Estos campesinos aportaban al Congreso los alcances de la ruina de sus economías, edificadas en tantos años de sacrificio. Denunciaban sobre todo el asalto desencadenado contra ellos por todas las fuerzas del capitalismo y por el Estado, para hacer soportar a las masas trabajadoras el mayor peso de la crisis económica.

Algunos campesinos, delegados por sus organizaciones ilegales, habían conseguido aún salir de la Italia fascista, franqueando la frontera entre mil peligros. Decían, con palabras que suscitaban la más grande emoción, la tragedia de las masas campesinas de más allá de los Alpes. El fascismo-tipo no había hecho más que disfrazar, bajo una demagogia descarada, la expoliación organizada, calculada, constante y brutal, de todas las categorías de los campesinos italianos. Los jornaleros, que forman una gran parte de la población agrícola, reducidos en su mayoría a la desocupación permanente o a trabajar por salarios de hambre. Los pequeños agricultores, granjeros o propietarios, ahogados por impuestos que absorbían casi la mitad del producto neto de su trabajo. Las tierras anexadas a Italia después del conflicto europeo, que eran cultivadas por pequeños lotes y casi todas libres de deudas y de hipotecas, fueron inmediatamente gravadas en tal medida que pasaron casi en su totalidad a manos de los acreedores. Igualmente los delgados campesinos de Austria, de Hungría, de Bulgaria, descubrieron su inconcebible miseria con una documentación espantosa sobre las condiciones en las que el régimen capitalista ha hundido a toda la masa de los obreros agrícolas y de los pequeños campesinos, después de haber matado millones y millones de ellos algunos años antes, en la guerra.

La delegación campesina alemana llegaba con las pruebas vivientes de su sombrío destino, para confirmar esta realidad. Ella también, habiendo creído poder escapar a la crisis, gracias a su estructura más sólida y gracias a una política de inflación adoptada por el Reich, se veía atacada por la baja de los precios de los productos, por el enorme aumento de los impuestos, por la detención de todo crédito. Se encontraba, a causa de este golpe, en vísperas de la ruina. Las instituciones económicas y sociales agrícolas, aún aquéllas que se consideraban más poderosas, se confesaron desprevenidas e incapaces de ofrecer una ayuda eficaz. Y sobre la debacle de las masas campesinas, se abatía una ola de demagogia nacionalista pseudo-revolucionaria, que debía narcotizarlas y llevarlas inconscientes y ebrias, hacia el fascismo.

Tal es la síntesis de los acontecimientos, hacia el primer congreso que había tocado alarma a todo el campesinado de la Europa “de la civilización y del progreso”. Era entonces cuando, frente a esta realidad, se elevaba su antítesis. En la Unión de los Soviets, millones y millones de familias rurales pasaban al sistema de la colectivización, y este acontecimiento atraía la mayor atención del mundo entero.

La prensa burguesa, aunque exagerara el alcance de los episodios cuya importancia es bien relativa en un movimiento económico y social tan vasto y radical, no podía ocultar ni su amplitud ni su significación. Comprendía lo que significaba la creación de grandes empresas agrícolas, mecanizadas e industrializadas, con todos los recursos que posee el territorio soviético que se extiende sobre la sexta parte del mundo. Esto desde el punto de vista de la repercusión que debía producirse, más tarde o más temprano, sobre toda la economía capitalista. Pero preveía también la influencia moral que este hecho podía ejercer sobre las otras masas campesinas. La elevación victoriosa de la población trabajadora en las campañas soviéticas, no podía escapar al ojo y la reflexión de los campesinos oprimidos.

Es preciso, sin embargo, enunciar otra verdad. Si alguna cosa de lo que pasaba en los campos de la nueva Rusia llegaba hasta las aldeas más alejadas, producía sobre los campesinos el mismo efecto que la luz que ciega a los niños. La veían, pero, aturdidos, desviaban la mirada.

Recuerdo que una sesión del Congreso de Berlín fue consagrada precisamente a la exposición de los primeros resultados de la colectivización en las campañas soviéticas. Era una exposición concreta, documentada, concerniendo los métodos de cultivo, la introducción de las máquinas más modernas, la transformación de los terrenos incultos, la industrialización aplicada a todas las ramas de la producción agrícola y zootécnica. Los campesinos que participaban en el Congreso, siguieron esta exposición con una atención evidente, a fin de poder comprender todo el alcance de esta transformación colosal. Pero, aunque eran campesinos evolucionados y preparados, yo notaba que a menudo sus ojos y sus pensamientos parecían detenerse. Lo que se desarrollaba delante de ellos tomaba un aspecto de inverosimilitud. Su espíritu estaba obligado a replegarse sobre una realidad bien diferente, sobre la realidad del pobre lote de tierra donde ellos retornarían a deslomarse con sus familias. Lo que se desarrollaba en la Rusia Soviética era para ellos admirable; pero difícilmente hubiera podido reproducirse fuera del país de la revolución. Los motivos de esta impresión eran bien comprensibles.

Desde el octubre que había regenerado la Rusia, hasta el mundo en que se apresuraba en las campañas de los Soviets al más grande cambio técnico y social, es decir, en menos de tres lustros, que no son más que un instante en la historia, habíamos asistido a tales cambios, a tales mejoramientos, a tales conquistas, que el mundo entero permanecía sorprendido y estupefacto. La diferencia entre el progreso alcanzado por la Revolución en provecho de las masas laboriosas en el territorio de los Soviets, y el desastre de los campesinos en los países capitalistas, marchando hacia condiciones de trabajo y de existencia siempre peores, parecía y era verdaderamente incalculable. Y es precisamente en razón de esta diferencia enorme, que el hecho de la colectivización no podía ser comprendido en su entero alcance.

Y no solamente el campesino tardío y desconfiado por naturaleza, el obrero alejado de la penosa existencia de la aldea, sino que también el intelectual que sigue de cerca el curso de los acontecimientos sociales y políticos, permanecía incierto y a la espera ante esta experiencia inesperada y gigantesca de la colectivización. Se presentaba ante él un conjunto de problemas que, en la Unión Soviética sobre todo, debía ser de una solución difícil: problema técnico y problema financiero para crear y asegurar el desenvolvimiento de la gran industria agrícola; problema psicológico y moral para proporcionar masas trabajadoras convencidas y capaces a la nueva industria colectivizada. En la primera mitad de 1930, todo el mundo burgués creía que el paso de tantos millones de familias campesinas desde sus pobres y pequeñas granjas a la gran empresa colectiva, no dependía más que de la influencia y de la presión del Estado.

PREVISIONES

Algunos meses después del Congreso de los campesinos, me encontraba en la U.R.S.S., justamente para extraer del estudio y de la observación directa, los elementos necesarios para adquirir, yo también, un conocimiento exacto de la realidad.

No estoy ligado a ningún partido político. Por sentimiento y por convicción, he consagrado la mayor parte de mi existencia a esta tarea social: trabajar y luchar con la masa más humilde y más explotada, la masa de los trabajadores de la tierra. Mi educación cristiana no es extraña, ciertamente, a esta determinación. Cuando yo era joven, la profesión de estos sentimientos en la Italia “liberal” significaba casi verse desterrado, y esto me aproximaba más aún a las capas campesinas de mi país, religiosas y católicas por tradición.

Asistí inmediatamente a la quiebra de la ideología y del programa social que negaban la lucha de clases como medio de conquista del trabajo; que definían la pequeña granja familiar como la realización del bienestar para el campesino: que llamaban a la colaboración capitalista para constituir un régimen de justicia y de libertad para todo el mundo. ¿Quiebra? Sí, y es todavía un eufemismo. La colaboración pedida al capitalismo, ha conducido a la más feroz dictadura del capitalista. La vida del campesino se encuentra cada día más trabada de miseria y de servidumbre. La lucha de clases fue llevada contra todos los trabajadores y en la más cruel de las medidas por el fascismo. Esto en mi país. Pero yo he atravesado las fronteras. He visto y estudiado los otros países de la Europa burguesa; y en todas partes, más o menos, la misma tragedia, a la que el capitalismo condena el hombre de los campos, primer artesano de su riqueza.

Más que como un deseo yo consideraba como un deber consagrarse a conocer y a comprender lo que la Revolución de Octubre significaba verdaderamente en la historia. No hay revolución que no haya iluminado al género humano con sus rayos; y no hay, en nuestra época, un solo acontecimiento que iguale, por su amplitud y por su objetivo, a la Revolución de Octubre.

Cuando ella apareció en el cielo ensangrentado del conflicto mundial y sancionó el principio de que la tierra es para los trabajadores, se proclamó inmediatamente en el mundo burgués que este movimiento repetía, a siglo y medio casi de distancia, la revolución que había engendrado en la Europa occidental a la burguesía agraria. A decir verdad, aquéllos que conocían la historia y se acordaban de la revolución de 1905, ahogada pero no vencida por la reforma agraria de Stolipin; aquéllos que habían comprendido el porqué de la quiebra de las directivas que querían orientar en Rusia después de los acontecimientos de marzo de 1917 hacia formas sociales y políticas burguesas; aquéllos que, en la revolución de Octubre habían visto el desarrollo inevitable del movimiento que creaba los Soviets, que había forjado el bolcheviquismo y que tenía un hombre como Lenin a la cabeza, no vacilaron en comprender que ella marcaba el comienzo de una nueva era en la vida de la humanidad. Frente al mundo capitalista, se erguía el nuevo orden social y político del Estado proletario. Es por ello que la Rusia Soviética fue inmediatamente atacada por las fuerzas impotentes que querían hundirla en sangre. Y es por eso que ella llegó a ser la bandera de todas las masas proletarias y campesinas en espera de la revancha.

Ganada la guerra civil, la campaña soviética sintió la necesidad febril de una rápida reconstrucción. En 1922 comenzó esta obra colosal, guiada por un conocimiento profundo de la psicología del campesino, y por la convicción de que se pasaría gradualmente de la pequeña economía al nuevo sistema de la gestión colectiva, de la empresa agrícola. Pero el mundo burgués aparentó no apercibirse, y declaró no creer en la realización de esta utopía. La nueva política económica, llamada la **NEP**¹, adoptada en las campañas soviéticas después de la guerra civil, fue descrita y juzgada precisamente como un abandono de los principios "utópicos" proclamados por la Revolución de Octubre.

Aunque toda la propiedad territorial había sido nacionalizada, y la tierra distribuida a los paisanos con el objeto de utilizarla por y para su trabajo, economistas y políticos afirmaban que la pequeña propiedad, aún en la nueva Rusia, se reconstruiría poco a poco, y que debía por consecuencia, formarse allí una burguesía rural. Había quienes iban más lejos: se encontró gente que preveía como consecuencia probable y lógica, la formación sobre esta capa agrícola media de otra capa más rica que se organizaría como clase dirigente. El recuerdo de que diez años bastaron a la Revolución Francesa para poner la nación bajo el cetro napoleónico, se ponía de moda.

¿Tenían estas previsiones una razón de ser? ¿Tenían sus fundamentos en la realidad de la política económica y social del primer Estado proletario? ¿O eran el fruto de una incomprensión más o menos voluntaria?

Cuando en 1925 marché por primera vez a Moscú, iba allí empujado, desde entonces, por la necesidad de conocer la verdad directamente sobre el terreno. Deseaba ver y estudiar de más cerca lo que había llegado a ser la vieja Rusia, y cómo estas tierras, estos capitales, habían pasado a los campesinos; cómo sus economías se habían organizado, y de qué medios disponían para progresar en la producción. Quería sobre todo recoger los elementos necesarios para entrever qué desenvolvimiento tomaría en seguida ese gigantesco movimiento económico y social.

Toda la parte legislativa que concernía a los campesinos, desde 1922, fue objeto de mi examen. Y viajando a través de las campañas de Ucrania, del Norte del Cáucaso, de Georgia y de otras regiones vecinas, quería ver y seguir su aplicación. No se puede comprender y no se puede evaluar el pasaje que se hizo cerca de 1929 a la colectivización agrícola de tan alto porcentaje de familias campesinas en la Unión de los Soviets si no se ha estudiado y comprendido el movimiento de las campañas y su evolución en el período que le precedió.

En este primer viaje de estudio y en seguida en 1927, me formé la convicción precisa de que el desenvolvimiento de la vida campesina en la Rusia Soviética no había sido tal como el mundo burgués había previsto y deseado. La legislación agrícola, las instituciones campesinas, la política del Partido, las directivas de los poderes del Estado, parecían ya en todos sus objetivos preparar y apresurar entre los campesinos la conciencia y los medios necesarios para el pasaje de la pequeña empresa familiar a la forma superior de la gran empresa agrícola colectivizada.

1. La Nueva Política Económica (NEP) (*Nóvaya ekonomícheskaya polítika*) fue una política económica propuesta por Vladimir Lenin, a la que denominó como capitalismo de Estado. Permitiendo el establecimiento de algunas empresas privadas, por ejemplo las pequeñas empresas de animales o comercios de tabaco, volvieran a abrir para el beneficio privado mientras que el Estado seguía controlando el comercio exterior, los bancos y las grandes industrias.

Quedaba siempre por saber si esta tentativa iba a ser coronada por un éxito rápido y completo. Y confiese que si en 1927, yo no dudé de su resultado victorioso, no alcancé a prever que tres años más tarde, habría en la campaña soviética un movimiento tan vasto y tan imponente de las masas campesinas, yendo con sus tierras, sus bienes y su trabajo, hacia la colectivización. A mi también se me presentaba el problema de la industrialización agrícola, sin la que la gran empresa no podría constituirse y producir.

El Estado proletario no había encontrado en su nacimiento, una industria sólida y moderna. La guerra civil había devastado al máximo los restos de fábricas que existían en la Rusia zarista. Es cierto que a partir de 1922 lo que se construyó en la Unión para proveer de máquinas a los campesinos y de utensilios a sus mujeres, parece increíble. Pero cinco años después yo comprendí qué largo camino era necesario todavía recorrer antes de realizar el plan de industrialización de amplias zonas agrícolas en la inmensa extensión del territorio soviético. Todo este problema: pero otros que no son menos importantes como la preparación del capital zootécnico diezmado por cuatro años de guerra civil, me obligaban a reflexionar sobre la dificultad y aún sobre la casi imposibilidad de que el paso de la pequeña granja campesina a la gran granja colectivizada pudiera cumplirse en un breve período de tiempo.

Hacia el fin de 1927, yo resumía en un libro la historia de la “Aldea Soviética”, y afirmaba tres hechos que me parecían indiscutibles. Las previsiones, los pronósticos del mundo burgués anunciando que en la Unión de los Soviets la pequeña propiedad y, en consecuencia, una burguesía territorial iban a constituirse, debían de considerarse como definitivamente desvirtuadas. Evidentemente, toda la actividad política y económica tendía, desde 1922, a encaminar las masas campesinas desde el recinto cerrado de su pequeño lote hacia el horizonte vasto y atrayente de la gran empresa. La colectivización presentaba ya contornos bien definidos, y aparecía como el nuevo orden económico y social de la campaña soviética; pero su realización no podía ser ni fácil ni próxima.

He aquí por qué yo también me asombraba de los acontecimientos que se desarrollaron hacia 1930 en la Unión de los Soviets; y acepté con entusiasmo el ofrecimiento del Comité Campesino Europeo — nacido del congreso de Berlín como órgano central del movimiento y de la lucha de las poblaciones agrícolas de esta vieja Europa—, de franquear una vez más la frontera. Una vez más deseaba conocer la realidad de eso que esta Rusia de la revolución ponía a la luz durante el curso irresistible de su creación.

He aquí lo que yo deseaba saber. Y he aquí las principales cuestiones que se me plantearon durante mis discusiones sobre la colectivización de las campañas soviéticas con campesinos y con intelectuales que deseaban ser ilustrados sobre este movimiento tan complejo y casi inasible.

SIGNOS DE INTERROGACIÓN

¿Cómo maduró la conciencia del campesino soviético, en el momento que se sintió llevado de la pequeña granja individual, que había sido sin embargo su sueño, hacia la gran empresa colectivizada? A partir de 1922 la nueva política económica había dotado al campesino de todas las instituciones susceptibles de ayudarlo en su trabajo: cooperación de trabajo, cooperación de crédito, sociedades de ayuda mutua, cooperativas de consumo; ¿hasta qué punto esos organismos fueron eficaces con respecto al proceso agrícola y a la mejora de las condiciones económicas de los campesinos? ¿Por qué medios y por qué métodos el Estado soviético dirigió el interés del campesino hacia la gran empresa industrializada? En suma, mi primera tarea consistía en constatar si una verdadera evolución se había o no producido en la mentalidad del campesino soviético durante los años de la NEP. La respuesta iba de esta manera a servir también para la crítica burguesa que ha atribuido el movimiento rural hacia la colectivización a la presión multiforme de los órganos del Estado.

Durante la NEP, junto al campesino pobre se encontraban el campesino medio y los antiguos terratenientes del Imperio ruso que tenían grandes extensiones de tierras, los kulak. Las leyes agrarias habían permitido desde 1922 el empleo de la mano de obra asalariada para la ayuda en las empresas campesinas. ¿Cuál ha sido la política seguida en los años de la NEP, con respecto a estas capas diferentes de la población agrícola? Cuando se ha verificado el pasaje a la colectivización de millones y millones de empresas campesinas, ¿qué se han hecho el campesino medio, el campesino rico y también el campesino pobre? La crónica burguesa de los acontecimientos que se desarrollaron en 1929 y 1930, ha acusado gravemente a los poderes del Estado soviético de persecuciones, de violencias, pero ¿dónde está la verdad? ¿Por qué el Estado Soviético ha lanzado la consigna de la "liquidación" del kulak como clase? ¿De qué manera se ha efectuado esta liquidación? Desaparecido el kulak, ¿ha sido realizada la igualdad completa entre todos los campesinos en la gran empresa colectivizada?

Me proponía, además, seguir al campesino en su pasaje a la colectivización y en su trabajo en la nueva granja agrícola. Las formas de colectivización eran variadas y graduales; ¿cuál fue preferida por el campesino? ¿Cómo entró en ella? Él poseía una casa, un poco de terreno, un capital; ¿qué fue de todo eso en el momento de su entrada en la empresa colectivizada, en el “**koljós**”², para llamarlo por su nombre más conocido? Una vez entrado en el koljós, ¿qué situación fue la suya? ¿Cómo fue reglamentado, cómo fue retribuido su trabajo? Por medio de estas preguntas es evidente que se podía conocer la organización jurídica, administrativa y técnica del koljós.

¿De qué manera se ha formado su terreno? ¿Cuál es su superficie? ¿Según qué principio está determinado el sistema de trabajo, el género de los cultivos de la empresa? El koljós posee un capital mueble en máquinas, ganado, útiles agrícolas, etc.; ¿cómo se ha constituido? Y en este capital ¿qué destino se da a la parte que el campesino ha aportado a la granja colectiva? El koljós tiene necesidad de créditos; el campesino colectivizado tiene derecho a la asistencia médica en la invalidez y la vejez; las leyes establecidas durante la NEP, habían constituido expresamente institutos de crédito y de asistencia social; ¿qué se han hecho con la colectivización? La respuesta de estas preguntas iba a permitirme definir la naturaleza fundamental del koljós, su estructura y la posición económica y social de sus miembros.

Otros problemas de igual importancia se me presentaban. Ya cuando la NEP, el Estado soviético había constituido un número considerable de grandes empresas de Estado, llamadas “**sovjós**”³ formadas de capitales pertenecientes exclusivamente al Estado, donde el trabajador agrícola era contratado en calidad de asalariado, de obrero agrícola. ¿Cuáles son las relaciones entre estas organizaciones del Estado y los koljoses? ¿Cuál es la función de los sovjoses en el desenvolvimiento de la colectivización? ¿Quién aprovecha de la diferencia existente entre el asalariado agrícola de los sovjoses y el campesino de la empresa agrícola colectivizada? Desde el punto de vista de su desenvolvimiento, ¿el porvenir pertenecerá a la empresa agrícola del Estado o al koljós?

La empresa colectivizada, ¿produce no solamente para sí misma sino también para la colectividad? ¿Cómo se efectúan esos cambios con la colectividad? ¿De qué manera su producción es valuada y compensada? Es en torno de esta cuestión que giran los problemas del consumo, es decir el tren de vida del campesino en la empresa colectivizada y las posibilidades futuras de su existencia. Todo esto, por lo que se refiere estrictamente a la organización del koljós.

Pero la empresa colectivizada debe ser industrializada. Su progreso está ligado al progreso técnico y científico de la agricultura. ¿Es que la mecanización estaba ya bastante avanzada para proveer de todos los medios necesarios a la instalación y al desenvolvimiento de la granja en una extensa porción de la campaña soviética? ¿Cómo había llegado a ello? Paralelamente a esta preparación mecánica, ¿de qué manera se había desenvuelto la preparación para constituir el capital zootécnico necesario a la integración de la modesta parte confiada a los campesinos en el koljós? Las otras ramas de la industria agrícola, siembras seleccionadas, cultivos especializados, ¿cómo habían llegado a ese desenvolvimiento que les permitía satisfacer las demandas de todas las empresas colectivas?

Durante los años de la NEP, el campesino había podido agrandar sus terrenos muy débilmente. Los terrenos incultos pero cultivables del inmenso territorio soviético, alcanzaban un porcentaje muchas veces superior al de las tierras cultivadas. La transformación de la agricultura comprendía también el saneamiento, el desmonte de zonas enteras por trabajos que no se improvisan y que cuestan sumas considerables. Todo este plan debía naturalmente haber sido establecido en relación con un plan industrial. ¿Dónde estaba su realización en 1930, y cuáles eran las perspectivas de su desenvolvimiento? Una cosa salta a la vista de todo el que piense en lo que ha pasado en el régimen capitalista: ¿es que el Estado soviético podía fijar ese plan a largo plazo, asegurar los medios colosales necesarios a su ejecución, dar la prueba de que puede dominar y dirigirse el porvenir económico de un país cuya población llegará bien pronto a 200.000.000 de hombres?

Planteando estas preguntas yo comprendía que sus dimensiones aplastan, y que el campesino obligado a meditar sobre un centavo, que a menudo le falta, llegaba a comprenderlas bien difícilmente. ¡Y bien! Yo quería saber si el campesino soviético se había ya habituado a contemplar esas cimas. Estas grandes empresas colectivizadas son dirigidas por campesinos. ¿Cómo se han formado estos elementos dirigentes, que no han ensordecido entre el estruendo de las máquinas gigantes sino que saben leer y calcular las cifras tan extrañas para la pobre empresa familiar?

2 Granja colectiva en la Unión Soviética. Koljós es una contracción de “*kollektívnoye jozyaistvo*”, economía colectiva. Fueron establecidos por Stalin después de la supresión de las explotaciones agrarias privadas en 1928 y su puesta en colectividad.

3 Abreviatura de “*sovétskoye jozyaistvo*” (explotación del consejo), utilizado para denominar a las explotaciones agrícolas que en la extinta Unión Soviética no tenían carácter cooperativo (como los koljós), sino que dependían directamente del Estado.

La NEP, había dado un impulso admirable a la instrucción campesina. De la lucha contra el analfabetismo, la llaga más dolorosa que el zarismo le había dejado en herencia, el Estado proletario pasó rápidamente a través de todas las formas de instrucción de las masas agrícolas para elevar su nivel cultural. Pero para la gestión de una gran empresa agrícola es preciso una competencia específica. No se improvisan miles y miles de elementos adaptados al koljós. Y aún si estos elementos se formaban gracias a las escuelas agrarias y a los institutos de especialización, quedaba todavía por ver si el campesino colectivizado, desembarazado de su tradicional mentalidad campesina, había llegado a tener la necesaria para ser un factor verdaderamente eficaz en la vida de la gran empresa agrícola.

Esta cuestión estaba directamente ligada al problema de las relaciones entre los koljosianos (miembros de un koljós) y el proletario, entre la campaña que pasaba a una forma superior de organización y de cultura, y la ciudad obrera. ¿Cuál ha sido verdaderamente la parte del obrero soviético en el proceso que hizo madurar la colectivización? En el Estado proletario, el proletario, ¿ha respondido verdaderamente a la función dirigente que le estaba asignada? ¿Es que la colectivización llegará a cambiar aún el aspecto de la aldea, a unificar en el ritmo de la vida económica e intelectual todas las fuerzas del trabajo, en el bienestar y en la libertad?

¡Cuántas veces estas cuestiones y más aún se han presentado a mi espíritu! Las he recogido a todas a fin de examinarlas mejor. Quería responder a cada una de ellas por necesidad personal!. Quería, como ya he dicho, comprender bien lo que había pasado; pero quería también mirar más lejos, y asegurarme de que la colectivización de las campañas soviéticas constituye verdaderamente la más grande etapa lógica e ideal de la época que comienza por la Revolución de Octubre. Para esas masas rescatadas. Para todos los campesinos del mundo.

LA HORA DE LA HISTORIA

Para llenar esta tarea he vivido una gran parte del verano en la Unión Soviética; en las ciudades donde se edificaban con entusiasmo grandes fábricas; en el campo, sobre todo en las aldeas colectivizadas, en contacto con todo el mundo. Visité todavía una vez más Ucrania y el Norte Caucásico para darme cuenta de los progresos que se habían realizado allí. Estuve también en otras regiones donde la colectivización había sido más importante por el número de las empresas individuales que habían pasado a ella; y en otras, en fin, donde la colectivización comenzaba apenas entre la incertidumbre todavía no disipada de las poblaciones agrícolas.

Examiné las leyes y las decisiones del Gobierno; pero yo escrutaba sobre todo al campesino. Quise leer a través de sus ojos, en el fondo de su alma, porque era allí donde yo iba a encontrar el elemento decisivo de mi estudio. Reuní de esta manera un patrimonio raro y precioso de experiencias y de ideas, y me sentí enriquecido de pronto. Pero a decir verdad, no podía responder a todas las preguntas que me había planteado. Muchos problemas importantes permanecían en suspenso.

La idea de que un cambio económico y social sin precedentes en la historia pudiera presentarse simplemente claro y neto, sin incertidumbres y sin deformaciones, sin lagunas y sin sombras, como un cuadro terminado, ¿era demasiado atrevida? Voy a agregar que el aspecto que me parecía más impreciso era aquél que concernía a la constitución y la vida interna de la nueva empresa colectiva, la posición que en ella ocupaban sus miembros, su sistematización jurídica y económica. Y este aspecto me atraía desde el punto de vista del interés del campesino, pero menos que el aspecto del desenvolvimiento científico e industrial de la agricultura colectivizada, que aparecía ya en toda su importancia. Es por ello que no he utilizado más que accesoriamente los resultados de mi estudio; y para lo restante he esperado.

Esperé, siguiendo siempre atentamente y con pasión aquello que maduraba e iba a surgir después del verano de 1930, es decir, una progresión de tal manera intensa y rápida de trabajo, de renovación y de conquista, que aún el más convencido admirador de la Rusia revolucionaria podía difícilmente imaginar. La colectivización agrícola en esos cuatro años, a partir del punto culminante del paso a la gran empresa colectiva de un gran número de economías individuales, se afirma y se impone ya como un nuevo sistema económico y social, que transforma y eleva el trabajo y la existencia de millones de campesinos. El porvenir queda abierto a otros horizontes e invita a audacias ulteriores. ¡Y se llegará a ellas! Pero desde ahora este acontecimiento de la colectivización de la inmensa campaña soviética entra en el destino de la humanidad, imponente e indestructible.

Hay a este respecto, hechos que merecen ser señalados. En febrero de 1933, tenía lugar en Moscú un Congreso de los mejores dirigentes de las nuevas empresas colectivas; y el hombre que por su enorme

responsabilidad y por su temperamento característico habla, simple y decisivo, sólo para grabar las ideas y las cosas en una forma indiscutible, ha resumido las diversas caras y los resultados de la colectivización. Él trazó su historia.

“¿Ha hecho bien el campesinado trabajador volviendo la espalda a la vía capitalista y entrando en la vía de la edificación colectiva?” preguntó Stalin a sus oyentes, que eran, sin duda, los más competentes y los más severos de los hombres en la valuación de la respuesta.

Y la respuesta fue una síntesis luminosa e irrefutable. El campesino quería la tierra. ¿La tiene ahora? “Se sabe que las mejores tierras han sido entregadas a los campesinos colectivizados. Es innegable que ellos pueden trabajar y mejorar esas tierras tranquilamente, sin el temor de que caigan jamás en otras manos.” El campesino aspiraba a poder utilizar sobre la tierra máquinas y tractores para proceder rápidamente a la industrialización de la agricultura. ¿Tiene en adelante esta posibilidad? “Todo el mundo sabe que nuestras fábricas de tractores y de máquinas agrícolas trabajan ante todo para proveer totalmente de útiles las granjas de los campesinos colectivizados. Pero el campesino mira hoy más lejos y quiere aplicar sobre las tierras colectivizadas todos los beneficios de la ciencia agrícola. Su confianza en un gobierno que provee a la edificación colectiva de todos los elementos de orden científico y financiero, ¿está bien fundada? No hay en el mundo un solo país que haga esto. Sólo entre nosotros, en el país de los Soviets, existe un gobierno que se pone enteramente a disposición de los obreros y de los campesinos.”

“Y durante ese tiempo,” continuaba la respuesta de Stalin, “he aquí el resultado tangible de la colectivización: Hemos llevado al conjunto de la masa de los campesinos pobres hacia las formas colectivizadas: les hemos dado una existencia asegurada y los hemos elevado al nivel de los campesinos medios. Pero esto no es más que un primer paso, una primera conquista en la vía de la edificación colectiva. No podemos detenernos en esta primera victoria. Debemos dar un segundo paso y podemos alcanzar una segunda victoria. Ésta consiste en alzar los antiguos campesinos pobres, de igual modo que los antiguos campesinos medios, a un nivel superior. Ésta consiste en hacer de todos los campesinos colectivizados, gentes acomodadas. ¡Sí, perfectamente, gentes acomodadas!”

De esta manera el gran realizador de la colectivización en las campañas soviéticas comenzaba la historia y mostraba, con seguridad y responsabilidad, la etapa más próxima. Un año después, en febrero de 1934, Stalin escribía las líneas de esta historia ensanchando el horizonte ante el 17º Congreso del Partido Comunista Soviético y mostrándole el porvenir ineludible.

He aquí la realidad que ilumina la marcha dura y sombría de la humanidad. Aún el mundo capitalista está convencido de ello y no oculta ya esta convicción que le atormenta. No hablo de la tendencia general que tienen los Estados burgueses a querer aproximarse al Estado proletario; pero me detengo sobre el hecho político más significativo de esta orientación forzada del mundo capitalista. Es precisamente hacia fines de 1933 que los Estados Unidos de América reconocen el Estado Soviético y entablan relaciones económicas y diplomáticas con el país gobernado por los obreros y campesinos.

Si la colectivización agrícola no se hubiera ya vuelto un hecho indiscutible y de un alcance económico y social que refuerza la potencia de la Unión Soviética, este acontecimiento no se hubiera producido. Encuentro una confirmación en el mensaje que sobre este tema dirigió el Presidente del Comité Ejecutivo de la Unión Soviética al “pueblo americano”. Después de haber rendido homenaje al “formidable trabajo creador” cumplido por los obreros y los campesinos soviéticos, Kalinin, proclama esta verdad a la faz de todo el mundo: “Es por sus esfuerzos tenaces que hemos podido, en un corto lapso de tiempo, transformar nuestro país de una comarca agrícola atrasada en un país industrial de vanguardia.”

La colectivización apareció en esta declaración como la obra inmensa a la cual la Revolución de Octubre daba bases seguras y trazaba la línea inalterable. Conviene recordarlos.

PREMISAS

Por primera vez en la marcha de la humanidad, las masas populares tomaban el poder; se organizaba un Estado con la dictadura del proletariado; se proclamaba la alianza más estrecha entre las masas obreras y campesinas. He aquí los tres factores que actuaron en la Unión de los Soviets para realizar la colectivización. La teoría ha pasado a realidad y ha aparecido gigantesca. Ella no pertenece solamente a una escuela; entra como una ley dominante en la Historia.

En ningún país se podrá destinar la tierra a la utilización segura y concreta de los campesinos, si las masas populares no se apoderan del Estado. Tenemos una prueba resplandeciente en el hecho de que

todas las esperanzas que los campesinos han colocado en las reformas agrarias de los Estados que permanecen entre las manos de la burguesía, no han resultado más que engaños. La reforma agraria más reciente es la concedida en España bajo la presión de las revueltas campesinas; pero ¡qué ironía representa para sus necesidades y sus derechos! Su aplicación no ha comenzado aún y ya su nombre es borrado y maldecido.

Pero la toma del Poder no habría podido ser realizada, aún en la Nueva Rusia, y no podrá mantenerse jamás en ninguna parte, sin la aplicación de un régimen de dictadura. La palabra "dictadura" no está ya desterrada del mundo burgués, como en los primeros años en que ella se afirmó en el país de los Soviets. Hoy, allí donde la amenaza más grande y más próxima es el asalto de las clases populares contra el Estado capitalista, se instala abiertamente y abiertamente se proclama la "dictadura" del capitalismo. El fascismo es su forma más acreditada y más aplicada. Si en la Unión de los Soviets el Estado no hubiera adoptado el régimen de la dictadura, los enemigos supervivientes a la Revolución de Octubre, ninguna revolución puede de un solo golpe aniquilar las fuerzas enemigas, hubieran obstaculizado o impedido su marcha victoriosa. Y los campesinos soviéticos no podrían hoy enorgullecerse de su transformación fecunda y admirable.

Ellos son los primeros en reconocer que la dictadura del Estado soviético no hubiera podido ser realizada si no hubiera sido confiada al proletariado. Las masas campesinas de cualquier país no tienen para ello ni la preparación, ni la posibilidad, ni la fuerza. Sus tradiciones, su heterogeneidad, el trabajo a que fueron condenadas, aun en las regiones más evolucionadas y más avanzadas de la Europa capitalista, hacen, todavía hoy, de las masas campesinas, el elemento más sometido y el mejor adaptado a las maniobras de la reacción. Era el proletariado de la Rusia revolucionaria quien debía realizar su dictadura, para impedir que las mismas masas campesinas volvieran a caer víctimas de sus enemigos, y para llevarlas de lucha en lucha, de conquista en conquista.

El proletariado debía llenar esta función siguiendo otro precepto de la Revolución de Octubre. Es preciso aliarse estrechamente a los campesinos; es preciso atraerlos del aislamiento de la campaña a los contactos animadores de un trabajo solidario con los obreros de la fábrica; es preciso fraternizar con ellos y mezclarlos cada vez más a la vida y al Gobierno del Estado común.

El valor de estos principios se reconoce en todo momento en el estudio de la evolución campesina de la Unión de los Soviets, porque ellos la inspiran y la dirigen en todos sus movimientos. Ellos obran en conformidad de método y de acción, en todo este período desde la Revolución de Octubre, iluminándola de una claridad inextinguible.

Tales son las premisas de la historia de la colectivización.

DEL MUJIK⁴ AL KOLJOSIANO

Hay una leyenda en torno del campesino ruso. Ha sido y es todavía considerado como un ser al que la naturaleza, la tradición y los acontecimientos históricos ha hecho diferente de los otros campesinos. El zarismo lo había dejado en el analfabetismo y en la servidumbre habituándolo a los sufrimientos y a la resignación. Por cuya causa se habría convertido en un perezoso pronto a cualquier renuncia.

Se le ha pintado como a un ser dotado de sentimientos profundos, pero caracterizado por la falta de impulso y de ardor. Él canta en la inmensidad de sus tierras, y nadie le responde. Cree en el milagro, aunque el milagro no se cumpla jamás. Hay mucha gente que dice y que piensa que es por esto mismo que solamente en él se podían intentar las “experiencias” soviéticas.

Esto es falso. Y tal leyenda no es más que mala literatura. La Revolución de Octubre encontró al campesinado analfabeto, sucio, miserable; pero encontró también al hombre y al luchador que, durante quince años había sabido hacer y defender tres revoluciones. No hay necesidad de pensar en la Rusia zarista para imaginarse al campesino desarrapado, el rostro miserable y los ojos extraviados. Desgraciadamente se le encuentra por todas partes. Existe en esta Europa occidental, disperso y oprimido por la burguesía que medra a sus expensas, esclavizándolo y devorándolo. Hay regiones de la Italia fascista, por ejemplo, donde todo lo que se dijo del mujik es realidad: analfabetismo, abandono, miseria y demás, resignación infinita.

En los veinte años de historia que preceden a la Revolución de Octubre, el mujik llega a ser así una figura que vive en la lucha y marcha a la revancha. Su calma muda y obediente ocultaba indomables impulsos de voluntad y de acción. Bajo la casta nieve de esas tierras, maduraban súbitos deshielos y estíos quemantes. ¿Hay un solo país de Europa donde el campesino pasará, —lo repito— por esta escuela formidable y trágica de la Revolución Rusa de 1905, de la de marzo de 1917 y de la del Octubre victorioso?

Esta psicología del mujik se perfecciona, se embellece, se agranda durante los años, durante los cuatro largos años de la guerra civil. El Estado soviético tuvo su jefe sublime en Lenin: contó con hombres soberbiamente enérgicos entre aquéllos que volvían de la deportación y de las cárceles zaristas: encontró un proletariado poco numeroso pero maravillosamente combativo. Pero la guerra civil, es decir, una guerra que no perdonó una sola aldea en todo el territorio del nuevo Estado; una guerra en la que los generales mercenarios sostenidos por el capitalismo mundial destruían todo para someter las poblaciones por el hambre; una guerra que movilizó a todo el mundo en la campaña, viejos, mujeres, niños, no se habría ganado sin la consciente resistencia de los campesinos para todas las privaciones y todos los sufrimientos. Ellos aprendieron, mejor que a través de un siglo de instrucción, qué cosa es una burguesía arrojada de sus tierras, desposeída del Estado; y midieron toda la ferocidad de que es capaz. En muchas aldeas de Ucrania se ven todavía cruces y otros recuerdos levantarse sobre los montículos de víctimas campesinas sacrificadas por Denikin.

He aquí al verdadero mujik; no el de la leyenda y la literatura, sino el forjado por la sangrienta y preciosa experiencia de la lucha que preparó el terreno fuera del cual la Revolución no hubiera podido cumplir su “experiencia”, como dicen los burgueses, es decir, alcanzar todas las victorias.

LA ABOLICIÓN DEL DERECHO DE PROPIEDAD

Y he aquí la Revolución que comienza. Expropia las tierras y todas las otras riquezas de los antiguos propietarios: ella constituye un fondo del Estado y lo afecta al uso de todos los que lo trabajan. Es el artículo 1º de este documento evangélico que constituye el decreto del 26 de octubre de 1917.

La Revolución de Octubre no ha dado la tierra en propiedad a los campesinos, puesto que establecía que el derecho de propiedad sobre la tierra quedaba para siempre abolido. Pero tampoco ha conducido a los campesinos al cultivo colectivo de la tierra, es decir, no ha cumplido esta transformación que debía madurar solamente a través de un complejo proceso económico y social.

He aquí dos de los núcleos de la Revolución de Octubre. Uno, tormento del teórico; el otro, tormento de los campesinos, a quienes la tradición y los prejuicios burgueses han puesto, casi en la

⁴ El término mujik, era empleado para referirse a los campesinos rusos que no poseían propiedades. Antes de que en 1861 se realizaran reformas agrarias, los mujiks eran siervos. Después, a los siervos se les otorgaron parcelas para trabajar la tierra, y se convirtieron en campesinos libres. Estos campesinos fueron conocidos como mujiks hasta la revolución soviética de 1917.

sangre, que sin el derecho de propiedad no se puede poseer la tierra que se trabaja y tener su libre goce.

Quizás estos últimos años de la crisis capitalista que casi en todas partes han despojado a los campesinos de la tierra que habían comprado al precio de innumerables sacrificios, contribuyan a hacerle ver la realidad.

El derecho de propiedad no ha servido ni sirve al campesino que trabaja. El derecho de propiedad, base del régimen capitalista, sirve al campesino rico, a la burguesía, al capitalista, para multiplicar sus riquezas por la explotación del trabajo ajeno. Aún en los países europeos donde la pequeña propiedad está muy extendida, el campesino constata hoy que ese "derecho de propiedad" no puede absolutamente garantizarle la tierra. Libre e integralmente no la ha tenido jamás. Las deudas, las hipotecas, los impuestos, si no eran pagados con su labor cotidiana, eran cobrados ampliamente sobre esa tierra que creía suya. Y la tierra que se le quitaba engrosaba la propiedad de otros más ricos, quienes por el tráfico comercial, la trasmisión hereditaria, la explotación de la mano de obra, acrecían su patrimonio. Hoy, que la crisis lo alcanza, el terrateniente trata de hacer caer todo su peso sobre ese campesino ya miserable del que chupa la sangre hasta la última gota. Jamás como en este momento se tiene la confirmación de que el derecho de propiedad de la tierra, tal como se proclama por el régimen capitalista, no puede salvar al campesino de la desolación y de la ruina.

Si la Revolución de Octubre hubiera dado a estas masas agrícolas la tierra en propiedad privada, si estos cientos de millones de hectáreas de tierra arrancados a los grandes propietarios y repartidos entre los campesinos del ex Estado zarista les hubieran sido asignadas como en los otros países de Europa por reformas burguesas, aún sin un solo centavo de contribución, poco tiempo después el campesino rico hubiera acaparado la tierra del campesino pobre, y la gran masa de los campesinos de la Unión Soviética estaría hoy en la misma condición que los campesinos polacos, los campesinos de los Balcanes, a la que llegarán bien pronto los campesinos de los otros países de la Europa central y occidental.

La Revolución de Octubre ha querido "verdaderamente" dar la tierra a los campesinos que la trabajan, y garantizársela para siempre y contra todo. Ella ha dicho a cada uno de ellos: "He aquí la tierra que querías para tu trabajo. Tú mejorarás tu condición; aliviarás tu fatiga. Todo cuanto haga el Estado será hecho para acrecer tu bienestar. Realizarás conquistas que ni siquiera concibes. Nadie te molestará; nadie podrá jamás en adelante enriquecerse explotándote; nadie robará jamás el fruto de tu labor".

Por esto la Revolución de Octubre no ha privado de la tierra a los campesinos que no tenían más que algunas hectáreas, por el contrario: les ha dado otras cuando ha sido necesario para redondear sus terrenos. La Revolución ha entregado a millones y millones de campesinos que no tenían ni un retazo, toda la tierra que podían trabajar. Puso así a todos los cultivadores sobre la misma base jurídica; la de poseer y explotar la tierra por medio de su trabajo libre y protegido; y al mismo tiempo prohibió todas las operaciones sobre la tierra (comerciales, hereditarias, etc.), que no tienen nada que ver con el trabajo, y que hubieran creado rápidamente en el nuevo Estado, donde los grandes propietarios habían sido desposeídos y suprimidos, una burguesía agrícola explotadora y una masa de campesinos explotados y miserables.

La abolición de la propiedad privada del suelo es el fundamento de todo progreso campesino soviético hasta la colectivización.

Algunos teóricos querían que se introdujera simplemente la gestión colectiva de las tierras. Es necesario, a este respecto, esclarecer un hecho histórico de primordial importancia. Desencadenada la guerra civil inmediatamente después de la constitución del Estado Soviético, las necesidades de la defensa impusieron una organización y un método de vida que se llamó "comunismo de guerra". El comunismo de guerra no fue la colectivización, ni tampoco una tentativa de colectivización. Concretó el precepto "todos para uno, uno para todos", es decir, aplicó en el trabajo, en los aprovisionamientos, en toda actividad individual y colectiva, esa disciplina que exigía la salvación del primer Estado proletario.

Indudablemente estos años fueron una enseñanza para las orientaciones ulteriores de la política agraria. Por ejemplo, en las regiones donde la guerra civil hizo más estragos, y donde las necesidades de la defensa empujaron a las masas a ligarse con una solidaridad más íntima, surgieron ya en este período asociaciones rurales en las que los campesinos reunían las tierras que se les habían asignado así como todos los medios de cultivo, y trabajaban y vivían en la comunidad más completa. De esta manera surgieron de pronto en Ucrania centenares de "comunidades" agrícolas que constituyeron por cierto, una experiencia preciosa. Pero su falta de preparación y su insuficiencia desde el punto de vista técnico, en tanto que organismos de producción, se notó bien pronto. Acabada la guerra civil, muchas de entre ellas fueron en seguida liquidadas.

Es que es preciso decir que no se dan grandes saltos en el desenvolvimiento económico y social de las masas rurales, aún en un período revolucionario. El campesino soviético, aunque arrastrado a las rudas pruebas de esos años terribles, no había cambiado su mentalidad que limitada por un horizonte muy estrecho, se orientaba naturalmente hacia la pequeña granja. Además las condiciones en las que la guerra civil había dejado estos campos la miseria y la ruina que ella había sembrado por todas partes, imponían como deber principal utilizar inmediatamente todas las energías campesinas, y favorecer por todos los medios su desenvolvimiento para la vuelta inmediata al trabajo.

En el X Congreso del Partido Comunista Ruso, en 1921, Lenin lanzaba precisamente la consigna de la Nueva Política Económica, que era la desmovilización de lo que se llamaba el “comunismo de guerra”, y que debía impulsar y sostener el interés de todos los campesinos a fin de remediar lo más pronto posible la destrucción inmensa que se había producido durante el conflicto europeo y la guerra civil. El mundo burgués proclamó la quiebra de la “utopía” colectivista. No comprendió o hizo como que no comprendía la verdad. La NEP era el esfuerzo más sabio para penetrar los sentimientos ocultos del alma del campesino, y orientarlos rápidamente hacia una vida nueva. Las líneas de esta política, fueron concretadas en octubre de 1922, en el Código agrario, documento de importancia enteramente excepcional.

EL CÓDIGO AGRARIO DE 1923

No es posible estudiar aquí todas las disposiciones; pero quiero al menos hablar de algunas, porque pienso que ellas han ayudado a quebrantar el vínculo tradicional del campesino a la idea de la pequeña granja doméstica.

La primera de estas disposiciones establecía que la tierra es asignada a todos aquéllos que quieran trabajarla. La tierra es asignada también a la familia campesina, no como entidad constituida por lazos de sangre, sino como lo dice el art. 65, como asociación de gentes que trabajan juntas la tierra. Los derechos de estos miembros trabajadores de la familia, son iguales para todos, sin distinción de sexo ni edad. Y cada uno de ellos puede separarse de los otros conservando el derecho de su parte proporcional de terreno y de los otros bienes. Naturalmente la ley intervendrá para reglamentar este punto de manera que el cultivo de la tierra no sea dañado por un fraccionamiento excesivo.

Todo esto ha quebrado y subvertido el principio del antiguo derecho romano, seguido más o menos en todas las legislaciones burguesas hasta nuestros días, según el cual la familia es una entidad soldada por el lazo de la sangre y dependiendo de la autoridad de un jefe, el padre; y la tierra y los otros bienes son transmitidos por razones de parentesco y de sangre, de una generación a otra.

Este principio y esta tradición han servido indudablemente para ligar al campesino a su pequeña granja y mantenerlo en ella. La Revolución de Octubre, estableciendo la regla, mucho más moral, de que sólo el trabajo da derecho a la posesión de la tierra, ha roto para siempre este principio. Una segunda disposición me parece digna de atención. En las aldeas, por el art. 47 del Código agrario, todos los campesinos trabajadores constituyen una sociedad, la “sociedad de la tierra”. El Estado inviste a esta sociedad de prerrogativas muy importantes: ella reparte la tierra entre los campesinos, guarda como patrimonio común aquéllas que no han sido distribuidas; establece las líneas generales del cultivo; dispone de los caminos, de las aguas, etc. Cada campesino, mientras cultiva el lote asignado a él y a su familia, es pues, al mismo tiempo, miembro de una colectividad, que no tiene solamente poderes administrativos, sino que posee bienes que ella se encarga de hacer útiles y productivos, como los bosques y los prados.

Desde el comienzo, he aquí al campesino cultivador de una pequeña granja, convertido en un elemento activo de una granja mucho más vasta y colectiva. Helo aquí muy naturalmente llevado a salir de la esfera de su pequeña economía, porque tiene también un interés directo en que los bienes de la sociedad, de la que es miembro, le produzcan beneficios a él y a todos. El campesino soviético está satisfecho en su deseo de poseer la tierra en trabajo personal y directo; y al mismo tiempo, él toma parte en la vida de una administración agrícola más grande, de la cual la ley le hace responsable, porque “las sociedades de la tierra” deben ser administradas no por funcionarios del Estado, nombrados desde arriba, sino únicamente por la asamblea de campesinos y de representantes elegidos por ella.

Estas dos disposiciones fundamentales del Código Agrario soviético, son evidentemente de una gran importancia para la educación de la mentalidad rural. El Código, de igual modo que el espíritu de la NEP, está lleno de un maravilloso conocimiento de la psicología del campesino, y emplea el método más

apto para liberarlo de sus prejuicios y para guiarlo hacia las formas nuevas de la vida social.

¿Qué era necesario mostrar antes que nada a ese paria de la tierra, que había soñado con la revolución y que lo había dado todo para que esta fuera salvada de sus enemigos innumerables? Era preciso demostrarle que el Estado soviético lo rodeaba en seguida de sus cuidados, con la voluntad bien marcada de no ahorrar nada para ayudarle. A este campesino, sobreviviente de las destrucciones de la guerra civil, le faltaba todo: animales, útiles agrícolas, semillas, dinero. La urgencia y la gravedad de la obra de restauración de la campaña, eran completamente evidentes. El Estado debía hacer de ello su obra principal, pero necesitaba para esto asegurarse de la fidelidad de todos los campesinos y multiplicar sus energías, sobre las de los menos ricos. El campesino pobre, es decir, la enorme mayoría de la población agrícola, sostenido, protegido, favorecido por el Estado, haría milagros. Y el Estado soviético, no defraudó esta íntima espera de las masas rurales.

Las estadísticas de esos años, después de 1922, indican cada mes, el pulso de la transformación de las campañas. Ya en 1922 el Estado daba decenas de millones para la compra de máquinas; conseguía proveer a un número considerable de campesinos de semillas seleccionadas; disponía un plan de reorganización catastral de las granjas destinado a volverlas más orgánicas y productivas. Se dirigía sobre todo a los campesinos más pobres y más necesitados, los libertaba de todo tributo, y les daba la preferencia en todas las distribuciones de tierra y de ganados.

¿Cuál era el efecto de esta política en el alma de las masas campesinas, política hecha de inteligencia y de afecto, gracias a la cual el Estado no era una autoridad alejada y hostil como ocurre en todos los países capitalistas, sino que él y sus organismos se ponían en contacto con los campesinos, sobre todo con los más humildes y los más pobres? He constatado, algunos años más tarde, en 1925, los resultados. En cada aldea, la personalidad de los campesinos había crecido. En las oficinas del Estado, el campesino no era más extraño o tolerado como en todos los otros países, sino que se sentía una parte viviente y activa de él. Hablaba del Estado como de “su” Estado. No se limitaba a contar la producción de su campo, sino que hablaba con entusiasmo del progreso rápido que se cumplía en toda la campaña. Salido de la Italia fascista, donde el campesino se ha vuelto mudo y no se atreve a posar su mirada más allá de los límites de su pequeña granja, yo me sentía de golpe transportado a una atmósfera de libertad, en la cual el campesino era completamente feliz contando sus conquistas y sus esperanzas.

LA COOPERACIÓN

En semejante atmósfera, no fue difícil al Estado emprender cualquier iniciativa apta para ayudar al campesino en su trabajo y al mismo tiempo para arrancarlo de su individualismo de antes, para aproximarle a las instituciones colectivas. La cooperativa agrícola debía ser en todas sus formas, el camino principal que llevara gradualmente a esta transformación y a esta reeducación de la mentalidad campesina. Lenin insistía en 1923, en un artículo bien conocido, sobre la inmensa importancia de la cooperación como el método “más simple, más fácil, y más accesible a todos los campesinos para encaminarlos hacia el trabajo colectivo”.

La cooperación no era desconocida en el régimen zarista mismo. Y no hay país capitalista en el que no se extienda por los campos y no trate de atraer a sí las masas de trabajadores. Pero en todas partes estas instituciones cooperativas, aun aquéllas que tienen en su seno campesinos medios y pobres, han estado y están todavía en las manos de grandes terratenientes. Y ellos han sacado un doble provecho, económico y político; porque utilizan los medios materiales de la cooperación y mantienen atadas por pequeñas concesiones las fuerzas trabajadoras.

La cooperación, hacia la que el Estado soviético debía orientar sus esfuerzos, es bien diferente. Debía aprovechar sobre todo a la masa de los campesinos más necesitados. La base de toda institución cooperativa debía formarse en las capas más pobres de la campaña, para llevarlas por grados a condiciones mejores.

El hecho de ser pobre era un título de privilegio para la obtención de créditos así como para cualquier otra ayuda. La intervención del Estado, de sus fuerzas financieras y de todos sus otros medios, valorizaba y acentuaba esta estructura y este objetivo, de la cooperación agrícola, y acentuaba su desenvolvimiento.

Y he aquí en efecto, que ya en los primeros años de la NEP, la cooperación creció con una rapidez sorprendente.

No solamente cooperativas para la compra y la venta de productos agrícolas, para el crédito, para la

compra y el empleo de máquinas; se extiende también al mejoramiento de la raza equina, y del ganado vacuno, a los trabajos de saneamiento, y se ensaya también en trabajos colectivos. Cuando en 1927 visitaba por segunda vez la compañía soviética, esta cooperación comprendía ya cerca de 90.000 instituciones que ligaban y ayudaban, por una solidaridad cada vez más educativa, más de diez millones de explotaciones campesinas. No es preciso subrayar que semejante movimiento debía también hacer su obra en las capas más humildes de la campaña, y combatir la mentalidad atrasada.

Pero me gusta recordar una institución que caracteriza muy particularmente el método de la NEP y confirma sus resultados. Es el socorro mutuo agrícola. El Estado soviético no hubiera podido proveer a la asistencia de tantos millones de campesinos por el sistema de seguros de Estado aplicado a la masa obrera. Se dirigió entonces a las poblaciones rurales para pedirles una última prueba de esa unidad de energías y de esfuerzos que habían mostrado en la defensa de la revolución. “Vosotros —dijo—, debéis constituir vuestras sociedades. Yo os daré todo lo necesario para que puedan, con vuestra ayuda, proveer eficazmente a vuestra asistencia, en caso de enfermedad, de invalidez, de vejez”.

Los campesinos tuvieron confianza en su Estado. Las sociedades surgieron por miles; y el Estado les afectó las mejores tierras que los campesinos cultivaron en común, consagrando todo el provecho del cultivo al crecimiento del patrimonio social. Les dio las pequeñas industrias anexadas a cada aldea, como los molinos, las fábricas de aceite, las canteras. El patrimonio de las sociedades creció de tal manera, que llegó a ser una verdadera potencia financiera, capaz de proveer a la asistencia social de las poblaciones agrícolas. En 1925 yo constataba sobre las entregas de una parte solamente de estas instituciones, alrededor de 17.000, que poseían un capital de más de un millón de rublos, y que trabajaban en común más de cien mil hectáreas de tierra.

Los grandes acontecimientos de la Historia se apoyan en su origen sobre pequeños factores de los cuales la importancia moral es muy grande aunque desapercibida. Son su ligazón y su continuidad las que saturan una atmósfera, y el que la respira queda completamente vivificado. Así la NEP llenaba poco a poco los pulmones del campesino de oxígeno vivificante. Fue también durante la NEP cuando se desarrollaron de una manera notable las asociaciones más directamente destinadas a experimentar las formas colectivas del trabajo de la tierra.

LAS INSTITUCIONES COLECTIVAS

El Código de 1922 definía su carácter por palabras que es bueno conocer. El artículo 104 dice; “Las asociaciones para el cultivo colectivo de la tierra se constituyen con el objeto de utilizar de la manera más conveniente el trabajo de sus miembros y ejercer la gestión agrícola sobre la base de un acuerdo voluntario de los labradores que la forman.” Definición digna de subrayarse porque fijando el objeto de las asociaciones, ella establece claramente su carácter; el libre consentimiento de sus miembros, la libertad de los campesinos de formar parte o no.

La constricción no existe en la pedagogía soviética. Es el arma de la dominación burguesa. Desde el comienzo la ley soviética establece y afirma que ninguna violencia debe ser ejercida sobre los campesinos; es por la persuasión que una conciencia nueva, la conciencia colectivista, debe madurar en ellos.

¿Qué hará el Estado para acelerar esta persuasión y volverla cada vez más eficaz? He aquí la verdad; el Estado, mediante el mencionado método, coloca al campesino ante las experiencias del cultivo colectivo de la tierra, de ese cultivo que él favorece, protege y alienta con todas sus fuerzas.

En 1922 el Código agrario distinguía ya las tres formas de asociación que se hallan todavía en vigor para el cultivo colectivo de la tierra. La asociación en la cual los campesinos ponen en común solamente los instrumentos de cultivo. La asociación en la que reúnen, además de su trabajo, la tierra que se les ha confiado, el ganado, y otros medios principales de producción: el “artel”. Por último, aquélla en que el campesino entrega todo a la colectividad en la que vive y trabaja: es la “comuna”.

Estas instituciones aparecieron bastante numerosas desde el día siguiente a la guerra civil. En 1922 eran más de 16.000. Pero mientras que las del primer tipo, más fáciles de constituir y dirigir, resistían mejor, las demás que presentaban mayores dificultades desde el punto de vista técnico y administrativo, llevaban una vida bastante precaria. Era necesario disponer de elementos campesinos preparados y capaces de organizar y de desenvolver esas empresas colectivas: y era necesario que el Estado se hiciera presente con créditos, con personal instruido, con todos los apoyos necesarios, pronto a dotar la gran empresa agrícola, a fin de que sirviera de ejemplo a los campesinos.

El Estado soviético comprendió la importancia de semejante cuestión y la sostuvo hasta el punto de que no se encuentra una ley agraria, un decreto gubernamental, que no se esfuerce por dar a las instituciones campesinas para el cultivo colectivo de las tierras, la posibilidad de beneficiarse por todos los medios susceptibles de aumentar su provecho. ¿Dónde quería llegar el Estado con esta política? Quería que los campesinos cultivadores de una pequeña granja se encontraran ante las ventajas incontestables del cultivo colectivo.

Entre estas instituciones, el tipo que se prestaba mejor a este objeto, era el “artel”, porque colectivizando los principales medios de producción, tierras, ganado, utensilios, y reuniendo a los campesinos para el trabajo, dejaba por lo demás a cada uno de ellos su vida habitual. Desde el comienzo el “artel” fue considerado como la mejor forma, y de hecho, llegó a ser la más extendida. En 1925, las comunas eran la mitad que en 1923: en tanto que los “artel” aumentaban porque debía ser el fruto de la convicción y no del artificio. Pero aunque su número no fuera muy grande, estas instituciones ejercían entre las poblaciones campesinas una influencia enorme: y en 1927 yo no podía menos que constatarlo en forma creciente.

Cuando uno se acercaba al labrador de la pequeña granja, y se hablaba con él de los resultados de su trabajo, casi siempre hacía él mismo la comparación entre su producción y la de la granja colectiva. Reconocía a esta la superioridad que alcanzaba por el empleo más fácil de las máquinas, por la mejor utilización de la tierra, por la posibilidad de especialización de los cultivos y del ganado. “Yo también llegaré a eso”, concluía abiertamente o dejando entrever su íntimo pensamiento. Y cuando no se detenía en los resultados alcanzados por la granja colectivizada, por el koljós, el campesino pensaba en las empresas agrarias directamente regidas por el Estado de los sovjoses

La institución del sovjós nació con la Revolución, porque el Estado, consagrando las tierras a los campesinos, pensó justamente que no debía repartir una porción de las grandes granjas que habían ya sido industrializadas por los capitalistas agrarios. El Estado dirigió por sí mismo estas granjas y creó otras con el objeto de utilizarlas también, al menos parcialmente para preparar las semillas y el ganado que se distribuirían entre las pequeñas granjas campesinas. Más tarde, en el curso de estos últimos años, se verá la amplitud de la función de los sovjoses. En su desenvolvimiento progresivo, mientras llegaban a ser los proveedores de los productos que debía conseguir el campesino para mejorar y acrecer la producción de su granja, eran también escuelas experimentales de un máximo valor.

Ya el art. 160 del Código Agrario consagraba explícitamente esta función de los sovjoses, declarando que éstos son “empresas montadas con el objeto de servir de modelo técnico-científico a los trabajadores para el progreso de la agricultura”. Y más lejos establecía que “en su trabajo agrícola y productivo, deben entrar en unión estrecha con la población rural de la localidad.”

He aquí, de esta manera, al campesino soviético en su pequeña economía, siempre ayudado y sostenido por la acción eficaz del Estado: rodeado de cooperativas que lo educan para una vida nueva, y por otras instituciones donde hace la experiencia del trabajo colectivo; colocado ante el ejemplo de granjas que le incitan, sobre la base de los hechos, a dirigirse hacia la gran empresa; teniendo siempre ante los ojos la enseñanza de la granja agrícola del Estado, que le da el fruto, el fruto concreto de lo que puede obtenerse por la industrialización de la agricultura. Este campesino, aunque hubiera sido el viejo mujik que, despreciado por el señor, soñaba tan sólo con un lote de tierra libre para su pan, no podía permanecer impasible bajo la influencia de esas fuerzas que ensanchaban e iluminaban su horizonte.

¿Y el joven campesino? Durante los primeros cinco años de la guerra civil, la campaña es sacudida por el estremecimiento de una generación, de veinte a treinta años, rica de pasión y de energía. Es la Revolución de Octubre quien ha dado a luz esta potente juventud. Sobre ella en muchos aspectos de que ya he hecho mención, obraba la escuela, la ciencia, que le abría todos los caminos. El Estado soviético derrotaba en todos los frentes al analfabetismo; pero además de esto, dirigía esta juventud campesina hacia las numerosas escuelas, hacia los institutos especializados para cada rama de la producción. Encauzaba esas maravillosas energías en el Ejército Rojo, que los hacía no solamente invencibles soldados contra todos los enemigos del nuevo Estado, sino también elementos generadores de una vida diferente en cada aldea.

Por otra parte, la aldea no ha sido nunca separada de la ciudad, desde que la Revolución de Octubre selló con sangre la alianza más estrecha entre los campesinos y el proletariado, confiando a este último la responsabilidad del poder. Es preciso recordar que los obreros concretaron esta alianza por medio de los lazos ventajosos para las poblaciones campesinas, por ejemplo, constituyendo en las fábricas “patronatos” que tomaban bajo su protección fraternal, las regiones que tenían más necesidad de ayuda intelectual y material. Y es preciso pensar que esta incalculable intensidad de penetración de las ideas, de

las fuerzas innovadoras, que tendían a vencer en el hombre de los campos su naturaleza secular, a disipar en su espíritu la niebla de las tradiciones más anticuadas que lo habían hecho necesariamente desconfiado y egoísta, ha durado muchos años —yo me detengo en 1927, la segunda vez que visité el campo soviético—, y se comprenderá así la verdad de esta afirmación: este campesino se aproximaba a la colectivización, forma superior de vida y de trabajo, constreñido únicamente por la fuerza de su propia madurez interior, como el trigo se desenvuelve en el germen que lo fecunda, para abrirlo en seguida y crecer al sol.

PROGRESO TÉCNICO

Paralelamente a este proceso íntimo de la conciencia campesina, se desarrollaba el progreso técnico y económico de toda la vida agrícola. En 1927, el período de restauración del campo, que había sido arrasado y reducido a la desolación, está casi terminado. Las tierras cultivadas tenían una extensión superior a la de antes de la guerra, y el cultivo primitivo llamado de los “tres campos”, según el cual el terreno debía producir: un año avena, el otro centeno, y el tercero reposar, había sido reemplazado por una mezcla a ocho campos y, más particularmente, con introducción del trébol y de la remolacha. El ganado vacuno era ya en 1926 más numeroso que en 1916, mientras que la raza equina alcanzaba el porcentaje de 83 % sobre la cifra calculada diez años atrás. En la aldea, el campesino no vivía ya como durante la guerra civil, cuando en la región de Samara sobre el Volga, la nutrición había descendido al nivel inconcebible de 1925 calorías, es decir, todavía menos que hoy en Italia, en Polonia y en los Balcanes, donde el capitalismo condena las masas agrícolas a una lenta agonía, sino que comía de acuerdo a su necesidad, disponía de dinero, mejoraba su casa, gozaba, en fin, de un bienestar que antes no conociera jamás.

No hay que decir que el progreso de la agricultura estaba ligado al esfuerzo continuo del proletariado de las ciudades por reconstruir las fábricas y por edificar otras nuevas con el objeto de proveer a los campesinos de útiles agrícolas, máquinas y tractores.

A este respecto es preciso recordar un acontecimiento que subraya con qué interés apasionado el proletariado de las fábricas seguía este renacimiento campesino. La necesidad de mejorar el nivel de la vida de los obreros, y de aumentar sus salarios, había tenido como contragolpe natural el alza de los precios de los productos industriales. Su índice en 1926 se alejaba cada vez más del índice de los precios de los productos agrícolas. De tal modo, era casi imposible para el campesino comprar los utensilios y las máquinas agrícolas, a causa de su precio elevado. Es en este momento cuando los obreros se imponían a sí mismos una restricción de sus salarios, para contribuir a atenuar y a hacer desaparecer este alejamiento y facilitar la introducción de los productos agrícolas en las campañas. En el año 1927, 28.000 tractores podían ya ser empleados en los campos, que se despertaban a una actividad nueva.

Pero no hay primavera que florezca sin dar nacimiento y vida a las malas hierbas. Esto debía ocurrir en el campo soviético.

EL KULAK

La Revolución había dispersado completamente la clase de los grandes propietarios, de los terratenientes. Pero una gran parte de la pequeña burguesía representada por los campesinos enriquecidos, sobre los que habían pasado sin embargo como un torbellino devastador los años de la guerra civil, se había acurrucado a la sombra del régimen. Inmediatamente el Estado puso la mano sobre los campesinos ricos, reduciendo sus granjas en la partición de las tierras. Las granjas de más de diez hectáreas de tierra bajaron en seguida del 9% al 3,1%. Pero no se podía ciertamente desarraigar de un solo golpe su naturaleza de explotadores, ni su tendencia a la reconquista.

Por otro lado el Estado debía contemplar la necesidad y la urgencia de levantar lo más pronto posible el nivel de la producción agrícola, para lo cual la destrucción de todas esas granjas medias, que estaban más o menos abastecidas, hubiera sido un daño y un peligro. Quiero agregar que esto no hubiera sido tampoco justo desde el punto de vista moral; porque un cierto número de campesinos iba sin duda a sentir la influencia del régimen soviético, y en lugar de convertirse en enemigo, llegaría a transformarse en amigo fiel y productivo.

La mejora de la vida de los campesinos, y la difusión de un bienestar progresivo en los campos debía ofrecer el terreno de ensayo. El campesino enriquecido y que continuaba siendo kulak en cuerpo y

alma, no tardaría en despertarse y actuar. Este campesino —yo lo he constatado por todas partes— que acostumbra a ocultar lo que ha acumulado y llora miserias, se traiciona bien pronto por su desprecio del campesino pobre a quien explota, por su avaricia característica, por toda su actitud engañosa. Lenin tenía razón al fustigarlo con palabras feroces. Tiene los estigmas y la perfidia fraudulenta del traidor. Aún en los países capitalistas, el campesino pobre, obligado a trabajar para otros, prefiere el gran propietario a ese campesino enriquecido; y el gran propietario, a quien hace falta un testaferro que le represente junto a los trabajadores, escoge a éste.

El Estado soviético, conservando a la granja media que necesitaba para ser cultivada de mano de obra auxiliar además de la familia, promulgó leyes severas para proteger al labrador que trabajara para otro campesino.

En el Código Agrario de 1922, el arrendamiento, y el trabajo asalariado están permitidos; pero las reglas que gobiernan tanto al uno como al otro, cortan las garras a quien quiera abusar. En los años siguientes innumerables son las disposiciones del poder central tendientes a reducir especialmente el empleo de la mano de obra asalariada y por esto mismo, a limitar las posibilidades de desenvolvimiento del campesino rico y el paso del campesino medio a la condición de kulak.

Otro método simple e inexorable fue empleado, siempre con este objeto, por una medida discreta y hábil: el impuesto. El impuesto, que no tocaba al campesino pobre, hería decididamente al kulak, y cortaba por un sistema progresivo los beneficios del campesino medio. Los ingresos eran transmitidos en gran parte a los campesinos pobres, bajo la forma de subvenciones y primas de Estado.

Sin embargo el terrateniente dueño de vastas extensiones de tierra, que es preciso desarraigar completamente para que no vuelva a brotar, se mantuvo en las campañas soviéticas, se introdujo por todas partes donde pudo, tanto en el comercio privado como en el pequeño crédito usurero otorgado al campesino ignorante. Otros elementos, por lo demás, daban al kulak un sostén difícil de descubrir.

Los enemigos del Estado soviético fuera de sus fronteras contaban con esta raza dañina para servirse de ella a los fines de su propaganda continua y penetrante. Cerca del kulak había permanecido también en numerosas aldeas el sacerdote, el pope, que no había dejado de añorar el régimen zarista, del cual había sacado toda clase de privilegios económicos y políticos. Es necesario conocer este hecho para comprender mejor lo que se produjo en las campañas soviéticas durante los años siguientes.

Hubo casos en que los sacerdotes no tomaron partido por las practicas de los kulaks. Hubo hasta la tentativa de cierta ramificación de la Iglesia griega y ortodoxa, que era la más extendida en la antigua Rusia, de colocarse discretamente al lado del nuevo régimen; pero en general, la recaída de dichas practicas en las campañas empujaba al clero a solidarizarse abiertamente con él. En 1927 yo he encontrado resucitada en algunas iglesias de aldea la tradición por la cual se concedían lugares llamados de honor a los campesinos más ricos, del mismo modo que en los regímenes capitalistas, donde la propia iglesia favorece esos privilegios pisoteando la doctrina que proclama según la cual todos los hombres son iguales, al menos delante de Dios.

Todo esto no escapaba a los ojos o por mejor decir, al odio de los campesinos pobres. A medida que se desenvolvían y se inmunizaban gracias a las instituciones coercitivas del Estado, contra la influencia del campesino rico, ellos le reconocían cada vez mejor y lo consideraban como su enemigo. Pero el enemigo acechaba, pérfidamente, presto a la acción.

LA VISPERA

El año agrícola de 1927, y sobre todo el siguiente, se cuentan entre los más duramente castigados por las adversidades del tiempo. La sequía había destruido completamente la cosecha en muchas regiones ricas en trigo; la dieta de trigo era verdaderamente seria. Los aprovisionamientos de las ciudades eran ya difíciles porque el crecimiento del proletariado en las fábricas y la mejora de su tren de vida exigían siempre mayor número de entradas. Es necesario, además, subrayar que si por un lado la producción agrícola había dado un gran paso hacia adelante y en algunas ramas había hasta sobrepasado la producción de antes de la guerra, por otra parte la población de la Unión había aumentado en muchos millones gracias a su nueva vida y en las campañas el campesino se nutría mucho mejor. En semejante situación la fluctuación más pequeña era suficiente para romper ese desequilibrio inestable. Se puede pues, comprender fácilmente, cuáles fueron las consecuencias de una disminución imprevista y muy fuerte de las cosechas y muy particularmente de la cosecha de centeno.

El capitalismo, siempre atento a aprovechar el momento propicio para desencadenar su ofensiva

armada contra la Unión de los Soviets, juzgaba que ese momento iba a sonar bien pronto. Todos los enemigos de la Revolución de Octubre en el extranjero estaban animados de las resoluciones más belicosas; el deseo de la revancha los sostenía.

¿Y en el interior del Estado soviético? El terrateniente está en plena actividad, animado por su odio hacia el régimen que le hace la vida dura y que debe en un día cercano, ahogarlo completamente. Es el kulak el primero que oculta el trigo. Es él quien trata de extender el pánico de un hambre próxima entre las masas campesinas, y de excitarlas a la resistencia contra las compras del Estado. Por evolucionados que estuviesen los campesinos y por unidos que estuvieran a su Estado, no es difícil de comprender el peligro que una propaganda semejante podía representar para la Unión.

Asimismo, por otro motivo, la hora se había tornado, en cierto modo, dramática. Algunas corrientes que no habían comprendido o habían perdido de vista la línea lógica e indefectible de la Revolución sobrevivían en su seno. En presencia de la situación creada por este conjunto de acontecimientos, una corriente se había diseñado y afirmaba que era necesario consagrar todas las fuerzas al aumento de la producción agrícola creyendo y defendiendo la tesis de que la sola posibilidad para llegar a esto era ayudar y hacer avanzar la granja campesina ya equipada, es decir, la granja del campesino medio y del kulak. Otra corriente concentraba su agresividad sobre la base de un programa ya enunciado y ya vencido, el programa de una super-industrialización de la ciudad que debía imponer la industrialización a el campo.

Pocos años de una política bien diferente bastaron para liquidar en total estas concepciones cuyos sostenedores acabaron por reconocer y condenar sus errores o, empujados por su naturaleza aventurera, por ir a engrosar las filas de los enemigos del Estado proletario. Pero en esta época, los nombres de esos hombres que tenían todo un pasado, eran susceptibles de determinar una impresión amplia y profunda sobre la población agrícola. Y fue precisamente en este momento que se pudo experimentar de manera indiscutible, cómo había sido de grande la influencia de los últimos años y de la política que se había seguido en ellos, sobre la educación y la transformación psicológica de las poblaciones, sea obrera, sea campesina. Las poblaciones que habían vivido, día por día, las ventajas de la línea política trazada por Lenin —que había apoyado el progreso de la Revolución sobre el desenvolvimiento de la gran masa de los campesinos pobres y sobre una alianza cada vez más íntima y activa entre el campo y el proletariado de la ciudad— comprendieron que una y otra corriente eran por igual peligrosas desviaciones.

Apoyarse sobre la granja del campesino enriquecido para hacerla base de un progreso agrícola más intenso significaba realizar el programa destinado a constituir en la Nueva Rusia una burguesía agraria que hubiera ahogado bien pronto todos los resultados ya conseguidos por la Revolución en provecho de la inmensa mayoría de las poblaciones agrícolas. Presentar una super-industrialización de la ciudad con el objeto de someter a ella el campo, como lo hubiera hecho cualquier gobierno capitalista en una colonia caída entre sus garras, hubiera sido absurdo y hubiera engendrado una invencible hostilidad en las masas campesinas, además de su alejamiento de la ciudad y de la clase obrera.

La respuesta de las poblaciones soviéticas fue más rápida de lo que se hubiera creído. A los que contaban con la adhesión de los obreros de las fábricas, estos últimos respondieron por la afirmación de su cordial alianza con el campo, comprometiéndose a hacerla cada día más popular, teniendo, por así decirlo, el valor de una palabra evangélica. Y aquéllos que quizás inconscientemente habían tendido la mano a los kulaks, sin sospechar el proceso de maduración realizado en los campesinos, se encontraron frente a la reacción apretada y vibrante de estos últimos.

En realidad, dejando de lado el hecho casual de la falta de trigo debido a las adversidades de la estación, la crisis en la Unión Soviética era entonces una crisis de crecimiento. El aumento del consumo general era la consecuencia y la prueba de un bienestar general y progresivo. El problema de apresurar y acrecer la producción agrícola para satisfacer las necesidades de la colectividad, debía encontrar su solución en la misma línea que la que la Revolución había recorrido. Era necesario volver más productivas las granjas individuales, que se contaban por millones, a través de un esfuerzo más potente. Era necesario imprimir un impulso más decisivo al desenvolvimiento de la granja colectivizada y a las grandes empresas agrícolas del Estado. Era necesario reducir cada vez más el radio de actividad de los kulaks y acelerar su liquidación. Sobre este frente las masas campesinas debían agruparse con ardor. Por su parte, el proletariado, debía multiplicar sus energías para dar al campo una cantidad más grande de los productos industriales que necesitaba.

Algunos, aunque este ritmo fuera ya muy rápido, hubieran querido acelerarlo. Preguntaban por ejemplo porqué no se suprimía sin más, por medio de medidas administrativas, a los kulaks. A algunos años de distancia, pensando en las respuestas de los hombres responsables del gobierno soviético a esas

preguntas, hay que maravillarse de la sabiduría y de la precisión de su acción política. Siguiendo el precepto de Lenin no se elimina el kulak por medidas administrativas. La lucha contra los kulaks debe marchar paralelamente con el progreso de la colectivización.

En 1927, el kulak producía en la Unión Soviética 600 millones de **puds**⁵ de trigo; había, pues, reducido en dos tercios su capacidad de producción desde la Revolución, puesto que antes producía cerca de dos billones. Las granjas colectivas y las granjas del Estado estaban todavía bastante lejos de poder sustituir con su producción la cantidad representada por las granjas de los kulaks. He aquí el punto vital de la cuestión. Todo esfuerzo para llevar a los campesinos hacia la gran granja colectivizada debía recaer como golpe destructor sobre el kulak. El campesino que se volvía cada vez más hacia la colectivización por sus resultados económicos, debía ser empujado también a ella por el resorte de su justo y profundo odio contra el kulak, salido de sus filas para llegar a ser su enemigo más fraudulento y más obstinado. La eliminación del kulak de la campaña soviética, debía, así, coincidir con el triunfo de la colectivización.

EL CÓDIGO AGRARIO DE 1928

Un documento del Estado resumía, a fines del año 1928, esta directiva política a la que había sometido su acción, y la fijaba en términos definitivos y bien claros. Es el nuevo Código agrario, cuya característica consiste en no ser un catálogo de áridas reglas legislativas, sino una neta enunciación de principios y de medios capaces de acelerar lo más posible ese proceso de transformación rural ya en curso.

Los 63 artículos de este Código agrario inciden todos sobre los siguientes puntos esenciales: favorecer, proteger e impulsar la granja colectiva y los campesinos que se inclinan a ella; ayudar en todos los casos y eficazmente a las pequeñas granjas individuales del campesino pobre y medio (*biedniaki* y *seredniaki*); reducir cada día más para el kulak toda posibilidad de expandirse y ser nocivo.

En efecto, después de haber establecido en el art. 1º que “la base del régimen agrario en la U.R.S.S. para garantizar la realización del socialismo en la agricultura, el mejor proceso agrícola y la utilización de las tierras en provecho de la masa predominante de los campesinos, es la nacionalización de la tierra, es decir, la abolición definitiva de la propiedad privada de la tierra”, el nuevo Código enumera los medios para conseguir los objetivos de ese sistema territorial.

De acuerdo al art. 4º estos medios son los siguientes: “elevación del nivel técnico de la agricultura; cooperación entre las amplias masas de los campesinos trabajadores; refuerzo y desenvolvimiento de una red de granjas colectivizadas y del Estado; adopción de medidas eficaces para proteger los intereses de los campesinos débiles y de los obreros agrícolas y para suprimir los campesinos ricos”.

Los artículos que siguen son de una importancia radical. He aquí, por ejemplo, el art. 30: “Con el objeto de ayudar y de propulsar las granjas colectivas, se establecen las exenciones y los privilegios siguientes:

- a. Exención del impuesto único sobre la tierra.
- b. Concesión de créditos privilegiados al koljós con preferencia a las granjas individuales y aumento de los fondos de crédito a largo plazo.
- c. Designación privilegiada de la tierra con respecto a las granjas individuales.
- d. Cesión para su uso gratuito a los koljoses de las empresas auxiliares, de las construcciones, de los capitales que ellos habían recibido de los órganos del Estado antes de la presente ley.
- e. Garantía de proveer a los koljoses de las máquinas y de los útiles agrícolas, de los abonos minerales, de las semillas, del ganado de raza, etc., etc., con preferencia las granjas individuales y en condiciones favorables.
- f. Organización y trabajos catastrales enteramente a costa del Estado.”

Por estas disposiciones la granja colectiva era colocada en tal situación, que aún los campesinos más retrógrados y más desconfiados quedaban sujetos a su influencia de atracción. Con esto el Estado no abandonaba la granja individual; continuaba ayudándola; pero ¿qué campesino no hubiera comprendido inmediatamente que esta jamás sería capaz de producir como la gran granja dueña de tales ventajas? Es necesario subrayar que el Código insiste siempre en cada artículo que se acuerdan esas preferencias a los koljoses “porque ellos representan la única vía por la cual todos los campesinos pueden verdaderamente

⁵ Medida de peso utilizada durante el Imperio Ruso. Abolida por la USSR en 1924 aunque siguió siendo popular hasta los años 40. 1 pud equivale aproximadamente a 16.36 kilos o 36.11 libras.

mejorar sus condiciones de vida y de trabajo”. He dicho ya que la ley misma comenta y explica el por qué de cada disposición. Se puede decir que más que un Código, el de 1928, es un catecismo.

No menos radical y pedagógica es la parte que concierne a los kulaks. El nuevo Código permite todavía el arrendamiento de una manera muy limitada, pero el kulak no puede utilizarlo; se confiscaría inmediatamente la tierra que tratara de alquilar. Lo mismo para el trabajo asalariado. El trabajo asalariado es admitido aún, pero con medidas tan severas que seguramente no es practicado más que en muy pocos casos. El kulak es desterrado de la sociedad de la tierra y es casi totalmente alejado de todo contacto con los otros campesinos. La lucha en su contra ha llegado a ser más encarnizada por su exclusión de todo crédito y de toda otra rama de la cooperación. Se procede con él como con un verdadero enemigo. Todo campesino debe saberlo. El toque de zafarrancho no tardará en sonar.

La Revolución es como el gran río que desciende de altas y puras fuentes, se expande e inunda con sus aguas bienhechoras las tierras sedientas. Arrastra en su curso escoria y basura que levanta del fondo y que le forman como un dique. A menudo lo sobrepasa y lo vence elevando el nivel de sus aguas; pero a menudo se ve forzado a chocar contra el obstáculo, hasta el momento en que la violencia de la corriente lo derriba y lo rompe. Después su curso continua, más amplio, más seguro y más solemne.

El campo soviético no podía pasar a la colectivización sin chocar de esa manera con los despojos que la Revolución no había podido aún dispersar. El mujik, cuyos antiguos estigmas de miseria y de servidumbre habían desaparecido para el futuro; el joven trabajador de los campos que tendía con todo su ser hacia un nuevo sistema de vida y de trabajo debió constatar una vez más que sin lucha no se conquista nada. La lucha, que cuesta sacrificios y sangre, es la señal infalible de las grandes etapas de la Revolución en marcha.

LA GRAN CONQUISTA

Los acontecimientos económicos y políticos de estos últimos cinco años, se desarrollan todos en torno de dos hechos: la crisis progresiva y mortal del mundo capitalista; el impulso de una vida nueva y de un desenvolvimiento colosal en el mundo soviético. La antítesis está en la naturaleza misma de los dos regímenes.

El régimen capitalista tiende a dar el máximo de provecho de la producción a una clase restringida de explotadores; y este máximo no puede alcanzarse más que por una explotación siempre creciente de las masas trabajadoras, de los obreros y de los campesinos. En el régimen burgués la producción es la obra de las grandes masas, pero el provecho principal pertenece al capitalista. Esta contradicción profunda e irreductible actúa en el seno mismo del régimen burgués; creó, por una parte, la superproducción y la concentración de la riqueza y, por la otra, la subproducción y la miseria, cada vez más extendida.

El mundo soviético donde los medios de producción, la tierra, las fábricas, han sido sustraídas al capitalismo; donde el provecho de la producción no se divide de modo que la mayor parte sirva al enriquecimiento de las capas parásitas; donde, por el contrario, el provecho de la producción se destina al mejoramiento económico y social de las masas que lo producen, los obreros y los campesinos, allí no puede producirse más que el bienestar progresivo de la colectividad.

Es, pues, en la naturaleza orgánica del régimen capitalista, donde se deben buscar las causas de la crisis. Está en la estructura y en la vida del régimen soviético la inestabilidad de su progreso.

FRENTE A LA CRISIS CAPITALISTA

Hace seis años, la fortaleza más resistente y más sólida del capitalismo, América del Norte, comenzó a ceder y a agrietarse. Es la crisis que sobreviene y azota aún los países más industrializados y que arrastrará bien pronto a los países agrícolas. Y es precisamente entonces que el país de los Soviets acaba de cicatrizar las heridas profundas de la guerra europea y de la guerra civil y se presenta en el alba de una época de construcción fecunda y grandiosa.

Las masas obreras habían crecido en número y en capacidad productiva y ya habían realizado su experiencia las grandes fábricas surgidas en la época de la NEP. También las poblaciones agrícolas habían hecho progresos gigantescos en su evolución y el desenvolvimiento de la cooperación y de las empresas del Estado, aunque mediocre todavía si se le compara con los veinticinco millones de las pequeñas economías campesinas, indicaba el ritmo que la mayoría de la población agrícola iba sin duda a seguir. Era el momento en que el Estado proletario, después de los años de trabajo penoso y duro de la preparación, debía saltar hacia la realización del programa enunciado por la Revolución de Octubre.

Frente a un capitalismo que había realizado progresos extraordinarios en la industrias e impulsaba siempre adelante la industrialización aún en el cultivo de la tierra, el Estado soviético no podía permanecer como país de economía basada en una agricultura inferior y en una industria todavía más débil. Debía transformar rápidamente su base y erigir una industria moderna y potente que, naturalmente, debía llevar a una rápida industrialización agrícola. Esto era indispensable para la existencia del Estado proletario, contra el que la agudeza creciente de la crisis del mundo burgués iba a concentrar los esfuerzos de todos sus enemigos.

Pero la transformación económica del Estado Soviético se imponía aún fuera de aquel hecho. Por un lado, para el desenvolvimiento de la clase proletaria y para su mejor porvenir, por el otro, para la elevación del campo desde un sistema de cultivo insuficiente para las exigencias siempre mayores de la población, a un sistema de cultivo que debía permitir la explotación fecunda de los enormes recursos naturales y levantar cada vez más el nivel de la vida económica y general del campesinado. Transformar industrialmente el campo, significaba pues, levantar el nivel de existencia del campesino; significaba conservar, entre él y el obrero, aquella unidad que se había revelado tan fecunda en los años precedentes y hacerla inquebrantable. En conclusión esto significaba consolidar y acrecentar la potencia del Estado proletario por la unión y por el progreso continuo de toda la población trabajadora.

Una palabra todavía sobre este punto, para tener bien presentes ante los ojos las premisas que esclarecerán el curso ulterior, rápido e impetuoso, de los acontecimientos que condujeron a la conquista

total de la colectivización.

En los discursos y en los escritos de Lenin, del hombre que mejor que ningún otro había comprendido a los campesinos y había asumido ante la Historia la tarea de hacerlos salir de las miserables condiciones de vida y de trabajo en las que se encontraban por todas partes, se encuentran afirmaciones que tienen la claridad y la fuerza de órdenes. “Mientras el campesino —declaraba Lenin—, permanezca ligado a su pequeño lote, permanecerá también ligado a su fatiga enorme y a su miseria incurable. Le es imposible salir de su miseria por medio de la pequeña economía.” Tales son sus palabras.

Las riquezas del suelo en los países burgueses no pertenecen al campesino; son adquiridas y explotadas por el capitalismo. Pero también en el régimen que nacionalizó las tierras, solamente la industrialización agrícola, la introducción y el uso cada vez más extendido de los medios mecánicos, podían hacer entrar en la esfera de los terrenos productivos las amplias zonas incultas y aumentar el patrimonio productivo de la colectividad. “Si permanecemos en la pequeña economía agrícola, aún como ciudadanos libres sobre una tierra libre, no realizaremos ningún progreso.” Por eso, ya desde los años más ruinosos de la guerra civil, Lenin pensaba y elaboraba un plan de electrificación que debía vivificar regiones inmensas de la nueva Rusia y crear recursos incalculables para el desenvolvimiento de la industria y de la agricultura.

La explotación de los yacimientos de materias primas, en las que el territorio soviético es riquísimo, dará los medios necesarios para la creación de una vasta industria en manos de la masa proletaria. Y ésta, que había ya dirigido y ayudado las poblaciones agrícolas durante los años de la guerra civil y las había sostenido y guiado en el período de la reconstrucción agrícola, conseguirá ligarse todavía más con la masa campesina por la mecanización de la agricultura. Las pequeñas y pobres empresas campesinas desaparecerán y serán reemplazadas por la gran empresa colectivizada e industrializada. De esta manera, las relaciones entre el proletariado de la ciudad y del campo, entrarán en una nueva y más intensa fase, porque llegarán a ser verdaderamente relaciones de trabajo y de producción. Mientras que en el mundo burgués el capitalismo industrial se encuentra en una contradicción aguda de intereses con el capitalismo agrícola, en el mundo soviético, el progreso de la industria y el de la agricultura se unirán en interés de toda la colectividad, creando una fuente de prosperidad común e inextinguible.

EL PLAN QUINQUENAL

Era en torno de estos principios y para llegar a su realización, que se acentuaban las discusiones en las reuniones y en la prensa soviética. El XIV y XV Congresos del Partido Comunista de la Unión Soviética, en 1925 y en 1927, los hicieron objeto de una discusión documentada.

El Estado soviético había constituido un organismo poderoso, el Gosplan, que fijaba con una precisión científica los alcances de la producción general, y trazaba, cada año, las perspectivas del año siguiente. Pero había llegado la hora de recoger todas las experiencias, los estudios y las búsquedas realizadas, los frutos mismos de la evolución alcanzada por las masas proletarias y campesinas.

He aquí la grandiosa obra del Plan Quinquenal, es decir, del programa preciso y concreto de construcción económica y social, que debía ser realizado de 1929 a 1933. Este plan no era una deliberación improvisada por los órganos dirigentes del Estado soviético, sino la continuación y la realización lógica de las ideas que lo habían animado en su origen.

Era el resultado de la colaboración real y convencida de todas las fuerzas vivientes del país, intelectuales, obreras, campesinas, de las instituciones de base y de los organismos centrales.

¿Qué significan estas palabras?, debe preguntarse el lector. Y comprendo porqué.

En el mundo burgués el obrero no tiene ninguna inclinación a interesarse por lo que hace el capitalista; que agrande y que mejore su industria o no, le es indiferente. Sabe que su suerte no cambiará y que si cambia será para empeorar. La fábrica le resulta extranjera. La soporta, para vivir, pero lo más frecuentemente, la odia. La situación no es más feliz para el campesino, quien, en los países burgueses, es todavía más miserable. No hace otra cosa más que vigilar, día y noche, su lote de terreno, que riega con el sudor de su frente, y no consigue progresar. Todo cuanto el capitalismo agrícola organiza y realiza para aumentar su provecho, el campesino lo observa de lejos y lo teme como a enemigo. Tarde o temprano, el egoísmo del capitalista conseguirá devorar también su tierra.

En semejante situación comprendo que se deben abrir los ojos bien grandes leyendo que en la Rusia

revolucionaria por el contrario, el Plan Quinquenal, es decir, el proyecto más colosal que se haya hecho jamás para la transformación de un gran país, surgiera de la colaboración del proletariado, de los campesinos más evolucionados y de sus instituciones. ¿Dónde había conseguido la fuerza de elevarse a cálculos que no eran ya los del miserable salario y del pobre presupuesto de una explotación campesina, sino que abrazaban todo el desenvolvimiento de la industria y de una gran empresa agrícola?

La respuesta es simple. La fábrica no es ya extraña para el obrero, la gran empresa agrícola no lo es tampoco para el campesino. Una y otra les pertenecen.

El obrero soviético pudo comprender rápidamente que al progreso de la industria correspondía un paralelo mejoramiento de su existencia; se sintió, pues, impulsado a estudiar su desenvolvimiento. El campesino que tenía ante sus ojos el ejemplo de los koljoses y de los sovjoses capaces de extender el cultivo hasta amplias zonas antaño infecundas, de producir con más intensidad y con menos trabajo en comparación a la pequeña empresa, se sentía naturalmente impulsado a hacer suyos los proyectos de la industrialización agrícola.

Así, salieron de las fábricas proposiciones de ampliación de construcciones nuevas y de perfeccionamientos. De los koljoses y de las organizaciones campesinas surgieron los proyectos de la transformación de la campaña, por medio de máquinas, tractores, abonos, saneamientos. Las grandes cifras llegaron a ser familiares al obrero, y de los campos como en el mundo burgués lo son al capitalista, quien, ciertamente, no es ni más inteligente ni más emprendedor. Y estas grandes cifras correspondiendo a la visión del desenvolvimiento gigantesco que la industria y la agricultura soviéticas deberían alcanzar, elaboradas, perfeccionadas, armonizadas ambas, se tradujeron en el gran Plan Quinquenal del cual un sabio, que debía llegar a ser Comisario del pueblo, pudo escribir que era la obra nueva y admirable de toda la colectividad regenerada por la Revolución de Octubre.

Este Plan se apoya sobre el pivote de una fortísima colocación de capitales de la que la Unión de los Soviets se había ya hecho capaz y que debía triplicar la cifra representada por las colocaciones efectuadas en los cinco años precedentes.

De la suma gigantesca de sesenta y cinco billones de rublos, la parte relativa a la industria debía ser cuadruplicada, pasando de cuatro billones a dieciséis billones, y la parte a colocar en la agricultura debía pasar de trece billones a más de veintitrés billones de rublos.

Ante todo pues, la industria extractora para la producción de las materias primas y la industria eléctrica, en seguida la industria pesada, que debe proporcionar los medios para la producción. La industria ligera que provee al consumo debía hacer lugar en primera línea a la parte mecánica, química, constructiva, etc. De estos medios de producción proporcionados por la industria pesada, la mayor parte, máquinas, tractores, abonos químicos, instalaciones eléctricas, debía ser empleada en el campo. Al mismo tiempo, sumas igualmente gigantescas debían ser destinadas a obras de saneamiento, de irrigación, de desmonte, para el aumento del capital zootécnico, para la creación de instituciones agrarias, en fin, para agrandar todas las bases de una industrialización agrícola sólida y potente.

Por ejemplo, sólo para la mecánica agrícola, el programa del Plan disponía inmediatamente de ciento ochenta millones de rublos para acabar las fábricas de Rostof, para construir otras en Ucrania y para otra fábrica de máquinas en Omsk. Pero además de esto, concretaba y financiaba el proyecto para la realización de una instalación de las famosas fábricas Putilof en Leningrado para dar una producción anual de diez mil a veinte mil tractores.

Al mismo tiempo el Comité Ejecutivo Central y el Consejo de la Unión, aprobaban la construcción de dos colosos más en el Ural y en Ucrania para tractores de quince, veinte y cincuenta H.P., de manera que en poco más de dos años, el Estado Soviético debía pasar, en cuanto a tractores, casi a la vanguardia de todos los países del Mundo.

EL CAMPESINO MEDIO

Yo estaba lejos de la Unión Soviética cuando se publicó ese Plan, que tiene algo de fantástico en su grandiosidad, y que desde los cálculos severos de la preparación venía a luz para concretarse en la realidad. La prensa burguesa de todos los países se vio obligada a hablar del entusiasmo con que las masas obreras y campesinas lo acogieron. Moscú, las ciudades industriales, las aldeas, se adornaron de banderas rojas y toda la atmósfera pareció entonces inflamada y purpura. Naturalmente la misma prensa habiéndose habituado a escribir que todo lo que pasa en el mundo soviético es artificial, trató inmediatamente de burlarse de las razones de este entusiasmo. En cuanto a mí, inmediatamente lo explico

al contrario perfectamente.

Yo no hablo del obrero que debía sentirse transportado hacia años de vida y de trabajo llenos de atractivos, porque él hubiera sido el primero en ver y gozar de esta transformación industrial que, expandiendo la riqueza en el país debía llevarlo a un nivel superior de prosperidad en interés de todos los trabajadores. Hablo del campesino; e imagino lo que debió pasar en el campo cuando la masa campesina se dio cuenta de que un flujo tan potente y tan nuevo de energía iba a expandirse en esas inmensas extensiones de tierras incultas, para cambiar su aspecto y desvanecer su triste recuerdo.

El campesino pobre, es decir, el campesino que veía todavía su lote de tierra falto de medios para llegar a ser productivo, pese a la ayuda de la cooperación y del Estado, y que debía trabajar a menudo como asalariado en casa de otros campesinos para ganar lo indispensable para su vida, era llevado por esta realidad a desear y envidiar la granja colectiva. Esperaba sólo el momento de poder formar parte de ella. La nueva, pues, del Plan que destinaba a la campaña billones de rublos en máquinas, en trabajos de saneamiento, en aumento de capital zootécnico, precisamente para salir al encuentro del deseo y de la necesidad del campesino más pobre y conducirlo hacia la gran empresa agrícola, debió haber brillado a sus ojos con el mismo encanto que el decreto histórico que nacionalizaba las tierras, y las afectaba para su utilización por todos aquéllos que las hubiesen trabajado.

Pero el campesino pobre no representaba la mayoría de la población agrícola. Diez años después de la Revolución de Octubre, gracias a los esfuerzos sobrehumanos cumplidos por el Estado para elevar la suerte de las masas agrícolas, su más fuerte núcleo estaba representado por el campesino medio, quien, según el Plan, constituía el 60% de la población rural. El campesino medio, sea por el número, sea por el hecho de que disponía de la mayor parte de los capitales mobiliarios en ganado y útiles, sea porque tenía la experiencia de un trabajo continuado de muchos años en su granja, era uno de los elementos más interesantes de la campaña para el desenvolvimiento de la colectivización. Si no se hubiera ganado al campesino medio para la idea de esta gigantesca transformación, su realización hubiera sido casi imposible.

He aquí un punto en el que la doctrina y la táctica del Estado Soviético iban a ser puestas a prueba. El campesino medio, aún en el régimen capitalista, constituye la masa sobre la que recae toda la atención.

El régimen capitalista que ha dividido una parte de la tierra y ha formado pequeños agricultores, ha hecho esto sobre todo con el objeto de tener un muro de defensa contra los asaltos de los campesinos pobres, de los sin tierra y de la clase proletaria. Todo régimen capitalista, aunque explote al campesino medio hasta su último aliento, trata de tenerlo ligado a su suerte y en sus propias organizaciones económicas y políticas. Es del campesino medio que saldrá el campesino rico, avaro y especulador. Pero la mentalidad que el régimen capitalista ha formado cuidadosamente en el campesino medio, haciéndolo extraño y hostil al campesino pobre y al proletario, lo mantuvo y lo mantiene todavía casi en todas partes ligado y esclavizado al gran propietario y al campesino rico, aunque lo marquen en carne viva con la garra de su rapacidad.

Naturalmente toda la línea política del Estado Soviético va en sentido contrario a la táctica seguida por el régimen capitalista. Mientras que se formaba y se multiplicaba el campesino medio, es decir, el que vive de su granja trabajada sobre todo por sí mismo y por su propia familia, se desenvolvía también en una medida siempre creciente la directiva política que debía separar al campesino del kulak y que debía rápidamente aproximarlos y unirlos a la masa de los campesinos medios puestos como dirigentes en la cooperación y en los Soviets. Esta unión debía hacer más difícil y casi imposible al campesino medio la cristalización de una mentalidad hostil al campesino pobre, y debía formar con unos y con otros una masa dispuesta y pronta a seguir la obra del Estado con simpatía y entusiasmo. Con su gran sabiduría Lenin había dicho: “Diez o veinte años de relaciones justas con los campesinos, y la victoria está asegurada...”

Un poco más de diez años bastaron para demostrar en la Unión Soviética que estas justas relaciones, a través de dificultades y de peligros inexpresables habían sido admirablemente realizadas. Quienes fueron de opinión contraria, habían previsto que los campesinos medios, es decir, la mayoría de la población agrícola, debían ser hostiles a la realización del Plan que proyectaba la liquidación de la pequeña empresa rural. Por el contrario el campesino medio la acogió con una convicción y un entusiasmo no menos grandes que los del campesino pobre.

Su preparación y su madurez se habían efectuado casi imperceptiblemente. De las dos tendencias del campesino, o para servirse de la neta expresión de Lenin de “las dos almas” que hay en él, —la de propietario que lo retiene atado a un magro lote de terreno al precio de todos los sacrificios y que lo vuelve avaro, especulador y traficante: y la de trabajador por la que se ve impulsado a orientarse hacia las

luchas y las conquistas del proletariado—, la obra del Estado Soviético había concentrado todos sus esfuerzos para el desenvolvimiento de esta última, con la sabia perseverancia del herrero que forja el metal incandescente.

Es por ello que en las regiones más avanzadas desde el punto de vista de la técnica y de la organización, tales como Ucrania, el bajo y medio Volga, el Norte caucásico, partió de los campesinos medios, al anuncio del Plan Quinquenal, el impulso más fuerte para proceder a la constitución de nuevos koljoses, especialmente bajo la forma de “artel”, en forma de preparar las grandes empresas para la utilización inmediata de los medios que el Plan les había destinado.

Así se explica porqué, mientras que la estadística de las pequeñas empresas agrícolas, unidas en asociaciones colectivas es de 286.000 en 1927 y se eleva a 590.000 en 1928, después del anuncio del Plan y de la repercusión profunda y vasta que tuvo entre los campesinos pobres y medios, el número de las empresas individuales que se fundieron en koljoses se haya inmediatamente quintuplicado y haya subido a dos millones ciento treinta mil.

Con el pasaje del campesino medio a la colectivización de las campañas soviéticas, comenzaba, pues, un gran acontecimiento social. El campesino medio, presa codiciada por el kulak y el gran propietario en los regímenes capitalistas, se ligó en la más íntima solidaridad con el campesino pobre y se enroló en el Estado proletario. Se preparaba a abandonar su lote de tierra y sus capitales para transmitirlos y fundirlos en la gran empresa en la que debía asociar su trabajo al de los campesinos menos dotados para aprovechar con ellos de las ventajas de la empresa industrializada, potentemente apoyada por el Estado. Iba, pues, a llegar a ser una de las palancas más importantes para el éxito de la colectivización.

LA LUCHA CONTRA LOS KULAKS

Se debe prestar una gran atención a este hecho, porque el campesino que vive en las nieblas de un mundo agrícola completamente diferente, donde comienza apenas a formarse en el campesinado medio, bajo la presión de la miseria, la conciencia de que su deber y su verdadero interés están en solidarizarse con las masas de los campesinos pobres contra los grandes propietarios y contra los kulaks, no podrá comprender totalmente lo que pasa en la nueva Rusia hacia la segunda mitad de 1929 y en los primeros meses del año siguiente. Además la prensa burguesa trató de dar solamente un eco alterado y falso de esta página de historia. Son los meses largos y ásperos de la lucha, de una lucha cruel, a menudo feroz y sangrienta, que los kulaks entablaron en los campos soviéticos y a la que respondió una acción vasta y enérgica que, en algunas regiones donde la colectivización se había extendido ampliamente debía llevar a la liquidación total de esta clase de campesinos enriquecidos.

La conducta del campesino medio, favorable y decidida a la colectivización, aisló definitivamente al kulak. Este último entrevió su fin próximo por una razón evidente de orden técnico: no se podía constituir la gran empresa agrícola sobre el tipo del “artel”, asociando las granjas de muchos campesinos para formar el plan de una empresa industrializada, si se dejaban vivir entre ellos las granjas de los kulaks. Además el elemento de explotación en los empréstitos, el comercio, el trabajo, hubiera escapado siempre al kulak. Pero este especulador sórdido, que había obrado sigilosamente, deslizándose entre las leyes que lo herían, no se resignó a su destino, a su castigo. Tentó la ofensiva y las instituciones cooperativas. Los koljoses que para él representaban la trinchera enemiga, fueron su blanco.

Durante mi estancia en las aldeas soviéticas en el estío de 1930, me enteré directamente por los paisanos colectivizados de cómo el kulak había sido feroz y agresivo contra ellos, cuando en grupos, aún los campesinos medios se dirigían entusiastas hacia la colectivización. El kulak quemó sus casas; envenenó las aguas para matar el ganado; atacó a los dirigentes del movimiento colectivista yendo hasta el asesinato.

“¡Exageraciones, invenciones!” Con estas palabras la prensa anti-soviética acompañaba su crónica, siempre alterada, de los episodios. Pero estoy seguro de estar en lo cierto cuando afirmo que, si yo no hubiera sabido de boca misma de los campesinos la verdad de los hechos, probando el encarnizamiento bestial con el que los kulaks respondieron a la propagación en los campos de la idea colectivista, lo hubiera comprendido igual. Me hubiera asombrado de que hubiera sido de otro modo. Porque lo he visto en mi país, lo he constatado en los campos donde con los campesinos pobres y los asalariados he luchado contra el fascismo; el ser más vil y más violento de la lucha fascista, ha sido precisamente el campesino enriquecido.

Este miserable se complacía en herir, en asesinar, en destruir las instituciones de la cooperación campesina; en herir a los dirigentes en sus intereses, en su existencia. El elemento más criminal de las bandas fascistas, que el gran propietario y el gran industrial subvencionaban con la protección del Estado, estaba formado por esta burguesía rural, venida de la capa campesina, y crecida en riqueza y en potencia solamente por la explotación del trabajo ajeno, por el fraude, por la usura.

La prensa capitalista, como siempre, también en mi país negaba las hazañas de estos miserables y ocultaba la responsabilidad de tantos crímenes contra las poblaciones pobres de la campaña; de igual modo acusó al Estado soviético de exagerar el alcance de la resistencia y de la lucha de los kulaks contra la colectivización para sacar de ello pretexto de medidas radicales que los hirieran y liquidaran para siempre. Y estos diarios burgueses entonaron lamentaciones lacrimosas contra la persecución bolchevique. Sobre este punto también es muy diferente.

El Estado soviético ha procedido por etapas y progresivamente en su lucha contra el kulak: de la comprensión y del rechazo hasta su liquidación como clase. Aún después del anuncio del Plan, cuando en los campos se desenvolvía un intenso movimiento campesino favorable a la colectivización, no abandonó su idea de apretar, de restringir cada vez más la esfera de acción y de influencia del kulak, sin pasar por esto a medidas de orden administrativo y político, que tendieran a destruir bruscamente esta clase de parásitos y de enemigos. El kulak debía ser definitivamente vencido cuando la colectivización hubiera alcanzado la fuerza y la amplitud necesarias para eliminarlo, sin ningún peligro para el ciclo de la producción agrícola.

El Estado soviético no obra por impulso de venganza, sino según las exigencias del interés colectivo.

DOS LEYES DE 1929

Hay dos leyes de la primera mitad de 1929, que, a este propósito, merecen ser conocidas. Una de ellas estableció quién era verdaderamente el kulak; esto con el objeto evidente de impedir que los organismos administrativos y agrícolas especialmente en las aldeas, pudieran caer en el error de considerar como kulaks a campesinos que no lo fueran.

En los países de la Europa occidental, donde el progreso agrícola ha hecho posible el cultivo familiar de veinte o treinta hectáreas con sistema intensivo, se ha extendido la convicción de que en la nueva Rusia las características determinantes de si un campesino pertenecía o no a la categoría de los kulaks era precisamente la extensión de terreno de que disponía y el capital empleado en su granja. Esta falsa convicción es alentada todavía hoy por la prensa burguesa, a fin de excitar la aversión de los campesinos menos pobres contra la experiencia colectivista de las campañas soviéticas. No. Con mucha discreción un decreto del Comité Ejecutivo Central de mayo de 1929, fijaba en términos muy distintos las características que debían distinguir al kulak. No atacan a ninguna familia campesina porque sea acomodada y sólida en su economía, sino que hieren al kulak por una razón bien diferente y de naturaleza profundamente moral y social.

El kulak es aquél que quiere vivir explotando constantemente el trabajo y la fatiga ajenas. La ley concreta desde un principio tres circunstancias que suponen inevitablemente esta explotación por el campesino enriquecido. Quedan indicadas: por la posesión de instalaciones e instrumentos para una industria accesoria, como molinos, fabricación de conservas, de aceite, etc.; por la posesión de máquinas agrícolas que alquila a otros campesinos mediante cierto interés; por la posesión de una granja provista de un número de locales superior a sus necesidades, de manera que puede ceder una parte en locación mediante el pago de un alquiler. Esta enunciación de la ley soviética es taxativa; pero es claro que su valor consiste en que pone de manifiesto que el campesino enriquecido, en cada uno de estos casos, trata de ganar fuera de su trabajo y especulando sobre el sacrificio y la labor de otro.

He aquí lo que caracteriza al terrateniente, y lo que el campesino trabajador de cada país debe reconocer como algo mortal que se enrosca en torno de su vida sangrándola y tornándola estéril. Una última disposición de la ley soviética, pone todavía más al descubierto esta naturaleza parasitaria y venenosa del campesino enriquecido. Esta definió, sin más, como una empresa de kulak, aquélla cuyos miembros practiquen el comercio, la usura, o bien tengan otras rentas que no provengan de su trabajo. En este número están comprendidos igualmente los ministros de cualquier culto. A este respecto, es necesario recordar que aun los ministros del culto pedían ser incluidos en las asignaciones de tierra, una vez satisfechas las demandas de los campesinos. En efecto en casi todas las aldeas el pope tenía terreno

para cultivar; pero esto le sirvió en la mayoría de los casos para solidarizarse con el kulak, cuya suerte hubiera debido seguir.

Mientras que por medio de esta ley el Estado soviético intervenía para evitar en los campos el peligro de que se considerara como kulaks a quienes no tenían ni sus características ni sus defectos, por otra ley sometía a una última prueba el “alma” de especulador del campesino enriquecido. He indicado ya cómo desde el comienzo de la NEP severas disposiciones habían sido tomadas para impedir los abusos en los casos de locación y de contrato de mano obra asalariada, tolerados por el Código Agrario de 1922. Estas disposiciones llegaron a ser cada vez más severas contra los kulaks, para quienes, por el Código de 1928, el arrendamiento eventual de la tierra estaba sancionado por su confiscación inmediata. Sin embargo, el kulak podía aún contratar mano de obra asalariada.

Una ley del mes de febrero de 1929, trataba de medir hasta qué punto podía llegar el campesino enriquecido, ya sujeto por fuertes impuestos, ya eliminado de toda ventaja de la cooperación, y pese a todo, resiste aún y tenaz en su actividad de explotador. Esta ley le permitía aún contratar mano de obra asalariada, pero le sometía a tales cargas y a condiciones tan severas, que aún sin salir de la esfera de la justicia, este contrato era casi imposible.

Para el kulak el campesino asalariado contratado debe ser considerado como el obrero, y sus salarios, horas de trabajo, seguros sociales, vacaciones, indemnizaciones, reglamentados exactamente según el Código del Trabajo.

La ley dice: “Los kulaks practican una industria, deben pues, responder del campesino que trabaja para ellos, como el Estado Soviético responde de los obreros de las industrias del Estado.” Ley orgánica, ley muy moral, que penetró como las banderillas del torero en el cuero del animal, convertido ya en feroz a la vista de la bandera roja. El kulak, con todos sus aliados y especialmente el pope, había leído en esas dos leyes que le herían y lo aniquilaban su sentencia de muerte. Y como el animal, apuntó los cuernos para una lucha final desesperada.

LA EVICCIÓN DEL KULAK

Algunos meses después, el Estado soviético se veía obligado a lanzar un decreto “para ayudar a las personas y a las empresas que habían sido objeto de la violencia de los kulaks”. Es el documento que proclama la verdad sobre esta etapa de la gran batalla de las poblaciones agrícolas de la Rusia soviética para liberar sus campos de los desechos del capitalismo agrario y hacerlos entrar en la nueva era de la colectivización.

En esta fase, el Estado no había intervenido todavía con toda la potencia y con toda la fuerza de su autoridad. Perseverando en la equidad de su directiva, desde el anuncio del Plan Quinquenal había multiplicado sus esfuerzos a fin de que su realización en el dominio agrícola e industrial fuera completa; a fin de que los cálculos mismos del Plan, aunque gigantescos, fueran sobrepasados. Las masas obreras, juntamente con las masas campesinas, habían ayudado la obra del Estado con una pasión y un impulso indomables.

Los resultados de los años 1928-29 y 1930, consiguieron en conjunto sobrepasar todas las previsiones. La colocación de capitales en el renglón socializado de la economía soviética, comprendiendo en él los capitales colocados en los sovjoses y en los koljoses, que se había previsto como de 12,6 billones de rublos, subían por el contrario, a 13,8 billones. La producción en bruto de la industria comprendida en el Plan, (industria pesada e industria ligera), planeada en 29,5 billones, subía ella también a 30,5 billones de rublos. Toda la parte agrícola, máquinas, abonos, semillas, ganado, sobrepasaba considerablemente toda perspectiva. Por ello la superficie sembrada que había sido calculada para esos dos años en 239 millones de hectáreas, pasaba a 245,8 millones; y la producción de cereales de 222,2 millones de quintales a 267,3 millones. En algunas regiones productoras de trigo donde se habían concentrado más la atención y el trabajo de los organismos del Estado y de las masas campesinas para resolver el gran problema del pan, paralelamente a ese flujo de fuerzas financieras y mecánicas, desbordaba el de los campesinos pobres y medios en marcha hacia la colectivización. La hora histórica de la liquidación del kulak como clase iba bien pronto a sonar.

A las masas campesinas que la habían preparado, haciendo frente al ataque de los kulaks y rechazando sus asaltos al precio de su sangre, la ley soviética del 16 de noviembre de 1929 daba el testimonio de la solidaridad concreta y generosa del Estado proletario. He aquí el artículo 1º: “En caso de mutilación y de muerte causadas por la violencia de los kulaks, las víctimas y sus familias serán

protegidas de esta manera: si la víctima estaba asegurada en seguros sociales, la caja acordará la pensión más considerable; si la víctima no estaba asegurada, la pensión será acordada bajo forma de asistencia social en las mismas medidas superiores ya reconocidas a quien combate a los contrarrevolucionarios.”

Otros artículos garantizaban la protección absoluta para los hijos de los mutilados o asesinados por los kulaks y todos los privilegios de asistencia a las escuelas primarias, a los institutos técnicos y universitarios. El artículo 7º, dice: “Si los kulaks han dañado o destruido los bienes de una empresa colectiva o de una persona que ha luchado contra la clase de los kulaks, los “Sosstrakh” (seguros del Estado), los indemnizará enteramente de sus pérdidas”.

La ley del 16 de noviembre de 1929, tiene diez artículos, vibrantes de la pasión con que Lenin escribía las disposiciones del Estado para socorrer a las víctimas de la guerra civil. En el texto mismo de los artículos se recuerda la resistencia y el heroísmo desplegados en esos años trágicos por las masas obreras y campesinas. La batalla contra el kulak no fue, en efecto, más que un complemento.

Algunos meses después de la publicación de la ley para el sostén de las víctimas del kulak, un decreto del Estado venía a coronarla. Por este último el Estado abandonaba la línea política de rechazo, es decir, de presión continua contra el kulak, que había durado años, para tomar la responsabilidad política de la liquidación definitiva de esta clase pérfidamente enemiga a partir de las regiones donde la colectivización había congregado tal mayoría de la población agrícola que se la podía considerar como total. Es el decreto del mes de febrero de 1930 el que trata precisamente de las medidas aptas para la consolidación de la construcción socialista en las regiones totalmente colectivizadas, y de la lucha contra los kulaks. Los dos términos se conservan ligados porque ambos se integran.

El decreto, breve y claro, es verdaderamente histórico. Anula la ley que había permitido y tolerado el contratar mano de obra asalariada, y fija la regla absoluta de que en las regiones de sistema agrícola colectivista, todo arrendamiento de tierra y contrato de mano de obra son abolidos para siempre. Además da plenos poderes a las autoridades locales de estas regiones colectivizadas a fin de que tomen todas las disposiciones necesarias para la liquidación definitiva de los kulaks, comprendida en esto la confiscación total de sus bienes y su expulsión de la región.

El Estado soviético afirmaba de esta manera que había llegado el momento en el que, por todas partes, donde las masas campesinas hubieran continuado su desenvolvimiento hasta pasar compactas y decididas a la forma superior, del punto de vista social y técnico, de la agricultura colectivizada, se cumplía el más grande paso adelante dado desde la Revolución de Octubre. El Estado soviético colocaba entre sus tareas principales la de alejar de esas tierras hasta el más lejano recuerdo del sometimiento del campesino a la dominación y a la opresión del capitalista. Los ojos del campesino colectivista debían posar allí su mirada amplia y serena como en el alba tranquila de una primavera soleada.

Así la verdad de esta última fase de la batalla contra los reductos del capitalismo agrario, en una parte tan extensa de las campañas soviéticas, no fue y no podía ser verídicamente reflejada por la prensa burguesa. Esta se escandalizó de las disposiciones tomadas por Moscú, que confiscaban los bienes de los kulaks y deportaban también muchos miles de ellos a las tierras más lejanas, donde para vivir deberían trabajar como todos los demás campesinos. Esta conducta legítima y generosa del Estado soviético hacia adversarios implacables de las masas obreras y campesinas, contra las cuales no habían vacilado en desatar una lucha sangrienta, fue pintada con los colores más feroces de la tiranía y de la persecución.

Nadie se escandalizó en la prensa capitalista del número mucho más considerable de campesinos a quienes el hambre y la miseria, provocados por la opresión del régimen político de su país, obligaban a emigrar de sus aldeas, para buscar un abrigo y un refugio en otra tierra, casi siempre avara y madrastra. Y mientras que es la crónica del día, de hoy mismo, de cada hora, el terror por medio del cual se responde a la miseria que no pide más que trabajo y pan a gobiernos representantes de la violencia, todo este terror, el más fanático y el más cruel, se le encontró en la Rusia de la colectivización, en esas jornadas en que las campañas se depuraban de los elementos que Lenin había justamente definido como “los explotadores más brutales y más feroces”.

EL OCTUBRE DE LOS CAMPESINOS COLECTIVISTAS

Durante mi estancia en el estío de 1930, me proponía tratar de conocer la verdad sobre la lucha que se desarrolló especialmente en las regiones totalmente colectivizadas. ¿Por qué medios y por qué métodos se había efectuado la confiscación de los bienes de los kulaks? ¿En general, cuál había sido su suerte? En muchas aldeas he examinado, en el Soviet local, documentos sobre la liquidación de esta clase

de campesinos enriquecidos. Resumo el resultado de estas búsquedas con el recuerdo bien preciso de lo que supe en Nova-Alexandrovka, una encantadora aldea de Ucrania que, como lo indica su nombre, había sido enteramente reconstruida, y donde casi la totalidad de la población rural se hallaba englobada en el koljós.

Este artel, que se había dado el nombre simbólico de “Faro”, había unido muchos centenares de economías individuales de campesinos pobres y medios. Todos sus capitales muebles, útiles, animales de trabajo, habían sido colectivizados. El desenvolvimiento de la empresa, sea en el abono de las tierras incultas, sea en la intensificación de los cultivos, se desplegaba con un ritmo cada vez más acelerado, entre la armonía fecunda de todos los campesinos. Fuera del artel quedaban, primeramente en una hostilidad sombría y oculta, en seguida en una actividad abierta y peligrosa, treinta y dos empresas de kulaks, que habían ejercido los años precedentes sobre muchos de los campesinos de la aldea, una influencia sórdida, ligándolos a ellos por el pequeño préstamo usurero y el trabajo asalariado.

Cuando fueron conocidas las directivas del Gobierno soviético de comenzar la liquidación del kulak, los campesinos de la Sociedad se reunieron, examinaron la situación de cada uno de sus kulaks y su obra, y decidieron proponer al Soviet la confiscación total e inmediata de las 32 empresas, dejándole el cuidado de decidir acerca de la suerte de los expropiadores. El Soviet convocó a todos los electores de la aldea, y la proposición de la Sociedad fue aceptada por unanimidad. Además de esto, se decidió no expulsar a los kulaks de los alrededores sino concederles una hectárea de tierra por cada cultivador, hectárea separada y alejada de las tierras del koljós a fin de que el kulak ensayara vivir de su propio trabajo. Se eligió una comisión para que ejecutara esta decisión; y al día siguiente, casi solemnemente, toda la población se dirigía hacia las granjas que serían confiscadas para tomar posesión de ellas y transmitir todos los bienes de los kulaks al artel.

Uno de los jefes de éste, un campesino medio, concluía su relato diciéndome: “¡Hace mucho que esperábamos esta hora! El kulak nos recordaba constantemente con su figura y su obra dañinas a ese gran propietario que la Revolución de Octubre hizo desaparecer para siempre. Él también debía desaparecer como clase de explotadores y de enemigos. Su liquidación es el Octubre de los campesinos colectivistas”.

¡Octubre colectivista! He aquí dos palabras que lo explican todo. No ocultan, sino por el contrario, muestran, que este movimiento de masas agrícolas no podía únicamente mecanizarse en la ejecución de las disposiciones administrativas tomadas por los organismos competentes del Estado, puesto que surgió naturalmente de los cimientos del alma popular, y traducía la pasión y el ardor, la impetuosidad inevitable y el odio contenido durante largos años. Quien conoce las agitaciones de las poblaciones rurales en los momentos culminantes de su fiebre, puede comprender bien y explicar lo que fue esta fase de la batalla campesina soviética contra el kulak.

Pero quiero decir aquí otra cosa. Pude constatar también interrogándolos y discutiendo sobre este hecho con los campesinos soviéticos que otro elemento obraba sobre su pasión y los impulsaba a la lucha. Se habían dado cuenta de que el kulak, contra el cual se dirigían todos, tenía aliados potentes, tenía todas las fuerzas del capitalismo que del otro lado de la frontera soviética se solidarizaba con él.

El comienzo de la liquidación del kulak como clase coincidía en efecto, con una gran ofensiva que el mundo burgués reemprendía contra la Unión Soviética encendiendo de nuevo el fuego de la guerra. La Iglesia de Roma comenzaba su “cruzada” denunciando las persecuciones y la tiranía del régimen soviético, fingiendo ignorar que el pope deportado no era el ministro del culto castigado por su función religiosa, sino el sostén de los kulaks y a menudo su agitador que acababa de ser eliminado de las campañas inflamadas por una vida nueva. Al mismo tiempo comenzaba la campaña de la burguesía agraria, temblando entre los torbellinos de una crisis irremediable, y acusando al Estado soviético como culpable de lanzar sobre el mercado europeo grandes cantidades de trigo por debajo de su precio de reventa, causando así la caída de un producto de semejante importancia; mientras que se sabe muy bien que la Unión soviética exportaba en 1929-30 una cantidad de trigo inferior en un tercio a la de los últimos años de antes de la guerra y que la caída de los precios en el mercado mundial del trigo, estaba ya muy avanzada antes del recomienzo de la exportación del trigo soviético. Desde los contrarrevolucionarios blancos hasta la Segunda Internacional, todo el ejército enemigo de la Revolución de Octubre marchaba inventando una crónica de “trabajo forzado” en las fábricas y en las tierras donde el obrero y el campesino eran y son los árbitros absolutos de su trabajo. Era la reofensiva encarnizada, feroz, de la preparación de la guerra, para quebrar la Unión en su arranque de progresiva y victoriosa construcción económica y social.

En los campos soviéticos no se ignoraba esto. Vibraba en el aire el eco potente de esta intensa preparación de la guerra. El kulak al mismo tiempo que sufría los golpes que le expropiaban sus bienes y

lo aplastaban como clase, respondía cínicamente a los campesinos colectivizados que la hora de su revancha estaba próxima. Me era casi imposible plantear una cuestión a esos campesinos sin que se me interrumpiera para preguntarme: “¿Qué piensa usted de la “cruzada” del Vaticano contra nuestro país? ¿Cree que el mundo imperialista desencadenará la guerra para derribarnos y aplastarnos?”

El campesino colectivista no se engañaba al ligar la ofensiva armada con la que le amenazaban las fuerzas coaligadas del capitalismo a la obra que estaba cumpliendo en sus tierras. Debía librarlas del último y más tenaz aliado del capitalismo, a fin de que ellas pudieran transformarse y fecundarse seguramente al ritmo de la colectivización. ¿Por qué, pues, asombrarse de que tratara al kulak como a enemigo? ¿Si en la pasión de su defensa, no ha hecho sutilezas alrededor de los términos de la ley para aniquilarlo? ¿Si empujado por la necesidad de responder a esta ofensiva del mundo anti-soviético por una marcha vehemente de las masas hacia la colectivización, arrastró también a ella a elementos no preparados, olvidando así las directivas del Estado?

TRES DOCUMENTOS

Yo no me detendría sobre este último punto, de la fluctuación de muchos miles de granjas individuales que hacia el fin de 1929 y en los primeros meses del año siguiente, entraron en los koljoses y salieron de ellos, si este hecho no me proporcionara la ocasión de hacer una observación que me parece importante. No existe en el mundo entero un sólo régimen, un sólo país, donde cada acción quede sometida con tanta dureza, al análisis y a la crítica abierta e implacable. La prensa burguesa repitiendo a menudo que se oculta y se sustrae al conocimiento público lo que pasa en la Unión Soviética, afirma exactamente lo contrario de la verdad. La autocrítica, es decir, el examen de todo acontecimiento en relación con la actividad de cada uno y las faltas eventualmente cometidas, está inculcada en la vida soviética como el elemento principal de su propio perfeccionamiento. Y se la practica en gran escala, de arriba a abajo, implacable y siempre saludable.

Sobre las faltas y las desviaciones sobrevenidas en este grandioso movimiento de la campaña, que debía consolidar la gran conquista de la colectivización, hay tres documentos de tal claridad que toda especulación imaginativa del mundo burgués a este respecto queda desvanecida como una sombra.

El primero es el famoso artículo de Stalin, aparecido en marzo de 1930, y cuyo título es verdaderamente expresivo: “Nuestros éxitos se nos han subido a la cabeza”. El sucesor de Lenin no se preocupaba de responder a las mentiras burguesas, sino de consolidar la conquista de la colectivización atrayendo a ella cada vez más el espíritu y la simpatía del campesinado. Constataba que ya en el comienzo de esa primavera, el 50% de las economías individuales habían pasado a la forma de gestión colectiva, realizando las previsiones del Plan Quinquenal en la medida de 200%.

Constataba que este hecho se acompañaba de otro mucho más significativo, es decir, que para las siembras de primavera, las granjas colectivizadas habían ya utilizado una cantidad de 220 millones de “puds”, perspectiva segura de un cultivo y de una producción nunca alcanzadas hasta entonces. Este resultado concreto no tenía necesidad de las “exageraciones que se habían verificado como consecuencia del éxito mismo que se obtenía de una manera relativamente fácil y por así decir, inesperada”.

Y es para reparar esas “exageraciones” que interviene el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, ordenando a todas las organizaciones del partido respetar de la manera más rigurosa esos principios. Los koljoses no pueden ser fuertes y vivientes más que si se constituyen por la libre y formal voluntad de todos sus miembros. Los koljoses que se hubieran improbadado sin respetar esta regla absoluta, debían ser considerados como no constituidos. Así debían inmediatamente repararse las faltas cometidas allí donde la lucha contra los kulaks se había entendido hasta comprender también a los campesinos medios o hasta atacar los sentimientos religiosos todavía extendidos entre las poblaciones agrícolas.

Conviene reproducir textualmente la nº 7 de estas disposiciones: “Se debe poner término enérgicamente al método de cerrar las iglesias bajo pretexto de que tal es el deseo efectivo y voluntario de la población. No se debe autorizar el cierre de ninguna iglesia más que en el caso en que el deseo real de la mayoría aplastante de la masa se haya expresado por una decisión de la asamblea general de los campesinos y después de la ratificación de esta decisión por el Comité Ejecutivo regional. Todos aquéllos que se hayan hecho culpables en tal circunstancia de ultrajes a los sentimientos religiosos de los campesinos y de las campesinas serán severamente castigados”.

Pero el documento que a mi juicio contiene en su síntesis un valor que sobrepasa la contingencia y

que alcanza una importancia histórica, es la respuesta de Stalin a una serie de cuestiones que le habían planteado directamente numerosos miembros de los koljoses. Este documento debería ser reproducido integralmente. Es una serie de preceptos que tendrán fuerza y valor mañana, como siempre, en los países de la Europa occidental y por todas partes donde la Revolución haya instaurado el Estado proletario y donde los campesinos quieran sucesivamente pasar a la vida nueva y fecunda del cultivo colectivo.

Reproduzco algunos de estos preceptos: “El empleo de la violencia que es útil y necesario contra nuestros enemigos de clase, es inadmisibles y nefasto cuando se trata del campesino medio que es nuestro aliado.” “El leninismo nos enseña que es preciso conducir al campesino hacia la colectivización, dejándole libre de decidirse y de persuadirse de las ventajas que la economía colectivizada tiene sobre la economía individual.” “Es inadmisibles en la edificación de los koljoses pasar de golpe a formas que no corresponden todavía al movimiento y a la preparación de las masas... La forma principal de colectivización es el artel, es decir, la cooperación agrícola de producción. La creación y la dirección de las comunas son complicadas y difíciles. Las grandes comunas no pueden existir y desenvolverse si no disponen de cuadros experimentados y de dirigentes probados.” “Los errores que se cometen en el movimiento de colectivización son muy dañinos porque crean un desacuerdo con los campesinos medios, y, desorganizando los campesinos pobres de la aldea, suscitan la confusión en nuestras filas, el debilitamiento de nuestro trabajo y la restauración de los terratenientes.”

Para acabar, extraigo este precepto: “En la edificación socialista de las campañas, no es posible adelantarse jamás al movimiento de las masas, ni separarse de ellas, sino marchar con ella y conducir las, atrayéndolas a nuestras consignas y haciendo de manera que se persuadan de su valía por su propia experiencia”.

Son, lo repito, máximas que deberán ser bien meditadas y seguidas en todos los países donde los campesinos aspiren a su Octubre. La historia de la colectivización soviética es también a causa de esto una gran historia. Es del fuego de esta experiencia que salen purificadas y seguras las líneas del porvenir para todos los campesinos del mundo.

EL XVI CONGRESO

Como la Revolución de Octubre tuvo su adivinador y su artesano en Lenin, así la colectivización se liga en adelante históricamente a otro nombre: Stalin. Siguiendo la actividad de este hombre en los años ásperos y atormentados que llevaron a la gran conquista de 1930, se debe reconocer que él tenía verdaderamente en sí las raíces y las savias profundas de ese mundo regenerado. No puedo releer estas páginas de la historia de la colectivización, sin que mi pensamiento revea la epopeya tolstoiana que es todo el esfuerzo de un mundo tendido en la búsqueda ansiosa de la felicidad. Solamente el hombre y el caballo de “Amo y criado” perecían en la noche todavía muy negra, por no haber encontrado el camino alejado nada más que cien metros, y por haber abandonado el albergue que se encontraba a una media **versta**⁶. Desde la Revolución de Octubre este signo constante del camino que lleva a cada victoria parece cada vez más claro y luminoso. Él ha marcado una doctrina: y nadie más que Stalin ha sido de ella el intérprete, ejecutor y animador.

Así la gran idea de abrir a millones y millones de trabajadores de la tierra la era del socialismo, llegó a ser una realidad para la Unión y para el porvenir de la humanidad. Y un Congreso solemne, el XVI Congreso del Partido Comunista, podía, en el verano de 1930, celebrar en Moscú sobre la base de la conquista cumplida, este gran acontecimiento.

Esta asamblea que reunía los mejores elementos soviéticos, fue seguida por el mundo capitalista con una ansiedad particular. Miope y perverso en sus cálculos, este mundo esperaba que en el Congreso se elevarían voces de crítica y de oposición eficaces contra la transformación gigantesca que se cumplía en las campañas de los Soviets. Por el contrario, el Congreso estuvo lleno de constataciones favorables y decisivas, que tenían la exaltación de la victoria alcanzada.

El Plan Quinquenal después de dos años apenas, debía ser revisado, porque los resultados previstos en casi todas las ramas de la producción acababan de ser ampliamente sobrepasados. Los obreros se habían propuesto alcanzar en cuatro años las perspectivas cuya realización estaba prevista en cinco años. El entusiasmo y el arranque en el desarrollo de la industria pesada apoyados por los sacrificios que el Estado pedía a todo el pueblo para poder adquirir en el extranjero una parte importante de lo que necesitaba la industrialización agrícola, eran paralelos a la irrupción de las economías individuales en las

⁶ Obsoleta unidad de longitud rusa, equivalente a 1066,8 metros.

filas de las empresas colectivizadas. La fusión de todos esos elementos se traducían en cifras elocuentes.

La producción agrícola en 1930 se presentaba con la perspectiva de una cosecha de cereales de casi 88 millones de toneladas, es decir, casi 22% más que el año precedente. Así mismo, la cosecha del algodón subía de 8,6 millones en 1929, a 13,5 millones de quintales en el año de la colectivización y la de las remolachas de azúcar de 62,5 millones a 151,7 millones de toneladas. Eran hechos de una fuerza indiscutible.

Por otra parte el Comisariado de Agricultura, es decir, el dirigente de un Comisariado que se había constituido precisamente en 1930 para unificar el movimiento agrícola y campesino de todas las Repúblicas de la Unión, podía anunciar gloriosamente que gracias al desenvolvimiento extraordinario del renglón socialista agrícola, el problema del trigo estaba definitivamente resuelto. Los graves cuidados que de hecho habían pesado sobre el Estado soviético particularmente desde 1927, acababan de ser disipados para siempre. Y esta solución del problema del trigo preludiaba la solución de otros dos gigantescos problemas de la producción: el del cultivo de las plantas industriales y el problema zootécnico.

A un ritmo tan acelerado e inesperado que era la consecuencia del progreso que se verificó en la industria paralelamente con el impulso de las masas agrícolas originado en el cultivo colectivo, el Congreso respondía aprobando un programa de nuevas resoluciones más audaces. Las sumas de dinero puestas a disposición de los koljoses debían ser para el año de 1930-31 dobladas y alzadas a un billón de rublos. Las instituciones del Estado para la preparación del trigo de siembra debían disponer para una superficie de 4 millones y medio de hectáreas en 1930-31, y para 9 millones de hectáreas el año siguiente. Asimismo, las instituciones del Estado para la crianza de cerdos y de ganado vacuno debían alzar la cifra de los primeros a 400.000 cabezas en 1930-31, a 3 millones para 1931-32, a 7 millones para el último año del Plan; el del segundo debía pasar de 3 millones de cabezas para el año 1930-31; a más de 5 millones para el año siguiente, a 10 millones para el año 1932-33. Sumas importantes habían sido también entregadas al Instituto Agrícola Lenin a fin de “dar a sus trabajos una base técnica que esté a la altura de las últimas conquistas de la ciencia”, y Instituto de Economía Colectiva, “para que pudiera asegurar la elaboración científica y práctica de las formas y de los métodos de la edificación colectiva y la generalización teórica de las experiencias locales”.

Estas deliberaciones ponían en plena luz los objetivos ya obtenidos, y la convicción audaz de poder alcanzar rápidamente cimas todavía más altas. Los pesimistas, los opositores sectarios, los enemigos de esta experiencia grandiosa, eran rechazados y apartados por la realidad hacia la sombra aniquiladora. La conquista de la colectivización fusionaba de más en más las fuerzas obreras con las masas agrícolas, y de su colaboración íntima y sólida en la producción surgía, seguro y radiante, el porvenir del Estado proletario.

Era bien justo que los obreros de todas las fábricas de la capital soviética se asociaran en una manifestación llena de fuerza y de voluntad, en el XVI Congreso que consagraba tan magna conquista. Sobre el camino de todo este pueblo, consciente y entusiasta, brillaba el sol, y el Kremlin parecía asestar hacia el cielo sus muros almenados y sus torres de chispeante oro.

EN EL KOLJÓS

Una batalla ganada y una guerra perdida. Con estas palabras concluía un gran diario de la burguesía francesa una serie de artículos publicados en 1930 sobre los acontecimientos que se habían desarrollado en la campaña soviética. Era imposible en adelante negar la derrota de los kulaks, ni desconocer el hecho de que muchos millones de economías campesinas hubieran pasado a la colectivización. Y hubiera sido ridículo cerrar los ojos ante la edificación de las fábricas gigantescas que debían acelerar la industrialización agrícola.

La burguesía del mundo entero se atrincheró entonces en la espera de la quiebra de este ensayo. La constitución de la empresa colectiva iba a ser trabada por la resurrección de los antagonismos entre las categorías de los que formaban parte de ella. Los campesinos colectivistas llegarían a ser un elemento pasivo y de débil rendimiento. Las disposiciones del Gobierno soviético, destinadas a estimular y a reglar las nuevas energías del koljós eran juzgadas un retorno a los métodos capitalistas.

Hay verdades que todo el mundo comprende. La colectivización de decenas de millones de hectáreas, que englobaban una enorme masa de población campesina, no podía ni pudo ser una construcción hecha de un solo golpe y con líneas perfectas e inmutables. La colectivización agrícola, ayer en los campos soviéticos y mañana en los otros países, debe ser considerada como un colosal movimiento económico y social, cuyo desenvolvimiento es continuo y variado. Los que han podido y querido estudiar con ese espíritu la experiencia colectivista agrícola en la nueva Rusia, habrán constatado ciertamente que en algunos años tan sólo se ha pasado ya de los momentos agitados de la segunda mitad de 1929, a una marcha más precisa y más segura, y que en la organización y el funcionamiento del koljós se han hecho, en muy poco tiempo, notables y evidentes progresos.

LOS TRES TIPOS DE KOLJOSES

Por lo que se refiere a la constitución del koljós, he mostrado cómo el primer Código agrario de 1922 fijaba los caracteres y las reglas principales. En la palabra koljós, que está compuesta de las primeras sílabas de otras palabras para designar la “economía colectiva”, están comprendidos normalmente los tres tipos de la colonización agrícola. Los repito: “la cooperación del trabajo”, donde son colectivizados solamente los instrumentos de trabajo, mientras que el uso de las tierras y de sus productos permanece exclusivamente reservado a cada granja individual. La “cooperación de producción”, en la que son colectivizados los principales medios de producción desde la tierra hasta el ganado y los instrumentos de trabajo. La “comuna” donde la colectivización no comprende solamente la producción, sino también la repartición de la producción.

A decir verdad, aunque la palabra koljós tenga esta significación general, en el uso popular no se la emplea para designar la “comuna”. En una región donde hay una comuna, todo el mundo trata de que ésta sea llamada por su nombre. Muchas veces me ha ocurrido que se me corrigiera por los miembros de una comuna a los que yo había llamado “**koljosianos**”⁷: “Nosotros somos y nos llamamos comuneros”. Hay una causa profunda y psicológica en el orgullo de esta afirmación. La comuna es el tipo de colectivización agrícola más alejado de los caracteres de la granja individual campesina; será, pues, particularmente necesario hablar de esto más lejos.

La otra forma, la más elemental de la colectivización, la que asocia a los campesinos solamente en los trabajos en común de la tierra, y que en la lengua soviética se llama “Tsoz”, tiene una difusión todavía grande. Donde la máquina está poco desarrollada, donde las pequeñas granjas no han sido llevadas a fusionarse en una gran granja industrializada, allí cada campesino experimenta las ventajas del trabajo en común. Estas ventajas que son bastante interesantes ya desde el punto de vista económico, son importantes sobre todo desde el punto de vista social y educativo. En el “Tsoz” el campesino atenúa y corrige su carácter primitivo y se prepara a pasar, con más conciencia y experiencia, a formas más concretas y más completas de colectivización.

Siguiendo la dinámica, es decir, el desenvolvimiento del movimiento colectivo de muchas regiones, se puede constatar que estas cooperativas campesinas de trabajo desempeñaron un papel considerable durante los primeros años del Plan Quinquenal. En Ucrania, por ejemplo, los “Tsoz” pasaban de cerca de 3.000 en 1927, a cerca de 9.000 en 1930. Representaban pues, un movimiento de masas. Por el contrario,

⁷ Miembros de un koljós.

las columnas llegaban en Ucrania de 258 en 1927, a 870 en 1930, pues por su naturaleza, son un tipo de colectivización hacia el que podían tender solamente las “élites”, es decir, los campesinos social y técnicamente preparados.

Pero la forma que predominaba ya y que se extendía cada vez más, sobre la cual será necesario detener nuestras miradas y profundizar su estudio, es la cooperativa de producción que se llama “artel”. El artel realizando el objetivo social de la cooperación de trabajo y el objetivo económico de la gran granja agrícola, representa la base y la fuerza de la vida nueva en los campos soviéticos. La palabra “koljós” definió por consecuencia al “artel”. Y los que los constituyen han olvidado el nombre de “krestjanin” que conservaba el recuerdo del campesino antiguo, para tomar el de “koljosianos”, es decir, hijos y artesanos de la colectivización.

El reglamento de 1930 para el artel, aprobado por los organismos del Estado, indica así su espíritu en el primer artículo: “Los obreros agrícolas, los campesinos pobres y los campesinos medios de la aldea... en la región... se unen voluntariamente en el artel agrícola, con el objeto de fundar una gran granja colectiva, poniendo en común sus medios de producción, para vencer de una manera completa y definitiva a todos los explotadores y a todos los enemigos de los trabajadores, la insuficiencia de la pequeña burguesía, su ignorancia misma, y asegurar una mayor productividad de trabajo y una producción superior en el interés de la colectividad.” Yo afirmo que este artículo traduce el espíritu del artel porque, en efecto, sintetiza los verdaderos motivos que han llevado a la colectivización y a otros objetivos económicos y sociales hacia los que tiende.

En seguida, para realizar la gran granja y colectivizar los medios de producción, el reglamento entra en el dominio práctico con una especificación que se debe conocer. “Todo límite que separe los terrenos de los miembros del artel es abolido y todos sus lotes de tierra serán reunidos en un solo terreno que será trabajado colectivamente por el artel. Todos los animales de trabajo son propiedad de la colectividad; ocurre lo mismo con los útiles inventariados, los animales que proveen los productos destinados a la venta, las reservas de semillas, los locales no destinados a habitación y necesarios al artel, las empresas eventuales para la transformación de los productos.”

Ya estas disposiciones excluyen de la colectivización las habitaciones rurales y todo lo que pueda serles anexado. Pero para volver esto más claro y evitar todo equívoco, el reglamento establece que el terreno que rodee a las casas particulares, cultivado o cultivable, no está comprendido en los bienes del artel. Ocurre lo mismo con todos los animales de corral. Y es particularmente especificado, que todo koljosiano que posea vacas lecheras debe guardar una para su uso personal y el de su familia; y que los cerdos y los animales de raza ovina, no pertenecen a la colectividad más que si el artel mismo los hace objeto de un arreglo especial.

Del valor de los bienes colectivizados, una parte —que varía generalmente entre el cuarto y la mitad, según la posibilidad económica de la granja socializada—, queda englobado en el fondo patrimonial e indivisible del artel. El resto, por el contrario es considerado como una cuota/parte entregada por los campesinos al artel. Además en el momento de su admisión en la granja colectiva, toda persona está obligada a pagar una tasa de entrada en especies, que varía según que se trate de obreros agrícolas, campesinos pobres o medios, o bien personal técnico o administrativo. Generalmente esas cotizaciones son bastante reducidas y establecidas en cada artel, de modo que no sobrepasen jamás el “*máximum*” fijado por el reglamento.

Es bueno decir que el libre consentimiento, que es la base de la participación de todo miembro del artel, le da el derecho de abandonarlo desde que lo desea. Ninguna presión de ningún género puede ser ejercida sobre él. Solamente se establece que el que haya llevado a la granja colectiva sus capitales, no tiene el derecho de recobrar más que la parte que le fue atribuida como cuota/parte social, pero no la que fue incorporada al patrimonio indivisible del artel. Así mismo por motivos fáciles de comprender, no le es devuelto el terreno que poseía antaño y que pasa en consecuencia al dominio de la granja colectiva; pero le es asignada una cantidad correspondiente sobre el territorio disponible de la sociedad territorial.

PROBLEMAS INTERIORES DEL ARTEL

Basta reflexionar un momento sobre los principios fundamentales de la forma típica y dominante de la colectivización soviética para que se presenten inmediatamente muchos graves problemas que dependen de la profundidad misma del cambio social que representa esta experiencia grandiosa. He aquí los tres principales:

El primero está dado por la coexistencia de la gran granja colectiva y el hecho de que el koljosiano retiene aún una buena parte del capital con un pequeñísimo lote de terreno cultivable. La cuestión que ha interesado y que interesa todavía, muy especialmente a los teóricos es la siguiente: “Este koljosiano, ¿podrá transformar un día su mentalidad campesina para entregarse completamente a la granja colectiva, si conserva, por reducida que sea, una granja individual? ¿No renacerá en él su antiguo carácter de pequeño cultivador, con todos los prejuicios y los obstáculos que de él se derivan para el artel, es decir, para la colectivización?”

Quien visite los campos de la Unión y observe cómo se han formado, o por mejor decir, cómo se han transformado las aldeas desde la Revolución de Octubre, encuentra ante todo una explicación, fundada sobre hechos reales, en el método que se ha adoptado de dejar al koljosiano, para su uso personal, las tierras que rodean su casa. Las casas de los campesinos están generalmente separadas las unas de las otras por esos rincones de terrenos cultivados casi siempre con hortalizas. Su anexión al dominio de la granja colectiva hubiera sido a menudo imposible, porque las leyes técnicas que regulan la composición y la distribución de los cultivos, no podían tenerse en cuenta en esos pequeños lotes que se extienden entre las habitaciones de los campesinos. En consecuencia era mejor considerarlos como “dependencias” por así decir, de esas casas. Igualmente la decisión de conceder al koljosiano el uso de una vaca, además de que servía para no interrumpir demasiado bruscamente el ritmo de la vida familiar, estaba impuesta a menudo por la imposibilidad de concentrar todo el ganado lechero en establos convenientes al desenvolvimiento de esta gran industria. Los materiales que reclama una gran granja agrícola no se improvisan.

Queda, sin embargo, la cuestión: “Esta situación en la que el koljosiano tiene la facultad de poseer todavía un pedazo de terreno y un pequeño capital ¿no lo detendrá en la evolución que debe transformarlo de pequeño cultivador en miembro de la granja colectiva?”

Yo he formulado a menudo esta duda ante muchos miembros del artel, a fin de obtener una respuesta clara y precisa.

He aquí la respuesta: “Es preciso no tener confianza en lo que hacemos, es decir, en el enorme desenvolvimiento que queremos dar a nuestras granjas colectivas, para continuar con esa duda. Lo que queda al koljosiano es la explotación que puede hacer de su huerta, de su vaca, etc., y representa una entrada considerable para su familia. Y esto es un beneficio, sobre todo durante estos primeros años de la colectivización. Pero cuando el artel, agrandado, mecanizado, industrializado, dé tales provechos que cada koljosiano obtenga beneficios tres, cinco, diez veces más grandes que los que le da la explotación de su huerto y de sus animales de corral, ¿cree usted que se sentirá todavía ligado a ese trabajo y que no transformará los pequeños lotes que rodean su habitación en jardín, desde el momento que tendrán amplios medios de subsistencia él y su familia?”

Hablando de esta manera, insistiendo así con la seguridad y la fe que sólo pueden tener conciencias decididas y convencidas del éxito económico y productivo de la gran granja colectivizada, se me daba igualmente una respuesta a los otros dos problemas que están estrechamente ligados al precedente. Yo había formulado uno de esta manera:

“¿Qué empleo se le destina al capital que los campesinos, al hacerse koljosianos, aportan al artel? Una parte de este capital va al fondo indivisible y fundamental de la granja y no se devuelve más; pero queda la otra porción que es la cuota/parte social reconocida por el artel al koljosiano. Esta parte, ¿hay que considerarla como una cuota/parte del capital en acciones entregado a una sociedad a la que le es asignado un porcentaje anual sobre el rendimiento de la granja? ¿O bien se le considera como un préstamo que el koljosiano hace a la granja, la que está obligada por su parte a entregarle un interés anual establecido de antemano hasta el reembolso total de la deuda?”

Recordaba, planteando esta cuestión, las experiencias de las cooperativas agrícolas hechas por los campesinos italianos inmediatamente después de la guerra, antes de que la llegada del fascismo al poder las destruyera, y esto muy particularmente en los campos de la Lombardía, donde está expandida la gran industria agrícola. He aquí el resumen de las respuestas obtenidas, tanto de los simples koljosianos como de sus dirigentes:

“Su pregunta no puede aplicarse a nuestro caso. El artel es una granja colectiva que tiene como base la socialización de los medios de producción. El ganado, los útiles de trabajo, los forrajes, los granos, etc., que se socializan no son considerados de ninguna manera como un crédito que cada koljosiano hace a la granja colectiva y por el cual ésta queda obligada a un pago determinado de intereses hasta su reembolso. Este capital aportado por el campesino que llega a ser miembro del artel, está inscripto en el inventario, y mientras que una parte es destinada al patrimonio fundamental de la granja colectiva, tal

como lo establece su reglamento-tipo, la otra porción es considerada como una cuota/parte social del koljosiano, para los efectos siguientes: 1º) Si el koljosiano quiere salir del artel, éste le devuelve inmediatamente su cuota-parte social. 2º) Si permanece en el artel, al final del ejercicio agrícola anual se beneficia con la repartición de una parte del producto bruto de la granja, después de que esta última haya cumplido sus obligaciones hacia el Estado. Esta parte que puede alcanzar hasta el 5% del producto bruto, está justamente destinada a los koljosianos que entran provistos de capitales en el artel, para que sea dividida entre ellos proporcionalmente a la cuota/parte social que les ha sido reconocida.

¿Por qué se ha establecido esto? Para seguir un criterio de justicia, porque no se podía ni se debía tratar a los campesinos que entraran en el artel como si hubieran sido kulaks, es decir, expropiándolos. Y también por un motivo de utilidad, es decir, para facilitar a los campesinos que poseían capitales el pasaje de su economía individual a la granja colectiva. Estos debían estar seguros de no perder todo su capital si después de su entrada en el artel, querían salir de él. Debían además tener la perspectiva de un beneficio particular si continuaban en él y debían sentirse muy especialmente interesados en dar toda su actividad como koljosianos, para aumentar el producto del artel.”

La lógica y la oportunidad de estas medidas me parecieron y me parecen todavía evidentes. Y tuve la prueba de su eficacia por los resultados obtenidos. Examinando, en efecto, las actas oficiales del XVI Congreso del Partido Comunista Soviético y los largos debates que se siguieron, he constatado que el Comisario de Agricultura podía demostrar a los que afirmaban que los campesinos habían entrado en los koljoses sin capitales y cómo esta aserción estaba desprovista de todo fundamento. En las regiones más productivas donde, por ejemplo, en esta época, es decir, durante el verano de 1930, la colectivización comprendía 48,8% de las empresas agrícolas; 42,7% de las vacas y casi 50% de los caballos estaban concentrados en los koljoses

La prueba, pues, de que el campesino que formaba parte del artel había entrado allí con capital propio, era indiscutible y destruía todo rumor contrario, puesto expresamente en circulación por la burguesía. Pero esto no destruía el otro hecho de que el capital reconocido a este koljosiano mantenía y quizá aumentaba la diferencia entre los miembros de un mismo artel, particularmente por el hecho de que muchos de entre ellos, los obreros agrícolas, no aportaban más que sus brazos y su voluntad de trabajo.

He planteado así la otra grave cuestión: “¿Quedan o no en el artel diferencias de clase entre el campesino medio, el campesino pobre y el simple obrero agrícola? ¿De qué manera piensa la empresa colectiva reducir poco a poco estas diferencias hasta suprimirlas definitivamente?” Sobre este punto prefiero también resumir las declaraciones que he obtenido en los artel, de boca de los koljosianos.

“El hecho de que del capital aportado por el campesino a la granja colectiva, ésta le reconozca una porción como cuota/parte social, beneficiada con un porcentaje del producto bruto de la granja después de que haya cumplido sus obligaciones con el Estado, no es más que un hecho transitorio. Este hecho está en relación con la estructura económica del artel, cuyo patrimonio está constituido por créditos y otras subvenciones del Estado, por los bienes que han sido expropiados a los kulaks y sobre todo, por los bienes aportados al artel por los campesinos, es decir, por su capital socializado. Pero he aquí que el artel se desenvuelve y llega a ser gigantesco con una rapidez sorprendente y casi increíble. En 1929-30, teníamos cien animales de los cuales la mitad, por ejemplo, había sido aportada por los campesinos; en dos años, gracias a la ayuda poderosa del Estado, sabemos que esta cifra se habrá triplicado. Nosotros no teníamos al comienzo más que muy pocas máquinas; hoy el capital en máquinas es diez veces más alto. Nuestra tierra de labranza se extendía a trescientas hectáreas en el comienzo; actualmente, gracias a los medios de que disponemos, tierra, créditos, tractores, etc., nuestra granja trabaja y hace productivas más de mil hectáreas. Usted ve que en un plazo muy breve nuestro patrimonio inicial ha aumentado increíblemente. Se ha multiplicado a tal punto que el capital aportado por los campesinos, que en el primer momento constituía la principal porción de los bienes del artel, ha llegado a ser ya una parte secundaria y muy mínima”.

Continuaremos nuestra marcha con un ritmo progresivo y acelerado. Dentro de unos años el artel tendrá un patrimonio más grande, mucho más grande. En comparación con él la porción de las cuotas/partes sociales reconocidas hoy a los campesinos, habrá llegado a ser tan insignificante, que llegará el momento de no tomarla más en cuenta, pues asignarle un porcentaje, por débil que fuera, sobre el producto de la granja, como lo establece el reglamento, sería completamente absurdo, dado el aumento formidable del producto. Es así cómo por el desenvolvimiento poderoso y seguro de nuestra empresa colectiva, este importante problema de la diferencia económica entre los miembros de un mismo artel se atenuará cada vez más hasta su completa supresión.

Esto es claro y decisivo. Pero no es menos claro para nosotros un hecho de una importancia quizás

más grande. El proceso económico que se desarrollará en el artel, es decir, el formidable progreso que realizaremos gracias a la colectivización y a la industrialización agrícola, traerá consigo el desenvolvimiento simultáneo y cierto de otro proceso psicológico. Determinará la transformación y el perfeccionamiento de la conciencia misma de todos los miembros de la granja colectiva. Nosotros constatamos todos los días esta realidad.

Tenemos en el artel al campesino medio, por ejemplo, aquél para quien debería ser más difícil cambiar su naturaleza primitiva de cultivador individual. ¡Y bien! Le vemos cada día más entusiasmado por los resultados que obtiene en la gran empresa agrícola. Y es precisamente porque ha experimentado qué cosa es extenuarse sobre un pobre lote de tierra, que él puede medir, más aún que el obrero agrícola mismo, la distancia que hay entre la dureza de este trabajo, su escasísimo rendimiento, su provecho todavía más limitado por una parte, y por la otra las ventajas que le da el trabajo en el artel. Se interesa con la mayor pasión por las innovaciones agrícolas, por la técnica moderna del cultivo de la tierra, por el uso de las máquinas. No piensa en las pequeñas satisfacciones del cultivo individual nada más que para compadecerlo. Es precisamente por esto que el campesino medio es llevado con muy buena voluntad por los otros koljosianos a los diferentes puestos de responsabilidad y a la dirección del artel.

“Hubo, es cierto, en los primeros meses de la ola colectivizadora de 1930, un flujo y reflujo de campesinos que entraban y salían del artel. Esto era debido, sobre todo, a la ignorancia y a la ilusión que algunos de ellos tenían con respecto a las dificultades inherentes a la constitución y al funcionamiento eficaz de una gran empresa agrícola. Pero, tómese un artel cualquiera, donde se haya procedido victoriosamente a la instalación y al desenvolvimiento de la granja colectiva, y pregúntese si hay un ex-campesino, pobre o medio, que acepte volver a recibir su capital, aun aquél a que no tiene derecho según el reglamento, para volver al antiguo sistema de la pequeña economía que ha abandonado.

La respuesta se la encuentra en la realidad misma. Allí donde el artel se fortifica, crece, se industrializa, realizando considerables progresos y el koljosiano que es su consciente artesano, no se separa más de él. Continúa transformando siempre su mentalidad y su naturaleza de campesino, hasta que toda huella queda desvanecida. De igual modo como la industrialización cada vez más productiva de la granja agrícola, lleva lógicamente en sí la supresión gradual de las diferencias económicas y de clase entre los miembros del artel, así también consigue formarlos una nueva conciencia, la conciencia del verdadero koljosiano.

No se trata más que de tiempo, de progreso técnico y económico al que sabremos llegar. Pero nosotros, en el Estado soviético, con nuestro gobierno obrero y campesino, tendremos tales fuentes de recursos, que estamos convencidos de que ese tiempo será menos largo de lo que se cree generalmente.”

Todos los que han seguido los debates apasionados que se desarrollaron en las asambleas políticas soviéticas sobre estos temas, notarán que sus conclusiones reflejan precisamente lo que el koljosiano deduce de su experiencia cotidiana, y que he tratado de reproducir en su más clara expresión. En efecto, estas confirman una vez más lo que el Gran Vidente de la Revolución de Octubre concebía y definía, cuando escribió que la reeducación del pequeño agricultor, el cambio de su psicología y de sus costumbres, tenían necesidad de muchos años. “La base material, la técnica, la aplicación del tractor y de la máquina agrícola en una gran escala, la electrificación intensiva, conseguirán resolver los problemas que conciernen al pequeño agricultor, y curar, por así decir, su psicología”.

LA DETERMINACIÓN DEL TERRITORIO DEL ARTEL

Lo que más llama la atención cuando se conversa con los koljosianos sobre este argumento, es la seguridad que manifiestan de triunfar a cualquier precio en la revolución técnica y económica de la campaña. “Nosotros disponemos de tales medios...” “Nosotros tenemos tales recursos...” “Con nuestro gobierno obrero y campesino, nosotros podemos...”

Y esta certidumbre no está hecha de esperanzas vanas sino que reposa sobre la realidad que han experimentado y experimentan cada día. En efecto, lo mismo que el poder del Estado ha guiado, por un esfuerzo increíble y constante las masas agrícolas hacia la colectivización, de igual manera está presente actualmente para ayudar y guiar la empresa colectiva agrícola en cada uno de sus pasos. Esta verdad debe ser una vez más puesta de relieve. En efecto: si la vida del koljós presenta a menudo formas o expresiones que resuenan aún en el ritmo de la vida económica capitalista, su diferencia permanece siempre grande, precisamente porque el régimen del Estado de los Soviets les da un significado y un valor distintos.

Y henos aquí frente a la presencia y a la obra de ese Estado proletario comenzando por la determinación del territorio del artel. Generalmente los arteles se constituían y se constituyen todavía uniendo en una sola unidad los lotes de terreno de los campesinos colectivizados y su extensión alcanza casi siempre en el comienzo los fundos de los campesinos de una misma aldea. Una primera modificación a esta regla natural se ha verificado y se verifica ahora que los pequeños arteles de diversas aldeas encuentran útil y oportuno fundirse en un artel más grande.

Asistí en el mes de julio de 1930 a una fiesta característica a este respecto, en el artel “Octubre”, a algunas decenas de kilómetros de Kransnodar, en el Kuban. Se celebraba precisamente el primer aniversario de la constitución de este artel, que había reunido a trece pequeños koljoses esparcidos entre las aldeas vecinas. Un año después se extendía sobre 1.700 empresas y comprendía un territorio de 15.000 hectáreas. Los koljosianos habían querido realizar aquella fiesta como reconocimiento de las ventajas de la unión: el terreno cultivado de trigo ampliamente acrecido; la introducción de cultivos especiales; notables economías realizadas en los gastos de trabajo; el producto mucho mayor... etc. “El tractor ha sido el factor decisivo de esta fecunda transformación —decían los dirigentes del “Octubre”—, puesto que en el pequeño artel no hubiera podido ser suficientemente utilizado”.

Los koljosianos de esta granja, que se cita todavía hoy como ejemplo a causa de su progreso, habían sido llevados a esta conclusión por la experiencia inapelable de los hechos. Pero la clarividencia del Estado soviético no espera esta comprobación. Va al encuentro de los acontecimientos, de los hechos para prepararlos y predisponerlos. La transformación técnica de la campaña, la industrialización de la gran granja agrícola debían encontrar la fuerza de progresar en la mecanización, en la tractorización. La constitución, la vida y el porvenir de los koljoses, iban a depender ampliamente de la máquina, del tractor. Y he aquí al Estado con su típica y soberbia iniciativa de las “Estaciones de máquinas y tractores”, es decir, de centros energéticos que debían determinar y guiar los koljoses en todas sus formas de desenvolvimiento.

LA ESTACIÓN DE MÁQUINAS Y TRACTORES

La historia soviética hace remontar el origen de estas estaciones a la experiencia del sovjós “Schewtschenko”, en Crimea, no lejos de Odesa. Este sovjós que tenía a su disposición una cantidad considerable de tractores y de máquinas agrícolas, tomó la iniciativa de firmar contratos con las aldeas de los alrededores a fin de trabajar sus terrenos con los medios mecánicos de que disponía mediante un pago previo en especies o en producto. Se atrajo hacía sí poco a poco esas aldeas, y llegó a ser el elemento y la fuerza directiva de su cultivo, realizando fácilmente la unión de las pequeñas economías individuales en empresas colectivas más vastas. El ejemplo fue estudiado y perfeccionado por las oficinas competentes del Estado.

El principio y el método de la constitución de estos centros energéticos, formados en el radio de diversas aldeas, sea ya colectivizados, sea orientados hacia la colectivización, fueron inmediatamente ensayados y practicados. Durante la primavera de 1930, se podía ya contar con mil doscientas estaciones de máquinas y tractores en las regiones más importantes para la producción agrícola. Su nombre llegó a ser muy popular. Una institución especial, el “Tractorzentr”, subvencionado por medio del Estado y de la cooperación, constituía el órgano determinante y dirigente.

Yo he visitado con un propósito de estudio, muchas de estas estaciones, pero para expresar de una manera elemental lo que ellas representan con respecto a la colectivización, cómo obran en contacto permanente con el koljós, elegiría una estación no muy grande, la de “Sneguirovka”, que visité cuando no tenía aún ni un año de funcionamiento.

Esta estación surgió entre Nikolaiew y Kherson, en la extremidad septentrional de Ucrania. La Región que la rodea me pareció verdaderamente característica, y completamente indicada para las búsquedas que yo iba a hacer.

El koljós suficientemente desenvuelto en las zonas de terreno más fértiles y trabajadas como la Bogoiawnsk, respiraba apenas en las aldeas que bordean la estepa. Pero desde que esta última fue afrontada por la actividad audaz de los campesinos, la ola creciente de la colectivización se había esparcido entre ellos, y en la llanura rubia y ancha de Miskowo-Porgorolje, los arteles se multiplicaron con las más prometedoras perspectivas. El artel “Trud-llitska” había socializado más de 3.000 economías individuales; el de Vosskressensk alrededor de 2.000. El cultivo extensivo —casi siempre de trigo— no había impedido que se ensayaran también cultivos de praderas con cría de ganado lechero, sobre todo en

las pendientes de un pequeño valle cruzado por un afluente del río Ingul. De esta manera podía al mismo tiempo visitar y admirar, aún por su significación simbólica, la transformación realizada en un vasto edificio que había servido en tiempo de los zares de colonia de deportación, para instalar allí una moderna quesería colectiva. Pero esta región se prolongaba sobre terrenos incultos, y sobre deslumbrantes llanuras bajo el sol, y únicamente después de muchos kilómetros, surgía en medio de macizos verdes, la aldea de Kalinowka donde todos los campesinos se habían reunido en un gran artel llamado “Primero de Mayo” que acababa de comenzar la construcción de grandes depósitos, almacenes, establos, adaptados a una gran granja agrícola.

“Estábamos ya agrupados desde hacía algunos años en una cooperativa de trabajo, en una “Tzoz” —me dijeron sus dirigentes—; pero cuando se fundó la cercana estación de máquinas y tractores, pudimos pasar inmediatamente a la forma del artel, socializando nuestras pequeñas granjas y nuestros capitales a fin de desenvolver grande y colectivamente la industrialización de todo ese territorio que es muy fértil aunque no esté muy lejos de la estepa virgen...”

Era, en efecto, una llanura cálida y luciente, sin un tronco de árbol ni una zarza, la que atravesaría yo durante muchas horas aún antes de ver aldeas alegres como la de Bormaskowo. El nombre de Bormaskowo recordaba a una mujer matada por un kulak en la época en que los campesinos de esos lugares decidieron unirse en artel y fundir en una gran empresa cerca de un millar de granjas individuales sobre las cuales había especulado ese kulak largo tiempo. En fin, a lo largo de las riberas del Ingul, cerca de cincuenta kilómetros por encima de su confluencia con el Bug, está Sguenirovka con su estación de máquinas y tractores que debía igualmente ensayar su obra en la región precipitada tan diferente de una parte a otra bajo todos sus aspectos.

“Superaremos esta diferencia —me respondió el director de la estación a quien confié mis impresiones—.

No ha pasado todavía un año desde que nuestra estación está constituida, y por el momento no tenemos más que una cincuentena de koljoses de una extensión de 80.000 hectáreas. Nos hemos constituido uniendo 24 tractores que pertenecían ya a los koljoses y gracias al “Tractorzentr” los hemos elevado al número de 155; esto sin contar una considerable cantidad de máquinas agrícolas. Tenemos “Fordsons” importados de América y sobre todo los que fabricamos nosotros mismos en Leningrado. Nos servimos para la mayoría de los casos del tipo “Internacional”, que es el más fuerte, y aún para ciertas zonas que necesitamos trabajar, el más adaptado. Hay allí un capital, en material mecánico, de más de un millón doscientos mil rublos; sin perjuicio de todas las construcciones necesarias que hemos levantado recientemente, y que nos cuestan ya más de 600.000 rublos. Pensamos doblar en dos años el número actual de máquinas. Así remontaremos, trabajando, el camino que acaba usted de hacer casi hasta Nikolaiew, transformando esas tierras donde nosotros crearemos secciones especiales de la Estación para marchar en seguida al sur hasta los alrededores de Kherson. La variedad de las condiciones del terreno, del cultivo, de la preparación social de la población, que ya ha constatado usted, es todavía más grande en esas otras zonas que recorreremos juntos...”

Fue aquel un momento de los más instructivos, y por eso mismo de los más agradables de mi viaje a través de los campos colectivizados de la Nueva Rusia.

ARTELES: ¿GRANDES O MEDIANOS?

La hermosa y diáfana claridad del alba, nos encontró en la campaña cultivada como huerta que se extiende a lo largo del Ingul. Entre las empresas individuales, algunos arteles se habían formado ya y el director de la Estación me hacía notar que este hecho era bastante sintomático. Las empresas individuales de legumbres permanecen casi refractarias a la colectivización bajo forma de cooperativa de producción. Aún en los alrededores de Moscú, por ejemplo, y precisamente por esos motivos, la colectivización estaba un poco en retardo. Pero aquí, me decía, el hecho de la irrigación que se efectúa por medio de una central a motor ha ejercido una influencia extremadamente buena.

—El año próximo haremos con este objeto una gran instalación eléctrica. Mientras tanto, desde ahora, los campesinos que naturalmente la esperan con la más viva impaciencia, piensan que esta irrigación no podrá extenderse sin trabajo de canalización, de nivelación, etc., es decir, que será imposible conservar las pequeñas huertas y los pequeños lotes divididos entre diez o veinte cultivos diferentes. Concluso, en consecuencia, que dentro de unos dos años todo aquí estará colectivizado en muchos arteles.

—¿Arteles grandes o medianos? —interrumpí yo.

—No estamos por el uso de esos adjetivos —me respondió inteligentemente, bromeando—. Y le mostraré más lejos por qué razón empleamos otra terminología. Estamos por las unidades de empresa correspondientes al mayor interés de trabajo y de producción. Nuestra estación encontró arteles ya constituidos, donde por ejemplo, entre dos grandes bandas de terreno de trigo, se interponía una banda de cultivo de forrajes, no porque esto fuera exigido por la calidad del terreno, sino porque pertenecía a otro artel. Durante el trabajo efectuado con las máquinas arrastradas por tractores, para la siembra como para la cosecha, aparecía a la vista de los koljosianos la necesidad de modificar esta estructura, y en el caso presente de anexar la tierra cultivada con forrajes a las tierras de trigo. La estación de máquinas y tractores se propone naturalmente como objetivo estudiar también estas sistematizaciones del territorio de la empresa colectiva.

—Pero, ¿su extensión?

—Su extensión depende de muchos elementos: la calidad del terreno, los cultivos que pueden ser más productivos, la disposición misma de las aldeas con el objeto de no alejar demasiado la mano de obra del centro de trabajo... etc. Somos resueltamente contrarios a las fusiones y a las divisiones de las empresas colectivas si no son deseadas por los koljosianos mismos porque estén convencidos de su utilidad. Y la estación se emplea automáticamente en hacer madurar esta convicción. Por ejemplo, en los arteles donde predomina el cultivo de trigo, importa, en el tiempo de la cosecha, los “combynes” americanos, cuya capacidad de producción es tanto más extraordinaria cuanto que pueden desenvolver su trabajo sobre grandes extensiones de terreno...

Volvimos todavía sobre este argumento durante una conversación con los koljosianos del “Octubre Rojo” un artel en medio de la estepa. Llegamos allí atravesando un campo trabajado con trigo y forrajes llamado Pavlowka, durante un abrasador mediodía, en el momento en que se procedía a la cosecha y al echamiento del trigo todo a la vez. Una columna de tractores conduciendo cada uno cuatro segadoras, cortaba las espigas, y grupos de mujeres alargaban sus fuertes brazos sobre las gavillas, felices de llevarlas a las máquinas. El calor y la cegadora claridad del sol se reflejaban sobre los terrones de tierra ardiente y sobre los rubios montones de trigo, impregnando el aire de un polvo resplandeciente. En el campo funcionaban dos modernas aplanadoras y su ruido ensordecedor unido al bullicio del trabajo se extendía por la estepa animada y como embriagada.

—Constituimos nuestro artel en 1924. Es uno de los más antiguos de Ucrania y no reunía al comienzo más que nueve pequeñas granjas individuales. Este año contamos más de quinientas, y hemos extendido nuestro trabajo sobre 8.000 hectáreas, por medio de la estación de máquinas y tractores. Estamos seguros de que el año próximo algunos pequeños arteles de los alrededores se unirán al nuestro, y ganaremos así para el cultivo algunos millares de hectáreas de estepa virgen. En nuestra granja, que tiene por objeto sobre todo el cultivo del trigo, las máquinas actuales no bastarán. Por lo que se refiere a la cosecha por ejemplo, deberemos hacerla con máquinas “combynes” para ganar tiempo y economizar nuestras fuerzas de trabajo. Es por esto que hemos ya advertido a la estación que estamos dispuestos a doblar este año la cifra que habíamos destinado como aporte de nuestro artel para el acrecimiento del capital de la estación.

Su director me explicó en seguida más ampliamente esta disposición y este funcionamiento que yo conocía en sus líneas generales según las publicaciones del “Tractorzentr”. Si algunas estaciones de máquinas y tractores nacen y se mantienen exclusivamente por medio de los órganos del Estado, hay muchas otras, como esta de Sneguirovka, en las que los arteles mismos intervienen dando a la estación sus máquinas y concurriendo con sus capitales. Así, mientras que por un lado la estación extiende su actividad a la vida de la granja colectiva, por la otra el artel toma parte en el desenvolvimiento de ese centro del que saca tanta energía e impulso.

Por lo que respecta al trabajo que la estación debe cumplir, esta se compromete con los koljosos, ya sea anualmente, ya sea por un cierto número de años, a efectuar con sus medios ciertos trabajos que, según las máquinas de que la estación está provista, pueden ser desde los más corrientes como el arado, el abono, el corte, el sembrado, hasta los más excepcionales como los nivelados, la irrigación, etc.

Lo que caracteriza esta relación contractual entre la estación y el koljós, es que excluye todo objetivo de ganancia y de provecho particulares de parte de la estación contratante. Los precios que el koljós debe pagar en especies, por cuotas o de un solo golpe, son calculados de la manera más rigurosa sobre el presupuesto de gastos de trabajo, sobre los amortizamientos necesarios, excluyendo toda cuestión de ganancia. Los más fuertes porcentajes sobre estos precios están representados por el combustible y el lubricante, alrededor del 28%; y por el tractor se amortiza alrededor del 32%. Los

gastos generales pesan muy poco, 7%; y lo mismo ocurre con el personal técnico al que es preciso agregar el personal especializado en agronomía. Estos datos, que reuní en el verano de 1930, no han sido modificados. En cuanto a la forma de los contratos entre la estación y el koljós, ha sido perfeccionada. En el comienzo de 1934, el Consejo de Comisarios del Pueblo aprobaba un contrato/tipo para reglar mejor los trabajos de la siembra. El contrato prevería para estos trabajos cumplidos por la estación de máquinas y tractores, entregas especiales en productos, con el objeto de interesar más en el mayor éxito de la producción.

—Piense usted —me decía el director de la estación—, en las ventajas que representa para la empresa colectiva esta institución soviética. Esta no carga su presupuesto de gastos con máquinas que cuestan caras y tienen necesidad de ser amortizadas en un lapso de tiempo muy breve. No debe pensar en la carga onerosa de las reparaciones que exigen los útiles especiales. No se ocupa tampoco del personal, del que no se puede improvisar ni la capacidad ni la especialización. Ve efectuarse el trabajo de sus tierras, los principales trabajos de cultivo, al más bajo precio posible, porque la estación se propone expresamente bajar el precio a su más bajo nivel. Tiene siempre además listo y cerca, el elemento técnico, el agrónomo, que coopera con los dirigentes del artel en la búsqueda de cultivos de mayor rendimiento, en la preparación de planes de transformación de la granja para acelerar e intensificar su industrialización. En suma, respira y se alimenta precisamente por la influencia constante y compleja de la estación.

—Sí, esa estación no es solamente un centro de energía mecánica, sino que su acción y su influencia penetran por todas partes, en todas las manifestaciones de la vida de la empresa colectiva.

Pero eso no es todo; decía cuando nos encontramos que tendíamos por el método experimental a hacer del koljós una empresa industrial que pudiera responder, de una manera tan perfecta como sea posible, al interés de la producción y del trabajo. Marchamos en consecuencia por un camino bastante largo, pero que transformará poco a poco toda el campo. La que usted acaba de ver ha cambiado bastante ya en pocos años de colectivización; pero este cambio no es nada si se considera lo que queremos y prevemos...

Habíamos salido de la estepa, y nos dirigíamos hacia los verdes valles de Nova-Petrovka. El poniente inflamaba el cielo y sobre las pendientes las aldeas blancas se perseguían como rebaños. Algunas de entre ellas presentaban la característica de estar pobladas por campesinos emigrados sobre todo de Polonia y de Rumanía, que en el Estado de los Soviets gozan plenamente del respeto y de la libertad de su nacionalidad. El terreno, aunque cortado por anchas bandas de dunas arenosas, y estériles, es susceptible de un cultivo intensivo, y el director de la estación me informaba de que ya habían surgido allí pequeños arteles que prosperaban.

—Tenemos ahora fundada aquí, en el centro, una sección de nuestra estación. Cada artel tiende a dividir su propio territorio para obtener allí todos los cultivos posibles; lo que provoca bien a menudo una explotación irracional del terreno. Debemos impulsar la racionalización, más todavía que en el trabajo, en la estructura misma del cultivo de la granja. La unificación de estos arteles se realizará en torno al centro de nuestra sección, realizando particularmente esta racionalización en el cultivo. Según nuestros planes, toda la zona más al sur, por ejemplo, deberá convertirse en la de cultivos de forrajes con cría de vacas lecheras. La zona que mira a la estepa producirá sobre todo trigo. La que desciende hacia el Bug, aproximándose a Kherson, después que se la haya regado y electrificado, será una gran huerta. Esta próxima transformación traerá consigo la necesidad de construcciones nuevas que cambiarán aún el aspecto exterior de las aldeas; y aún entonces no habremos hecho todo...

Yo seguía con los ojos esa perspectiva que se desvanecía bajo los últimos rayos del sol, y hubiera creído soñar, si lo que veía y constataba no me hubiera enseñado que lo que parece un sueño irrealizable aquí, se vuelve realidad viviente en los campos de la Revolución.

LA FÁBRICA Y EL ARTEL

Pero no es solamente por la estación de máquinas y tractores que la presencia y la obra del poder soviético se explican como fuerza integrante y a menudo dirigente de la vida de la empresa colectiva. Hay, además, otros factores por medio de los cuales obra: la fábrica y la granja agrícola del Estado o sovjós.

La fábrica precisamente por efecto de la colectivización agrícola, ha encontrado el camino y la ocasión de su instalación en el campo, donde ayuda e impulsa el cultivo que produce la materia bruta

para elaborar y transformar. Las fábricas en los países burgueses se concentran más frecuentemente en las ciudades, sea por el motivo social y político de que el régimen capitalista tiene el mayor interés en conservar al proletariado de las ciudades lejos de las poblaciones campesinas, sea porque éstas, en sus pequeñas empresas agrícolas están más inclinadas, a menudo irracionalmente, a la variedad y a la pluralidad de los cultivos. Esta última tendencia existía también en los campos soviéticos; pero desde que el proceso de la colectivización comenzó paralelamente a la industrialización rural, surgieron inmediatamente la posibilidad y el interés de aproximar la fábrica a la gran granja agrícola.

En una región, por ejemplo, donde el terreno se reconocía como más favorable al cultivo de la remolacha, el Estado hacía construir una azucarera. En la región de Sebastopol, en Crimea, he notado, hablando con los dirigentes de la sección central del “Koljozcentr”, que la instalación de algunas grandes fábricas de conservas, había intensificado el cultivo de legumbres y frutas y había facilitado el pasaje al artel de un gran porcentaje de economías individuales. En la zona montañosa de Nowo-rossik, sobre el mar Negro, fue la fábrica de tabaco la que llevó a aquellos montañeses, que se hubieran dicho los más dedicados al trabajo individual dirigido de una manera completamente primitiva, a encaminarse hacia un cultivo científico de ese producto por medio de la gran empresa colectiva.

Y siempre en esta región, he visto en los alrededores de Krymsk, el comienzo de la construcción de un edificio para la fabricación del extracto de tomate. El Estado colaboraba allí en forma preponderante; pero aún los artel que ya se habían constituido, colaboraban también con sus capitales. El territorio para el cultivo de los tomates debía ser fijado según un plan establecido entre los arteles y la fábrica, que ocuparía más de 2.000 obreros con perspectivas de ricos resultados. La fábrica iba evidentemente a servir de motor propulsor y dirigente de la transformación cultural y social de toda la zona circunvecina.

Naturalmente, no es la fábrica así asociada a la agricultura lo que constituye la palanca principal de la transformación del trabajo agrícola en una rama y una categoría del trabajo industrial. La mecanización agrícola con su centro distribuido, la estación de máquinas y tractores, queda siempre como la fuerza que levantará la masa de los koljós a un nivel cada día más elevado desde el punto de vista técnico y a la vez social. Pero es indudable que este hecho típico de la campaña soviética, poblarse de fábricas donde entran en juego los intereses inmediatos de la empresa colectivizada, es de una importancia fundamental a causa de la influencia que ejerce sobre la evolución de la población agrícola. Esto llama la atención casi materialmente, porque es uno de los signos exteriores más evidentes de ese proceso dirigido y dominado por la industria que tiende a disminuir y a suprimir todo antagonismo y toda distancia entre la ciudad y el campo.

EL SOVJÓS Y EL ARTEL

Pero la institución que por muchos motivos es sugestiva en el estudio de los koljoses, aquélla en que el Estado actúa particularmente sobre la porción educativa y moral de sus miembros, y que tiene ya un pasado rico en enseñanzas, es el sovjós, la empresa agrícola constituida y regida directamente por el Estado.

He recordado cómo, ya desde la división de las tierras que se efectuara después de la Revolución de Octubre entre los que querían cultivarlas, el Estado había conservado intactas algunas grandes empresas a causa de su indivisibilidad, o bien porque debían, bajo la dirección del Estado, proveer poco a poco a las pequeñas economías campesinas, de ganado de raza, granos seleccionados, etc. He recordado también cómo el Código Agrario de 1922, en la definición del carácter de esta empresa del Estado, estableció que su objetivo preciso era “servir de ejemplo técnico y científico a los trabajadores para el mejor desenvolvimiento de la agricultura, permaneciendo en contacto lo máximo posible con la población rural local”.

En el nuevo Código Agrario publicado en 1928, cuando se manifestaba el comienzo de la colectivización en gran escala, hay un artículo que precisa la obligación para los sovjoses de trabajar por el cumplimiento de esta transformación social. El art. 35 dice textualmente: “Las empresas agrícolas soviéticas (sovjoses), como grandes empresas agrícolas del Estado, representan uno de los apoyos del desenvolvimiento de la economía socializada en la agricultura. Deben ayudar a la población rural circunvecina por el ejemplo de su mejor gestión agrícola, de su administración, de sus métodos económicos, y técnicos, y deben facilitar en sí mismas, para el progreso de la agricultura, el desenvolvimiento de la cooperación y de la colectivización.”

Una serie de decretos enumera en seguida en este Código, los derechos y los privilegios acordados

por el Estado al sovjós para ayudarlo en el cumplimiento de sus deberes. Estos comportan: cesión gratuita de las empresas, amplias medidas agronómicas para ayudar a su desenvolvimiento, aumento de sus capitales fundamentales, privilegios en el crédito agrícola, muy especialmente para la compra de máquinas y el empleo de abonos, cesión de tierras que formen de los fondos de reserva del Estado, etc. Hay que notar también el otorgamiento de créditos especiales de favor “con el objeto de construir habitaciones para los obreros agrícolas, y mejorar sus condiciones materiales y culturales”.

Reforzado con todos estos recursos, el sovjós desempeñó un gran papel en la época de la lucha contra el kulak, porque se recordará que al mismo tiempo que a la formación de la conciencia colectivista del campesino, la obra del Estado tendía también a la creación de una base agrícola bien sólida para la producción del trigo, de manera de substituir y sobrepasar por el producto del sovjós y del koljós, el excedente comerciable de trigo proporcionado por las granjas de los campesinos ricos. El desenvolvimiento del sovjós, para la solución del gran problema del pan, fue verdaderamente increíble. El “Zernotrust”, vale decir, el trust, que unió a todas las empresas agrícolas del Estado que tuvieran por objeto la producción de trigo, podía ya, en 1931, disponer él solo de una cantidad comerciable de trigo superior una vez y media a la de que disponían las economías de los kulaks en 1927, y que era de 22 millones de quintales.

El carácter industrial del sovjós y su especialización, que se extendió a todos los cultivos más importantes, dan en adelante a esta empresa la verdadera estructura de una industria. El sovjós representa realmente la gran industria agrícola soviética. Basta subrayar el simple hecho de que los sovjoses cultivadores de trigo alcanzan a las más grandes empresas industriales sea en la mecanización de la producción, sea en la formación orgánica de su capital. La parte constante de éste, para citar un ejemplo, llega en algunos sovjoses al 92% del capital total; muy poco, pues, inferior al porcentaje que encontramos en las fábricas Putilof en Leningrado, que es de 95%.

Pero sobre la función del sovjós, considerado como una de las más grandes fuerzas de la industrialización agrícola soviética, volveré más adelante, cuando me detenga particularmente en ese tema. Ahora quiero poner en evidencia la manera en que actúa el sovjós y por qué medios llega al koljós hasta convertirse en un poderoso factor de su vida.

Uno de estos medios, el principal, ha sido precisado ya en los artículos anteriormente citados. El sovjós es un ejemplo, una escuela, por su método técnico y administrativo, para la población de los alrededores. Pero aún va más lejos. Allí donde no hay una estación de máquinas y tractores, la reemplaza utilizando su material para ayudar a las empresas colectivas y, tanto como le sea posible, también a las empresas individuales.

Me acuerdo de un pequeño sovjós que visité en 1930, en el campo de Saratov, a cuarenta kilómetros de Moscú. Se trata del sovjós “Kostantinovna”, destinado a la cría de una raza porcina especial. A causa de la calidad del terreno circunvecino, desarrollaba también la cría de ganado lechero, intensificando con este objeto, el cultivo de los prados. Disponía de tractores y de máquinas agrícolas, y su director, un inteligente y modesto emigrado lituano, me mostraba los resultados del trabajo que se había podido alcanzar con las máquinas del sovjós mismo, en los arteles vecinos, para el arado, la siembra, el segado de la hierba y la cosecha de los cereales.

“Aquí no se verificó —agregó él— el fenómeno ocurrido en el invierno de 1929-30, en que granjas campesinas individuales entraban en el artel para salir de él en seguida; y esto es debido a la acción del sovjós que había preparado indirectamente el ambiente moral y material de la colectivización. Desde el punto de vista material, por la demostración de las ventajas de nuestro cultivo mecanizado al mismo tiempo que dábamos a las pequeñas granjas nuestras semillas, nuestros abonos, etc. Del punto de vista moral, por la producción mucho más grande de nuestro trabajo y por su mayor provecho con respecto al trabajo individual. Nuestros obreros agrícolas fueron bajo ese punto de vista, un excelente vehículo de penetración y de educación de las masas campesinas, y lo son aún ahora entre los koljosianos.”

EL OBRERO AGRÍCOLA Y EL KOLJOSIANO

Este aspecto de la función del sovjós en la vida de la granja colectiva me interesó mucho, y creo que es oportuno ponerlo en evidencia.

El sovjós es una empresa en la que toda persona que trabaje se encuentra en la misma posición que el obrero de la fábrica. Todos los **sovjosianos**⁸ tienen el mismo reglamento que los obreros de las

8 Miembro de un sovjós.

fábricas, en los horarios, para los seguros sociales, para las vacaciones y días de reposo; todos, lo mismo que el obrero, participan efectivamente en la gestión del sovjós, puesto que su dirección, que depende directamente de los órganos del Estado, no se separa de la mano de obra, sino que pide, por el contrario, su contacto y su cooperación. La retribución del obrero agrícola no se basa solamente en las tarifas de salarios fijadas por las oficinas competentes, sino que se liga también al desenvolvimiento y al progreso de la empresa.

Este trabajador, aunque vive en el campo, tiene una conciencia y una mentalidad muy diferente a las del campesino. Porque tiene y continúa teniendo sobre el que se fatiga en su pequeña granja individual, la ventaja de formarse una cultura técnica y una personalidad muy particulares, que pueden madurar sólo en un medio como el sovjós, empresa agrícola cada vez más perfeccionada, al margen y contraria a toda idea de esclavización y explotación del personal que la sirve.

Por ello es evidente que no se puede ni aún hacer una comparación entre el obrero agrícola del sovjós y el jornalero de las grandes empresas capitalistas, donde este último es considerado sola y exclusivamente como el elemento que hay que explotar hasta los huesos. El obrero del sovjós es el proletario que, viviendo y trabajando en la empresa socializada, emanación directa del Estado de los Soviets, moldea su cerebro y su alma con el ritmo y con los objetivos de la economía soviética que no está al servicio del capitalista, sino al de la elevación económica y moral siempre creciente, de la colectividad trabajadora.

Agitar, inflamar esas conciencias de los obreros agrícolas que viven en medio de los campos donde la colectivización debuta y se desenvuelve, significa aportar a esta transformación económica y social una cantidad constante de calor y de incitación. El sovjós, sobre este punto, completa, amplifica y perfecciona el trabajo, ya tan profundo, de la fábrica y de la estación de máquinas y tractores. Y yo, que he visto en muchos arteles de qué manera se establecen y se mantienen los contactos entre koljosianos y sovjosianos, en todo caso mucho más constantes que las relaciones de los koljosianos con el proletariado obrero, me he persuadido de que su influencia es enorme e incalculable. Tan grande, que a menudo arriesgaba esta pregunta: “¿El koljosiano no sentirá nacer de esta íntima ligazón con el sovjosiano el deseo y el gusto de ser también incorporado a la empresa agrícola del Estado, prefiriéndola a la empresa colectiva?”

“Si se trata del “batraki”, es decir, del jornalero agrícola empleado por el campesino y sobre todo por el kulak, su pregunta tiene una respuesta afirmativa —me decían los obreros de un sovjós—. Pero cuando se trata de trabajadores de una empresa colectiva agrícola, su pregunta no puede ni siquiera ser planteada. Trabajando en un sovjós, trabajamos en una empresa del Estado, y esto quiere decir, para nosotros, trabajar para la colectividad de la que somos una parte. Para nosotros nuestro interés personal se confunde con el interés colectivo. Este hecho da a nuestro trabajo, al salario que recibimos, al estado de espíritu que llevamos a la obra cotidiana, un carácter completamente particular, que hace de cada uno de nosotros, un obrero “soviético”. El koljosiano está en el mismo camino. Es una parte de la gran empresa colectiva, aún si ésta tiene una base campesina. Es una empresa que participa cada vez más en la vida de toda la colectividad, es decir, de todo el Estado. Tampoco el koljosiano calcula ni su trabajo ni sus beneficios según el punto de vista exclusivamente personal e individual, sino desde el punto de vista del desenvolvimiento de la empresa colectiva, que a su vez trabaja para el progreso general de la agricultura y de la economía toda de la Unión Soviética. De igual manera que nosotros trabajamos para el éxito del sovjós, él lo hace por el del koljós. Tendemos nuestros músculos en un común esfuerzo. Nuestro trabajo, material o moral, es idéntico.”

LA PRIMERA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

Es preciso conservar bien claras estas ideas, porque sirven en gran parte para esclarecer toda la organización interior del trabajo en las grandes empresas agrícolas colectivas, sus reglamentaciones, sus rendimientos, sus formas de retribución. Esta parte es muy importante para el estudio del artel. Puesto que, aunque el Estado contribuya como lo he demostrado ya, por medio de las instituciones que rige y subvenciona, a ayudar y a facilitar el desenvolvimiento del artel, esto no basta para hacerle alcanzar sus mejores resultados. Él tiene siempre una vida propia, y la fuerza vital le es otorgada por la actividad de los miembros que lo constituyen. La manera en que su trabajo está organizado, la calidad y la cantidad de su capacidad de producción, los estimulantes que funcionan a fin de acrecentarlo y de perfeccionarlo, son los elementos de los que depende la valorización misma de las instituciones del Estado o apoyadas por el

Estado y de las cuales el artel sufre la influencia poderosa.

El reglamento-tipo del artel, establece que debe ser administrado por la asamblea general de sus miembros y por la dirección elegida por esta asamblea. Este reglamento fija cuáles deben ser las atribuciones específicas de la asamblea, es decir, el poder de decisión sobre los asuntos más importantes que conciernen a la actividad del artel, la elección de la dirección y de la comisión revisora, la aprobación de las líneas directrices del trabajo. Pero enumera en seguida toda una serie de objetivos técnicos y sociales que deben permanecer siempre presentes en el espíritu de todo miembro del artel. Hay objetivos de carácter económico, para acrecer la productividad de la granja: aumentar los terrenos cultivados, abonar aquéllos cuya calidad es menos buena, utilizar la fuerza de tracción, pasar lo más posible al laboreo mecánico, organizar un empleo cada vez mejor para el capital de inventario, mejorar la rama zootécnica, proceder a la construcción de los establecimientos exigidos por la industrialización agrícola, etc. Pero hay también objetivos que se relacionan directamente con los miembros del artel y que son “la elevación continua del nivel político y cultural, la mejora, por todos los medios, de las condiciones de existencia de los mencionados miembros y particularmente de las mujeres y de los niños.”

El mismo reglamento determina, pues, que en el artel se debe proceder al mismo tiempo al aumento de la producción de la empresa y al mejoramiento moral y material de los que forman parte de ella. Armonizar estos esfuerzos, llegar al mismo tiempo a las dos metas, es dar a la vida interior de la granja colectiva un ritmo y una disciplina que no se pueden encontrar en ninguna empresa capitalista análoga, donde estos dos objetivos no concuerdan jamás, sino que por el contrario, el segundo es siempre descuidado y muchas veces ignorado.

¿Cómo se ha realizado ese acuerdo? ¿Por qué medios se ha llegado a esta disciplina de trabajo con su doble objetivo de acrecer la capacidad de producción de la granja colectivizada y mejorar las condiciones de existencia de los koljosianos y de sus familias? En suma, ¿cuál es la atmósfera en que los trabajadores del artel respiran y viven ?

Esfuerzos formidables de colectivización agrícola, que han coordinado los principios dirigentes de la gran experiencia con las realidades complejas del material “humano”, o mejor dicho del material “campesino”, permiten dar estos últimos años una respuesta a esas preguntas sobre las cuales está fija la atención del mundo burgués.

Al comienzo del flujo gigantesco de las empresas individuales en el artel las granjas agrícolas que se habían constituido no quisieron romper inmediatamente con las costumbres de la vida campesina. Fue así que el trabajo en el artel se organizó por familias, y su retribución en productos o en especies, en parte recogida a lo largo del año y el total fijado y reglado a la terminación del ejercicio agrícola, se efectuó por cabeza. Sin embargo, esta regla no fue generalizada. Fue sugerida por la necesidad de graduar, hasta según los lugares, el cambio que la vida de la empresa colectiva agrícola hubiera ciertamente exigido, a menudo impuesto. Esto, por lo demás, habría permitido calcular de muy cerca, la aptitud y la capacidad de los koljosianos, regularlas y encuadrarlas inmediatamente en una organización científica del trabajo.

Este período de transformación fue muy breve y debía, en efecto, cesar inmediatamente que el criterio y el ritmo de la industrialización estuvieran maduros para su aceleración, para una organización y una disciplina de trabajo que correspondieran mejor a los objetivos económicos, morales y sociales, hacia los que la industrialización soviética se dirige.

LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO SOBRE BASES CIENTÍFICAS

Como al comienzo de 1930, para sacar la colectivización agrícola de uno de sus momentos más críticos, es nuevamente Stalin quien anuncia ahora el advenimiento de este período que reclama una política nueva y otros métodos para la aplicación del plan industrial en la Unión Soviética. Dirigiéndose más especialmente a la industria, pero en forma de orientar igualmente la agricultura colectivizada hacia sistemas análogos, él unía los numerosos problemas en seis puntos principales. La necesidad de establecer salarios diversos para los obreros calificados y no calificados. La de combatir las oscilaciones en el rendimiento del trabajo, y aumentar la fuerza de producción de las empresas. La creación de una nueva “élite” destinada a mejorar la producción. El desenvolvimiento de cuerpos técnicos especializados. La búsqueda de nuevas fuentes de capitales. El perfeccionamiento de la mano de obra por la disciplina superior de la emulación.

Como siempre, también esta vez la burguesía del mundo entero fingió no comprender ni el salto adelante que iban a dar la producción y la economía industriales y agrícolas, ni el inevitable progreso que

se iba a obtener gracias a esta nueva política soviética. De igual modo que en el momento en que Lenin comenzó la política de la NEP, esta vez todavía, después del golpe formidable de su sucesor, esta habló del retroceso de la doctrina y de los métodos soviéticos, y preconizó su retorno a los principios del capitalismo.

No alcanzaba a comprender o quizás no quería comprender, cómo en el Estado de los Soviets, en la industria soviética, en la agricultura colectivizada, los acontecimientos toman una fuerza y un color especiales a causa de que se trata allí de un Estado, de una industria y de una agricultura que no son ni capitalismo ni para el capitalismo, sino de los trabajadores y para los trabajadores. Este hecho transforma completamente la sustancia de la vida y de la disciplina del trabajo, aunque puedan recordar la nomenclatura y los métodos empleados en el régimen capitalista.

Para volver a la organización del trabajo en la empresa agrícola colectiva, que se orienta en la vía magistralmente trazada por Stalin y más específicamente elaborada por la acción del Comisario de Agricultura, Iakovlef, diré que el sistema de distribución del trabajo por familias y la división de los productos de la granja por cabeza fueron bien pronto abandonados. Como en la fábrica, el trabajo en su calificación y en su cantidad debía servir en el artel de base para la repartición bajo todas sus formas de los rendimientos de la empresa. Y la emulación debía ser la fuerza propulsora, para llevar la productividad del trabajo a su grado más alto y más perfeccionado.

En la primavera de 1931, Iakovlef planteó claramente esta cuestión ante el VI Congreso de los Soviets. Citaré un pasaje de su discurso: “No queremos ocultar nada. Nos dirigimos francamente a los miembros de los koljoses y les decimos: la gran causa de la economía colectiva que, pese a todas las debilidades y a la falta de experiencia de sus miembros ha aumentado en un solo año de ensayo desde 1930 el rendimiento de sus miembros en un 150%, puede peligrar, sin embargo, si se obstinan en la división de los productos por persona y si no se apresuran a sustituir esto por un sistema correspondiente a la calidad y a la cantidad del trabajo suministrado.” La palabra y la advertencia de los dirigentes del Estado soviético fueron acogidas y seguidas por las masas trabajadoras mejor que si hubieran sido una orden.

EL PRINCIPIO SOVIÉTICO DE LA PRODUCTIVIDAD DEL TRABAJO

En la práctica, he aquí de qué manera ha estado reglada la organización del trabajo y cómo continúa perfeccionándose en la empresa agrícola. El centro constante es la dirección elegida todos los años por la asamblea general de los koljosianos. La dirección es el órgano ejecutivo del artel, y es la que, como dice el reglamento, “reparte entre los miembros los trabajos más convenientes, confiriéndoles por esto mismo la responsabilidad y todos los derechos inherentes.”

Los miembros del artel, pues, en su trabajo respectivo, no son simples ejecutores materiales, sino que deben considerarse como elementos conscientes y responsables con respecto a toda la empresa. Fue este principio el que dio nacimiento a la organización de las “brigadas” en el seno mismo del artel, los vivificó y los entusiasmó inmediatamente en una medida increíble, aplicando la regla moral de la emulación, llegada a ser en adelante una ley soviética.

Quiero explicarme mejor. En la gran empresa agrícola la mano de obra se dividió por grupos, según el trabajo que a su turno podía cambiar por motivos culturales o de estación, y que generalmente tiene necesidad en toda empresa agrícola de un personal especializado en ciertas ramas, tales como el empleo de las máquinas. Es así que se formaron los grupos de los “tractoristas”, del personal destinado a las máquinas, y para los trabajos de estación, los grupos para la siembra, para la cosecha, para el desmonte, en suma, todos los que son empleados en un cierto trabajo agrícola donde es necesario un cuerpo disciplinado y armonizado. Esta repartición del trabajo ya adoptada por la gran ventaja capitalista con el objetivo de una explotación más segura de la mano de obra, es por el contrario, en la granja colectivizada considerada por los koljosianos mismos como un medio de emplear mejor sus propias energías y de llevarlas en el interés de todo el artel, a su más alto grado de producción. Es así que se constituyeron brigadas entre los koljosianos y que, justamente para expresar el fuerte impulso moral y material con que iban a proceder en su actividad, estas brigadas quisieron llamarse a sí mismas, “brigadas de choque”.

Cada brigada escogió su jefe, llamado “brigadier”, que no es el “jefe” impuesto a los equipos de trabajadores por el patrón de la explotación agraria capitalista con funciones policiales de vigilancia y de espionaje. El brigadier es elegido por los miembros de la brigada, de acuerdo con la dirección del artel, por sus mejores cualidades de trabajo y de una mayor competencia eventual; permanece normalmente en

contacto con la dirección, con la cual negocia la aceptación de los trabajos y su retribución. En cuanto a esta última, el método de medir el trabajo sólo de acuerdo a su duración teniendo en cuenta las horas y las jornadas empleadas para la repartición del producto del ejercicio agrícola, ha desaparecido casi; y a este método ha sustituido en una proporción cada vez más amplia, el reconocimiento del trabajo según su cantidad y su calidad.

En las brigadas que se han formado entre el personal destinado a cuidar las vacas lecheras, hay algunas que han celebrado ciertos acuerdos con la dirección del artel basándose sobre la cantidad de la leche, el éxito de la cría de terneros, etc, lo que exige una constante aplicación de nociones de zootécnica si se quieren obtener buenos resultados. En numerosos trabajos y particularmente en el laboreo de los campos, se generalizó bien pronto el sistema del trabajo por tarea, es decir, contratos a destajo, teniendo por base la cantidad y la calidad de la obra a hacer, y no el tiempo ni el número de obreros necesarios para realizarla.

Pero se dirá entonces: “¡Ese es el trabajo a destajo, el método más característico de la explotación de la mano de obra en la agricultura y en la industria capitalista!” Recuerdo haber llevado yo mismo una lucha continua en las grandes granjas de cultivadores lombardos en Italia, para impedir que los trabajadores agrícolas fueran contratados en ellas como trabajadores a destajo; reclamaba, por el contrario, que se les pagara por cabeza y por hora. Y tenía razón.

En el capitalismo este sistema tiende a agotar toda la energía del trabajador, a excitar su deseo violento de ganancia, y esto exclusivamente para el mayor provecho del patrón. Lo que representa el pequeño aumento de salario que el trabajador puede obtener por todo el esfuerzo de sus músculos es algo pobre, ínfimo, miserable, en comparación de lo que saca el capitalista. Es esta desproporción injusta la que ha impulsado a todos los trabajadores agrícolas y de fábrica a lanzar contra este sistema todo su odio.

Destruyamos los beneficios del patrón; identifiquemos por así decir, estos beneficios con los del trabajador; de manera que pueda, como ocurre en la empresa agrícola soviética, adquirir una doble ventaja; la inmediata de una retribución mayor por su trabajo, y la otra mucho más importante del provecho realizado por la empresa que le pertenece a él también. El trabajo a destajo llegará a ser entonces el sistema hacia el que todo trabajador aspire a llegar para su satisfacción material y moral.

Fijar en una empresa agrícola capitalista la retribución del trabajo según su calificación y su cantidad, y ligar este principio por el sistema de pago según la tarea individual o colectiva, es un medio de explotación de tal manera conocido y probado que cualquier trabajador consciente, abierta o secretamente, no tiene por él más que repugnancia. Y si lo acepta lo hará solamente impulsado por la necesidad u obligado por la fuerza; pero su fatiga estará continuamente exasperada. Su trabajo le será más pesado, más duro y más penoso. Transportemos sin embargo, el mencionado sistema a la vida y a la atmósfera de la granja soviética, donde no quedan de él más que el nombre y la forma, pues la sustancia y el espíritu han sido radicalmente transformados, y su aplicación cesará de ser una condena impuesta al trabajador, para volverse por el contrario uno de sus deseos más vivos. La dureza misma del trabajo disminuirá y se olvidará. El trabajo se fundirá en el goce del alma y del cuerpo. Multiplicará las energías físicas del trabajador, y lo incitará al amor, cada día más profundo por la empresa donde vive, puesto que se elevará y progresará con ella.

Ignoro si el Congreso de los sabios de psicotécnica, que tuvo lugar no hace mucho en Moscú, en el que participaron técnicos de todos los países, se ha detenido suficientemente sobre esta realidad, en la que la contradicción entre el mundo burgués y el mundo soviético es tanto más grande y más fuerte cuanto que está velada y oculta por el uso de una terminología idéntica. Yo sé solamente que tan pronto fue esbozada esta disciplina de trabajo en todas las granjas colectivas, hizo desenvolver de inmediato esta ley soberbiamente moral que es la “emulación”. No brotará jamás en las fábricas y en las grandes granjas capitalistas, porque no respira ni se nutre más que en el ambiente de la empresa soviética, donde hay una vivacidad, una serenidad, una dicha, ¡ay! demasiado ignoradas por todos los trabajadores de las fábricas y de los campos, para quienes la empresa capitalista es una aplastante capa de plomo.

Esta emulación se explica en los arteles por un verdadero concurso entre brigadas; y se amplía por los desafíos que se lanzan entre sí. La dirección del artel, que dirige estos fecundos e inteligentes esfuerzos de las colectividades y de las voluntades, colabora en ellos con primas y otros medios. El “Koljozcentr” participa también en el torneo entre las numerosas granjas colectivas. Todo llega a ser emulación y estímulo. Todo sirve de incitación al progreso, del punto de vista económico, educativo y social. Todo está orientado y dirigido para alcanzar un grado de mayor rendimiento y de mayor productividad del trabajo, por el desenvolvimiento y el perfeccionamiento de la conciencia colectivista de todos los trabajadores.

El problema básico de la colectivización agrícola, ¿qué digo? del orden económico y social surgido de la Revolución de Octubre, se encuentra aquí. Lenin lo definía con una sabiduría y una claridad de lenguaje incomparable, por estas simples palabras: “La productividad del trabajo es, en resumidas cuentas, el punto más importante y decisivo para la victoria del nuevo orden social. El capitalismo ha creado una productividad desconocida en el régimen de la esclavitud. El capitalismo existirá mientras el nuevo orden social no haya creado otra productividad de trabajo muy superior. Esta obra es difícil y larga. Pero lo esencial es que se haya comenzado.”

El 17 de marzo de 1934, el Gobierno soviético publicaba una ley de orden general, que reglamenta el sistema del salario de los trabajadores sobre la base de la cantidad y calidad de la producción suministrada. Y esta ley abolía un artículo del Código de Trabajo garantizando un salario mínimo, porque esta disposición no interesaba más que a algunos grupos de trabajadores retrasados.

FACTORES DE DESENVOLVIMIENTO

En la colectivización agrícola es necesario subrayar, sobre este asunto, muchas fuerzas que han concurrido y concurren aún ahora a volver cálido el medio del artel, a fin de que el principio de la emulación y de la organización del trabajo en brigadas, convertidas en órganos de una combatividad enorme, encuentre una atmósfera que las excite y alimente. Una de estas fuerzas está representada por el proletariado, por el obrero, cuya penetración en la campaña llega a ser cada vez más profunda gracias a la colectivización.

Es un hecho muy notable que se verifica en la Rusia nueva en oposición a lo que pasa en los países burgueses. La industria, la ciudad, que también en la Unión de los Soviets atraían a numerosos campesinos y ejercían sobre todo entre los jóvenes una gran influencia, vieron, con el comienzo y el desenvolvimiento de la industrialización agrícola un gran reflujo hacia el campo de los elementos rurales emigrados. Volvieron a ella con verdadero amor; traían consigo los frutos de la vida y de la experiencia adquirida durante su estada entre el proletariado industrial, donde las nuevas directivas para la organización del trabajo y para la emulación entre los grupos obreros y entre las fábricas habían sido acogidas con tanto entusiasmo, y habían dado nacimiento a las iniciativas más geniales. Así, por ejemplo, en muchas, además de las brigadas de choque, se formaron brigadas para la buena calidad del producto, para el mejor rendimiento, etc.

Es preciso subrayar aun un hecho que muestra con cuánta pasión el obrero de la ciudad sigue esta reorganización profunda de la vida rural. Es bien difícil, sobre todo durante el verano, visitar el campo colectivizado sin encontrarse con grupos de obreros que van allí no solamente porque están encargados por sus fábricas de ayudar a los koljosianos en ciertos trabajos, sino porque se sienten movidos por el deseo de unirse y de colaborar en la industrialización de la empresa colectiva.

Otro factor que por todas partes pero sobre todo en Ucrania es un fuego continuo, una gran fuerza estimulante de la nueva disciplina de trabajo en el artel, está constituido por el “Comité Campesino”. ¡Historia magníficamente generosa, historia rica en combatividad y en entusiasmo esta de los “comités campesinos” (Comitety ninzamochnich selian) que nacieron durante los trágicos años de la guerra civil, que organizaron las masas más pobres, y que tenían por objetivo animar la resistencia de las poblaciones campesinas y conducir las a la batalla! Estos Comités, después de haber rechazado y aplastado a los generales mercenarios y sus bandas, se comprometieron con mayor audacia y empecinamiento aún, en la reconstrucción económica de las tierras saqueadas y ensangrentadas.

Durante la lucha contra los kulaks, estos Comités desempeñaron también un papel de una eficacia considerable. Cuando la colectivización agrícola se generalizó hasta ser integral en esos campos fecundos de la tierra negra, los Comités Campesinos, en lugar de disolverse, se reorganizaron y pasaron a las empresas colectivas en grupos de vanguardia siempre vigilantes y activos. Su tradición de audacia los coloca en las primeras filas de la emulación, arma hoy necesaria para las conquistas más urgentes en el dominio económico.

Esta constatación me produjo un vivo interés, porque evocaba para mí la miserable masa agrícola sufriendo bajo el régimen capitalista que la aplasta, y hacia la que ahora avanza la bandera del Comité Campesino como una invitación al combate. Nacido de las necesidades de la lucha contra el enemigo, es ahora pionero de los progresos de la colectivización. Su razón y su fuerza de vida están en el combate. Pero solamente después de haber quitado del camino a todos los enemigos, los Comités campesinos pueden arriesgarse hacia la cumbre de todas las ascensiones económicas y sociales.

El espíritu y el ardor de batalla que este Comité desarrolla en el seno de la colectivización, allí donde había ya una tradición propia, se han generalizado en todos los campos de la Unión Soviética por medio de otro elemento hacia el que vibra la más profunda simpatía: el soldado.

No es mi tarea explicar cómo el soldado soviético no tiene nada de común con la vida, la disciplina, la actividad y las funciones que son impuestas a los soldados por el régimen capitalista, sobre todo a aquellos enrolados en los campos para formar su ejército. Indicaré solamente que el ejército ha sido y continúa siendo en la Rusia bolchevique, la escuela más alta y más noble para la formación del campesino, no solamente como defensor consciente del Estado proletario, sino también como ciudadano capaz de combatir en primera fila por todas las conquistas hacia las que se dirige la Revolución. El soldado-campesino volverá en consecuencia a los campos, pronto a ser, moral, técnica y políticamente, un factor especial de acción inteligente y de transformación fecunda.

He encontrado en una relación oficial, publicada por el Comisario de la Guerra, con motivo del XIII aniversario de la fundación del Ejército Rojo, una corta estadística más elocuente que toda otra ilustración de los objetivos y de los métodos del “militarismo” soviético.

En 1927, el Ejército Rojo instruyó a 36.756 personas en el trabajo práctico del campo; en 1929, estas cifras se elevaron a 107.748. En 1930, el Ejército Rojo dio a la colectivización agrícola alrededor de 15.000 dirigentes de koljoses, 13.000 agricultores especializados, 9.000 campesinos, 20.000 ganaderos; 25.000 conductores de tractores, 13.000 contables y administradores; otros 3.000 soldados fueron preparados para continuar los estudios técnicos agrícolas superiores.

Estas cifras son de una rara elocuencia, tanto más si se piensa que se remontan a 1930, y que en los últimos años el esfuerzo para educar al soldado en los problemas de la vida y del trabajo colectivos, ha aumentado enormemente. Es posible concebir pero no expresar lo que toda esa fuerza “militarizada”, es decir, forjada e inflamada en el fuego de los más altos ideales soviéticos, habrá aportado de calor y de entusiasmo a la grandiosa batalla de la colectivización y de la industrialización agrícolas.

LA KOLJOSIANA

Este gigantesco movimiento hacia la colectivización de millones y millones de pequeñas economías individuales, ¿hubiera sido posible sin la adhesión, y la participación de la mujer? Si la campesina se hubiera opuesto a él, si la profunda convulsión producida arrancando los hábitos familiares, los límites mismos de la vieja empresa agrícola, hubiera encontrado sólo la resistencia pasiva de la mujer, ¿podría haber triunfado? Basta plantear esta cuestión para que una respuesta negativa se produzca. Igualmente toda la reorganización del trabajo en la gran ventaja colectiva, todos los cambios que está en vías de determinar en sus métodos, en su disciplina, en fin, en la vida entera, del artel, tan diferente y alejada de lo que era la vida en la pequeña granja, no es hoy un hecho viviente y realizado, sino porque la mujer adhiere y concurre a él con toda la energía de que es capaz.

La explicación de este hecho se encuentra indirectamente si se piensa que también la “campesina”, la mujer de la tierra de los países capitalistas, no es la misma de antaño, la que había modelado una tradición de servidumbre.

La miseria y el terror han terminado por vencer su tendencia a la resignación. Ella no permanece ya muda y abatida ante el hogar apagado y la mesa vacía, entre criaturas temblorosas que la rodean y le piden pan. En los acontecimientos cotidianos, la campesina de muchas aldeas ha aprendido a ser combativa. En la crónica del terror fascista, no se lleva cuenta de las mujeres que aún en los campos, marchan contra él luchando heroicamente. La mujer soviética se ha despertado, ha vivido y se ha forjado bajo el fuego de continuas batallas. Su historia la pone a la orden del día por sus sacrificios en los combates de la Revolución y en aquéllos todavía más dramáticos de la guerra civil. Pero lo que sobre todo la formó, fue esencialmente el régimen nacido de Octubre, fueron los principios que proclamó y las iniciativas que hizo surgir: la igualdad de la mujer y el hombre en sus derechos políticos y de trabajo, la protección especial a la mujer durante la maternidad, los cuidados sociales cada vez más minuciosos hacia los niños, su elevación a todas las ocupaciones a que podía aspirar. Es de este modo que la campesina soviética, después de ser moldeada en la lucha contra sus enemigos, ha acrecido y educado su inteligencia y su conciencia hasta comprender y seguir con el mayor entusiasmo, esta formidable revolución cultural que fue la colectivización.

Aunque hayan pasado pocos años desde el comienzo de este movimiento, los que lo siguen son unánimemente de opinión de que la mujer ha llevado a él tal ardor, tal energía y tal voluntad, que

explican muy bien cómo ha llegado a ser, en la vida práctica de la emulación, una fuerza de un valor inestimable.

Pienso en este momento en algunas cifras recogidas por actas oficiales, que reproduciré porque me parecen susceptibles de dar una idea concreta de lo que afirmo. He leído, por ejemplo, en los documentos del “Koljozcentr” que ya en 1931 las brigadas de campesinas que se habían movilizadas para la batalla de la siembra primaveral y de la cosecha, se elevaban a cerca de 122.300, aunque las labores fueron parciales. Y por lo que se refiere más particularmente al artel, he encontrado cifras que mostraban el impulso con que la antigua campesina había sabido llegar a los puestos responsables en la dirección técnica y administrativa de la empresa colectiva. Estos últimos años marcan naturalmente un nuevo progreso. He aquí las cifras anunciadas en el XVII Congreso, en febrero de 1934, que aunque incompletas, son de un alcance indiscutible: 6.000 mujeres están en la presidencia de los koljoses; más de 60.000 son miembros de dirección; se cuentan más de 28.000 jefes de equipos, y más de 100.000 están a la cabeza de secciones de brigada; cerca de 7.000 de entre ellas con blusa de mecánico, rivalizan sobre el motor con los “tractoristas” más experimentados.

Pero estas cifras no agregan nada para mí a lo que he constatado por mis propios ojos en el verano de 1930 cuando observaba la organización de estas brigadas de mujeres colectivizadas, su trabajo y los resultados obtenidos.

Veo todavía a la joven campesina, con la leonada cabellera cayendo sobre su cuerpo sólido, dirigir una brigada de recolectoras en una estepa quemada por el sol y avanzar hacia mí apretando contra su pecho un gran mazo de espigas, como si hubiera sido su hijo. “Todo, desde la siembra a la cosecha —me decía, radiante—, todo es fruto de nuestra brigada, que ha alcanzado más del doble de las cifras previstas.”

Tampoco olvidaré a la brigadier Tambotseva, la koljosiana bien conocida del artel “Octubre”, en la región central de la “tierra negra”, a la que un año más tarde era discernido el primer premio de las brigadas de choque. Había realizado con su tractor el máximo de los resultados esperados en la calidad y en la cantidad del trabajo.

No es menos sugestivo para mí el recuerdo de las brigadas de mujeres de ciertos trabajos especializados del artel, tales como la cría de ganado, y la avicultura. Donde ellas se ponían a la obra, he constatado que reinaban el orden, la precisión, la limpieza, todo con un impulso y una vivacidad que transformaban los trabajos más duros y penosos en fuentes de placer y de alegría.

Este contraste con la pena muda y el sufrimiento que encorvan a la campesina de las granjas capitalistas (para citar un ejemplo, la campesina de mi país, curvada bajo el fascismo), me hería en lo íntimo del alma. El nuevo campo soviético, —yo lo oía—, estaba lleno de cantos.

No más la triste y lenta melodía compuesta de melancolías y de cadencias quejumbrosas como algunos de estos horizontes: sino un estremecimiento, un estremecimiento de pasión y de batalla. Yo escuchaba a las brigadas de mujeres que luchaban en la estepa; eran canciones y aires melodiosos y disonantes, duros y cadentes, llenos de sacudidas y de pausas, de ráfagas y de reposo, iguales a su trabajo que es un combate y una dicha de vivir.

INFANCIA Y VEJEZ

Así en el campo, en todos los trabajos del artel, la mujer es una chispa, un ejemplo de emulación. Pero hay una parte de la vida de la granja colectiva que le pertenece casi exclusivamente. La familia rural permanece muy a menudo en su antigua casa, y permanecerá en ella hasta que las grandes empresas completadas y perfeccionadas en su abastecimiento, hayan construido nuevos edificios con mayores comodidades para los koljosianos y sus familias. Pero en casi todos los arteles se ha decidido e inmediatamente realizado, la institución de jardines de infantes, que complementan la obra y la función de la escuela, a fin de que las madres puedan entregarse enteramente al trabajo con la certidumbre de que sus hijos están bien cuidados y vigilados.

Y es la mujer, naturalmente, quien ha suministrado el personal para esas instituciones. Me regocija hacer notar que ya en la conferencia de Moscú de las brigadas de mujeres de los koljoses, en octubre de 1921, casi todas estas brigadas trajeron cifras interesantes sobre el número y el funcionamiento de las salas y de las cunas que se habían constituido en los koljoses. La dirección de la granja colectiva puso a su disposición sumas considerables recogidas del producto de cada ejercicio.

Así el artel es una empresa industrial, organizada en forma de conseguir el mejor resultado en los cuadros productivos y económicos; pero es también una empresa de una alta inspiración moral, que tiene importantes funciones sociales. No tiende al provecho por el provecho, por el interés exclusivo de capital, sino que tiende a efectuar todo el progreso posible por el bien de los koljosianos y de sus familias. Es con este objetivo que se ha establecido en el reglamento del artel, que una parte del rendimiento de la empresa colectiva, debe ser destinada, además de la asistencia de los niños, a la asistencia de la invalidez y de la vejez.

He dicho ya cómo esta parte de la asistencia social en el campo ha sido, durante el período de la NEP, admirablemente resuelta por la institución típica de las sociedades campesinas de socorros, consideradas por el Estado como órganos especiales y rodeadas y protegidas por él de toda clase de privilegios. Su solidez y su potencia financiera, compuesta de empresas, de dinero líquido, podía proveer a las necesidades de la asistencia de los campesinos. Con el crecimiento de la colectivización, que se anexó e incorporó, aún para necesidades técnicas evidentes, una gran parte de las propiedades rurales de estas instituciones, su base económica quedó quebrantada; por otra parte, los principios sociales de la empresa colectivizada, hacían considerar la asistencia de los inválidos y de los viejos como una tarea directa de la empresa misma.

Fue así que los arteles establecieron que cierta suma sería afectada en su presupuesto como gasto obligatorio antes que todos los demás, a proveer a la invalidez temporal o permanente de la vejez. Esta suma, según mis constataciones, era, en 1930, alrededor del 10% del producto bruto, una vez deducidas todas las obligaciones hacia el Estado. No todas las sociedades de socorros mutuos desaparecieron, porque hay todavía muchos millones de granjas individuales; pero la vía trazada por la colectivización a la asistencia social es la que he mencionado; la que atribuye a toda granja colectiva la obligación y la tarea de subvenir a las necesidades de los inválidos en la familia de cada koljosiano.

En 1930, planteé la cuestión para saber si ese sistema, que se basa sobre un principio justo, se perfeccionará y se transformará en el porvenir. Tenía ante mí el ejemplo verdaderamente admirable de los seguros sociales obreros del Estado soviético, que aseguran también a los obreros agrícolas de los sovjoses. Mientras que el mundo burgués entero está al acecho para abatir esta institución, última trinchera de defensa del proletariado ganada por las masas obreras en encarnizadas luchas; mientras que su potencia financiera está en constante disminución, en la Unión Soviética el presupuesto de los seguros sociales se ha levantado de 1 billón 810 millones de rublos en 1930, a la cifra increíble de 3 billones 365 millones de rublos en 1932, y a 4 billones 610 millones en 1933.

“Ciertamente —se me respondió—, cada koljós reglamenta por sí mismo esta función; pero la ventaja de asociar las contribuciones de todos los arteles al menos para la invalidez permanente y la vejez, es intuitiva y será obtenida a medida que la colectivización agrícola se generalice y se consolide. En ese tiempo, aún los desafortunados de los campos gozarán de todo lo que el Estado soviético procura ampliamente para las casas de salud y de reposo y está en el espíritu de cada artel trabajar de una manera que los inválidos y los viejos sientan también el renacimiento de nuestra nueva vida.”

Quise asegurarme de la verdad de esta última afirmación. Y fue con verdadera emoción, que supe por esos veteranos del trabajo, cuánta dicha les producía asistir a semejante transformación agrícola. La seguirían aunque no siempre la comprendieran; viejos árboles de nudoso tronco, con sus últimas hojas en la cúspide, que se inclinan sobre el borde de los ríos, como sí quisieran escuchar su murmullo y seguir su corriente.

EL NOMBRE DE LOS KOLJOSES

He aquí la vida del koljós. Reproduciendo en estas páginas su ritmo, no he querido detenerme sobre las discordancias inevitables que debían necesariamente verificarse en un cambio tan radical y profundo. Estas son y serán aún el objeto de una crítica adversa, a menudo tan maligna como ignorante; pero la corriente de los resultados las arrastra y es esta corriente la que entra en la historia como una fuerza que fecunda y domina. Es por otra parte bien evidente que para alcanzar estos resultados cada vez más decisivos, el koljós ha debido vivir una vida de lucha continua por su mejoramiento y su perfeccionamiento.

He hablado de la organización y de la disciplina interior del trabajo y de sus líneas principales; pero aún permaneciendo solamente sobre el terreno técnico y administrativo, debo agregar que las experiencias realizadas, las innovaciones introducidas y las luchas sostenidas para hacer de todos los

koljosianos factores conscientes, no han tenido tregua. En la repartición del trabajo entre las brigadas, se adoptó también, por ejemplo, el método de asignarles para ciertos cultivos, lotes determinados. Se organizó sobre todo en los grandes koljoses la parte concerniente al control y a la inspección. Muchos de entre ellos elaboraron en su seno, a los fines de una rotación y de una intensificación racionales de los cultivos, un plan que comprendía el desenvolvimiento de trabajos y transformaciones sucesivas de sus dominios. Se estudió sobre todo y se estudia todavía hoy, la aplicación más precisa de una disciplina que debe ser muy educativa, es decir, que habitúe al koljosiano a comprender y a cumplir escrupulosamente, sus deberes de trabajador colectivista hacia los otros koljosianos, hacía los campesinos todavía ligados a su granja familiar y hacia el Estado.

El Comité Central Ejecutivo y el Consejo de los Comisarios del Pueblo, en septiembre de 1932, dictaron a este respecto, reglas de gran importancia. Los koljoses debían desembarazar cada vez a la dirección central y a la de las brigadas del elemento incompetente, porque sobre las calificaciones políticas del koljosiano, debía prevalecer la capacidad de trabajo y su competencia técnica. Jamás se ha cesado de inculcar por los órganos del Estado, los deberes que tienen los koljoses de extender su acción y su colaboración a las granjas individuales. Estas deben ser atraídas a la colectivización por el ejemplo de la gran granja, pero más que nada por la ayuda práctica que esta última debe darles continuamente. Es necesario aplicar la disciplina, aún con severidad, a aquéllos que se sustraen a sus obligaciones con respecto al Estado. Se completó a este respecto el reglamento-tipo, que en un artículo explicativo establecía ya los casos de indisciplina y las sanciones que comportaban, desde la reprensión hasta la multa financiera y la exclusión de la granja colectiva. Si todo cuanto es función, vida y objetivo de la granja colectivizada, es batalla, porque la colectivización es la Revolución en marcha que desborda y se extiende, la disciplina debe ser allí comprendida y practicada de manera revolucionaria.

Los que no comprenden o no quieren comprender todo esto, leen sólo palabras sin compenetrarse con su espíritu y sentido profundos. No ven más que el episodio y lo toman por la historia entera.

Un corresponsal del fascismo italiano, enviado a la Rusia Soviética, concluyó sus pocos artículos sobre la colectivización diciendo que la Revolución existía... sobre todo en las palabras. “Por todas partes, decía, nuevos nombres para designar los koljoses; y nombres como “Aurora”, “Octubre”, “El Asalto”, “El Poder Soviético”, “El Bolchevique”, etc.” No había comprendido siquiera que ciertas designaciones, surgidas del pueblo, son más expresivas que cualquier otro bautismo. Los nuevos nombres sustituían por ejemplo, a los de “Nejelovo”, “Neurochaievo”, “Golodovka”, etc, por los cuales antes de la Revolución, aquellos campesinos habían designado la aldea “de los que no comen”; la aldea “de la cosecha escasa”, la aldea “de los hambrientos”.

¡Oh, si en los países fascistas, en la Europa que agota las masas agrícolas estas últimas pudieran, también, rebautizar sus aldeas!

EN TORNO AL KOLJÓS

Los datos más recientes sobre el desenvolvimiento de la colectivización en los campos soviéticos, nos indican que, sobre un total de cerca de 25 millones de pequeñas economías campesinas que contaba la nueva Rusia, 65% han entrado ya en el marco de los koljoses, y poseen 73% de la totalidad de la superficie cultivada en cereales. La mayoría de los koljoses además se dirigen siempre adelante, hacia la forma colectiva de la gran granja agrícola de producción.

Los que no han seguido comprendiendo este movimiento tan importante, no pueden medir toda la significación que traducen estas cifras enormes. Hay burgueses que por ignorancia o por prejuicio sonríen. Pero a decir verdad es preciso agregar que desde ya es mucho más grande el número y la autoridad de los que no se detienen en algunos aspectos exteriores, quizás caducos, del fenómeno, sino que lo estudian hasta el fondo y afirman su valor y su influencia en la marcha de la historia humana.

Para hablar de los medios fascistas, recordaré la advertencia que ya en 1932 hacía a este respecto al mundo capitalista el economista más conocido y más escuchado del régimen que reina hoy en Italia. Hablando de la colectivización agrícola de la Unión Soviética, escribía: “No hay que dejarse engañar por las interpretaciones del trabajo constructivo de la economía soviética, flotante en sus bases, pero progresista en sus desenvolvimientos”. Y agregaba esta declaración que hubiera podido salir muy bien de la boca de un bolchevique: “El desafío de la economía colectiva a la economía individual está en adelante lanzado, desde el punto de vista histórico, con fuerzas formidables en acción, y que no tienen precedentes ni por su dimensión ni por su estructura.”

No sé si los pocos millones de explotaciones individuales y campesinas que no han entrado todavía en las filas de la colectivización, permanecerán todavía mucho tiempo alejadas. Me parece que no me engaño al decir que esto dependerá notablemente del desenvolvimiento de la industria soviética, de la cual deberá sacar la agricultura en gran parte los medios necesarios a su transformación y a su progreso, y de la maduración simultánea de la conciencia colectivista entre las masas agrícolas que pueblan las regiones de la Rusia asiática. Esto dependerá, además, de un complejo de factores de la política internacional, porque es claro que la Unión de los Soviets deberá tener bien abiertos los ojos, rodeada como está por el mundo capitalista, es decir, por una selva de armas dirigidas ante todo contra su existencia y su porvenir. Cualquier predicción me parece bastante difícil de hacer, porque no sería la primera vez que el método “bolchevique” entre en acción en toda su fuerza, realizando así lo que antes pareciera imposible.

Esta palabra, “bolchevique”, no indica solamente un despliegue excepcional de energías, de voluntades, de ardor y de heroísmo en una acción determinada; significa también que en el mundo soviético, hay una fuerza que dirige y actúa, y cuya eficacia es incalculable. Esta fuerza es el Estado, el Estado proletario, síntesis de la potencia de una masa obrera y campesina tendida íntegramente en un esfuerzo de conquista. Es muy probable, pues, que antes de cualquier previsión, la colectivización absorba también esos otros millones de pequeñas empresas y que ni un campesino de la Unión Soviética permanezca apartado de la organización agrícola colectiva.

Mientras tanto, después de haber llevado progresivamente cerca de 2/3 de la población rural al koljós, he aquí que el Estado aumenta, si esto es posible aún, su actividad y su influencia en una doble dirección. Por un lado consolida la gran granja colectivizada, trata de darle una segunda base financiera y territorial, amplifica los sectores de su acción en el dominio comercial, en suma, obra de manera de que la gran granja colectivizada llegue a ser un potente órgano económico e industrial. Por otro lado, acelera el proceso de mecanización de la agricultura, y realiza todos los progresos científicos en la colectivización de la tierra y en el aumento y mejora del capital zootécnico.

Es una ambición, una ley en los Soviets, no esperar en el dominio de la producción los resultados que ha sabido obtener el capitalismo, sino sobrepasarlos. Y todavía, por lo que respecta a la colectivización agrícola, el Estado acelera su obra para preparar los mejores cuadros técnicos y administrativos, es decir, los elementos capaces y prontos a dirigirla hacia todas las conquistas posibles.

Es preciso detenerse sobre estos puntos, si se quiere tener una visión menos incompleta del artel considerado como una gran empresa agrícola.

EL KOLJÓS Y EL CRÉDITO

Su consolidación, como organismo económico, imponía inmediatamente un amplio concurso de medios financieros. El capital inicial del artel estaba constituido, además de la cuota aportada por los campesinos medios y pobres, por los bienes confiscados a los kulaks. Este capital que podía variar según los artel, bien que representara una fuerza económica considerable, exigía evidentemente apoyos y otras fuentes para que la granja colectiva pudiera desenvolverse rápidamente y prosperar. Cualquier crédito debía, pues, ser acordado al artel en una amplia y generosa medida.

¡Crédito y dinero a los trabajadores de la tierra! Para el campesino —que lea estas páginas— estas palabras deben sonar como una amarga ironía. No hay país, en ningún lugar del mundo capitalista, en el que los campesinos, y especialmente los campesinos más agotados, puedan hoy alcanzar un préstamo, por pequeño que sea, para prolongar por algunos instantes la agonía de su pequeña granja propia. Por todas partes la palabra crédito no recuerda más que garras de usureros o la intervención del ujier para la venta en remate del flaco haber y a menudo también del lote de terreno reclamados por el acreedor.

La red de instituciones cooperativas que se había esparcido en los campos de muchos países de agricultura adelantada, con el objeto de facilitar créditos a los trabajadores de la tierra, está casi destruida por todas partes. El movimiento del pequeño crédito territorial en sus formas fundamentales de Schulze-Delitzsch y de Raiffeisen, ha acabado por volcar los últimos capitales de las instituciones fundadas para la ayuda de las poblaciones agrícolas, en los cofres de los grandes bancos a disposición exclusiva del capitalismo. El dinero no ha desaparecido; el dinero se ha amasado y concentrado. Si se toman, por ejemplo, dos países típicos, Holanda y Suiza, se ve allí que los Bancos agrícolas desbordan de valores, mientras que cualquier crédito a cualquier interés, es rehusado a los pequeños agricultores.

La tendencia hacia formas centralizadas de organización financiera, se acentúa cada vez más en cada país, para sostener y defender los grandes propietarios, los grandes industriales. Y allí donde éstos imponen y obtienen la ayuda del Estado, es para protegerse mejor a sí mismos y a sus beneficios, aún cuando esta intervención del Estado esté disfrazada bajo la forma de “defensa nacional” de la producción agrícola.

Una vez más, frente a esta realidad, su antítesis se eleva en toda su grandeza en la Unión de los Soviets. La concepción que este país tiene de la función del crédito llevó al Estado a dirigir una gran parte de los recursos de que dispone hacia la masa de los campesinos más pobres. Así, después de haber contribuido a la formación de una vasta red cooperativa en el campo y después de haber ligado las diferentes instituciones de base en organismos regionales, ya en 1924, el Congreso de los Soviets de toda la Unión, decidía la constitución de un Banco Central, con ramificaciones en todas las Repúblicas soviéticas. Por medio de esta organización, el Estado llevaba a todas las aldeas su concurso financiero, y vivificaba con su ayuda las granjas campesinas, sobre todo las más pobres. Al cabo de pocos años, esta constante y poderosa ola de dinero, por la difusión de esos beneficios en los campos, había, si no creado, al menos ciertamente impulsado de modo formidable, la formación de esos campesinos medios, que llegaron a ser la mayoría absoluta de la población rural.

Hacia 1930, con la ampliación de la colectivización, y con la constitución de la gran granja colectiva en muchas regiones, la estructura de estas instituciones de crédito agrícola debió ser particularmente modificada a fin de proveer a las necesidades que reclamaba la nueva situación. El artel, puesto que se había constituido con vistas a una gran empresa de producción, debía recibir ayuda de cajas bastante más llenas y más ricas que las de la pequeña cooperativa de la aldea. La instalación y el desenvolvimiento de una economía agrícola industrializada debían estar protegidas y flanqueadas por instituciones de crédito muy sólido. Es por ello que aún en la Rusia de la colectivización, se verificó cierta concentración bancaria.

Me detuve, en el verano de 1930, sobre este cambio ya comenzado en Ucrania, donde constaté que cerca de 2.500 pequeñas cooperativas, que hacían al mismo tiempo que las operaciones de crédito, el comercio de útiles rurales, de consumo, etc, habían transferido sus capitales, créditos y deudas, su movimiento de fondos, a otros órganos bancarios que se habían constituido en casi todas las regiones, con la función casi exclusiva del crédito. Esta transferencia había sido decidida de acuerdo con los asociados de las diferentes pequeñas cooperativas. Las autoridades gubernamentales tanto centrales como locales, muchos institutos del Estado y particularmente los “trusts” relacionados estrecha y directamente con la producción agrícola, habían ayudado naturalmente a la constitución de estos Bancos regionales. Estos últimos estaban afiliados al Banco de Agricultura de la República Ucraniana, que a su vez, estaba

ligado al Banco Central para toda la Unión, De esta manera la estructura de la organización del crédito, concertaba su carácter centralizador y absorbía, o por mejor decir, concentraba en núcleos más sólidos y más eficaces las fuerzas financieras que se expandían antaño en los campos como a través de vasos capilares, por el sistema de la pequeña cooperativa rural.

Este sistema bancario no tiene, sin embargo, el objetivo que lo guía en el régimen capitalista, donde ha sido sugerido por el deseo de absorber las economías realizadas por el sufrimiento de los trabajadores, a fin de emplearlas en negocios, que les son extraños cuando no contrarios. Esta organización centralizada del crédito agrícola en la Unión Soviética responde, por el contrario, de los objetivos del Estado, que consisten en extender sus medios financieros de la manera más directa y más segura, ayer hasta la pequeña granja campesina, hoy hasta las nuevas grandes granjas colectivizadas, completando sus recursos en una medida amplia y eficaz.

Allí aparecen dos hechos que no se encuentran en ningún otro régimen. Ante todo las sumas considerables que el Estado destina a las masas campesinas, en una proporción cada vez más grande, diría, casi en progresión geométrica. Son billones y billones de rublos. Para limitarme a datos simples, me referiré una vez más a Ucrania, donde en 1928-29, se había distribuido a los campesinos alrededor de 130 millones de rublos, de los cual se dio un 40% a los koljoses y esa cifra que era ya sobrepasada en los seis meses siguientes, había sido completamente destinada a las granjas colectivizadas. Estas sumas eran entregadas en gran parte por el Estado. Pero por muy considerables que sean estas sumas, desaparecen ante la cifra global traída al Congreso de febrero de 1934: “el Estado ha otorgado a los koljoses un crédito que se eleva a 1 billón, 600 millones de rublos”.

Otro hecho notable: los intereses del dinero prestado, de 4% a 8%, y su reembolso efectuado por medio de cuotas a largo plazo, estaban en relación con los objetivos que el Estado quería obtener en la transformación del campo y en el progreso agrícola. Así, para las construcciones rurales la tasa era media y el plazo llegaba hasta los veinte años; la tasa y el plazo variaban según el empleo del dinero, en la compra de máquinas, de ganado o para trabajos especiales de abono. Estas disposiciones que constató entonces en Ucrania, han sido inmediatamente completadas por leyes de carácter general, que en su conjunto confirman que el crédito agrícola, por su amplitud considerable, su modo de distribución y las reglas que lo dirigen, no es más que un medio para llevar a las masas campesinas, y particularmente a las que están encuadradas hoy en la colectivización, una ayuda verdaderamente poderosa para su progreso productivo y económico.

EL KOLJÓS Y EL FISCO

Al mismo tiempo, responde en el Estado proletario la legislación fiscal, el impuesto. Esta afirmación debe ser ilustrada, porque el impuesto, más aun que el crédito, representa para los campesinos de los países capitalistas, un gran tormento, un peso aplastante. En realidad, todos los Estados burgueses, aún aquéllos que no tienen una base agrícola, ejercen una fortísima presión fiscal sobre la agricultura, y sacan de ella amplias fuentes de provecho. Sobre el impuesto del Estado, que hiera en razón proporcionalmente inversa al valor y a la fuerza de la empresa agrícola, —de modo que aplasta al campesino pobre y medio y no llega ni a lesionar los beneficios del gran propietario—, se sobreponen todavía los super-impuestos, es decir, los impuestos de los órganos administrativos locales.

En la Europa capitalista las masas agrícolas están, en adelante, en la imposibilidad absoluta de pagar esta aplastante carga, que se acompaña de un gran número de otras imposiciones vejatorias sobre el ganado, sobre los útiles de inventario, sobre todo aquello de que está compuesta la pequeña granja campesina. En la Italia fascista, por ejemplo, la pequeña empresa está gravada por 15 impuestos de naturaleza diversa. Los hay hasta sobre los volátiles. No es retórica la frase que sale de boca de los campesinos cuando dicen: “¡No nos quedan más que nuestros hijos libres de la ferocidad del fisco!”

Si hay algo en el régimen soviético que ataca semejante infamia, reside por cierto en la concepción que este régimen tiene del impuesto y del método por cuyo medio es recogido. El impuesto territorial constituye una entrada casi insignificante en el presupuesto del Estado proletario. Veremos que sus entradas provienen de una fuente muy distinta. Por ejemplo, en el presupuesto de 1932, que era de cerca de 31 billones de rublos, el impuesto no alcanzaba aún a la cifra de medio billón.

Y casi no ha variado nunca, aunque la entrada de la población agrícola haya variado, y subido desde 13 billones de rublos, en 1930, hasta una suma superior a 22 billones en 1932.

¿Por qué? Contesto a ello con una deliberación del Comité Ejecutivo Central y el Consejo de

Comisarios del Pueblo, fechada en la primavera de 1932. Esta deliberación establecía que a fin de favorecer la consolidación de los koljoses, para apoyarlos e impulsarlos hacia la cría de ganado, hacia el cultivo de plantas industriales, hacia la siembra más vasta y más intensiva, etc, todo el ganado de las granjas colectivizadas y de cada koljosiano, todo cultivo especial como el de la remolacha y el del lino; todo aumento en superficie de los terrenos sembrados, no se tomarían en cuenta para el establecimiento del impuesto.

Para comprender mejor la importancia de esa deliberación, diré que el impuesto territorial soviético es único, en el sentido de que ningún otro gravamen fiscal pesa sobre la economía colectiva. Las granjas individuales pobres están exentas de todo pago de impuesto; y he constatado que en Ucrania, en el año 1929-30, su número alcanzaba al 33% de las pequeñas granjas familiares. En cuanto a la granja colectivizada, el impuesto es satisfecho sobre el excedente, y en la determinación de dicho excedente, cualquier encuesta policial es totalmente desconocida.

Generalmente, el total es fijado calculado el ganado por cabeza y la producción media de cada hectárea cultivada. Los porcentajes de impuestos varían según los cultivos y las cualidades del ganado y su aplicación no se basan en el sistema progresivo. El principio de aumentar los porcentajes de los impuestos en relación con el crecimiento del producto y en consecuencia con la riqueza de la granja colectivizada, ha sido rechazado porque sería contrario al objetivo del Estado, es decir, ayudar el progreso de aquélla por todos los medios.

Es precisamente por esto que, mientras más progresan las granjas colectivizadas en los métodos de la industrialización agraria, más se las favorece por disposiciones que las libran del impuesto, como las tomadas para el año de 1932 y que ya he mencionado,

Entre todas hay una que merece atención particular, porque hace todavía más clara la idea fundamental de que el impuesto sobre el koljós es considerado por el Estado Soviético no como un medio de expoliación del beneficio de los que trabajan, sino como un medio de estimulación y de ayuda para llevarlos a todos los perfeccionamientos. Esta disposición establece que toda empresa agrícola que haya llenado las condiciones estipuladas en el contrato firmado con los órganos del Estado, y que “haya organizado su contabilidad de una manera ejemplar”, obtendrá una reducción del 25% sobre el total del impuesto debido. El Estado quiere, por esta nueva ventaja acordada a los koljoses, incitarlos como granjas industrializadas a mejorar la parte administrativa de la empresa. Atrae su atención sobre la importancia de una contabilidad severa y racional, y los recompensa en una medida amplia y eficaz.

En fin: la deliberación del Comité Ejecutivo y del Consejo de Comisarios del Pueblo, reforzando una ley que ya precedentemente era observada, ordena que la mitad del producto del impuesto agrícola sea conservada por los Soviets de la aldea, para ser destinada “a la mejora moral y cultural de la población rural”. De esta manera una gran parte del tributo financiero de las empresas agrícolas, vuelve directamente a los que trabajan el campo, para sus instituciones escolares, para la asistencia de los niños, para favorecer particularmente la elevación cultural de la población campesina.

Si se analiza aún hasta en sus menores detalles el contenido sustancial del impuesto territorial en el régimen soviético, se verá que del concepto “fiscal” que va implícito en la palabra “impuesto”, no queda nada. Es pues, completamente imposible hacer comparaciones con lo que pasa en el mundo capitalista. Aquí el impuesto es la expresión típica de la expoliación a que el Estado somete a los campesinos, a fin de chuparles la última gota de sangre. Aquí descubre y satisface el indomable instinto de su avidez de vampiro sobre las masas de la campaña, que a su turno, traducen en una rebelión cotidiana, y cada día más encarnizada contra el fisco, la gran miseria de sus sufrimientos sin término.

EL KOLJÓS Y EL CAMBIO

La distancia entre los dos regímenes no desaparece tampoco en otra rama de la vida económica de la empresa agrícola, donde a primera vista, parece que la granja colectivizada entrara en la misma vía que la economía burguesa. Hablo del cambio y del comercio de la producción agrícola. Es sobre este asunto que algunos decretos del Gobierno Soviético han dado lugar a los comentarios habituales de la incompreensión y de la mala fe de la prensa adversa. Esta ha recommenzado a profetizar que la Rusia revolucionaria volverá necesariamente al sistema capitalista.

Ya antes de la aplicación del Primer Plan Quinquenal, y precisamente cuando se presentaba el problema de asegurar el pan a la creciente población proletaria de la Unión contra la hostilidad creciente también del kulak, el Estado se encargó de la tarea de negociar por sí mismo con los campesinos la parte

de la producción de trigo de que no tuvieran necesidad estricta y que ellos mismos hubieran vendido en el mercado. Este sistema de contrato, cuyos primeros ejemplos datan de 1927, se extendió poco a poco del trigo a otros productos de primera necesidad para la alimentación. Después se ensanchó para englobar particularmente la producción de cultivos industriales, que era difícil hacer progresar a causa de los hábitos todavía atrasados de una gran parte del campesinado. En el año de 1929-30, 90% de estos cultivos, más de 4 millones de hectáreas, habían sido objeto de contratos entre las empresas agrícolas y el Estado.

He tenido ocasión de ver y de examinar muchos de estos contratos, firmados por los órganos competentes con granjas individuales campesinas, y sobre todo con grandes granjas colectivizadas, que se constituían en esta época con el mayor impulso. Bien que se haya seguido un tipo uniforme, los contratos variaban según las empresas y según su objeto.

En Ucrania, donde en 1930 sobre 23 millones de hectáreas sembradas de trigo, casi 19 millones habían sido negociados, multiplicando más de cinco veces el número de contratos del año precedente, la forma más extendida era formulada así: la granja se comprometía a dar al Estado el trigo obtenido del cultivo de una superficie dada de terreno, deducción hecha de la parte necesaria para el consumo de sus propios miembros, y el Estado por su lado se comprometía a retirar y a pagar la mercancía a un precio fijado por el Estado con un espíritu de amplia retribución para el productor. En muchos contratos se establecía directamente la cantidad de quintales de trigo objeto de la negociación. Al precio indicado más arriba y que el Estado se comprometía a pagar, eran agregados numerosos aumentos: si el trigo provenía de granos seleccionados; si era de una calidad mejor que de ordinario; si era entregado en el tiempo requerido. Un precio especial era fijado además, a toda granja que hubiera producido una cantidad más grande que la convenida. En caso de no cumplimiento por parte de uno de los contratantes, una cláusula establecía la obligación de los signatarios de recurrir a una comisión arbitral compuesta por tres miembros. Uno escogido por el órgano del Estado, otro por la comisión regional, el tercero por la granja agrícola.

Todo esto no es más que el tipo de contrato más simple. Pero a medida que las negociaciones proseguían, interesando otras ramas de la producción agrícola, la forma del contrato llegó a ser más compleja. La granja campesina, por ejemplo, en compensación a la producción que había entregado, comprometía al Estado a entregarle ciertas cantidades de semillas y de abonos; a suministrarle en un lapso de tiempo previamente fijado, máquinas y ganado. Muy especialmente en las regiones que se encontraban en tren de colectivizarse con mayor intensidad, y donde las granjas individuales acababan de desaparecer, los contratos de los koljoses con el Estado llegaron a comprender casi toda su producción comercial. El comercio agrícola estaba, en consecuencia, reducido al mínimo en el mercado libre, quedando casi enteramente absorbido por los contratos firmados entre las empresas agrícolas y los órganos del Estado.

EL SISTEMA DE LOS CONTRATOS

¿Qué se proponía el Estado soviético por la adopción de ese sistema? ¿Cuáles eran las ventajas que la empresa agrícola sacaba de él? Particularmente la granja que iba a transformarse en una gran empresa industrial, ¿qué beneficio habría recibido?

No es difícil responder a la primera pregunta. El Estado quería con ello alcanzar un doble objetivo. Por un lado quería asegurar lo necesario a las masas proletarias de las ciudades, y distribuir entre ellas y el campo el consumo, de manera que el ritmo y el tren de vida no tuvieran ocasión de extravió. Es preciso recordar aquí que la Unión de los Soviets, a fin de acelerar lo más posible su obra grandiosa de industrialización, no debía vacilar en importar del extranjero todo lo que necesitara para completar su producción. Ahora bien: estas importaciones debían ser pagadas en gran parte por la exportación de los productos agrícolas. De aquí la necesidad evidente de disciplinar la distribución y el consumo del trigo, y de los otros alimentos, en interés de la colectividad. Por otra parte, por el contrato, es decir, gracias a su intervención en la granja colectivizada, el Estado compensaba una parte de los productos que la granja le había entregado, proveyéndola de lo que podía ayudarla en su desenvolvimiento económico. Alcanzaba su objetivo, que era acelerar y sostener el proceso de transformación agrícola así como lo proseguía por el crédito y por la reglamentación del impuesto.

Para el artel también el beneficio es evidente. Podía obtener directamente del Estado, en condiciones verdaderamente favorables, lo que necesitaba para su mejoramiento. El Estado es el más

grande proveedor. Por el contrato con el Estado de sus productos negociables, el artel resolvía el problema de los materiales que le eran necesarios.

¿Se deberá, en fin, atraer una vez más la atención sobre lo que pasaba en esta época (a partir de la segunda mitad de 1929) en los campos soviéticos? ¿Será preciso repetir que ninguna convulsión fue más grandiosa, más profunda y más desbordante en la vida agrícola de un país, que la que se verificaba con la desaparición de millones y millones de pequeñas economías campesinas; con su pasaje a la gran granja colectivizada; con la transformación simultánea de una agricultura atrasada y débil en una agricultura industrializada e intensiva? ¿Será preciso recordar que esta revolución técnica y social de inmensas regiones de la Rusia nueva se desarrollaba al mismo tiempo que la lucha necesaria y encarnizada entablada para liquidar la clase de los campesinos ricos y arrancar de los campos todo cuanto pudiera permitir su restauración?

No es dudoso que si el Estado no hubiera sabido tomar convenientemente las riendas de la vida comercial de las poblaciones campesinas, sobre todo allí donde la colectivización era integral, y concentrar la producción de las empresas agrícolas no necesaria al consumo de sus miembros, reglamentando su distribución, un cambio tan inmediato, tan radical y gigantesco no se hubiera cumplido en los campos soviéticos sin que sacudidas profundas repercutieran en el ritmo económico de la Unión entera. Un acontecimiento de semejante alcance revolucionario, no podía producirse como la salida del sol en la serenidad del alba.

Los resultados de esta sabia conducta política se constataron antes de toda suposición. El movimiento de la colectivización de los campos, se aceleró aún allí donde se había previsto que sería débil y lento. La producción agrícola marca un crecimiento progresivo. Una mentalidad nueva se forma en millones de koljosianos y progresa paralelamente a la extirpación de las raíces del kulak. Un discurso de Molotov, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, aportaba justamente, a comienzos de 1933, algunos datos incontestables a este respecto. Los koljosos —dijo—, han alcanzado ya en la segunda mitad de 1932, el número de 200.000. El valor global de la producción agrícola, calculada para este año en 22 billones de rublos, ha sido en realidad sobrepasado. La lucha contra los kulaks, vencidos y abatidos como clase, pasa a una nueva faz política. Porque éste, ni como individuo ni por su mentalidad, debe penetrar, roer e infectar, la vida interior, armoniosa y fecunda de la granja colectiva.

Ya en la segunda mitad de 1932, el campo soviético se presenta con un contenido económico y social completamente renovado. Todo peligro de una revancha de los enemigos de la colectivización ha desaparecido. Los duros momentos del cambio más grande sobrevenido en las masas rurales desde octubre, han sido también superados. La granja colectivizada marcha ya, vigorosa y potente, a paso seguro, hacia un considerable crecimiento de la producción.

LAS LEYES DE MAYO DEL 1932

Es entonces que el Gobierno de la Unión toma esas disposiciones para el comercio agrícola, de las que se ha hablado tanto, y que han sido objeto de vastos comentarios particularmente en la prensa capitalista.

Son las decisiones del mes de mayo de 1932, del Comité Central del Partido Comunista y del Consejo de los Comisarios del Pueblo, por las cuales se establece que sobre la cosecha de trigo de 1932, el Estado no recogerá los 23 millones de toneladas que había tomado el año precedente, sino una cantidad inferior, alrededor de 5 millones de toneladas. Por las mismas disposiciones la cantidad de ganado suministrado al Estado en 1931, quedaba reducida a la mitad para el año 1932. Efectuadas estas reducciones sobre la carne y el trigo, el resto así como el excedente producido por las granjas colectivizadas e individuales, una vez efectuado el suministro debido al Estado según este nuevo plan, podían ser vendidos en libre comercio. Esta concesión era extendida asimismo a otros productos. El libre comercio agrícola debía en fin, ser ayudado por los órganos del Estado con todos sus medios y no debía ser gravado por eventuales disposiciones fiscales.

Estas medidas eran evidentemente un preludio. Comenzando por reducir las cifras de la producción retenida por el Estado a las empresas agrícolas, anunciaban que este sistema —que tuvo una inmensa importancia durante el período más crítico de la colectivización—, desaparecería poco a poco. En efecto: en los últimos tres meses de 1932, toda forma de contrato para el aprovisionamiento del Estado en manteca, leche, y como consecuencia también en trigo, quedaba abolido.

Este sistema de la negociación, como medio de asegurar al Estado el aprovisionamiento de los

alimentos de estricta necesidad y de conseguir al mismo tiempo favorecer el desenvolvimiento de la empresa agrícola colectiva, tocaba a su fin. Los órganos del Estado podían ahora proveer a esta última tarea, ya directos, ya subvencionados, como los sovjoses, las Estaciones de máquinas y tractores que habían aumentado formidablemente en número y en fuerza. En cuanto a las necesidades de la alimentación, el Estado proveía a ellas fijando la cantidad en trigo que las granjas colectivas e individuales debían entregarle según las regiones. Para esta cantidad se fija un precio por el Estado y las autoridades regionales lo dividen según disposiciones especiales. Hay que notar que el porcentaje de trigo que los koljoses debían consignar en 1933, ha sido inferior de 5% a 10% por hectárea al porcentaje fijado en la misma región a las granjas individuales.

Es evidente que estas otras medidas tienden a reglamentar la parte de la producción que el Estado reclama a las empresas bajo una forma obligatoria, sobre todo a fin de asegurar el aprovisionamiento de las ciudades, según el desenvolvimiento del comercio de los koljoses, y la afluencia en el mercado libre de los productos agrícolas.

He aquí, dice la prensa burguesa, el retorno “forzado” al principio de cambio del régimen capitalista. La colectivización que, según esta misma prensa, había debido adoptar las leyes “inevitables” del capitalismo, reglamentando y retribuyendo el trabajo de los miembros de las granjas colectivizadas según su rendimiento efectivo, debía ahora volver a tomar el camino del libre comercio con su ley fundamental de la oferta y la demanda. El interés económico constreñía una vez más la doctrina de los Soviets a adaptaciones y renunciamentos.

Quien haya seguido los debates de las asambleas soviéticas, que se desarrollaron durante los últimos meses de 1931 y los primeros del año siguiente, no habrá quedado sorprendido de estas deliberaciones con respecto al comercio agrícola. Particularmente la XVII Conferencia del Partido Comunista, en febrero de 1932, planteaba el problema de la dirección que hubiera debido tomar la campaña colectivizada en los años del segundo Plan Quinquenal.

Es en este período que iban a madurar completamente las condiciones necesarias para “reemplazar el sistema de la repartición centralizada de los productos, por el libre comercio ampliamente desenvuelto”. La producción industrial, comprendidos en ella los artículos manufacturados, iba a aumentar considerablemente; la producción agrícola debía proceder igualmente con un ritmo cada vez más fuerte; y al mismo tiempo las masas trabajadoras debían acrecer sus pedidos, según el crecimiento de sus necesidades. En estas condiciones la vida económica de la Unión de los Soviets, debía imponer y realizar un movimiento amplio e intenso de mercaderías entre la ciudad y el campo, entre las ramas diferentes de la producción, y se iba a instaurar y agrandar el “comercio soviético”, del cual el elemento agrícola es una parte importantísima.

Esto es lo que en febrero de 1932, formaba el objeto de estudios y de previsiones que se tradujeron bien pronto en realidades. La red comercial se extendió por todas partes progresivamente, con un gran fervor de iniciativas, por la construcción de bancos, de almacenes; y el campo, encuadrado y regulado por el koljós, vio abrirse y expandirse, en sus centros transformados, su mercado, el mercado de los koljós.

EL MERCADO DE LOS KOLJÓS

He aquí la realidad que considerada y evaluada como debe serlo, aparece rica en interés y en atracción, porque lo que se encuentra en el comercio libre de cualquier país capitalista, los elementos que en él obran y le constituyen, se buscarían vanamente en el mercado de los koljoses

El primer elemento es el individuo, el que compra y vende; y entre el comprador y el productor, el otro elemento que actúa y es indispensable, el intermediario, a causa de quien la mercancía no va directamente del productor al consumidor, sino que circula a través de una serie de etapas intermedias que cambian y aumentan su costo. Es particularmente en esta fase del comercio donde se oculta y prospera la especulación. También en la Unión Soviética, si la economía agrícola hubiera permanecido entre las manos de la pequeña granja individual, el mercado no hubiera podido sustraerse a esas formas de relaciones comerciales, aunque los especuladores fuesen perseguidos y atacados implacablemente.

Pero he aquí los nuevos hechos engendrados por la transformación revolucionaria de la colectivización. En el mercado de hoy, el elemento que compra y vende, está constituido generalmente por la empresa colectiva. Es el koljós quien dispone de la mayoría de la producción ofrecida en el mercado libre; aún cuando este último esté abierto a los koljosianos que desean vender por su cuenta el excedente de su huerta o del corral que les ha quedado; aún cuando esté abierto a las granjas individuales.

Las pequeñas economías familiares serán bien pronto absorbidas por la colectivización y la parte de productos que el koljosiano lleva al mercado por cuenta propia, disminuirá tanto más, cuanto que aumentará la cantidad de la producción de los koljosos disponible para el comercio. En suma, lo que dominará de más en más el mercado agrícola es la granja colectiva.

Por otro lado, la mayor parte de los contratos se establecen entre esta granja colectivizada y otras instituciones que a su turno son cooperativas o del Estado. No quiero hablar de la producción que va directamente de la fábrica a los almacenes del Estado o cooperativas, sino que hablo de la producción del artesano, porque las disposiciones de mayo de 1932, permiten también al artesano el comercio libre. ¡Y bien! Aquí también la mayor parte del producto, que será ofrecida en el mercado por la pequeña industria, está evidentemente constituida por mercaderías que provengan de la cooperación, puesto que la pequeña industria a su vez ha entrado casi totalmente en sus filas. En su discurso del XVIII Congreso de Moscú, Molotov afirmaba que con la realización del Segundo Plan Quinquenal, la organización cooperativa de todos los artesanos llegaría a su totalidad.

Las relaciones comerciales de la empresa agrícola, se aunarán cada día más con órganos cooperativos o del Estado. El mercado se desenvolverá así no sobre la base de una economía que repose sobre la propiedad individual o privada, sino sobre la de una gran economía representada por la colectivización, por la socialización.

He aquí el mercado en la Unión de los Soviets, donde el individuo, principal elemento en la vida comercial de todos los países capitalistas, acaba de desaparecer. Si se piensa además que las relaciones comerciales dominantes se desenvolverán casi exclusivamente entre las instituciones colectivas o del Estado, se comprende fácilmente cómo queda anulado cualquier intermediario. Y si trata de ocultarse en la parte del mercado en la que se venden todavía los productos llevados individualmente por los koljosianos y los artesanos, caerá mal, porque están tomadas todas las disposiciones, a fin de que las tentativas de acaparamiento y de especulación sean castigadas con la mayor severidad.

Queda, sin embargo, la última afirmación de la crítica burguesa, es decir, que ese mercado ha vuelto a poner en vigor la ley capitalista de la oferta y la demanda. Un portavoz de esta crítica, miembro del gobierno fascista de Roma, observaba que “las mercancías agrícolas llevadas al nuevo mercado de la Unión, alcanzaron en seguida precios muy altos, y esto a causa de la disminución de la capacidad adquisitiva de la moneda soviética. Estando permitido el libre comercio, los poderes del Estado, aún si se llama socialista, quedan fuertemente reducidos”. La observación no está desprovista de agudeza, pero reposa sobre la incomprensión del principio y del método en que se inspira el Estado proletario para el desenvolvimiento de su economía.

Si él quisiera reducir la circulación monetaria, estando directamente regidas por él toda la industria propiamente dicha y una parte de la industria agrícola, tendría un medio fácil de emplear: reducir los salarios, cortar en las retribuciones de la mano de obra, realizar un menor precio de reventa a expensas de los trabajadores. Pero este método es el de los capitalistas, porque los capitalistas no piensan más que en su interés, en tanto que el Estado proletario no se preocupa más que del provecho de los trabajadores. Es por ello que, sin tocar los salarios, quiere obtener —y lo obtendrá seguramente—, el máximo de producción al menor precio, por otro método: perfeccionando los procedimientos técnicos y excitando sobre todo esta fuerza incalculable de la actividad productiva, que existe sólo en el régimen soviético: la emulación.

Ocurre lo mismo con el mercado agrícola. El Estado proletario que dispone de las mayores reservas de la producción, sea a causa de las entregas obligatorias de que he hablado, sea porque los productos le son suministrados directamente por los sovjoses, podría inmediatamente reglamentar y bajar el precio del comercio agrícola echando en él una parte de su mercadería. Pero el Estado soviético no quiere hacerlo. El mercado libre debe, por el contrario, servir de estimulante a la producción agrícola. Será la cantidad más importante de productos que las granjas colectivizadas sobre todo puedan arrojar en el mercado, la que reglará los precios. Y el cambio se efectuará entre productos industriales y productos agrícolas, cuyos precios disminuirán cada vez más a medida que baje el precio de producción, aumentando en consecuencia las posibilidades de compra para toda la población de la ciudad y la campaña.

CARACTERÍSTICAS CULTURALES

El nuevo mercado se liga también al desenvolvimiento y al perfeccionamiento que el segundo Plan Quinquenal se propone efectuar en la agricultura y en la industria. Y desde ahora, él realiza en favor de la

empresa agrícola colectivizada considerables ventajas económicas, obteniendo al mismo tiempo notables resultados del punto de vista cultural y social.

En 1927, cuando visitaba algunas regiones agrícolas del norte de Moscú, notaba en ese mercado campesino una importante característica. Casi por todas partes se desarrollaba en lugares donde las organizaciones cooperativas agrícolas y los Soviets locales habían dispuesto numerosas instituciones para abrigar a los campesinos, ofrecerles todas las comodidades, hacerles su breve estancia agradable y útil. Por todas partes “Casas Campesinas”, con sus oficinas de consulta agrícola y veterinaria, con refectorios, salas de lectura y vastos locales anexos para el ganado. El campesino llegado de la aldea más insignificante debía sentirse vivificado por un medio especialmente dispuesto a ayudarlo y educarlo.

Yo no he visto lo que se ha organizado para el nuevo mercado de los koljoses, durante estos últimos años llenos de actividad y de creación. Pero me he enterado por la prensa de la Unión, y también por la prensa burguesa, de que esos centros de mercado se han multiplicado y agrandado mucho, y que algunos de ellos han tomado, sobre todo en las grandes ciudades, el aspecto de ferias ricas en novedades y en sugerencias. Un italiano, obrero especializado en una fábrica de Bakú, me lo escribía con motivo de la primera feria, inaugurada en septiembre de 1932.

El me ilustra por medio de cifras sobre la riqueza y la cantidad de productos llevados al mercado especialmente por los koljoses y por las otras cooperativas de la ciudad. Pero lo que me interesó particularmente era la enunciación de una serie de iniciativas que la cooperación agrícola y obrera habían tomado para transformar el mercado, de un lugar exclusivamente de tráfico y de comercio, en un medio muy educativo de las masas populares. Cines, teatros, salas de conferencias, radio, salas exclusivamente arregladas para los niños. Cada lugar, entre los almacenes permanentes y las construcciones provisionales para las mercaderías, veía levantarse la institución donde se ofrecía otra mercadería bien diferente, la que despierta y nutre la inteligencia.

Los que han visitado en el extranjero las exposiciones soviéticas, tan vibrantes de originalidad, pueden tener una idea de la exuberancia de la novedad con que han brillado las líneas artísticas de esta feria que inauguraba, en los bordes del Caspio, el nuevo mercado agrícola. Pero todos los diagramas con sus líneas cada vez más altas, con sus discos cada vez más luminosos, con sus pilares erguidos a la espera de superar las cimas fijadas por los diversos Planes, todo esto hubiera permanecido mudo e inerte, sin la palabra que evoca y esclarece. Y he aquí, en el mercado también, las brigadas; grupos de conferencistas obreros y koljosianos, comprometidos todos como para una batalla, a fin de enriquecer a los que han acudido, con todas las nociones susceptibles de aumentar su patrimonio intelectual, de enriquecer su conciencia.

Así, gracias al mercado, las vinculaciones entre las ciudades y las aldeas se consolidan y se multiplican. Las relaciones de defensa del Estado proletario, ligadas durante los primeros años de la Revolución, se completaron en el cuadro económico y se transformaron en relaciones de producción; y ahora estos últimos se refuerzan por el cambio y el comercio, con la más vasta repercusión en la vida intelectual y social. La mercancía pasa de la fábrica al koljós, de la granja colectivizada a la masa proletaria. Pero circula sobre todo esa corriente de vida y de cultura que crean los proletarios, y que el campo, renovado por la colectivización, acoge para fecundar sus corolas florecidas.

Así el mercado representa para el trabajador de la tierra soviética un nuevo estímulo a la producción, una fuente nueva de aprendizaje, un medio de desenvolvimiento intelectual. Y aun cuando el trabajo se interrumpa, el trabajador se encontrará rodeado de otras obras de asistencia que le harán más confortable y más alegre la hora del reposo.

EL KOLJÓS Y LA COOPERACIÓN DE CONSUMO

A diferencia de la comuna, el artel no se propone colectivizar también la repartición de los productos. Cada koljosiano vive con su familia y puede comer en la mesa familiar. Pero es inherente a las necesidades de una gran empresa agrícola, que el trabajador, sobre todo durante ciertas estaciones del año, se vea obligado a consumir su alimento en el sitio donde trabaja. La cooperativa de consumo, dependiente del “Centrósojus”, tenía ya antes de la colectivización, amplias ramificaciones en la campaña, pero con el desenvolvimiento de los koljoses y la constitución de las grandes granjas del Estado, penetró allí bien pronto para poder ayudar a los obreros agrícolas de los sovjoses y a los miembros de los arteles con nuevas instalaciones y nuevas iniciativas.

Según un informe publicado por el Consejo Central de la cooperación de consumo, resulta que en

1931, fueron abiertos alrededor de 6.000 restaurantes en el campo, y que al mismo tiempo se organizaron cerca de 84.000 cocinas ambulantes que suministraban, cada día, 23 millones de comidas. En los años sucesivos las provisiones fueron mucho mayores; para los arteles únicamente la cooperación de consumo se aprestaba a distribuir, en 1932 y 1933, cerca de 70 millones de comidas por día. Se puede comprender estas cifras solamente cuando se tiene por delante la visión de los campos colectivizados como yo mismo he tratado de esbozarlas.

En 1930, vi con mis propios ojos el funcionamiento de esas cocinas ambulantes, en los campos donde se recolectaba el trigo, y constaté el bajísimo precio de comidas abundantes y de buena calidad. A menudo he calculado que la alimentación dada por la cooperativa, era pagada a menos de la mitad de lo que hubiera costado al koljosiano si la hubieran preparado él mismo o su familia. De esta manera se puede comprender cómo la cooperación de consumo se extendió en las aldeas colectivizadas, impulsando las familias de los koljosianos a servirse de ella, a causa de la calidad de los alimentos, que es mejor, y también por las economías que les permite realizar.

Es cierto que como hay una tradición que canta las dulzuras del pequeño terreno, aún si aquél que lo trabaja enflaquece y se encorva para morir allí estrangulado de espíritu y de cuerpo, hay también otra que bendice el pan soso y negro, siempre que sea consumido en la mesa familiar. Son tradiciones cuyo origen se pierde en las tinieblas de las épocas en que dominaba la esclavitud, y que fueron en seguida acunadas por la poesía de la Arcadia, es decir, por los que viven en la isla del placer, de que habla Rabelais.

Me he encontrado en esos restaurantes cooperativos de las aldeas, y he visto con qué satisfacción familias enteras se reunían allí para comer, después de haber cooperado juntos a la fecundación del terreno de todos. En una aldea un poco alejada de la desembocadura del Dnieper, se festejaba con una comida colectiva, el primer pan, fruto de la primera cosecha. ¡El rito de Ceres vuelve a estar de moda!, pensaba yo. Pero a la falsa diosa que fue honrada en la antigüedad, se habían ahora sustituido los factores reales de la producción y del bienestar, el trabajo libre y colectivizado de la tierra, llegada a ser patrimonio de todos los trabajadores. La cooperación de consumo se confunde así con la obra y la función de la gran granja colectiva; y es esta cooperación la que funcionando como instrumento principal para proveer a las poblaciones rurales de artículos industriales de amplió consumo y a las poblaciones de las ciudades de los frutos del trabajo agrícola, se vuelve un medio poderoso de soldar la alianza entre la ciudad y el campo, en el dominio comercial, transformado de un terreno turbio de especulación y de robo, en campo sereno de los intereses colectivos y sociales.

BALANCE

De toda esta multiforme vida económica del artel, debo hacer ahora el balance. El artel, como gran granja industrializada, tiene necesidad de una administración tan severa y completa como sea posible. La ciencia ha dictado reglas también a la gran granja capitalista; pero la experiencia ha probado que no hay contabilidad más difícil y más variable, que la que debe reproducir todas las oscilaciones, las variaciones, los beneficios, que escapan a menudo hasta a un cálculo exacto, de la empresa agrícola, sobre todo si ella practica diferentes cultivos y si además une a ellos la cría.

He discutido sobre este punto con muchos dirigentes de koljoses; y convenían conmigo en lo que yo he aprendido de la cooperación agrícola campesina que se experimentó en algunas grandes granjas de la Lombardía, es decir, que el mejor contador se perfecciona en la granja misma, y que el registro y la marcha del balance, son particularmente sugeridos por la experiencia y por la inteligencia de quien en ella vive y trabaja. El problema de la contabilidad en los arteles sigue estando a la orden del día; y ya he recordado que justamente el Estado recompensa por disminuciones del impuesto territorial, a toda granja que cumpla con cuidado esta importantísima parte del funcionamiento de una empresa colectivizada.

Pero mejor que un balance en cifras, me parece interesante hacer una constatación que es al mismo tiempo un resumen.

Después de haber analizado el artel en su constitución patrimonial, y en los elementos que concurren a su formación, en la organización y en la retribución del trabajo, en los desenvolvimientos de su actividad económica, no se puede plantear más la cuestión de saber si la pequeña granja del campesino pobre o medio, puede o no rivalizar con esta gran empresa forjada y protegida de tal manera. La comparación entre el beneficio obtenido por los que trabajan en la primera, y los que trabajan en la segunda, formó por todas partes el objeto de un análisis atento y minucioso, durante los primeros tiempos

de la colectivización. Y por todas partes resultaban las grandes ventajas económicas que el artel aportaba a sus miembros, en comparación al beneficio del pequeño o medio cultivador. Ahora bien: esta cuestión queda resuelta por el hecho mismo de la continua afluencia en los koljoses de las granjas individuales restantes.

Si se considera al artel como una empresa agrícola industrializada, quedaría por averiguar cuál es la suerte, siempre del punto de vista económico, del que forma parte de ella en comparación con el que trabaja en la gran granja capitalista. ¡Y esta comparación es cruel para el último! El balance más reciente de la gran granja en la región agrícola más industrializada de la Italia fascista, la Lombardía, lleva esta precisa constatación: la parte que representa los gastos de la mano de obra sobre el rendimiento bruto total del ejercicio agrícola, es del 25%; el resto, es decir, un 75%, va al propietario, como tasa de su capital fiduciario; va al proletariado como producto de su capital móvil y de inventario; va aún al propietario o a su sustituto, como director de la granja. Después que se han satisfecho los gastos del ejercicio y los impuestos, el resto va todavía a forrar sus cajas como beneficio. El monto de los salarios en la gran granja que considero como la mejor organizada de la Europa capitalista, alcanza apenas el doble de lo que la granja colectiva, el artel, asigna en su balance solamente para la asistencia a la invalidez y a la vejez.

Así, existe un país en el mundo donde el campesino puede pasar de su pequeño lote a la gran granja colectiva; donde no pagará nada por la tierra que se ponga a su disposición: donde los capitales de inventario le serán suministrados en condiciones extremadamente favorables, donde las máquinas estarán a su servicio sin que sea cargado con los gastos de una gestión directa, donde el impuesto será reducido al mínimo y el beneficio conseguido empleado en su provecho, donde el crédito le será ampliamente favorable, donde el mercado le será abierto con todos sus atractivos y aún el consumo facilitado en los precios y cuidado en la calidad. En esta empresa en el pasivo de semejante balance, libertado de cargas hacia el Estado, fuera de los gastos de gestión, figura todavía un 5% como beneficio para los campesinos que hayan aportado un pequeño capital, y un 10% para las familias de los miembros de la granja, para la ayuda de los inválidos y de los viejos. Esta granja es la que en adelante domina en los campos de la Unión de los Soviets.

Y lo que yo objetivamente he referido de ella, no es todavía todo.

La granja colectiva de la Rusia revolucionaria, marca su indefectible progreso en un “*crescendo*” potente de instituciones y de obras que tienden a la utilización de los grandes recursos del territorio, a la industrialización de todas las ramas de la agricultura, a la introducción en la colectivización de los métodos más perfeccionados de la técnica y de los descubrimientos más audaces de la ciencia. El campesino transformado en koljosiano gozará también de esta riqueza.

He aquí el balance de hoy y el de mañana.

COLECTIVIZACIÓN E INDUSTRIALIZACIÓN

He podido estudiar a mi sabor el cuadro de la nueva Rusia agrícola, tal como resultará del desenvolvimiento metódico de todo un plan de transformación e industrialización de la campaña soviética, expuesto en el Instituto de la Economía y de la Organización agrarias que se fundó en Moscú para el estudio del primer Plan Quinquenal, y que depende del Comisariato de Agricultura.

El territorio de la Unión Soviética está allí dividido por zonas, según la estructura geológica y las condiciones del clima, la transformación que puede sufrir y su utilización consiguiente. Una de esas zonas parte de la región de Moscú y se amplifica enormemente hasta Leningrado, y del lado del Oeste hasta el Ural. Esta zona estaba clasificada en el formulario agrícola y económico como una zona “consumidora” y considerada como no apta para el cultivo de cereales. De zona consumidora tiene que transformarse en una zona muy productiva, porque sus terrenos que están todavía en gran parte sin desmonte o mal desmontados, se presentan como muy aptos para el cultivo de forrajes, de tubérculos y de lino. Es una zona que hasta podrá suministrar cereales y llegará a ser una base importante de la cría del ganado lechero y porcino.

Otra zona, también de gran extensión, que va del sur de Ucrania hasta el sur de la Siberia, comprendiendo regiones enteras del medio y bajo Volga y de Kazakstán, ha sido antaño considerada tan impenetrable como un desierto. Son sobre todo grandes estepas no limitadas en su extensión monótona nada más que por el horizonte, en las que el Estado soviético gana y ganará millones de hectáreas para el cultivo del trigo. Entre esas dos zonas cuyas tierras deberán pasar a ser de extensiones incultas tierras productivas, ricas en cosechas y ganado, se ramifica la zona pantanosa que se extiende en torno a Moscú y Leningrado y ocupa también vastos territorios del Ural. Aquí es el abono lo que se comienza con medios imponentes, y que valorizará los terrenos que por su composición orgánica son muy fértiles.

Sobre esta atrayente perspectiva agrícola-topográfica, el Instituto señala la zona de pastos de montaña en el Norte caucásico, y algunas regiones de estepas que no son aptas para el cultivo de cereales. En fin, marca la zona verdaderamente inconmensurable de la selva, que se insinúa entre las tierras cultivadas, y se pierde sobre centenares de kilómetros, a menudo aún sobre llanuras susceptibles de un cultivo variado. Es ésta una reserva incalculable que sólo la Unión de los Soviets posee, para amplificar, diría sin limitación, el cultivo agrícola de gran extensión. Por lo que respecta a los pastos de montaña y de estepa, allí se desenvuelve ya, con notables resultados, el cultivo de la raza ovina, que debe ser objeto de una gran mejora.

Hay, por fin, zonas en las que un cambio técnico y agrícola se presenta ya bajo diferentes formas: es decir, que aún habiendo todavía nuevos terrenos que ganar para el cultivo, una muy gran parte se encuentra ya en vías de industrialización. Estas zonas son: el Transcáucaso y Crimea, donde todos los cultivos subtropicales de los de las frutas y los de las flores, los huertos y la viticultura, tienen un gran lugar, y donde todos los esfuerzos se dirigen hacia la explotación más vasta y más científica de esos magníficos valores naturales: después la zona propiamente dicha de los cultivos industriales, y de la cría del ganado, que está constituida por una gran parte de Ucrania, por la región central de la “tierra negra”, por el Kuban y por amplias extensiones del Extremo Oriente. Es aquí que el Instituto señala el más rápido desenvolvimiento de los cultivos del lino y del algodón, del tabaco y del maíz, del trigo, y muy particularmente de la avena, con una rotación intensiva y con el perfeccionamiento de la industria del ganado lechero y de matadero.

Aun aquéllos que no conocen el mapa de la Unión Soviética, pueden, según las líneas de su nueva geografía agraria, tener una idea de su extensión y de su majestuosidad. Podrán comprender cómo en ningún otro país del mundo donde el capital esté en su mayor parte en manos del capital privado, es posible trazar un plan orgánico de transformaciones agrícolas tan radicales dirigidas hacia la creación de una nueva agricultura, sobre una sexta parte de la tierra.

Hay que notar que este programa no implica solamente la tarea inmediata de vencer estepas, apartar brezos y sanear pantanos, de fecundar llanuras y vivificar terrenos amortajados bajo acumulamientos seculares, es decir, de acrecer en millones y millones de hectáreas la tierra de labor. Presupone en esta obra el método científico y económico de la distribución de los cultivos para utilizar mejor las diversas condiciones naturales de cada zona. Racionaliza, por así decirlo, la agricultura del inmenso territorio soviético, a fin de que los diferentes cultivos sean más productivos y menos caros. Además la repartición

y la especialización ya mencionadas —que no contradicen ni olvidan absolutamente otra regla esencial, la de organizar la base agrícola de cada región, de manera que pueda proveerse a sí misma como sea posible de productos de primera necesidad—, se busca el acuerdo de la producción agrícola con las necesidades y las ventajas de toda la colectividad. Así, por ejemplo, para la necesidad de criar ganado de matadero para un mayor consumo de carne, considera una cría intensiva de cerdos; y además de las zonas en que esta cría ha comenzado ya, le destina otras regiones de Siberia, del Volga inferior y del Ural.

EL SOVJÓS

El Estado soviético prosigue esta admirable obra de transformación y de industrialización con un ardor encarnizado, no solamente sustituyendo la colectivización a las innumerables pequeñas granjas individuales, sino por su acción directa, es decir, por la organización del sovjós que él ha constituido y que dirige por sí mismo. Sin el sovjós, una parte considerable del plan expuesto sería irrealizable, al menos antes de mucho tiempo.

Basta con pensar que en todo el territorio de la Unión, la agricultura de la época zarista era practicada en zonas relativamente muy pequeñas, en los terrenos más fértiles y más cercanos a las ciudades. Inmensas regiones permanecieron incultas; los pantanos crecieron; las selvas ocuparon kilómetros de llanura que se hubiera podido utilizar en cultivos más aprovechables; las estepas permanecieron inexploradas. Al gran propietario le bastaba con la explotación feroz de la mano de obra para el acrecimiento de sus riquezas. Después de la Revolución de Octubre, la población campesina, a la que se había confiado la tierra, alcanzaba apenas a penetrar en esas zonas desiertas para ensanchar su pequeña empresa familiar. Y aun ahora, la granja colectiva, el koljós, aunque se haya asegurado el valiente concurso de la Estación de máquinas y tractores y haya amplificado de este modo su base, permanece siempre bastante lejos de la posibilidad de comprender en su radio esas extensiones infinitas de tierras incultas. Se recordará que el koljós se funda sobre la unión de las granjas individuales, y que en muchas de esas zonas, en kilómetros y kilómetros no se encuentra un solo “hutor”, una sola pobre casa campesina, que esté rodeada de un poco de terreno cultivable.

Es el Estado por su granja, por el sovjós, quien después de haberla sostenido durante una docena de años para que sirviera de ejemplo a las empresas campesinas, la designa ahora para ser entre sus manos el órgano que debe conquistar esas tierras abandonadas. Él la provee de todos los elementos, la hace potente desde el punto de vista técnico y financiero, de manera de convertirla en base de todo un nuevo sistema de industria agrícola.

El sovjós llega a ser así como un elemento y una fuerza necesaria a la industrialización de la agricultura soviética. Y aún bajo este aspecto, además de las otras relaciones que la ligan al koljós, y que ya he recordado precedentemente, el sovjós apoya e integra la obra de la colectivización, sostiene y refuerza la empresa agrícola colectivizada y completa, por lo que se refiere a esta última, sobre el terreno más propiamente económico e industrial, su función de ayuda y de enseñanza.

Es precisamente en relación con este plan de desenvolvimiento del sovjós, que, en 1928, el Estado le dio una estructura jurídica y administrativa, neta y severa. Comenzó a constituir centros o “trusts” dirigentes que agruparon a los sovjós según su producción predominante, y determinó las relaciones de esos trusts con el poder central, de manera de poder directa y seguramente regular la vida y el progreso de esta importante parte del dominio agrícola. Es bueno conocer al menos, algunas de estas disposiciones de las leyes promulgadas sobre este asunto.

El artículo primero de un decreto publicado al comienzo de la ejecución del primer Plan Quinquenal, se expresa así: “Es reconocida como trust agrícola del Estado, toda asociación de granjas soviéticas (sovjoses), organizada según una reglamentación especial como unidad económica independiente con una personalidad jurídica y un capital indivisible constituido por acciones. Queda bajo la gestión del Comisariado de Agricultura”. Otros artículos establecen que pertenece al poder central, y en su lugar al Comisariado de Agricultura, la elección del nombre y del lugar del trusts, la lista de los sovjoses y de las empresas que le son anexadas, y que han de formar parte de él. Es también el Estado el que determina el objeto de su actividad, el monto de su capital de fundación, la asignación de los terrenos, los yacimientos de minas y de aguas concedidos al trust; y por último el nombramiento y los poderes del director del trust.

Disposiciones precisas han sido tomadas también a fin de determinar la posición de cada sovjós en el trust, y las relaciones que existen entre cada granja y la central dirigente.

“La dirección del sovjós —dice el decreto—, está delegada a un administrador, nombrado y revocable por el director del trust del Estado. El administrador del sovjós dirige todas sus operaciones, pone en ejecución las ordenes del director del trust, ante el cual es responsable de la parte administrativa y de su contabilidad. Debe también responder con responsabilidad civil, penal y disciplinaria, en los términos de las leyes en curso, de los bienes que le han sido confiados. Por su lado, la dirección del trust debe someter todo proyecto técnico y financiero, al Comisariato de Agricultura del que depende su aprobación”.

Doy estas referencias sobre la organización trustificada de la empresa agrícola del Estado, para hacer notar que, si bien conserva una autonomía jurídica, particularmente en cuanto al comercio, su funcionamiento depende sin embargo, enteramente del poder del Estado, es decir, del Comisariato de Agricultura. Tiene un sector que le pertenece; pero es el Estado quien llama a sí, a su autoridad y a su poder, la responsabilidad de llevar el sovjós a la realización de las tareas que le han sido impuestas por los órganos dirigentes de la Unión Soviética. Esta estructura de la empresa agrícola del Estado, “haciéndola completamente igual a la fábrica socialista industrializada”, como se expresaba el XVI Congreso en 1930, le da una fuerza económica y una técnica de tal importancia, que es evidente que ninguna otra forma de granja podría conferirle. Es “empresa de Estado; y el Estado es su árbitro absoluto, con todas las consecuencias que de ello derivan”.

Es preciso que el lector tenga en cuenta esto, para que fijando su mirada sobre la granja agrícola soviética, comprenda su amplitud y su potencia increíbles.

El campesino especialmente, que ha seguido en todos sus pasos el camino recorrido por las granjas individuales constituidas después de la Revolución de Octubre, hasta unirse y fundirse en la gran empresa colectivizada, puede permanecer perplejo ante cifras que hablan de una empresa todavía mayor que la que se diseña ya en las perspectivas del artel. Pero él se las explicará fácilmente y en seguida, si recuerda que en los sovjoses nos encontramos frente a una obra del Estado, del Estado Soviético, en la que es su poder el que dispone y actúa, y donde el Estado mismo, pone en acción sus innumerables medios para crear ese tipo absolutamente nuevo y verdaderamente sugestivo, de empresa agrícola industrial.

Después de haber recibido una fuerte estructura jurídica y administrativa, los sovjoses aceleraron su desenvolvimiento casi simétricamente con el rápido progreso de la colectivización. En la primavera de 1930, el trust de los cereales, había ya organizado 143 sovjoses, y disponía en el mismo año de más de un millón y medio de hectáreas de terreno laborable. Es justamente en el verano del año de la “gran conquista” que, después de una deliberación del Comité Central y del Consejo de Comisarios del Pueblo, se constituyen el trust de los cerdos, el trust de la manteca, el trust para la cría de ganado vacuno,

Los problemas de la producción de cereales y de la cría del ganado, estrechamente ligados entre sí, son la base de la política agraria de la Unión, no solamente desde el punto de vista de las necesidades del consumo, sino también, desde el punto de vista de la transformación de la agricultura soviética.

EL SOVJÓS Y LA INDUSTRIA DEL GANADO

El Comisario de Agricultura, hablando al año siguiente, en 1931, en el XVI Congreso de los Soviets, diseñaba así el marco de la empresa del Estado para la cría y la industria del ganado. Hacía notar al mismo tiempo que en ningún otro país se impulsaba la construcción tanto como en la U.R.S.S.; “Nuestra economía referente a la cría del ganado es la siguiente; un sovjós del trust de bovinos comprende un término medio que va de 5.000 a 30.000 animales; otro del trust de la manteca, posee de 3.000 a 10.000; un sovjós del trust para la cría de cerdos, puede tener alrededor de 15.000; un sovjós para la cría de aves, posee de 50.000 a 150.000 animales, Son estas cifras medias de nuestros sovjoses”.

Es preciso señalar desde ahora que estas cifras no tienen más que un valor indicativo. Es natural que al comienzo de la preparación tan audaz de un plan que debía reformar la industria ganadera, se llegara a entrever quizás su lejano límite; pero la realidad debía plantear en seguida la imposición de proceder más prácticamente, y de adaptarse a un conjunto de exigencias técnicas y culturales, que son tanto más duras e inexorables cuando se ensayan sus primeros pasos.

He visitado algunas de esas granjas del Estado, donde dominan las razas lecheras aclimatadas a las regiones del norte, la “Simmerstalkaia”, la “Komogorskaia”, y sobre todo, la “Jarovlavskaia”. He estado también en granjas de Ucrania, del Kuban, donde se encuentra la raza ruso-alemana. En el radio de Jaroslav, en el Twer, al norte de Moscú, y en algunos sovjoses cerca de Kharkhov y de Krasnodar, he tenido ocasión de estudiar la estructura y el funcionamiento de esas grandes granjas soviéticas, para la

cría del ganado lechero.

Generalmente los animales están divididos en grupos que varían según los establos y la cantidad de forrajes de que dispone el sovjós. No todas las construcciones son modernas o modernizadas; pero el ganado estaba guardado en locales provisorios, se trabajaba activamente para dotar a los koljoses de establos nuevos, y muy perfeccionados. Noté en Ucrania algunos de tipo americano; tres pasajes dividían el establo en cinco sectores horizontales, de tal manera que las dos filas de ganado eran alimentadas por un pasadizo que se presentaba a ellos de frente, y estaba limpio de estiércol por el pasillo intermediario. En muchos de ellos el trabajo es efectuado mecánicamente, y la energía eléctrica es ampliamente empleada para la limpieza y la desinfección de los establos y los útiles.

Lo que me chocó inmediatamente en el curso de esta visita a los sovjoses, fue la adopción de los medios más científicos para mejorar la calidad y la productividad del ganado lechero por una severa selección y una alimentación racional. El Comisario de Agricultura, en 1932, en uno de sus discursos, se quejaba de que en la Unión Soviética, aunque no fuera escasa la cantidad del ganado lechero y de matadero, la productividad de los mismos era reducida.

Lo que es difícilmente aplicable en las granjas individuales y aun en los arteles, ha llegado a ser por el contrario una regla absoluta en los sovjoses. La mejora de los productores, la formación de centros de vacas de una gran producción, la experimentación de diferentes razas originales y su cruzamiento, forman la tarea continua de los criadores de todos los sovjoses. En un gran establo en Ackerman, en Ucrania, se me hacía ver una vaca —entonces muy conocida allí—, la vaca Mria, que había dado en un solo año 10.135 kilogramos de leche, sobrepasando o al menos igualando los mejores especímenes de la raza frisona, que eran objeto de admiración en la última exposición agrícola de Colonia. Noté cuidados semejantes en la confección del alimento, con un amplio empleo de forrajes y un empleo racional de alimentos concentrados. Todos los sovjoses que visité tenían sus “silos” según el método simplificado más moderno. El empleo de concentrados y de forrajes verdes o secos, no era absolutamente uniforme; pero casi en todas partes se practicaba un control preciso sobre la alimentación y sobre la leche. Me acuerdo del dirigente de un sovjós, que me informó que se esforzaba por extender el control a la cantidad y a la calidad de la leche, para determinar la parte de grasa y de manteca que este producto contiene y proceder en seguida a una perfecta selección de los productores y de las vacas.

Así, muchos sovjoses me han parecido verdaderas estaciones experimentales donde un personal técnico desenvuelve su obra de continuo estudio tanto por lo que respecta a la profilaxis zootécnica, para mejorar los medios susceptibles de impedir y de dispersar toda causa de contagio, como para muñir el organismo de sueros y evitar ciertos disturbios orgánicos debidos a menudo a motivos higiénicos y alimenticios que son una de las causas importantes de decadencia y esterilidad.

Una experiencia muy interesante me parece la hecha en el Kuban por un sovjós que tenía diversos grupos de ganado colocados en diferentes lugares de su vasto territorio. Dividía por lotes todos esos rebaños, según la productividad de las vacas: las vacas secas, las vacas que daban menos de 10 a 15 litros de leche, las vacas que daban más de veinte, etc. Se me hacía notar a este respecto, que esto, además de ayudar al reparto de la alimentación comportaba otra ventaja considerable. El sovjós, que disponía de un amplio territorio, podía distribuir allí el cultivo de forraje y leguminosas, de manera de tener la alimentación cerca del ganado que debía utilizarla.

El sovjós para la cría de ganado de cuernos, lechero y de matadero, desenvuelve por todas partes su obra, a fin de proveerse de una base de cultivo de avena apropiada para la alimentación. He dicho ya cómo la asignación misma del territorio de la granja soviética partiendo de esta consideración, trata de explotar mejor los recursos naturales del terreno, para determinar el cultivo en que cada sovjós debe especializarse. Pero después, todos tienen el deber de completar y explotar esos recursos por todos los medios de la ciencia agraria. Así yo he podido ver en algunos sovjoses en el norte de Moscú, en el radio de Twer, magníficos cultivos de alfalfa, que resistían inviernos rigurosos. Admiré en Ucrania el cultivo de las variedades más nutritivas de maíz americano, del Caragua al Eureka.

El cultivo y el perfeccionamiento de la alfalfa, con la introducción de las leguminosas más variadas, la adaptación de las diferentes calidades de forrajes al clima que en la Unión de los Soviets varía del subtropical al ártico, son objeto de estudios y experiencias de los Institutos oficiales, como el Instituto Williams de Moscú. Pero a esta tarea específica de los mencionados Institutos, se agrega la obligación que cada sovjós cumple por su cuenta para la cría del ganado vacuno, con el propósito de perfeccionar la calidad y el sistema de la alimentación. Por la alimentación y la selección, el sovjós obtiene sin duda buenos resultados, de los que aprovecharán muy particularmente las empresas agrícolas colectivas. Es la verdad: el sovjós no es solamente una escuela; su ayuda a la colectivización se concreta, en este punto, en

una ayuda material de una importancia evidente. El artel crece y mejora su patrimonio zootécnico precisamente a través de la obra que cumple, a su lado, la granja del Estado, con la cría del ganado lechero y de matadero.

El capital viviente aportado por los campesinos al artel, no era por cierto de los mejores. Completarlo, renovarlo, crear también en las granjas colectivizadas una industria de la leche, allí donde el cultivo del terreno la hace posible, todo esto hubiera sido largo y costoso si el Estado no hubiera intervenido con sus granjas especializadas. Los animales productores de estas empresas del Estado, son empleados gratuitamente también en los arteles, y por muchos de ellos han pasado ya grupos de ganado lechero, de una alta productividad, venidos de los sovjoses, para aumentar el patrimonio y el rendimiento de la empresa agrícola colectivizada.

EL SOVJÓS Y SUS DIFERENTES CRIADEROS

Si me he extendido sobre la cría del ganado de cuernos en el sovjós, es porque sabemos de qué manera la industria del ganado lechero y de carnicería es un elemento de primera importancia en el desenvolvimiento de la industria agrícola. Pero no puedo olvidar que en la Unión Soviética, durante estos últimos años sobre todo, se ha impulsado en los sovjoses la cría del cerdo, por ser éste el más rico y el mayor productor de carne.

Las necesidades enormemente acrecidas del consumo de carne en toda la población de las ciudades y del campo, plantearon el problema de una cría intensiva del cerdo. La cría de porcinos en las empresas familiares y en los koljoses, en la Unión Soviética como en todas partes, está muy alejada de las reglas de profilaxis y de alimentación que aseguran su máximo rendimiento. Les es imposible cuidar la selección de los animales. Los sovjoses para la cría del cerdo son objeto de una atención especial de parte del Estado, que les ha provisto de las mejores razas, de los terrenos más indicados y de los medios financieros necesarios para la construcción de establos suficientemente grandes como para recibir a miles de animales.

No diré en detalle lo que he visto en ciertos sovjoses, sobre la aplicación de métodos científicos de higiene y de alimentación. Esta última, casi siempre uniforme, era distribuida, en auto-alimentadores subdivididos para las mezclas, para las sales minerales, para los cereales...

Diré solamente que el koljosiano, lo mismo que el campesino de la granja individual, no solamente puede recibir del sovjós los animales de cría, sino que puede ir también al sovjós para controlar sus facultades de transformación y regular en consecuencia el alimento que debe emplear.

Por este y por otros servicios que el sovjós presta al criador —su personal técnico, su material de desinfección, etc—, estimo que realiza una notable mejora del sistema americano del “Swine Record of Performance Test”. Hay aún otra diferencia considerable: los koljosianos y también el campesino que trabaja en su pequeña granja, no pagan normalmente nada al sovjós pues todo su servicio es gratuito.

El sovjós para la cría de cerdos, hace en beneficio de los arteles, donde esta cría es particularmente adoptada, lo que yo he explicado también precedentemente de los sovjoses para la cría del ganado vacuno, y consigue aportar su ayuda efectiva a cada criador; lo que para el koljosiano significa una ayuda económica apreciable.

Gracias a todos estos esfuerzos para mejorar el patrimonio porcino, éste está en vías de salir rápidamente de la crisis en que se encontraba, con todo el resto del patrimonio zootécnico en los primeros tiempos de la colectivización, sobre todo a causa de la obra criminal de destrucción realizada por los kulaks. Serán precisos ciertamente muchos más grandes esfuerzos para reconstituir un patrimonio semejante y llevarlo a un nivel más alto de riqueza. Es esta, sin embargo, una batalla en la que están empeñadas juntas las fuerzas de las empresas colectivas y del Estado. Y es en estas últimas donde se ha extendido inmediatamente la cría de aves y de conejos, y donde ha sido llevado a un alto grado el mejoramiento de la producción ovina.

A decir verdad estas producciones son en su mayor parte confiadas a Estaciones experimentales y a institutos especiales que las transmiten en seguida a los sovjoses y a los koljoses para su mayor desenvolvimiento. Hablaré más tarde de la obra compleja y muy eficaz de estos Institutos. Aquí una página me parece digna de interés, la reproduzco de mis notas de viaje de 1930 y se relaciona con la visita que hice a Ascanie Nova, a unos 40 kilómetros del Dnieper, donde se terminan las huellas de la “tierra negra” y comienza una estepa desmesurada de centenas y centenas de miles de hectáreas hasta el Mar Negro.

El director de este centro de experimentación me muestra un grupo de ovinos: “Es una parte de nuestros ganados —me dice—, que cuentan cerca de 10.000 animales divididos en diferentes grupos. Por la raza de los reproductores, por la calidad y la cantidad de la producción, de la lana, nuestro rebaño es el primero del mundo; semejante, sólo se encuentra en Argentina. Los cruzamientos que se han efectuado con ovinos comunes han dado ya buenos resultados. La cría ovina se extiende ya en las empresas colectivizadas y también algunos sovjoses se especializarán en ella sin duda. Pero nosotros emigraremos de aquí...”

Le pregunto la causa. Me la explica en el curso de una interesante visita a muchas secciones especiales, entre las que se encuentra el trabajo de Ascanie Nova. Esta zona inmensa está destinada a una transformación ultra-industrializada. Hay una estación que estudia los cultivos que convienen más a la estepa, desde el café hasta una planta especial cuyos frutos se hilan como la seda natural y que puede rivalizar con ella. Hay una estación que experimenta otros cultivos, el trigo de primavera y el trigo de otoño, el algodón y el aceite de ricino, adoptados en algunas regiones de África y de América. Una tercera sección rodeada por grandes campos roturados, cuida la producción del maíz, de la alfalfa y de otras especies de forrajes. En fin: hay una estación que une las razas del ganado bovino y equino adaptables al clima y se ensayan todas las cruces como la de la cebra con la raza ruso-alemana y la del caballo con la cebra.

Esta sugestiva tarea de experimentación científica está en relación con un gigantesco plan de irrigación que dirigiendo las olas del Dnieper donde éste avanza como un golfo, a Kakkhowa, por una red de canales a través de la vasta estepa, deberá llevarlas hasta el mar.

Ya hoy, me dijo el director, esta amplísima zona de tierra que estudiamos por todas partes para establecer su composición geológica y adaptar sus cultivos, no está más desierta. Usted visitará a su regreso el gran sovjós “Kersonsky”, que se constituyó el año pasado para comenzar los cultivos de cereales, de trigo, de cebada y de avena, sobre cerca de 100.000 hectáreas. La potencia de los tractores y de las máquinas agrícolas ha cumplido ya milagros en este año; se han sembrado 28.000 hectáreas, con una producción por hectárea superior a la media habitual.

“En los extremos de la estepa, por todas partes, las pequeñas granjas se han colectivizado en grandes arteles. “Satoplemaja” es un ejemplo. Nuestras experiencias de cultivos han sido rehechas con éxito por las granjas colectivamente. Su perspectiva consiste en vencer a la estepa y transformarla completamente; están seguros de llegar a ello. Dentro de pocos años no habrá más que campos roturados, orgullosos de sus espigas y de sus pastos. Nuestro rebaño también cederá su lugar a otros animales. La industrialización agrícola que preparamos habrá vencido y transformado para siempre a la estepa...”

Transcribiendo estas palabras y evocando estos recuerdos, creo escuchar todavía esa voz, que resonaba en mis oídos en el silencio de la extensión despoblada e infinita, como la voz prodigiosa de la creación y de la vida.

EL SOVJÓS Y LA INDUSTRIA DE LOS CEREALES

Además del sovjós para la cría de ganado, el Estado dio un gran impulso al sovjós para el cultivo de cereales, y aún este último tomó inmediatamente la forma de una empresa imponente y original por sus características técnicas e industriales.

El Comisario de Agricultura que había dado acerca del sovjós para la cría algunas cifras que ya reproduce en toda su amplitud y su fuerza, hablando del sovjós del trigo decía en el Congreso de Moscú, en 1930: “Lo que nos hace falta no es el sovjós de algunas decenas de miles de hectáreas, sino el sovjós de centenas de miles de hectáreas... La organización de ese terreno deberá ser de una simplicidad elemental. Su territorio se dividirá en dos sectores de cultivo cortados por caminos de norte a sur y de este a oeste. Y el sector comprendido entre esos límites, deberá formar la unidad fundamental del cultivo de los sovjoses”.

Como ya he dicho al hablar de los grandes sovjoses de cría, también en los sovjoses especializados en el cultivo de cereales, en esas “fábricas gigantes de trigo” como los llamaba la prensa soviética, se han introducido forzosamente innovaciones de las que hablaré más adelante. Me complazco en referirme aquí directamente a lo que he visto con mis propios ojos, a fin de subrayar mejor sus relaciones con la empresa agrícola colectivizada. Escogí, entre los numerosos sovjoses para el cultivo de cereales que visité en 1930, un sovjós del Cáucaso por su carácter escolar experimental. Estaba marcado con el número 2, porque a su lado otro sovjós lo había precedido y sobrepasado por la amplitud del territorio.

Este sovjós me pareció verdaderamente uno de los más indicados para el estudio, porque era no solamente una empresa destinada al cultivo del trigo, sino que tenía anexo un instituto para la preparación del personal técnico y una estación experimental para las máquinas agrícolas.

Así la constitución de esta granja soviética, coincide con el momento más ardiente de la lucha por la colectivización. Esta asentaba sus primeras bases en la primavera de 1929, en medio de un territorio recorrido apenas por algunas tropas de caballos y constituido en gran parte por terreno totalmente inculto. Se “soñó” con edificar allí una pequeña aldea como centro radiador de una nueva vida en esas llanuras ligeramente onduladas que las máquinas hubieran debido abrir y fecundar por todas partes.

Un año después, vastas construcciones se alzaban por valor de muchos millones de rublos. Un gran elevador, grandes hangares para las máquinas y los tractores, y una fábrica para las reparaciones; tiendas y casas para los obreros; locales edificados especialmente para las escuelas y los laboratorios; una instalación central para la distribución de agua potable y de calefacción; salones de exposición y de fiestas: todo esto daba a la pequeña aldea un aspecto alegre y endomingado. El “sueño” se había convertido en realidad palpitante de vida. Una vía de ferrocarril unía la nueva aldea a otros centros de la región.

“Comenzamos por la roturación y la siembra de 5.000 hectáreas, y el mismo día ya recibimos trabajo de los koljoses vecinos; nos extendimos sobre nuevos miles de hectáreas, y dividimos en tres grandes lotes el territorio de 50.000 hectáreas destinadas al roturado para este año. El año próximo la extensión trabajada se elevará a 70 mil hectáreas: pasaremos más allá de algunas aldeas edificadas en pequeños oasis verdes, donde los campesinos ya han colectivizado sus granjas, y se las amplificaremos gracias a nuestro trabajo a fin de volverlas más aptas para el empleo de medios mecánicos; llegaremos así más allá de la estepa virgen, con la perspectiva de contar en el radio del sovjós, dentro de algunos años, alrededor de 120 mil hectáreas.”

Era una danza de cifras que giraban ante mis ojos, sin que mi pensamiento pudiera comprender toda su extensión. El director del sovjós leyó en mis ojos esta incertidumbre: “¡Esto le asombra! —respondió — ¿No hemos creado en pocos meses esta ciudad donde tenemos ya más de 500 estudiantes, mil obreros para las máquinas y todo el personal subsidiario que necesita nuestra empresa? Si piensa usted que con el tractor nosotros realizamos en diez horas solamente todo el trabajo del cultivo, desde el roturado hasta la cosecha del trigo, lo que exigiría alrededor de 300 horas de trabajo humano, usted se explicará cómo con nuestros cien tractores, de los cuales cada uno puede arrastrar, por ejemplo, cinco sembradoras, y con todas las otras máquinas de que estamos provistos, la extensión del territorio tiene una importancia relativa. Gracias a los medios mecánicos de que disponemos, podemos hablar de mil hectáreas de la misma manera que un campesino habla en su granja de una hectárea midiendo esta hectárea según su trabajo familiar. La cuestión es saber adaptar la máquina al cultivo, a fin de que su productividad sea la mayor posible.”

MONOCULTIVO Y POLICULTIVO

Conversé largo tiempo con el director de este sovjós y con otros dirigentes. Se especializaban en el cultivo del centeno, por un sistema de monocultivo.

“Se podría muy bien introducir otros cultivos, me decían, pero exigirían el empleo de otras máquinas, es decir, de otros capitales. Durante el período en que esas máquinas permanecieran inactivas, pesarían igual sobre las granjas sin producir nada. Disminuirían pues, el rendimiento. Sería lo mismo si introdujéramos el cultivo de forrajes con rotación de trigo y otros cereales; en suma, si adoptáramos el sistema ordinario y acostumbrado del policultivo. El principio económico de nuestra empresa, que está completamente mecanizada, es hacer trabajar continuamente el tractor durante el año de trabajo. El tractor este año ha trabajado hasta tres mil horas; este es el secreto de su gran rendimiento, y en consecuencia del bajísimo precio del producto. El año pasado, aunque fuera el primer año y con los gastos de la nueva organización, el pud de trigo costó un rublo y doce kopeks; pero se alcanzará bien pronto el precio mínimo de ochenta kopeks el pud.

Constaté que este principio del monocultivo en la granja soviética para cereales no era generalmente adoptado por los sovjoses del “Zernotrust”; además, no era observado más que por una débil minoría. Era todavía discutido por los institutos científicos y experimentales que han terminado por condenarlo, porque los resultados efectivos han señalado una fuerte desproporción con las inversiones considerables del Estado. En el Congreso de Moscú, en febrero de 1934, se establecía decididamente el

sistema de descentralizar estos sovjoses gigantes y, sustituir a una especialización excesiva, una rotación racional de los cultivos. Se ha llegado a lo que yo pensaba cuando escuchaba, junto a los surcos amarillos de espigas del sovjós nº 2, las consideraciones, sugestivas ciertamente, de los convencidos de la utilidad y de la superioridad de la gran empresa agrícola de sistema monocultivo.

Recuerdo, entre otras, las siguientes: “La introducción de la variedad de cultivos en la gran granja mecanizada, lleva consigo la necesidad de instalaciones nuevas: de máquinas y también de nuevos cuadros técnicos. Mientras más máquinas tengan que emplear los obreros, menos las conocerán y menos las amarán. La máquina es algo viviente para un personal inteligente y competente. Le es necesario a él también el máximo de especialización y ésta no se obtiene en la economía de la granja mecanizada más que por la adopción del sistema monocultivo.”

Se tenía, en efecto, rápidamente la impresión de encontrarse en una empresa constituida de esa manera, cuando se visitaban las numerosas partes de este sovjós.

Sobre todo donde el trabajo marcha activamente es imposible ver ganado de cría o de trabajo, aunque sólo sea un caballo. Pequeños trenes, tirados por tractores, surcan por todas partes la estepa, de terrenos dados vuelta y humeantes, con extensiones rubias de espigas maduras, y transportan los materiales de trabajo y los productos,

Allí donde los tractores funcionan, se coloca el campamento para los trabajadores y se levantan las barracas para las máquinas y los útiles,

En el centro una gran fábrica los acoge para ordenarlos y repararlos; y a sus lados se extienden en fila, por decenas, de los más simples a los más complejos, los modelos producidos en la U.R.S.S. o importados del extranjero para ser estudiados y experimentados. Tractores de gran poder, “combynes”, máquinas de cadena para el trabajo sucesivo de roturado, de siembra, de abono; máquinas dispuestas en hilera, de a cuatro, de a seis, para cubrir a lo ancho el máximo de superficie de terreno; pequeños instrumentos y colosos de hierro y acero.

He aquí lo que debía vencer y fecundar a las miles de hectáreas de este sovjós, bajo la técnica sabia y apasionada de un obrero “nuevo”.

“Este año, en abril, hemos organizado el Instituto que ha proveído a la formación de especialistas, de la mecanización de la gran granja —me explicaba el director del sovjós—. Escogimos los obreros de la fábrica que entendían ya de máquinas y eran capaces de componerlas, por hacer de ellos mecánicos calificados. Aquí agrupamos también numerosos elementos del campo que quieren venir con nosotros y les hacemos seguir verdaderos cursos de estudios teóricos y prácticos. Ahora son más de 500, y el año próximo, en 1931, habrá más de mil de estos koljosianos. Pensamos mejorar y ampliar nuestros locales y nuestros laboratorios, a los que el Estado ha destinado ya muchos millones de rublos.

El programa de estudios divide el año en períodos de cuatro meses. En el primero y en el último una mitad del trabajo es teórica y la otra mitad es práctica. La parte teórica por el contrario, está reducida a un tercio, cuando en la intensidad del trabajo es preciso intensificar también la parte práctica. Tratamos de que el estudio de las materias, cuyo objetivo es hacer comprender bien todo lo que se refiere al proceso productivo, esté continuamente en correlación con la experiencia que debe madurar sobre las máquinas, en la fábrica y en los campos.

Es así que se estudian los diferentes tipos de máquinas, las condiciones de los terrenos y de los cultivos para su adaptación; es así que se estudian su productividad, su contabilidad, todos los medios de control y todos los medios de trabajo. Y lo que es explicado y estudiado, se completa por la práctica asidua y por la experiencia escrupulosa.

Esta experimentación se la cumple en los sovjoses y en los koljoses de los alrededores. Los koljosianos que han llegado a ser entre nosotros especialistas de la gran empresa mecanizada, son por su industrialización un factor de primer orden cuando vuelven a sus granjas. Aunque los arteles circunvecinos tengan una estructura económica diferente a la de nuestro sovjós, la técnica que han aprendido aquí centenares y centenares de koljosianos se vuelve para ellos un precioso patrimonio. Pensamos ampliar el Instituto y la estación experimental, hasta que comprendan todo lo que puede exigir el cultivo industrializado de las granjas colectivas de la zona, de manera de proveerlas de dirigentes seguros y capaces,”

EXPERIMENTACIÓN Y ESPECIALIZACIÓN CULTURALES

No sé qué es lo que ha podido producir la fuerza y la impetuosidad de ese verdadero “gigante”, en el curso de estos últimos años, desde el verano de 1930, para realizar los proyectos que su dirección me exponía. Entre otras cosas se proponían anexar al Instituto una sección especial para el estudio del trigo, desde sus cualidades primarias hasta las que se pueden obtener por la hibridación; desde su ciclo de cultivo, en relación con la composición del terreno, hasta los factores que pueden acrecentar su fuerza orgánica y su valor nutritivo.

En toda granja que tuviera por objeto el cultivo de los cereales, soviética o colectiva, el problema de la calidad del trigo y de su poder de rendimiento hacía sentir ya su presión; y todos los dirigentes con quienes conversé sobre el asunto, me hablaron para certificarme que en esta cuestión el Estado soviético intervenía también por todos los medios científicos y experimentales.

En Karkhof un Instituto que antes se había dedicado al estudio genérico de los cultivos de la zona, trigo, remolacha, frutas, etc, fue completamente transformado desde que el Estado dio a la agricultura el gran impulso de su renovación. Esta institución que se llamó el “Instituto de la empresa del trigo”, se equipó, conforme a la especialización más cuidada, con todo lo que la ciencia y la experiencia sugieren para el progreso del cultivo de los granos y sobre todo del trigo.

Ya en la época en que yo lo visité, hace casi cuatro años, había constituido secciones en Crimea, en el Dombas, en todos los centros graneros, y fijados sus puntos de experiencia en los sovjoses y en los koljoses.

La sede, en Karkhof, además de seis laboratorios, estaba provista de campos donde las distintas cualidades del trigo indígena eran ensayadas junto a otras variedades importadas del extranjero, de trigo duro, de trigo temprano, etc. El injerto era experimentado con múltiples objetivos; la calidad de la paja y del trigo, la fuerza del brote, de manera de adaptar la calidad del trigo a las condiciones más variadas del suelo. Se experimentaba allí sobre todo el estiércol, para abono, del más débil al más intensivo.

A este respecto —me decía el personal del Instituto— en muchas empresas gozamos de las ventajas que resultan de la explotación de un terreno virgen, rico en savia: pero rápidamente se agotan. Entre nosotros también el problema de la agricultura se intensifica con el problema del roturado y del abono más racionales. Gracias a las máquinas que perfeccionamos cada vez más, conseguimos obtener capas de germinación blandas, porosas, sanas, utilizando los deshielos y las aguas pluviales, y aumentando la humedad que generalmente falta. Pero la introducción de los abonos químicos es una tarea que queremos llenar lo más pronto posible a fin de llevar el cultivo del trigo en nuestras granjas soviéticas y colectivas a un grado suficientemente alto de producción.

En los campos experimentales del Instituto de Karkhof, se contaba, en efecto, una producción de trigo por hectárea no menor que la que en las granjas de Lombardía en Italia, ha sido considerada como insuperable. Prosiguiendo así su obra a través de los Institutos especializados y las granjas agrícolas soviéticas, que en 1932 estaban ya tan desarrolladas que sembraba durante la primavera más de diez millones de hectáreas, el Estado llegó a dar a cada rama de la agricultura una fuerza nueva, llevándolas hacia los sistemas más industrializados y provechosos.

Detenerme aquí y extenderme más sobre lo que se verifica a este respecto en los campos de la Unión, sería salir de los límites de este estudio. Agregaré tan sólo, porque ello puede interesar hasta cierto punto, que en la viticultura y en la sericicultura, se está en vías de efectuar una verdadera revolución, gracias a la cual la gran granja de la zona subtropical y de la zona industrial, para emplear la terminología que acabo de explicar, se verá muy beneficiada.

El método primitivo de la sericicultura y del cultivo de las moreras, colocaba a la Unión de los Soviets entre los más débiles productores en el mercado mundial. Y era casi imposible habituar a los campesinos de las granjas individuales, a cultivar la morera y criar los gusanos de seda racionalmente. Con la constitución de la gran granja agrícola y de los sovjoses de cultivos especializados, en Ucrania y en el Kubán se comenzó inmediatamente con el sistema de un amplio cultivo de moreras de tronco bajo, en centenares de hectáreas, sea por el injerto de plantas jóvenes, sea por el procedimiento de la acodadura.

Al mismo tiempo en estaciones construidas a propósito, se intensificó el estudio de la sericicultura, por la experimentación de todos los gusanos de seda, desde el dorado chino, al verde del Turkestán, hasta los cruzamientos ya efectuados en Japón y en Italia. En un período de cinco años, Ucrania sola se proponía alcanzar a más de 500.000 hectáreas plantadas de moreras, distribuidas en su mayor parte entre

los koljoses, y disponer de muchas variedades de gusanos de gran rendimiento. Cerca de Kiev, observé la instalación de barracas para la cría de millares de onzas de gusanos de seda, y en algunos de esos koljoses se ensayaba ya, en ese mismo año, una doble cría en mayo y en septiembre.

Con respecto a la viticultura, un ejemplo me chocó particularmente: esto ocurrió en el sovjós “Abtu-Durso”, distante 20 kilómetros de Noworossik, sobre el Mar Negro. Desde el comienzo de la colectivización se había experimentado en algunos miles de hectáreas, un trabajo totalmente mecanizado, y la introducción de viñas para los vinos más finos, como el “riesling”, el “aligóte” y el “portugués”. Las granjas colectivas de los alrededores siguieron el ejemplo, y negociaron con el sovjós su producción, comprometiéndolo para el uso de maquinas, para el corte, para el azuframiento, etc.

En 1930, todas estas colinas de piedras y cascotes estaban ya cortadas y surcadas por arados arrastrados a vapor o a tracción eléctrica. Las espalderas se alineaban hasta la cima, verdeando de **pámpanos**⁹ y cargadas de racimos. El sovjós había agrandado sus bodegas, perforando galerías en la montaña, y perfeccionando su laboratorio enológico.

Yo me asombré viendo que embalaban botellas de “champagne”. “Es producción nuestra, aunque los nombres y la venta sean de otros país”, me respondieron. “¡Hemos querido medir nuestras fuerzas en el terreno de los vinos típicos y hemos triunfado!”

De esta manera la producción agrícola soviética se prepara a dominar, no solamente por la cantidad de los productos, sino también por su calidad, los mercados más difíciles, como el del vino y la seda.

La gran granja colectiva y la empresa agrícola del Estado, apoyadas y reforzadas en su desenvolvimiento continuo por el progreso de la industria, especialmente de la industria mecánica, de donde la agricultura saca los medios para sus conquistas más nobles, son las dos fuerzas capaces de esta revolución. El VI Congreso de los Soviets, había confirmado en Moscú este principio: “Los éxitos de la colectivización agrícola dentro del marco del Plan Quinquenal, están fundados sobre el desenvolvimiento paralelo de los sovjoses y de los koljoses, y sobre el progreso respectivo de la industria soviética.”

LOS PROGRESOS DE LA MECÁNICA AGRÍCOLA

Este progreso ha acompañado la empresa campesina desde su nacimiento hasta los momentos históricos de su pasaje a la gran granja colectiva. La dinámica que marca a través de las cifras que he reproducido, la difusión de la máquina en los campos soviéticos, marca también el progreso de la agricultura, desde los métodos más primitivos, hasta las formas industrializadas que la colectivización ha adoptado y perfeccionado, Pero son cifras éstas que, por elevadas que sean, desaparecen frente a lo que se ha llegado en la mecánica agrícola de la Unión Soviética, desde que la colectivización desbordó como el movimiento más vasto y más profundo de la masa rural desde la Revolución de Octubre.

En 1931 y 32, el Estado asignaba a la agricultura, sólo para máquinas agrícolas, una suma superior a un billón y medio de rublos. Cuatro años después del comienzo del primer Plan Quinquenal, ya 167.000 tractores surcaban las llanuras sin límites, los valles que se continúan unos a los otros, y, subían en muchas zonas a hender los flancos mismos de la montaña. En la primavera de 1933, Molotov, cuando la Conferencia regional de los koljosianos del Volga medio, afirmaba: En un solo año, de junio de 1933 a junio de 1934, nuestras fábricas nos darán 68.000 tractores entre los cuales había 4.500 “caterpillars”, de gran rendimiento, fabricados por primera vez en la Unión Soviética en las fábricas de Tcheliabinsk”. En efecto: las últimas cifras de 1933 eran de 20.400 tractores, desarrollando una fuerza de 3.100.000 H.P. Las estaciones de máquinas y tractores, esos centros poderosos donde se encuentran la mayor parte de las máquinas agrícolas, subieron en 1933 a más de 3.000 y ensancharon su obra sobre un territorio de 70 a 80 millones de hectáreas.

La prensa burguesa cada día más decidida a negar o a disminuir los éxitos que obtiene la Unión Soviética en la industria agrícola, no oculta esta realidad; no calla tampoco sobre el hecho de que la industria del estado proletario está en vías de sustraerse a la necesidad de una importación ulterior de máquinas y de tractores del extranjero. Las fábricas Putiloff, en el mes de junio de 1931, festejaban la salida de su tractor número 25.000. El primero de la nueva serie, de un modelo más perfeccionado, era enviado como regalo al mejor koljós. Ya la gran fábrica de tractores de Karkhov se ha unido a la de Stalingrado; y en enero de 1933, se ha visto en Tcheliabinsk, funcionar un tercio de esos gigantes de la mecánica agrícola. “El 12 de abril de 1934, a mediodía, el tractor número 10.000 de la fábrica de Stalingrado, ha salido de la cadena”. La noticia de este acontecimiento, esparcida por la prensa, suscitó

un legítimo orgullo en toda la Unión.

Cuando en 1930 hice mi viaje de estudio a Ucrania, las instalaciones para la construcción de la fábrica de tractores de Karkhov acababan de ser comenzadas. La cantera se alejaba hasta perderse de vista entre la fábrica de máquinas agrícolas “Hoz y Martillo” y el magnífico sovjós para la cría de ganado lechero que lleva el nombre de “Frunze”. Sobre los verdes declives, en torno a las canteras, se erguían los primeros andamiajes para la fundación de una pequeña ciudad obrera, y se diseñaban las relaciones con Karkhov, todo tomado con un ardor de crecimiento y de renovación.

—¿Cuándo marchará este gigante? — pregunté.

—En menos de un año y medio —me respondieron los dirigentes de los trabajos— la fábrica estará pronta para funcionar. Trabajamos con un entusiasmo que no se conoce en ninguna otra parte. Utilizaremos las experiencias recogidas por la fábrica hermana de Stalingrado e iremos aún más lejos. Entregaremos 50.000 tractores por año a nuestros sovjoses y a nuestros koljoses. Ensayamos los “Fordsons”, los “internacionales”, los “caterpillars”, aunque estos últimos sean menos útiles en nuestras regiones. Las fábricas de Karkhov han enviado especialistas a América y a todas partes para ver y estudiar. Conservaremos lo que se encuentre de bueno; pero la mejor parte seremos nosotros mismos quienes la hemos de agregar porque hay aquí una fiebre de trabajo y una decisión sugestiva en todos los obreros. De nuestra fábrica saldrán tractores que serán “nuestros tractores”, que nos pertenecerán. Los confiaremos a personal nuestro, que nosotros mismos preparamos, porque al mismo tiempo que construimos la fábrica preparamos paralelamente al conductor del tractor, al obrero especializado, al mecánico competente...

El 1 de octubre de 1931, la colosal fábrica vivía y funcionaba, alzándose sobre esas inmensas y fecundas extensiones, ya completamente ocupadas por grandes arteles, como si hubiera querido dominarles. Stalin saludaba este acontecimiento en nombre del Comité Central del Partido Comunista soviético, con palabras que quiero recordar: “La constitución de las fábricas de tractores de Karkhov, que toman su puesto en la gran familia de las fábricas de tractores de la Unión, será en la historia de la industrialización soviética un ejemplo del verdadero ritmo de la vida bolchevique”.

Es con el mismo ritmo que, al lado de esos volcanes de tractores, se han construido o amplificado las fábricas para lo restante de las máquinas agrícolas: máquinas combinadas para el corte y el desgrane, batidoras complicadas y semicomplificadas, camiones, automóviles, etc. Las cifras de producción a este respecto no pueden reproducirlo más que pálidamente. Se construye y se crea. Los famosos “combynes” para los diferentes trabajos, desde el corte del trigo hasta el proceso de la paja, y que se creían ser una especialidad americana, se construyen ahora en Saratof y en Rostof. Las experiencias que se han ensayado en California para sembrar el arroz por medios aéreos, se han reproducido ya en la Unión de los Soviets, donde ha sido fundado inmediatamente un Instituto para estudiar especialmente la utilidad de los aviones en la gran granja colectivizada y soviética. En la primavera de 1934, los aviones de la “aviación campesina” —Cielcosaviatoi— sembraron ya muchas decenas de miles de hectáreas. Así aun los territorios del Volga inferior del norte Caucásico y de otras amplias regiones soviéticas que no habían sido todavía ganadas a la producción agrícola, van a ser rociadas por así decirlo, con granos fecundos.

La búsqueda y la realización de nuevos medios mecánicos, han traído ya su empleo en la **agramación**¹⁰ y otros trabajos del lino, y sobre todo en la cosecha del algodón, donde la máquina facilita la difusión de estos importantes cultivos, reduciendo al mínimo la mano de obra necesaria que antes debía hacer sacrificios inauditos. En Italia, por ejemplo, fue precisamente la lucha de los campesinos contra el trabajo inhumano, al que eran sometidos por los grandes propietarios del lino, lo que redujo e hizo casi desaparecer el cultivo. En las campañas soviéticas de la gran granja mecanizada, el arrancado, el teñido del lino, se obtienen sin el penoso esfuerzo del trabajo humano. Y es el genio del obrero “bolchevique”, el que ha inventado y construido en Kherson un modelo de máquina por medio de la cual se podrá recoger el algodón sin esperar el pasaje sucesivo de sus tres períodos normales de maduración, porque aspirará neumáticamente el fruto en la cápsula pronta, la abrirá y la vaciará aún sin que haya madurado.

He citado acaso, a simple título de ejemplo, cuando el 31 de mayo de 1929 se firmó un contrato entre una gran “vedette” del capitalismo mundial, Henry Ford por un lado, y el Estado proletario por el otro, con el objeto de edificar en Nijni-Novgorod una fábrica de “Ford” soviéticos, la prensa burguesa definía esta fecha como un “encuentro histórico”. Era según ella, el capitalismo, se apoderaba de la técnica del Estado proletario y se preguntaba quién saldría vencedor en este encuentro. Semejante ilusión

¹⁰ Majar el cáñamo o el lino para separar del tallo la fibra.

duró poco. El creador, el constructor de Detroit, chocó bien pronto, en el país de la Revolución de Octubre, con energías nuevas, con nuevos factores de un valor incalculable.

EL SEGUNDO PLAN QUINQUENAL

A los cuatro años del comienzo del primer Plan Quinquenal, se debían fijar ya los límites de las conquistas de un segundo Plan Quinquenal. En el Congreso Internacional del Socorro Rojo, a fines de 1932, se comunicaba que en los cinco años siguientes, las fábricas soviéticas darían a la agricultura industrializada de la Unión cerca de 750.000 camiones que resolverían el problema de las distancias, como la máquina surca y vence la inmensidad de esas tierras. Son alrededor de 10 a 12 billones de rublos de nuevas máquinas agrícolas las que deben salir de la fábrica del Estado proletario, es decir, diez veces más de lo que ha podido producir en 1932.

No me detengo a comprobar si estas estadísticas son tomadas todas con precisión matemática rigurosa. Sé solamente que quien ha seguido la historia de la colectivización y de la industrialización agrícola soviéticas, se ha encontrado en presencia de tales experiencias, de tales esfuerzos y de tales resultados, que no solamente hubieran podido parecer antaño improbables, sino hasta imposibles. Las cifras más recientes nos hacen saber que desde 1930, es decir, desde la época en que recogí “*in situ*” los primeros resultados de la colectivización, la industria ha aumentado hasta 1933 en un 101% y su peso específico ha llegado a ser más de 2/3 de toda la producción pesada de la economía soviética.

El segundo Plan Quinquenal ha podido, en consecuencia, comenzar por perspectivas que impulsarán el proceso industrial de la agricultura de la Unión entera, desde las granjas colectivizadas y del Estado hacia conquistas nuevas e incalculables. Se anuncia ya que la industria química y la industria eléctrica entran en acción junto a la industria mecánica. Pero será sobre todo la levadura intelectual que transforma ya el elemento humano, su cerebro y su voluntad, quien la hará potente y llevará la técnica de la producción, también en el dominio agrícola, a un grado tan alto que no habrá en adelante obstáculos que no pueda superar.

Con la colectivización y su admirable crecimiento, la preparación y el arrastre de la primera fuerza motriz, la del espíritu, experimentaron también un nuevo y formidable impulso. Todo sovjós, ya lo hemos visto, es una escuela. Toda Estación de máquinas y tractores es también una escuela. El koljós ha transformado y vivificado toda la aldea y el campo íntegro, donde se vive hoy una atmósfera cargada de elementos nuevos para el espíritu. Todo ésto se ha unido al esfuerzo incalculable del Estado soviético, esfuerzo que hasta sus adversarios reconocen. Los niños de las aldeas arrancadas al analfabetismo, impulsados a aprender obligatoriamente las nociones principales del saber, se educan en su mayoría y llegan a los más altos estudios de la especialización científica y de la técnica agraria.

Desde 1929 este esfuerzo se ha multiplicado, ha crecido desmesuradamente. No hay región en la que no se haya fundado un Instituto especial, presa ya desde el comienzo de la fiebre de acoger el mayor número posible de los adelantos que las fábricas o las empresas agrícolas envían para convertirlos en fuerzas dirigentes bien perfeccionadas de la nueva agricultura soviética.

Una de las proposiciones de Stalin determinó los pivotes de la fase histórica hacia la que marcha triunfalmente la Unión de los Soviets. “Nuestro país —dijo en 1931—, ha entrado en un período de desenvolvimiento en el que la clase trabajadora debe formar por sí misma sus propios intelectuales y sus técnicos para la producción”.

Conviene detenerse en este punto si se quieren percibir en el ascenso de la colectivización, los nuevos problemas que se esbozan ya en el segundo Plan Quinquenal.

¡Problemas de cúspide, problemas del mañana!

LOS PROBLEMAS DEL MAÑANA

Cuando Máximo Gorki abandonó no hace mucho tiempo el más hermoso cielo de mi país, impulsado ciertamente por el deseo de acabar sus días en la Rusia que había soñado y profetizado, hubo gente que dijo que el gran escritor iba a describir las bellezas naturales e históricas de Italia. Su novela hubiera tenido ese decorado seductor de poesía. No, el novelista que había puesto todo su ardor y su alma en forjar, del hombre primitivo de su tierra desolada al artesano encantador de una civilización nueva, vuelve a Moscú en medio de un proletariado en delirio, atraviesa los campos recorridos por un estremecimiento primaveral de creación y siente que la realidad que esperaba, vive y desborda y sobrepasa los límites de su imaginación misma. La batalla, la gran batalla del gran pueblo lo inflama; se coloca en primera fila y habla y escribe sobre todas las conquistas, para todas las conquistas. No hay cielo más encantador que el que corona las audacias del mundo soviético.

Entre los escritos de Gorki, durante esos tres primeros años, los más apasionados y vibrantes son justamente aquéllos que dedica a los milagros de la vida intelectual, de la cultura, del progreso educativo, que se producen en todas las aldeas, y que transforman la Rusia del analfabetismo del tiempo de los zares, en un país donde se estudia al máximo, y donde trabajan al máximo las funciones de la inteligencia y las energías misteriosas del espíritu. En el mes de agosto de 1931, él celebraba en breves páginas, que se dirían talladas en piedra, de tal manera son fuertes y precisas, el aniversario de la decisión del Gobierno de los Soviets por la que se hacía obligatoria la enseñanza elemental y se dotaban todas las aldeas, aun las más pequeñas, de los medios financieros necesarios a esta enseñanza. En este escrito Gorki hacía notar que de la enseñanza primaria obligatoria, había llegado ya el año siguiente a la enseñanza de siete años, en todos los centros obreros y en todas las regiones agrícolas colectivizadas; y que las escuelas instituidas en las fábricas, en los sovjoses y en los koljoses, constituían un sistema fijo, neto, de enseñanza, y marcaban también una nueva etapa decisiva hacia la realización de un nuevo y gran programa: la instrucción politécnica hasta los diecisiete años.

LA INSTRUCCIÓN AGRARIA Y DOS REGÍMENES

No hay Estado burgués que pueda proponerse ese noble objetivo. Gorki en su grito de dicha y de batalla por lo que realizaba esta Rusia que él había deseado tan ardientemente, hería la realidad opuesta del mundo burgués. Él, que llegaba de la Italia fascista, escribía que en una ciudad, sobre doscientos jóvenes que habían terminado sus estudios secundarios y querían inscribirse en la Universidad, cuatro solamente fueron admitidos. En Alemania la prensa del gobierno se esforzaba por demostrar el excedente de estudiantes en los cursos de estudios superiores y sacaba como conclusión la necesidad de reducir su número por todos los medios. Los Estados Unidos entraban en la misma vía. “Los capitalistas temen, concluía Gorki, que las fuerzas intelectuales que no pueden absorber y explotar en su provecho, pasen al lado de la clase obrera para servir su gran causa tan conscientemente como sirvieron la de la edificación de la prisión del Estado capitalista.”

Ahora, ¿es necesario agregar que si el mundo burgués es llevado a limitar cada día más el número de los que quieren perfeccionarse en las diversas ramas de la ciencia, ésta no presenta en él más que débiles atractivos para la juventud estudiosa? He aquí una prueba. Me refiero más particularmente a la ciencia agraria.

El subsecretario del Ministerio de Agricultura, en el actual Gobierno de Roma, aunque tenga la tarea bien precisa de inventar o de abultar la obra del fascismo en un presunto renacimiento agrícola, se veía obligado a confesar, en 1932, la quiebra de la reorganización de los estudios agrarios superiores. Esta reorganización debía tener el objetivo de formar elementos agrarios especializados en los diferentes cultivos; se proponía también habilitar cursos suplementarios de una duración bastante corta para todas las especializaciones. Por lo que se refiere al resultado, reproduzco palabra por palabra lo que dijo el miembro en cuestión de Gobierno fascista: “Estamos ahora en el primer año de su aplicación y no se tienen más que ocho estudiantes inscriptos en viticultura-enología, en Conegliano; uno en Alba y uno en Catania; cinco en horticultura en Florencia; cero en zootécnica y en quesería, cero en el cultivo de los olivos, en los aceites y en la economía de montaña”.

La quiebra no residía en la organización o en la eficacia de los cursos. Son los jóvenes quienes rehúsan ir a ellos. Es al estudiante de agricultura al que nada impulsa ya a continuar. Es el régimen

fascista, el más perfeccionado de los regímenes capitalistas de la época en que vivimos, el que no suscita más, aún en las capas de la burguesía, el deseo del estudio, y con mayor razón, el de la especialización en la rama técnica agrícola. Y todo el mundo sabe que la escuela superior es, en la sociedad capitalista, un privilegio de las clases ricas y que su acceso está casi prohibido a la inteligencia y a la voluntad de los trabajadores.

Es, en consecuencia, imposible hacer comparaciones con lo que pasa en la Unión Soviética. Aquí es una humanidad entera presa de la fiebre de aprender, de saber, presa del violento deseo de conquistar la técnica y de superar los progresos que ha alcanzado ya. Aquí el gigante de la industria mecánica y la gran empresa agrícola industrializada, no son más que los signos exteriores de una epopeya más profunda y más vasta, de la fuerza que impulsa a centenares y centenares de miles de jóvenes y nuevos intelectuales hacia las cumbres de la ciencia.

En un documento oficial del Gobierno Soviético, de fines de 1932, leí esto: “Entre nosotros todo es estudio. En las escuelas primarias y secundarias tenemos veinte millones de jóvenes. En los institutos de enseñanza superior, en las escuelas profesionales técnicas o agrarias, en las universidades obreras tenemos dos millones y medio de estudiantes de los cuales 70% son obreros y campesinos.” A la XVII Conferencia del Partido Comunista de la Unión, se comunicó que el número de ingenieros, comprendiendo en él el amplio porcentaje de los especializados en ingeniería rural, de 21.000 que eran en 1931, se había elevado a 85.000 en 1933. Un desenvolvimiento de igual alcance para los numerosos institutos de investigación científica a los que, en enero de 1933, se agregaba otro de una importancia excepcional para la industrialización agrícola: el Instituto hidro-agro-meteorológico de Leningrado, que deberá encargarse de resolver el importante problema de la sequía.

La especialización en el dominio de la ciencia agraria y zootécnica ha dado lugar al mayor entusiasmo entre las masas de koljosianos y de obreros agrícolas de los sovjoses. En oposición al “cero” de la experiencia de los cursos especializados agrarios que ha ensayado la Italia fascista, he aquí otras cifras: en 1931, 25.000 especialistas para el ganado ovino, bovino y porcino, salían de los institutos respectivos, y en el mismo año las escuelas superiores de cría de ganado acogían 18.000 estudiantes. Las estadísticas hacen subir este número a más del doble en los dos años sucesivos.

Pero prefiero, sobre este punto, seguir el método que he escogido, es decir, referirme, más todavía que a los informes oficiales, a lo que yo mismo he visto y oído. Voy a recordar aquí mi visita a la escuela de agricultura de Krasnodar, en el centro de Kubán.

LA ESCUELA SUPERIOR AGRARIA

Elegí esta escuela al azar porque hay centenares de ellas y no hay centro que no las tenga. Pero ésta me interesaba particularmente, por estar situada en medio de una región industrial que posee vastísimas llanuras cultivadas de trigo y alfalfa, con amplias extensiones de cultivos hortícolas o vitícolas y a la que no faltan montañas donde el tractor sufre y renguea ni terrenos pantanosos que son objeto de estudios y de trabajos de saneamiento. Podía, pues, fácilmente moverse y extenderse en este lugar rico en las más variadas experiencias y formar allí las ramas de su actividad cultural.

En efecto: ya en 1930, erigió con ese objeto su compleja y sólida organización. Fundada muchos años antes, esta escuela se reorganizó radicalmente en 1929, a fin de estar a la altura de los cambios operados en el campo, al que tenía que preparar para la industrialización más audaz y más intensiva.

Formó con cada sección una “Facultad” con cursos, laboratorios y campos experimentales particulares. Cada rama de la agricultura de la región debía tener su Facultad. Así se constituyó la Facultad para el cultivo de cereales: para el cultivo hortícola y frutal, para las plantas industriales, para el cultivo de forrajes, para la viticultura, para los cultivos de montaña comprendido el tabaco, etc. La misma subdivisión se repetía en la zootécnica. Había también una Facultad para la industria alimenticia, otra Facultad para la agro-química, y una tercera para el estudio de la administración de las grandes empresas, de los koljoses y de los sovjoses.

Esta instalación rigurosamente científica estaba dotada de los medios técnicos y financieros correspondientes y de vastos campos de experimentación. Una granja había sido provista de medio millón de pollos; de la cría de porcinos tenía muchos centenares de cercos gordos y se extendía sobre más de mil hectáreas. Había otra granja para la experimentación de la viña de montaña. Se estudiaban y se ensayaban más de cien calidades de algodón, del algodón americano al indochino, del algodón egipcio al del Turkestán. Un instituto anexo a la escuela estaba destinado al cultivo del tabaco y tenía amplias

ramificaciones en toda la región, en las granjas colectivas y soviéticas. Es de la expansión de la actividad de la escuela en las campañas, que resaltan estas características a mi juicio no menos importantes y sugestivas que su constitución, tan profundamente tomada de la especialización técnica. El ardor de renovación científica de todos los cultivos, que animaba a los dirigentes de la escuela, se extendía a los koljoses y a los sovjoses para englobarlos a todos completamente en el radio de su influencia directa. Según el cultivo de estas empresas, según también el que la escuela se propusiera realizar allí para hacer más productiva su industrialización, llegaba con un personal expresamente instruido a todas las granjas colectivizadas y soviéticas, tentaba en ellas sus experiencias, les aportaba el fruto de sus investigaciones, interesando en todo esto al elemento trabajador y solicitando su colaboración.

—Es del mayor interés para el porvenir -me decían los dirigentes de la escuela de Krasnodar-, preparar centenares y millares de especialistas y de expertos en las diferentes ramificaciones de la agricultura y de la zootécnica. Pero el beneficio de su actividad sería inferior al que queremos obtener si no se formara en torno de ellos una atmósfera de adhesión en la masa agrícola. Esta debe comprender con qué progresos se benefician las granjas aplicando los métodos más racionales y más científicos en todos los cultivos y debe ayudarnos en nuestro esfuerzo de experimentación cotidiana.

—Pero ¿cree usted que la masa agrícola puede ya comprenderlos y seguirlos?

Me complace reproducir la respuesta:

—Cuando nosotros vamos a las grandes empresas agrícolas nos encontramos en presencia del mismo hecho que se repetía cuando, hace muchos años, llegó a la aldea la primera máquina agrícola. Todo el mundo acudía, todos se interesaban; era una fiesta para la población entusiasmada. Este alegre interés, lleno de confianza se manifiesta hoy por el especialista de la escuela desde que llega, por sus experiencias en los campos y en el ganado. A menudo interrumpe su trabajo práctico o por mejor decir lo completa, por conferencias explicativas a los koljosianos y a los koljosianas. Tratamos en efecto de hacer de nuestro trabajo un trabajo colectivo. Aspiramos a llevar a la masa hacia el conocimiento técnico y científico de los problemas agrícolas.

—¿Y piensan ustedes tener éxito? La misma característica de su escuela, que apunta a la formación de elementos rigurosamente especializados en todas las ramas de la ciencia agro-técnica, ¿no es un obstáculo para la elevación de la masa a esa cultura general que es indispensable para poder comprender esta obra de especialización y de experimentación y colaborar en ella?

—Es el problema del mañana. La agricultura es una verdadera industria, la más vasta, la más rica, y ciertamente la más fácil. La industrialización de la agricultura no supone solamente la preparación del personal dirigente, sino un cierto nivel intelectual y cultural en las masas agrícolas. Es reglamentario, para nosotros, no olvidarnos jamás de tener en cuenta a la masa, que debe participar en todo esfuerzo que se refiera a su progreso. Pero a este nivel intelectual se llegará ligero. La enseñanza politécnica deberá extenderse y llegar a ser un complemento obligatorio de la instrucción primaria. La población agrícola será llevada, gracias a ella, como sobre una plataforma de donde la distancia será menor para todas las ascensiones. Hoy es el entusiasmo el que hace acudir a nuestra escuela por centenares, a los jóvenes, de los cuales un 70% provienen de los campos y de las fábricas. Mañana, con una instrucción agraria y zootécnica generalizada, el pasaje a los cursos de especialización será un hecho normal y orgánico, que dependerá de la vida cultural impartida a toda la población agrícola.

Recuerdo estas declaraciones pensando precisamente que este programa, a algunos años solamente del momento en que me era anunciado como una orientación de algunos dirigentes de una escuela superior de agricultura, forma ya la base del nuevo Plan Quinquenal y hasta está en vías de una realización segura. Se comprende pues, cómo se espera en este otro Plan, avanzar con una ligereza excepcional en la industrialización agrícola, extendiendo a ella hasta las aplicaciones más audaces de la química y de la electro-química.

LA QUÍMICA AGRARIA

En cada conversación que he podido tener en las oficinas centrales de las granjas colectivas o de los sovjoses, me he preocupado de preguntar cómo se desenvolvía en la nueva agricultura soviética la introducción de los abonos minerales y artificiales.

El abono mineral y sobre todo la nueva química sintética, han llevado el progreso agrícola, en algunas naciones capitalistas, durante estos últimos diez años, hacia altísimas producciones. Las campañas soviéticas tenían reservas naturales muy considerables; regiones tales como la “tierra negra”

por ejemplo, son de una excepcional riqueza de utilización de extensiones incultas, vírgenes y fértiles. Pero a medida que el cultivo intensivo avanzaba, no podían bastar para el abono del terreno, los estercoleros que además eran raros y empleados con métodos primitivos. Por todas partes, en efecto, con el crecimiento de la colectivización y el perfeccionamiento de los sovjoses, se me respondía que se trataba de resolver el problema de la aplicación de abonos nitrogenados y fosfatados y el de un empleo conveniente de la soda.

El precio elevado de estas armas de la economía moderna las ha hecho siempre difíciles de adquirir para los pequeños agricultores de los países capitalistas. Hoy, en las condiciones de miseria en que se encuentran, y con las desgracias que pesan sobre su miserable existencia, hablarles de intensificar el empleo de los fosfatos en el cultivo del trigo, por ejemplo, sería un sarcasmo. Se ha reducido su consumo aún en la empresa agraria del gran propietario. La industria de los abonos se debate entre la crisis general de la economía burguesa. Por el contrario, una vez más la Unión de los Soviets hace suyas las conquistas realizadas por la química aplicada a la agricultura y se propone perfeccionarlas para acelerar el renacimiento agrícola en los campos socializados y soviéticos,

Los progresos excepcionales de la química, las síntesis directas que alcanzan a los productos más complejos y que completando las cualidades naturales del terreno y de la flora, podrían multiplicar la producción agraria, sirven hoy en el mundo capitalista para acrecer y aumentar, más que todo el resto, los medios más criminales de destrucción, para preparar la guerra. ¡Qué admirable y ejemplar contraste con ese crimen inaudito de la sociedad burguesa, la decisión tomada en el nuevo Plan Quinquenal! Partiendo de dos millones de toneladas de abonos minerales distribuidos en 1932, anuncia que se va a quintuplicar la producción en el curso de los próximos años y a consagrar a este crecimiento la mayor parte de las materias primas en que es tan rico el suelo soviético. En Solikamsks se ha puesto en marcha un gigante de la industria de la potasa; al mismo tiempo se construye una serie de nuevas fábricas de nitrógeno, de manera que la agricultura soviética dispondrá de una gran industria de abonos artificiales, produciendo fosfatos, nitrógeno y abonos potásicos.

Pero las perspectivas de la industrialización agrícola en la Unión Soviética, son particularmente atrayentes en la zona que se refiere a la amplia producción de electricidad. Deberá transformar técnicamente los métodos de trabajo, empleándolos para combatir la sequía en muchas regiones, cambiar completamente su aspecto.

ELECTRIFICACIÓN E IRRIGACIÓN

Todo el mundo sabe, y no solamente a causa de su importancia intrínseca, sino también a causa de su significado, por así decir profético, que en 1920, cuando la guerra civil recrudecía, Lenin sometió al VIII Congreso de los Soviets de la República Federal Rusa, un verdadero plan de electrificación, comprendiendo la instalación de treinta grandes centrales regionales. Se conoce el episodio del escritor H. G. Wells, que en el mes de septiembre del mismo año, oyendo a Lenin exponer sus planes sobre el porvenir industrial del nuevo Estado proletario, en gran parte electrificado, sonrió con malicia y habló en seguida en un libro, cuyo título era “Rusia en tinieblas”, de lo que consideraba como una fascinante utopía.

El Gobierno soviético se concentra siempre en la realización de ese plan. En 1932, la potencia de las centrales eléctricas se elevaba ya en números redondos a 2 millones de kilovatios; y se celebraba el 15° aniversario de la Revolución de Octubre, con la inauguración en el río contenido por el mayor dique de Europa, de la central eléctrica más poderosa del mundo entero. ¡Qué fuerza nueva iba a agregarse a la agricultura de las amplias regiones de la “zona industrial”, junto a la fuerza ya incalculable del tractor!

Antes de acabar mi viaje de estudios por los campos de la colectivización y de la empresa agrícola, atravesé amplias regiones bañadas por el Dnieper. Hice el viaje remontando este río cuyos bordes son tan desiguales, de Kherson hasta Saporosbje, durante un centenar de kilómetros.

Me acuerdo de la región de Zurjupa, con bellas llanuras cultivadas de trigo quemadas por el sol que acostaba las espigas precozmente maduras. Me acuerdo también de las de Bereslaw, tan variadas, donde el ganado parecía pedir a los pastos sedientos de calor la frescura de la lluvia. Más adelante el río desciende rápidamente en zigzag entre las numerosas granjas colectivizadas que pueblan el radio que lleva el nombre de “Kalinin”. Son poblaciones de raza judía que han fecundado esas tierras arenosas y esas dunas incultas donde el problema de la irrigación era estudiado en relación con los grandes trabajos que se debían realizar en el Dnieper.

Veo todavía ante mí sobre la otra orilla, las colinas de Pristan, y el gran sovjós dedicado al nombre de Gorki que debe sus orígenes a una lucha célebre en la población de los contornos, por haberse allí liquidado para siempre a los más encarnizados kulaks. Ricas viñas, ensayos de cultivo hortícola y frutal, y... perspectivas.

Y son perspectivas de una realización tan segura, que no muy lejos, en Kakowka, las aguas del río legendario se esparcirán en gran parte por largas arterias que atravesarán un millón de hectáreas de estepa, hasta el Mar Negro, y por otra parte serán llevadas hacia las comarcas vecinas para asegurar el cultivo demasiado amenazado por la sequía.

Remontando la corriente pálida y calma, entre las orillas de un verde seco, manchado de sombríos bosques, me detuve en la región de Gornostajewusk, completamente colectivizada y donde se encuentra y progresa la colonia de Starowierskaia, inmigrada de Suecia desde antes de la Revolución. Estas tierras fértiles para los cultivos más variados, que están regidas también por una poderosa Estación de máquinas y tractores, consideran el río como una fuente de medios nuevos para la industrialización. Así mismo, más arriba, Nikopol y su fuerte artel “Aurora”, que fue de los primeros en constituirse con campesinos venidos del Norte y que tomó el nombre del crucero que participó en la toma del Palacio de Invierno, cuando la Revolución de Octubre. Así mismo, la región de Krivoj-Rog, donde sobre terrenos pantanosos e incultos, se trabajaba activamente para hacer navegable un afluente del Dnieper y facilitar por medio de este afluente los transportes de la rica producción de trigo de Melítopolis.

Mientras más se aproxima el río a Saporoschye, más se hunde en la estepa, donde arteles recientemente contruidos, como en Belinskaía, son la vanguardia de un cultivo intensivo que recibirá del tractor y de la fuerza eléctrica las armas de su conquista. Finalmente, un poco más lejos, Saporoschye, con sus ligeras colinas aterciopeladas de pequeños bosques que descienden hasta el río. El Dnieper aquí se bifurca, se pierde entre los bancos de arena para ensancharse como un mar; y más allá donde se divisan aún grandes valles y llanuras quemadas y sedientas, se alzaron los primeros trabajos de la gran obra de la Rusia de la Revolución. Las antenas y los cables entrecortaban el cielo con un revoltijo de hilos lucientes, las grúas desencadenaban sus engranajes, de lo alto de los andamios coladas de hormigón armado caían con un estrépito formidable, la hormigonera humeaba majestuosamente y, entre todo esto, se apercibía el dique conteniendo el río en casi más de un kilómetro y se distinguían las turbinas de 80.000 H.P., generadoras de la fuerza que debe animar las nuevas fábricas y fecundar los nuevos terrenos.

Hoy todo eso ha desaparecido. Las fábricas de aluminio, de hierro, de acero, para el trabajo de esos productos, de abonos químicos, viven y producen gracias a esta fuerza que se creó expresamente para ellas. Pero una considerable parte de esta fuerza se expande ya sobre un radio de más de cien kilómetros a través del campo que yo visité y que no esperaba más que este impulso. La energía producida por el Dnieprostroi, se unirá con la de los tractores y los completará, estando particularmente destinada al perfeccionamiento de la técnica de algunos trabajos en los sovjoses y koljoses. El agua que se había deseado tanto, se esparcirá por medio de canales irrigadores o por elevación, sobre los terrenos fértiles y secos, para multiplicar su fecundidad y asegurar su producto.

Así el problema de la sequía en grandes regiones de Ucrania será resuelto bien pronto. Es bien sabido que, en el territorio de la Unión, ese problema tiene para muchos terrenos una grandísima importancia, a causa de la insuficiente humedad y de la imposibilidad o de la dificultad que existe para aprovechar las aguas pluviales. La solución de este problema, que ya ha sido encarado en los últimos años, está prevista de una manera tan imponente en el nuevo Plan Quinquenal, que produce verdadera estupefacción.

COMPARACIONES Y APLICACIONES

Apenas se acaba de terminar la gran central sobre el Dnieper, cuando se trabaja ya activamente en utilizar las aguas del Volga y se crean tres nuevos centros poderosísimos, que unidos, producirán una cantidad de energía superior en más de veinte veces a la que produce el Dnieprostroi. Los campos sobre los que corre el Volga, sacarán de esta riqueza grandes ventajas, las aguas del gran río irrigarán más de cuatro millones de hectáreas. Un proyecto semejante es estudiado también para las zonas de la Siberia que baña el Angara, a fin de utilizar los recursos inagotables de esas tierras a las que se llama con justicia “las tierras de la humanidad futura”, donde se desarrollarán nuevas industrias de un cultivo forestal muy remunerador.

El verano de 1933, se inauguró el canal más largo del mundo que va del lago Onega al Mar Blanco. Esta obra grandiosa, atravesando centenares de kilómetros en una zona desierta, abre el camino a un cultivo más fecundo. El segundo Plan Quinquenal anuncia que, en un tiempo cercano, se darán a la agricultura soviética no menos de 10 billones de kilovatios-hora. ¡Cifras astronómicas! ¡Y no sé en qué pensará el campesino de los otros países cuando haga una comparación entre su destino, oscuro y miserable, y el resplandor de las conquistas hacia las que se encamina el campo del Estado proletario!

Este sabe bien que la máquina no ha sido nunca construida ni perfeccionada para él, para su lote miserable. No solamente el campesino pobre, sino que hasta el campesino medio, deben de contentarse, en los países capitalistas, con verla funcionar en casa del gran propietario, sobre los campos que este industrializa exclusivamente para su provecho. Los productos químicos, los abonos artificiales, se alzan a precios prohibitivos; y el mismo campesino de la Europa Occidental, que en Holanda o en Dinamarca, por ejemplo, ha limitado su pequeño lote a algunos centenares de metros de terreno, se ve obligado a reducir su empleo cada vez más. Y no hablaré de la mayoría de los campesinos que en los Países Balcánicos sobre todo, ni siquiera conocen su uso.

Ocurre lo mismo con la energía eléctrica que como la energía mecánica y la química están en manos de los grandes trusts capitalistas. ¡La pobre familia campesina debe pagarla bien cara si quiere servirse de ella! Y si se extiende a la agricultura de algunos campos muy adelantados, es solamente para ser empleada en las grandes granjas industrializadas del gran propietario terrateniente. Al precio altísimo de esta energía, hay que agregar aún la dificultad de utilizarla eficazmente en la pequeña granja agrícola.

En la Italia fascista un grupo de ingenieros fue encargado de hacer estudios para un acrecimiento de la electrificación de la empresa agrícola. El resultado ha demostrado que no es posible, desde el punto de vista técnico, aplicar útilmente la fuerza eléctrica, más que en la “gran” granja industrializada. Y también para esta granja el costo de la energía es demasiado elevado y su empleo no puede efectuarse si el Estado no coopera con el 50% de los gastos. Toda posibilidad de uso de la fuerza eléctrica en la granja pequeña y media queda, pues, excluida.

En presencia de esta realidad que es indiscutible no solamente para un país, sino para el mundo capitalista entero, se opone la realidad de los campos soviéticos. Aquí la transformación revolucionaria permite y facilita la introducción de todos los beneficios de la ciencia. Aquí la mecánica y la química pueden, lo mismo que la electrotécnica, osar las experiencias más audaces en interés de toda la colectividad trabajadora.

Ha sido afirmado con justicia por los dirigentes de la Unión, que aunque el nuevo Plan Quinquenal se propone efectuar enormes progresos en la aplicación de la electricidad a la agricultura, ésta debe considerar al tractor como a la palanca principal de la transformación industrial. El tractor rivalizará por mucho tiempo todavía, con los altos garabatos de hierro y las redes de alta tensión que entrecruzan el cielo. Pero existe desde ahora en toda gran granja industrializada, una cantidad de casos en que la energía eléctrica no podría casi ser reemplazada por ningún otro medio. Y cuando hablo de la gran empresa agrícola, me refiero no solamente a la vastísima empresa de los sovjoses, sino también a la mediana, a la más modesta por su extensión, de los arteles.

He explicado a su tiempo cómo la cuestión de la extensión del artel ha sido sabiamente planteada. Pero es quizás oportuno que insista acá que no se trata de crear grandes empresas por manía de grandezas. La base territorial de la granja colectivizada está siempre determinada por su “unidad de cultivo”, que reglamenta la amplitud, el cultivo y la industrialización. A causa de esto y para mayor claridad, he considerado como “gran granja” a un artel de doscientas o trescientas hectáreas, aunque su extensión hubiera debido más bien colocarla entre las empresas “medianas”. Esto, por dos motivos: porque ellos desenvuelven en su unidad cultural la industria agrícola, igual que si fueran grandes empresas, y porque he querido poner de relieve la profunda diferencia que separa la granja individual y familiar, de cualquier empresa racionalmente colectivizada.

Es por esto que hablando de la aplicación de la energía eléctrica como fuerza difícilmente reemplazable en ciertos trabajos de la granja colectiva y soviética, dije: “gran empresa agraria”. Porque también en el artel de algunos centenares de hectáreas se extenderá seguramente el empleo de la fuerza eléctrica para hacer más eficaz y más completo su proceso de industrialización.

En efecto, en todos los radios de la cría de ganado y sobre todo de ganado lechero, las ventajas del empleo de la electricidad son evidentes: para el corte de los forrajes y el funcionamiento de las bombas de abrevadero, en el ordeñado, en la ventilación y la limpieza de los establos, etc. Para las otras crías tales como las de corral, el empleo de la energía eléctrica ha llegado a ser casi una ley en las empresas donde esta cría es obtenida con métodos científicos, y donde la incubación, la calefacción, la cura antiséptica,

etc, son efectuadas enteramente por la electricidad.

También en la Unión Soviética muchos koljoses y sobre todo muchos sovjoses, están destinados a esta cría. El nuevo Plan Quinquenal establece expresamente que ellos sean servidos por la fuerza eléctrica nueva que se produzca. En fin en las empresas colectivas como en las granjas del Estado, los cultivos como los de las plantas fibrosas, lino, cáñamo, serán ampliamente dotados, especialmente por la generalización de los métodos técnicos de trabajo.

UNA CIENCIA NUEVA

Pero lo que me interesa más en el nuevo Plan es lo que concierne a la irrigación, la lucha contra la sequía, en la que la fuerza de las centrales proyectadas entrará también en juego, como llega ahora a las regiones surcadas por las corrientes producidas por el Dnieprostroi.

Los que aman la agricultura que está en vías de desenvolverse en el inmenso territorio soviético, los que recuerdan también que los progresos que allí se realizan y que se realizarán son todos para el mayor bienestar de la colectividad trabajadora, no pueden conocer sin entusiasmo lo que el Comisario de Agricultura comunicaba a fines de 1932 a propósito de los estudios que se intensifican en la Unión para vencer y eliminar ciertas adversidades naturales que se cuentan entre las más dañinas para la producción agrícola.

He hecho ya alusión al Instituto agro-hidro-meteorológico de Leningrado, que engrosó el número de otros institutos de agricultura. Jacovlev, recordando los descubrimientos de ciertos agricultores con respecto a los períodos críticos de las plantas en relación con los factores que influyen sobre su madurez y su rendimiento, planteaba la cuestión de la irrigación como una “nueva ciencia” a la que el Instituto de Leningrado se consagrará particularmente. No se trata solamente de extender los sistemas de irrigación por “riego” que están ya extendidos en otros países como en Alemania, donde especialmente en Pomerania y en las regiones de la Halle, han sido obtenidos resultados notables sobre todo en el cultivo de forrajes; sino que se trata de intervenir con cierta cantidad de humedad cuando el período vegetativo la exige; para el trigo, por ejemplo, según la experiencia de un experto italiano, en los quince días que preceden a la espigación.

Es este un problema de estudio ante el cual el “bolchevique” es presa de una especie de deseo voluptuoso de atacarlo y dominarlo. El problema de la ciencia hidro-agro-meteorológica, aunque abordado en el mundo burgués, ha fracasado ya porque hoy los medios técnicos y sobre todo los medios financieros están destinados a otros objetivos por los Gobiernos capitalistas. No dudo de que, dentro de poco tiempo, asistamos en la Unión de los Soviets a nuevas y eficaces experiencias en la lucha contra la sequía, para la distribución racional de las lluvias artificiales, a las que se agregarán sustancias fertilizantes u otras que sirvan para la destrucción de los parásitos.

El Estado de los Soviets ha creado realmente todas las posibilidades para la industrialización agrícola más perfecta. Con su colectivización que se generaliza cada día más, por sus granjas que rige directamente, por su industria en marcha hacia capacidades de producción enormes, por la fiebre de estudio que se apodera aún de la última capa de la población, el Estado soviético posee elementos tales como es imposible encontrarlos en los países capitalistas. Como si esto no fuera suficiente, agrega la potencia de los medios de que podrá disponer cada vez más.

LOS MEDIOS

Esta expansión grandiosa de la agricultura, estas imponentes instalaciones mecánicas, todo este gigantesco programa de transformar la Rusia nueva en el país más industrial del mundo, exige el empleo de medios por así decirlo inagotables. En el comienzo de este estudio, exponiendo algunas cuestiones con respecto a la colectivización agrícola, me preguntaba si las condiciones económicas del Estado soviético serían capaces de cargar con los gastos incalculables de la industrialización de tan vasto territorio.

Hablando del impuesto territorial, hacía notar que este impuesto no representa más que una mínima parte de las entradas del Estado.

¿De dónde vienen pues, estas entradas? ¿Cuál es su fuente principal? ¿Alcanza a suministrar los medios necesarios para rehacer, para recrear todo un mundo, como lo quieren los Soviets!

La respuesta es tan clara que aún el lector menos calificado puede comprenderla, y puede, gracias a

ella, medir el abismo que separa al Estado proletario del Estado burgués. Este último, cualesquiera que sean las riquezas del suelo, cualquiera que sea la potencia de las industrias que allí florecen y de la agricultura que allí prospera, no sabe extraer de todo esto para sus ingresos, más que un porcentaje extremadamente bajo. Las entradas netas de la industria, de la agricultura industrializada, no acrecen más que la riqueza del capitalista. El Estado encuentra la fuente de sus provechos financieros en los impuestos directos e indirectos, cuya mayor parte pesa sobre la masa popular.

En el Estado proletario el sistema es muy diferente. La tierra convertida en bien de la Nación, la industria socializada, la gestión de las empresas dirigida, amplificada por el Estado, éste saca precisamente del beneficio neto, de estas industrias, de estas empresas, de la cooperación, la entrada principal de sus finanzas. Cito como ejemplo el balance que se relaciona con el ejercicio del año 1931. Para este año, el conjunto de los ingresos se eleva —como ya he dicho— a cerca de 32 billones de rublos.

Y bien: de esos 32 billones, cerca de 13 billones y medio provienen precisamente del beneficio neto de la economía socializada. Si a esos 13 billones se agregan todavía 9 billones de impuestos pagados por las empresas y por las industrias del Estado, resulta que más de los dos tercios de las entradas, como lo constataba el presidente de los Comisarios del Pueblo, provienen del sector económico de la socialización,

¿Adonde van estas fuerzas financieras? En el presupuesto de todo Estado burgués una gran parte de las entradas está destinada a la preparación de la guerra, a las industrias productoras de armas y de municiones, cuyo rol es matar y destruir todo lo que vive. La instrucción en todos los casos tiene una importancia muy reducida y se encuentra repartida en beneficio principal del elemento burgués. Por el contrario, en el Estado Soviético, la inmensa mayoría de las entradas está destinada a fecundar, a vivificar y a acrecer la potencialidad de las fuerzas económicas de la industria y de la agricultura. En el balance mencionado de 1931, más de 21 billones están destinados al desenvolvimiento de la economía nacional. Inmediatamente después, con una suma de 6 billones y medio se encuentra el presupuesto de Instrucción, cuyo objetivo es elevar cada vez más el nivel cultural de las masas trabajadoras. Los ingresos de los años siguientes, marcan un crecimiento cada vez más acentuado que se eleva en 1934 a cerca de 50 billones de rublos, y en esta cifra los diferentes presupuestos aumentan proporcionalmente. He aquí de dónde saca el Estado proletario sus recursos y cómo los emplea. Pero esta constatación no basta. Haré otra de gran importancia. En el Estado burgués, si aumenta la riqueza industrial, si progresa la riqueza agrícola, esto significa que el patrimonio privado del capitalista ha aumentado y progresado. En el Estado soviético, donde la industria y la agricultura no pertenecen al individuo sino a la colectividad, mientras más adelanta el perfeccionamiento de la industria, más se generaliza la industrialización agrícola y más se ensanchan y se refuerzan las fuentes de provecho del Estado.

He aquí en efecto, que en 1927-29, con una industria todavía muy joven y los campos aún en manos de la pequeña economía individual, las entradas se elevan a 10 billones de rublos. Ya en el segundo año del primer Plan Quinquenal, con el impulso que se había dado a la fábrica y a la empresa agrícola del Estado y con la difusión de la colectivización, esta cifra se ha alzado a más del triple. He escogido estos datos que se relacionan con la aplicación del primer Plan Quinquenal para poner de relieve sus rapidísimos resultados. ¡Pero qué salto, que milagro se cumplen en los años siguientes! Cuántos cálculos gigantescos fueron objeto de estudio y de comprobación por parte del XVII Congreso de Moscú, que hacía subir las inversiones de capitales para el segundo Plan Quinquenal a 133 billones de rublos, es decir, ¡que aumentaba en más del doble las inversiones del Plan precedente!

Hasta el campesino más atrasado puede en consecuencia comprender que los recursos de los que dispone el Estado soviético para realizar todo cuanto se propone, son por así decirlo, inextinguibles. El Estado proletario es como un gran árbol que recibe del suelo su fuerza de vida y del cual nadie puede tocar los frutos en interés personal. Permanecen en él y caen al suelo para renovar y aumentar su poder de fecundación. El árbol, expresión verdadera y real de la colectividad trabajadora, nutriéndose y floreciendo, se refuerza con una vegetación más grande cada primavera.

Todos gozan y se benefician del crecimiento de esta riqueza. El 15 de mayo de 1933, fue lanzado por resolución del Comité Ejecutivo Central de la Unión un “empréstimo libre del segundo Plan Quinquenal”. En veinte días había sido sobrepasada, por las suscripciones recogidas, la cifra de 3 billones de rublos. En veinte días los obreros de las fábricas, los sovjosianos y los koljosianos, suscribían 330 billones de rublos además de los que habían suscrito para el empréstimo del año precedente, es decir, para el cuarto año del primer Plan Quinquenal. El empréstimo de 3 billones y medio, lanzado en abril de 1934, ha sido cubierto en un lapso de tiempo todavía más breve, con un entusiasmo sin ejemplo.

Es claro pues, que todos los nuevos problemas, problemas de cúspide, que contiene el segundo Plan

Quinquenal para llevar al máximo el progreso industrial de la campaña, serán ciertamente realizados. La industria soviética está en vías de emanciparse completamente de la industria de los países capitalistas. Las máquinas, los tractores, toda la producción necesaria para impulsar la agricultura hacia la industrialización más audaz, provienen en adelante de las fábricas de la Unión. Y a medida que el proceso técnico progresa y se perfecciona, la colectivización agrícola avanzará rápidamente hasta absorber todas las pequeñas granjas individuales. Los koljoses que han conservado su forma más elemental, la de la socialización de los útiles de trabajo, pasarán a la forma superior del artel por la socialización de los principales medios de producción. Los arteles, después de haber reforzado su estructura de economía mecanizada, se aproximarán cada vez más al carácter específico de la granja industrial, mejorarán al koljosiano cada día más desde el punto de vista técnico e intelectual.

Lo que parecía indistinto y confuso a muchos observadores de la Rusia revolucionaria, se precisa, toma cuerpo, y se encuadra en la realidad de un nuevo mundo económico y social.

“¡Pero la Rusia de la Revolución no habrá hecho del campesino de la Rusia zarista nada más que un esclavo mecánico!”

Así se desgaña la crítica antisoviética.

EL ESCLAVO MECÁNICO

Ya en 1930, cuando se comenzaron a entrever los resultados victoriosos de la lucha contra el kulak y el pasaje desbordante de las pequeñas granjas individuales a la colectivización, cuando la prensa burguesa comprendió que era inútil en adelante lloriquear sobre la suerte que le había cabido al campesino enriquecido, en muchos países capitalistas aparecieron publicaciones pseudohistóricas, que comenzaron a entonar otra canción. Lo que había pasado en las campañas soviéticas, era —según ellas— la violación de la ley “natural”, según la cual es una violencia criminal arrancar al campesino de su tierra para llevarlo a la máquina. Es la “naturaleza” quien ha dispuesto que el campesino encuentre su dicha en el silencio de su pequeño lote, en la fatiga que lo acosa y lo descarna sobre el surco. Esta “ley” afirma también, a lo que parece, que los campesinos de todos los países no aman la máquina; más bien la odian. Es solamente nutriendolos de un materialismo y de un utilitarismo secos y áridos, que se resignan a sufrirla.

Esta crítica del movimiento de industrialización agrícola, que procede en la Unión de los Soviets paralelamente al desenvolvimiento de la colectivización, apareció al mismo tiempo que una propaganda rabiosa en gran estilo contra los “excesos” de la mecanización que mataba al mundo burgués. La crisis económica y política del capitalismo, que se debate en este período de su agonía, tendría sus orígenes en esta sobreaplicación de la máquina. La máquina, aumentando formidablemente la producción, ha llevado por un lado a la elefantiasis del capitalismo; reduciendo la mano de obra y echando a la calle un ejército de desocupados, ha disminuido por otro lado el consumo de las masas. América del Norte fue la patria de la máquina, que, sobre todo en las grandes empresas, reemplaza al trabajo manual. Pero aunque se convirtiera en el país de la riqueza, ha sido la primera en experimentar las consecuencias desastrosas de esta experiencia. El “superamericanismo” hacía el que tendería hoy con todas sus fuerzas la Rusia soviética, particularmente por la industrialización agrícola, no serviría más que para llevar a las mismas consecuencias y a la misma catástrofe.

Su realización inicial daba más valor a estos “principios”. En la Italia fascista que tomo a menudo como ejemplo porque el fascismo trata de engañar aún a las masas campesinas presentándoles programas de “ruralización” de la economía nacional, contra la dominación de la gran industria, el Gobierno advertía no “aplicar métodos de cultivo industrial en oposición con la tradición de la pequeña granja familiar”. En Berlín, cuando la última exposición agrícola de 1933, la “Grüne Woche”, se podía admirar el vacío casi absoluto de los stands asignados a las máquinas pesadas. En América del Norte, muchas asociaciones de grandes terratenientes, predicaban la reducción del número de tractores, de sus miles de tractores que los habían llevado a las nubes, para volver al animal lento y resignado.

¡Oh, cómo se tiene la impresión ante tales medidas más o menos veladas por pudor, de encontrarse frente a gentes que, para evitar el vértigo, no quieren asomarse sobre el abismo en el que van a precipitarse!

La máquina, en los campos industrializados de América, ha multiplicado la producción de trigo y de azúcar. Pero mientras que millares de toneladas de estos productos destinados a la alimentación del hombre son arrojados al mar o condenados al fuego, existen millones de campesinos que languidecen en

la miseria; el número de los que no tienen pan, crece todos los días y los hambrientos marchan sobre la capital, para ser rechazados por las ametralladoras del Gobierno. Lo que ocurre en los Estados Unidos, se repite en medidas y formas variables en todo el resto del mundo burgués ¿No se envían al matadero en Holanda, en los países donde la industria zootécnica está más evolucionada, a centenares de vacas lecheras con la esperanza de disminuir la producción y provocar el alza de los precios de los productos de la leche, mientras que una parte considerable de la población trabajadora de las ciudades y del campo, no puede absolutamente comprar la leche necesaria para el uso familiar a causa de su falta de dinero?

Es en esta trágica contradicción, en esta apocalíptica visión de una superabundancia desmesurada de productos del lado de la clase capitalista, y de una pobreza sin igual que aumenta sin cesar y esparce la ruina entre las masas proletarias, es en esta contradicción abierta, donde se encuentra la condena, irrefutable e inexorable, del régimen económico y político del mundo burgués. Es por este repudio que hoy se ve obligado a hacer de los beneficios de la mecánica, de los progresos de la zootécnica, de los resultados de la ciencia, que se manifiesta la confesión formal de su agonía. Es una característica del moribundo, rechazar con desprecio y náusea el alimento que más se ha nutrido.

Pero que las máquinas más nuevas y más complejas continúen entrando en el país que la Revolución de Octubre hizo renacer, donde el Estado proletario vive y trabaja, no para el provecho de una minoría de explotadores, sino para el bienestar de todos los trabajadores. ¡Que entren los tractores! ¡Que las grandes fábricas alcen hacia el cielo su masa ennegrecida de humo para una mayor mecanización! ¡Que la química, que todo cuanto es objeto de las investigaciones de la ciencia no cese de acrecer la producción! En la Unión de los Soviets esta riqueza se esparcirá sobre todos los que trabajan, sobre todos sin distinción. Mejorará para todos los que producen, en los campos y en las fábricas, el tren de vida material e intelectual. Animará a los veteranos así como a la nueva generación, como hace el sol que resplandece y calienta igualmente las briznas de hierba y la vieja encina.

Es esta verdad, viva en la conciencia de todo trabajador soviético, la que da a la máquina —y cuando digo la máquina entiendo el progreso, la ciencia, el saber—, una consideración nueva y diferente de la que ha tenido y tiene todavía entre las masas de proletarios y de campesinos del mundo capitalista.

EL AMOR A LA MÁQUINA

No se miente cuando se escribe que el campesino de los países burgueses no ama la máquina. ¿Quién no ha encontrado un pobre agricultor que exasperado por las condiciones de hambre a las que el patrón le ha reducido pega al caballo que dirige y se desahoga blasfemando el nombre del patrón? A comienzos del siglo, cuando aparecieron las primeras máquinas en la Romaña, una de las regiones de Italia donde la efervescencia persiste, las organizaciones socialistas dirigidas por el jefe del Gobierno actual de Roma, entablaron una lucha encarnizada contra su empleo. El odio inextinguible del explotado hacía su explotador, se concentraba sobre la máquina como sobre la bestia.

Habiéndolo constatado muchas veces, no tengo escrúpulo en decir que el obrero de la fábrica capitalista, él también, aunque sea el más aplicado y el mejor técnico, dará, es cierto, su trabajo a la máquina; pondrá en ella toda la atención y el esfuerzo de su cerebro; pero a esta máquina, que no le pertenece, que hoy él utiliza y cuida y que mañana el capitalista utilizará contra él, a esta máquina, digo, no da y no dará jamás su corazón.

La psico-técnica ha encontrado que la máquina enseña el orden, la rapidez, la precisión, la limpieza, el razonamiento. Ha encontrado que la máquina instruye más que el libro y convence más que la escuela. Pero la psico-técnica no ha encontrado todavía el instrumento para medir qué intensidad particular y qué perfección de trabajo produce la máquina, allí donde no son solamente la mano y el cerebro los que la conducen y se sirven de ella, sino donde otro factor incalculable, el factor psicológico, entra en juego y actúa. Este factor es el fruto de un conjunto de elementos que constituyen la atmósfera social y política en que vive el trabajador. Y en gran parte escapa al análisis. Yo percibí la realidad en la Unión de los Soviets, a través de una serie de episodios ricos en expresión y brillo.

En Bielgorod, en la ciudad blanca que confina con la “tierra negra”, cuando en junio de 1927, las más perfeccionadas máquinas de cosecha llegaron a los arteles, he visto a los campesinos, convertidos en koljosianos, marchar en cortejo a su encuentro y a las mujeres llevar gavillas de centeno y de flores para adornarlas con coronas. A menudo me detuve a considerar la amorosa atención con que la juventud campesina rodeaba los tractores, asistiendo a la explicación técnica que se les daba. Algunos de esos jóvenes los tocaban y los acariciaban, como si se tratara de una cosa viva. En 1930 una columna de

tractores que había cosechado en Ucrania pasó por Moscú para ir a Samara a fin de recolectar el trigo en esa zona. La nueva, publicada por los diarios de la capital, provocó entre las masas proletarias una excitación formidable. Los obreros de las fábricas acudieron por millares a saludar el paso de esas máquinas y las aplaudieron con entusiasmo.

¡He aquí qué sentimiento vibra en los campos y en los centros industriales soviéticos hacia la máquina! Todo trabajador reconoce no solamente que ella forma parte de su patrimonio, sino también que es un medio para elevar a toda la colectividad hacia un mayor progreso económico y social. Este sentimiento, en el alma simple y apasionada de los hijos de la tierra, se transforma casi en amor.

Conocí esta verdad por las confidencias de mi inolvidable Vassilí, en un artel no muy alejado de Nikolaiev, donde ese campesino, convertido en koljosiano, había querido estudiar para conocer mejor el tractor. En la estepa, él conducía el tractor-arrastrador de las guadañas, y bajo la canícula, entre el fino polvo que caía sobre su pecho desnudo y quemado, yo no veía más que sus ojos y sus dientes brillar en una sonrisa.

Se detuvo para aproximarse a mí con las mujeres que hacían las gavillas. Lo saludé inmediatamente con una cortés provocación: “¡Estarás harto de esa máquina! ¡Te extenua! ¿Cuántas horas hace que trabajas?”

Vassili se estremeció entero bajo su oscura piel y después de haber mirado su tractor, como si éste hubiera podido oírlo y aprobarlo, respondió sonriendo con orgullo: “Amo tanto a mi máquina, que no cuento las horas que paso con ella; no la dejaría ni de noche...”

Esta respuesta cortó mi provocación, pero me comunicó al mismo tiempo las reacciones profundas de este hombre, que no era solamente el mecánico inteligente y conocedor del tractor. Era algo más. Nadie puede medir esas reacciones que provienen de un impulso interno imponderable pero son reales. Son ellas las que agudizan el espíritu y hacen arder las fibras del cuerpo. Este trabajo sobre la máquina no es una fatiga material. En este esfuerzo hay voluntad, pasión. ¡En esta técnica hay fe!

Si la mecanización de la agricultura soviética, si la granja colectivizada, no dispusieran también de esta nueva generación de trabajadores que sólo ha podido engendrar y ha sabido educar el Estado surgido de la Revolución de Octubre, ni la industrialización de la agricultura, ni el desenvolvimiento social y económico de la empresa colectiva, hubieran podido ser tan rápidos y tan fecundos. Estos dos hechos se penetran el uno al otro y su resultado será la progresión del koljós, así como el koljosiano, hacia su perfeccionamiento.

LA COMUNA

Hay en la colectivización agrícola otra forma, “la más compleja y la más difícil”, según la expresión adoptada hace algunos años por Stalin: la comuna. Su historia ha suscitado una constante simpatía entre las masas trabajadoras soviéticas; su nombre era un símbolo.

Durante la guerra civil, la comuna tuvo en las campañas un desenvolvimiento superior a las otras formas de asociación colectiva, el artel, y el “Tsoz”. Los campesinos constituían casi bajo el impulso de una necesidad. Colectivizando todos los medios de producción y uniéndose en una comunidad completa de trabajo y de vida, sentían aumentar en sí mismos la fuerza y el coraje de luchar.

El origen de algunas de estas comunas está marcado con recuerdos de heroísmo. Pero durante el período de la reconstrucción económica, estas asociaciones colectivas que reunían un complejo indefinido de funciones sociales y políticas, debieron dar a su base y a su estructura un carácter económico muy preciso y transformarse sobre todo en empresas agrícolas sólidas y productivas. En 1925 se publicaba su reglamentación, quedando las tareas de la comuna claras y bien definidas: “La comuna tiene por objetivo elevar el bienestar material y moral de sus miembros, por la organización y por la gestión en común de una economía agrícola, por la distribución hecha en una medida igual entre todos los miembros, de los resultados de su trabajo, y por la satisfacción en común de todas sus necesidades”. Por esta definición se planteaba a la base misma de la comuna la gestión colectivizada de una economía agrícola; lo que implicaba para ella todos los deberes de la técnica del artel. Además debía colectivizar también la repartición de los productos, repartiéndolos en igual medida entre sus miembros, y proveer a la satisfacción en común de sus exigencias materiales y morales. El reglamento mencionado en efecto, establecía que la comuna debía ocuparse también de “la institución de escuelas y bibliotecas, de la edificación de locales donde se pueda vivir en común, tales como cocinas y salas de asilo; debiendo tomar también otras iniciativas semejantes.”

Basta enumerar estas tareas para ver el alcance y la altura de los objetivos que se proponía la comuna. Debía reunir en sí y reglamentar todas las ramas de la vida económica y social de una colectividad agrícola. Es evidente que había en esta tarea numerosas dificultades, sobre todo porque una preparación técnica y más aún una preparación psicológica, no podían improvisarse en poco tiempo entre los miembros de la colectividad. Es por ello que las comunas que supieron verdaderamente realizar los objetivos que les fueran asignados, eran admiradas y consideradas como ejemplos por la población soviética entera. Pero es también por ello que, con respecto a las otras formas de koljoses, representaban en 1930 un número limitado apenas a algunos miles. Esta cifra en los años siguientes a la transformación agrícola más radical, llegó a ser aún más restringida. Muchas comunas fueron disueltas, otras se transformaron, en arteles. ¿Por qué?

UN EJEMPLO MORAL

Entre las numerosas comunas que visité durante mi último viaje por los campos de la Unión, quiero recordar dos que, por sus características, ofrecían un ejemplo vivo y vibrante de esta historia de la comuna agrícola.

Una, que llevaba el nombre seductor de “Guardia de Ilitch”, había sido fundada muchos años antes, sobre una pendiente de terreno fértil pero inculto que riega un afluente del Bug. Había sido edificada en 1924, por “besprisornis”, es decir, por algunos de esos desventurados a los que las bandas armadas del capitalismo mundial, en el curso del sangriento período de la guerra civil, habían destruido la casa y dispersado la familia.

La prensa burguesa —¿quién no lo recuerda?— comenzó una campaña contra el régimen nacido de la Revolución de Octubre, haciéndola responsable de la suerte miserable de miles de jóvenes y niños que, haraposos y hambrientos, poblaban las calles de las ciudades y de los centros rurales. No; estos jóvenes eran la expresión viviente de la tragedia en la que un mundo entero de enemigos había hundido al Estado proletario, para ahogarlo en sangre y reducirlo por hambre. Pero el Estado proletario recogió esta herencia con una admirable expansión de solidaridad y beneficencia. Los “besprisornis” se volvieron el objeto de sus atenciones más asiduas, para aclimatarlos poco a poco a la atmósfera de la nueva vida soviética, sin emplear la represión policial, sino aproximándolos, por el contrario, cordialmente a la población. Fue así que muchas familias obreras y campesinas, apoyadas por el Estado con subvenciones

especiales, acogieron estos abandonados y los hicieron participar de su trabajo. Numerosos institutos fueron edificados para educarlos e instruirlos. Tierra, útiles agrícolas, dinero, fueron acordados de preferencia con otros privilegios, a aquellos de esos jóvenes que quisieran volver al campo, para convertirse allí en enérgicos reconstructores.

La comuna “La Guardia de Ilitch”, debe justamente su origen a treinta de estos hijos de la calle, que encontraron en el Estado soviético la protección más paternal y que extrajeron de la igualdad de su suerte el lazo de una solidaridad inalterable y una fuerza inexplicable para todas las audacias.

Llegué allí de improviso durante un cálido mediodía, mientras que bajo un árbol una parte de los comuneros consumía su almuerzo. Tenían la fisonomía abierta de los refractarios. Sus ojos ardían y sus voces resonaban de juventud, por encima del ramaje de los árboles, en el cielo resplandeciente. Quise constatar inmediatamente cómo se nutrían. De la cocina que estaba limpia y ordenada, me llegó el perfume de una comida frugal pero sana, que acepté compartir con ellos.

—Eramos al comienzo 32; ahora somos 150. Comenzamos con 4 vacas, 2 caballos y algunas barracas para dormir, ahora tenemos 250 vacas, 70 caballos y el corral bien provisto de cerdos y aves. Como usted ve, tenemos también un buen alojamiento. En un lapso de tiempo apenas superior a seis años, impulsamos nuestro trabajo hasta el medio de la estepa y hemos conquistado muchos terrenos para el cultivo del trigo, del forraje y de las legumbres. El Estado nos dio todo lo que necesitábamos para el funcionamiento de nuestra empresa, ahora negociamos con él la parte de nuestros productos de que no tenemos necesidad, para comprar máquinas y ganado. La Estación inmediata de máquinas y tractores, nos ayuda en el laboreo y durante la cosecha. Mañana inauguraremos nuestro nuevo molino eléctrico. Véalo, allá abajo, sobre la esplanada, esa construcción blanca...

Oía esta narración hecha un poco por todos, en frases breves, a sacudidas, una tras de la otra, como los latidos de un solo corazón. Pero más que la parte económica y agrícola, me complacía leer en el alma de estos jóvenes que descubrían aún en sus expresiones su naturaleza agresiva, transformada en voluntad indomable de trabajo. Les pregunté pues, cómo habían aprendido a regir tan provechosamente su empresa y de qué manera vivían en ella.

Y el relato “colectivo” corrió otra vez, como una cascada:

—Cuando en 1924, el comisario de Agricultura nos confió tierra para cultivarla, no solamente nos suministró los útiles de primera necesidad, sino que nos dio también dos dirigentes que debían civilizarnos e instruirnos. Algunos de nosotros frecuentamos en seguida las escuelas agrícolas. Cada año crecía nuestro número por la admisión en la comuna de nuestros camaradas que venían de las escuelas agrícolas donde habían sido recogidos. El resto lo hacemos acá, por la lectura, la discusión y el estudio. Vivimos en armonía, en un acuerdo amplio y fecundo. Mire los alojamientos de los nuestros que tienen familia. Los otros duermen en común, en cuadras. Para la comida, estamos tan habituados a hacerla todos juntos, que nadie querría comer solo. Nuestras mujeres trabajan con nosotros; y nuestros hijos son para toda la comuna las niñas de los ojos, de tal manera son objeto de sus atenciones y de su asistencia.

El barullo de las mujeres que volvían del trabajo para sentarse y comer también con los otros, interrumpió esa narración apasionada. Ruidosas y felices, resplandecientes de salud, participaban con una especie de orgullo en la vida de la comunidad. Fueron ellas, en efecto, quienes me hicieron conocer los proyectos de la comuna sobre construcciones nuevas, sobre la amplificación de la huerta, sobre la quesería que se iba a edificar cerca del molino, sobre la colmena que se transformaría en una fuente de considerables ganancias. Me veía en cierto modo asaltado por los desbordes de semejante energía, de semejante dicha de vivir.

Mientras que cuando llegué a la comuna, bajo un sol que arrojaba rayos de fuego, sus tierras me parecieron aún adormecidas, ahora en la “Guardia de Ilitch” todo se removía y fermentaba. Los “besprisornis” desarrapados y negros de suciedad, las manos inquietas y la llama de la venganza en los ojos de los “besprisornis” que yo había visto y compadecido en 1925 en las calles de Moscú, se me aparecían en la luz y en la fuerza de la redención que el Estado proletario había querido y sabido encontrar para ellos. ¡He aquí la significación que tomaba para mí esta comuna!

Estos jóvenes desheredados han desaparecido ya de los campos y de las ciudades de la Unión Soviética; pero crecen y pululan en las calles de Nueva York y de Chicago, y cualquier ciudad de la Europa burguesa los ve afluir sobre todo del campo, buscando pan, con la mano tendida para recibir la limosna. Una vez más es la sociedad capitalista la que engendra esos desventurados, y en tanto que ella los deja caer y perderse en la miseria y el vicio, el Estado proletario los recoge fraternalmente y los conduce hacia la vida, la prosperidad y el trabajo. Esta verdad es tan viviente, tan ardiente, que no hay

necesidad de palabras para colorearla.

UN EJEMPLO TÉCNICO

Otra comuna permanecerá grabada en mi memoria, en particular por su montaje mecánico de empresa agrícola y por el orden interior de su trabajo. También lleva un nombre no desprovisto de significación: “Komintern”. Ha adoptado la abreviación de la Internacional Comunista.

También se formó en los años que siguieron inmediatamente a la guerra civil. Muchos emigrados que habían abandonado las ciudades y los campos para escapar a las persecuciones zaristas volvieron a la nueva Rusia. Eran judíos, gente que había pertenecido a sectas religiosas, grupos de campesinos y de obreros que se habían esparcido a través del mundo. Se acogió allí también a las familias que habían huido de los países de la Europa Central a causa de la reacción desencadenada después de la guerra contra los movimientos revolucionarios de las masas campesinas. Entre esas familias un grupo de origen húngaro-alemán, que se había refugiado primeramente en América y marchado en seguida a la Unión y muchas decenas de otras familias bajadas de la Siberia hacia regiones más cultivables, habían fundado una comuna a mitad de camino, entre Kakowka y Ascania-Nova, en medio de un oasis de verdura en la inmensidad de la estepa.

En 1930, la comuna “Komintern” se presentaba como una población con sus edificios vastos y modernos, teniendo alrededor la campaña de muchos miles de hectáreas en pleno cultivo. Casas modestas pero coquetas habían sido erigidas para domicilio de las familias de los comuneros. En frente, nuevas edificaciones habían sido destinadas a los niños para sus dormitorios, para su escuela, para su refectorio y sala de juego. En el medio, una vasta sala que podía contener mil personas, servía de refectorio común, y muy cerca estaba instalada una cocina con todos los útiles necesarios. Otros grupos de construcciones se levantaban al otro lado de un vasto patio, embellecidas con pabellones. En uno se encontraban modernos establos para el ganado lechero y los más racionales establos para el ganado porcino, grandes hangares para los forrajes y todo cuanto era necesario a un montaje suficiente para una empresa agrícola con variedad de crías. Otro grupo estaba destinado a las máquinas y provisto de una instalación completa para las reparaciones.

La impresión inmediata que esta comuna me produjo fue la de ser una empresa sólidamente dotada para un cultivo de rotación intensiva. Se había anexado además, la confección de algunos productos, la quesería, una fábrica para el extracto de tomates y una construcción para la cría intensiva de aves. Esta impresión se confirmó más aún, visitando los establos, caminando a través de los campos labrados en más de 7.000 hectáreas y conversando con los obreros que trabajaban en las máquinas.

Esta empresa colectiva con sus 300 familias, había sabido verdaderamente construir una economía agrícola fuertemente organizada, con una estructura técnica y económica pronta a cualquier desenvolvimiento. El ganado lechero era casi totalmente de raza y lo mismo ocurría con el porcino. El laboreo y otros trabajos del campo casi enteramente efectuados por máquinas y tractores. Los granos seleccionados, el abono, artificial, adaptado al cultivo del forraje y la huerta. Los obreros de la fábrica por técnicos competentes, el personal para la cría de las más variadas aves, especializado. Era evidente que semejante empresa se habría propuesto para el porvenir un programa correspondiente al impulso por el que había obtenido, en tan pocos años, tan notables resultados.

Y en efecto, los datos, los propósitos, las perspectivas que se anunciaban, eran las que yo había previsto.

¿Cómo se había verificado esto? ¿Cómo habían conseguido esos primeros y, sin embargo, tan considerables resultados? He aquí las preguntas que surgían de mi visita a esa comuna.

Noté que proveyendo a la alimentación colectiva, a la asistencia y a la instrucción de los niños, la comuna libertaba a todos sus miembros trabajadores, hombres y mujeres, de los cuidados familiares y les permitía consagrar todas sus energías al trabajo y al progreso de la empresa. Pero advertí al mismo tiempo que la “Komintern” no practicaba absolutamente entre todos los trabajadores, la uniformidad y la igualdad de los pagos, como hubiera debido suponerlo si hubiera tomado al pie de la letra el reglamento-tipo del que ya he hablado. Muchos especialistas y el personal técnico que se habían congregado de acuerdo a las necesidades de la empresa en vías de la industrialización, aunque tomaban parte en las comidas comunes, recibían por su trabajo una recompensa en especie. En la organización del trabajo esta comuna había ya adoptado la repartición en brigadas y en grupos menores. La emulación se desplegaba allí con impulso y alegría, pero en proporción con el rendimiento, la dirección establecía una recompensa

en especies o en dinero.

¿Era ésta una violación de los principios igualitarios de la comuna? ¿Había tenido este sistema una influencia favorable sobre el notable montaje de la “Komintern” y en los excelentes resultados obtenidos en las diferentes ramas de la producción? El hecho de que muchas comunas no supieran cambiar su estructura primitiva y organizarse de manera de acelerar y perfeccionar ese progreso técnico y productivo en su empresa, ¿no era más bien la consecuencia de una interpretación errónea del espíritu que debía animarlas? La comuna permanecería como un símbolo ante los miles de arteles, mientras esta pudiera servirles de ejemplo, aún por su sabia organización interior del trabajo. Sin esto, la comuna no hubiera podido ser más que el recuerdo luminoso de un glorioso origen, pero no hubiera podido jamás transformarse en la vanguardia de un movimiento hacia el que los arteles pudieran orientarse.

Este problema salía apenas, hace cuatro años, del conjunto de acontecimientos que este período de la historia sometía a los observadores de la colectivización de los campos soviéticos. Pero no podía tardar en aparecer en toda su realidad e importancia. El mismo ritmo acelerado, verificado en la mejora de la vida y del funcionamiento de la empresa agrícola debía suscitarlo.

Es cierto que el artel es la forma básica de la colectivización y que permanecerá siéndolo largo tiempo, Iakolew lo afirmaba resueltamente en 1931, al decir: “La característica fundamental del artel, es que constituye la forma principal y decisiva del movimiento de colectivización en la mayor parte del campo y que esto no es algo pasajero o de breve duración. Es por el contrario, un movimiento de la colectivización destinado a durar bastante tiempo.” Pero, este eclipse de la comuna ante la ascensión admirable del artel, ¿significaba el arriado de una bandera, la desaparición de un símbolo?

EL XVII CONGRESO

El XVII Congreso del Partido Comunista marcará una de las páginas más interesantes y más decisivas de la historia de la colectivización agrícola, porque se vio colocado ante esta realidad que concierne a la doctrina y a su aplicación y la esclareció con tal luz, que se proyectará bien lejos, sobre todo el porvenir del nuevo orden soviético.

El sucesor de Lenin, que se presentó en 1930 ante el XVI Congreso con la conquista realizada del pasaje de millones de economías agrícolas individuales a la gran empresa colectiva, pudo concretar en febrero de 1934, los grandiosos resultados obtenidos, y trazar las líneas de una ascensión más importante y más segura. Me he referido muchas veces, en el curso de este estudio, a sus puntos principales. Pero en un momento dado, Stalin fija más lejos la mirada y, ante la marcha triunfal de la empresa agrícola, traza con mano maestra sus directivas ideológicas y prácticas.

La comuna, dice, la comuna primitiva “surgida sobre la base de una técnica poco desarrollada y de la insuficiencia de los productos” desaparece, pero esto no quiere decir que la comuna no “sea necesaria y no represente la forma más elevada del movimiento de los koljoses.” La comuna de ayer debía a su origen y a las condiciones todavía atrasadas de vida y de trabajo la aplicación del sistema de “socializar no solamente los medios de producción sino también las condiciones de vida de cada uno de sus miembros”. Semejante “nivelamiento”, que no tenía en cuenta los intereses personales de los asociados, para coordinarlos con los intereses sociales, ha constituido el lado débil de las comunas, por cuya causa muchas de entre ellas para continuar viviendo, “se vieron obligadas a renunciar a la socialización de las condiciones de vida y pasar de hecho, al sistema regulador del artel”.

¿Esto no representaba un retroceso desde el punto de vista ideológico? Teniendo en cuenta la capacidad y el rendimiento de cada asociado, sus necesidades y sus condiciones de vida, ¿no se lesionaba la ley de igualdad que es la base de la edificación socialista? Estas cuestiones no escapaban a los debates interiores de ciertos medios soviéticos, donde encontraban a menudo algunos indecisos; pero interesaban al mismo tiempo a los elementos más atentos del mundo burgués, cuidadosos de que no se les escapara este argumento eficaz de propaganda y de lucha antisoviética y antiolektivista: describir el porvenir de la empresa agrícola colectivizada, como la realización de un nivelamiento absoluto y totalitario de todas las energías y de todas las necesidades individuales.

Contra estas incertidumbres y estos cálculos netamente contrarrevolucionarios, Stalin emplea el sarcasmo que mata, consolidando al mismo tiempo la doctrina alta y clara de la igualdad que animará a la sociedad y a la civilización futuras. “El hecho de pensar, dice, en un nivelamiento de las necesidades y de la vida personales, es una tontería digna de una secta de ascetas”. La igualdad verdadera no tiene nada de común con esta concepción reaccionaria, es conseguida por la destrucción de las clases, es decir:

- a. Liberación igual de todos los trabajadores de la explotación después que los capitalistas son derrocados y expropiados.
- b. Abolición igual para todos de la propiedad privada, sobre los medios de producción, después que hayan sido puestos a disposición de toda la sociedad.
- c. Obligación igual para todos de trabajar según su capacidad, y derecho igual para todos los trabajadores de ser retribuidos según su trabajo (sociedad socialista).
- d. Obligación igual para todos los trabajadores de trabajar según su capacidad, y derecho de recibir según sus necesidades (sociedad comunista).

En la colectivización agrícola y en la forma que hoy domina, el artel, todo contribuye para que estas condiciones maduren y se realicen. Y es de la empresa colectiva que se industrializa, que se perfecciona, que aprovecha los recursos inagotables de la ciencia, que acrece de más en más el bienestar de sus miembros, que surgirán los nuevos “comuneros” y que surgirá la “comuna del mañana”. No más oasis verdes en la estepa árida como cuando la comuna estaba en su origen, sino una conquista triunfal de los campos soviéticos, llegados a su plena prosperidad.

Estas palabras de Stalin deben ser grabadas como sobre una piedra miliar en la historia de la colectivización: “La comuna agrícola futura nacerá cuando los campos y las granjas del artel desborden de cereales, de ganado, de aves, de legumbres y de productos de toda especie; cuando el artel abra lavaderos mecánicos, refectorios modernos, fábricas de pan, etc; cuando el koljosiano vea que es más ventajoso tomar la carne y la leche en la granja que criar por sí mismo su vaca y su corral; cuando la koljosiana vea que es más ventajoso tomar su comida en el refectorio, hacer lavar su ropa en el lavadero público que hacer por sí misma todo esto. La comuna de mañana nacerá sobre la base de una técnica y de un artel más desarrollados, sobre la base de una abundancia de la producción”.

LA FAMILIA

¡Mañana! Pero aunque este mañana muestra ya todos sus contornos, la crítica burguesa, siempre llena de maldad, coge la ocasión de lanzar su primera piedra. En efecto: la gran prensa capitalista, comenta la magnífica afirmación de Stalin de esta manera: “Está bien, la campaña se industrializa, de aquí a poco no quedará una sola pequeña empresa individual; la mecanización será introducida en el pequeño dominio estrictamente familiar, para apartar a la misma mujer de sus trabajos más naturales; todo, desde los lavaderos hasta los refectorios, habrá alcanzado su objeto, que es hacer más común la vida de todos los que trabajan en la empresa agrícola colectiva. Pero todo esto no dará más que la apariencia del bienestar y de la prosperidad, puesto que habrá comenzado a roer las raíces mismas de la vida y del progreso humano, habrá minado esa última célula vivificadora que es la familia.”

Es esta una crítica que se hace hoy un poco a la sordina. El problema de la baja de la natalidad, pesa sobre los países burgueses e inquieta a los Gobiernos, sobre todo porque se propaga a los campos, considerados hasta hace algunos años como las fuentes inextinguibles de la raza. Basta mirar cualquier aldea, para ver allí todas las familias romperse y agotarse bajo el peso atroz de la miseria y del terror. Los gobiernos fascistas recurren a los últimos expedientes para excitar el instinto de reproducción, acordando pequeñas limosnas a los campesinos que se arriesguen a procrear nuevos desocupados y otros miserables, pero en vano. Los resultados obtenidos en Italia, en Alemania, por todas partes, son de más en más negativos.

¿Cómo, pues, hablar de la familia, de su “salvación”, a la que amenazaría y atacaría el proceso victorioso de la colectivización en sus más altas manifestaciones? El régimen capitalista exalta la familia, un “tipo” de familia que ningún burgués trata de imitar y que le sirve solamente para la propaganda, pero este régimen se ve ahora constreñido a reconocer que es él mismo quien mata a la familia. Ante esta realidad ¡qué grande y luminosa es su antítesis!

El régimen soviético no tiene la familia por base, pero la respeta y la protege. No diré cómo la mujer es asistida antes y después del parto, porque es sabido que no hay país donde la maternidad esté rodeada de tantos cuidados y de tanta protección como en el país de los Soviets. No repetiré lo que es tan evidente con respecto a la emancipación de la mujer, de la más humilde mujer del campo, de su igualdad, de sus derechos, de su elevación a todas las jerarquías de la vida. No refutaré siquiera el error de los que dicen que toda esta liberación de los padres y, particularmente, de la madre de cuanto se llama cínicamente en el mundo burgués “la carga de la familia”, es un peligro y una alarma para la tranquilidad interior de la familia misma y para su desenvolvimiento. Todas estas consideraciones quedan contestadas

por los resultados innegables que el régimen soviético puede ofrecer a la meditación y a la admiración del mundo entero.

La nueva Rusia ha engendrado en pocos años muchos millones de hombres y precisamente en este período de la colectivización, aumenta cada año en una cifra igual a la de la población total de Dinamarca. Quiero recordar otra cifra que por pequeña que sea, traduce, sin embargo, una realidad llena de luz y de belleza. Fue cuando mi visita a la comuna “Komintern”, esas 300 familias de comuneros de ayer y de mañana, la habían poblado, ya en 1930, de 1.600 personas. Bandadas de niños y macizos de vegetación, frutos de la dicha y del vigor. Familias no de una fecundidad animal, pero florecientes. Se hace porque se prospera. Se prospera también por la certidumbre que se tiene en cada crepúsculo, de que el alba del día siguiente será serena. “Es en la miseria y en la pesadilla del mañana, que los cuerpos se tornan estériles y que los corazones se alejan”, escribía Víctor Hugo. Definía así la suerte de las familias de los obreros y de los campesinos en todos los países capitalistas. No es dudoso que, mientras más progresa la campaña soviética en sus conquistas, más se poblará y vibrará con una juventud creciente.

REVOLUCIÓN POLÍTICA

Además de todos los factores que actúan en esa convulsión épica en la que están enrolados millones y millones de hombres (de la cual lo que yo he tratado de reproducir en estas páginas, a menudo bajo forma episódica, no es más que un débil testimonio), quiero recordar aún otros tres, que influyen muy particularmente sobre el aspecto psicológico y educativo del campo colectivizado y lo llevan al más alto grado de madurez social y política.

El primero es la prensa:

El órgano del Vaticano escribía hace poco tiempo, que “la organización de la prensa soviética es sistemática y perfecta, y que su difusión va a tomar proporciones gigantescas.” Esta confesión provoca, naturalmente, una pregunta: “La prensa soviética, ¿no es, pues, una prensa controlada, dirigida y dominada por el poder central, privada de toda libertad, constreñida a corresponder solamente al servicio del Gobierno, exactamente como ocurre en el régimen más cercano y querido del Vaticano, y en los otros regímenes fascistas? Y si es así, ¿cómo se explica el hecho de que mientras en Italia, en Alemania, la prensa disminuye muy sensiblemente su difusión, la tirada de los diarios baja todos los días, los obreros y los campesinos rehúsan a leerlos aún ofrecidos gratuitamente, la náusea y el disgusto de la masa ante los diarios que llevan el sello oficial crecen, en la Unión Soviética se verifica justamente lo contrario?”

Allí puede servirse de las palabras mismas del Vaticano, la difusión de los diarios crece. Allí el trabajador “quiere” leer y aprender. Los grandes diarios, aunque aumentan su tirada todos los días, no dan abasto. La prensa cotidiana ha llevado su tirada de 17 millones y medio de ejemplares en 1929, a 36 millones y medio en 1933. Y nada más que para los koljoses, se imprimía, en 1933, más de 1.500 diarios.

En presencia de tales hechos no se pueden hacer disertaciones sobre la pretendida libertad de prensa. Hay la verdad que no se discute, porque es evidente para todos. Si la prensa falsea o disfraza la realidad, si la prensa, en lugar de interpretar la opinión popular tiende a ahogarla, si no refleja su voluntad, si sirve solamente a los que la dominan, esta prensa es rehusada por la masa y su difusión disminuye. Es odiada por las masas que la rehúsan como un veneno. Una prueba irrefutable nos está dada por la Italia y por la Alemania de hoy.

Pero si la prensa es, por el contrario, el eco de los sentimientos, de las necesidades, de las aspiraciones de la población trabajadora, si refleja su vida, la reconforta y la guía, si acoge las vibraciones más profundas de la conciencia popular y las reproduce con ritmo y armonía fieles, entonces la prensa es voluntariamente aceptada, deseada y pedida. El diario llega a ser un alimento cotidiano. Mientras más se elevan las masas, más este alimento llega a serles indispensable. Es lo que pasa en la Unión Soviética. Esto ilustra el hecho único en el mundo de una población trabajadora que jamás se sacia de diarios y de libros. Es una prueba indiscutible de la evolución intelectual que se cumple entre millones de seres en los campos soviéticos. Donde llega la más pequeña hoja de koljós, allí desaparece la sombra de la antigua mentalidad campesina y surge una conciencia nueva.

Otra cosa me parece digna de ser señalada. Es necesario ver cómo está hecho ese diario, cuáles son los temas que agita, si se quiere comprender bien lo que está en vías de madurar en la psicología del koljosiano.

Por ejemplo, en 1929-30, en el momento de la lucha contra los kulaks. La atención de los campos está completamente dirigida hacia la liquidación de esta clase de explotadores. Todos los diarios son

asediados por los corresponsales de cada aldea, que relatan, exigen, sugieren, como hace el soldado durante el combate. Esta fase es victoriosamente superada, los problemas de la colectivización se plantean y se multiplican. He aquí que los argumentos de la producción y de la industrialización ocupan la mayor parte de la prensa soviética: la cuestión de las siembras o de las cosechas, la necesidad de las máquinas o de un ganado más numeroso y más seleccionado, la discusión sobre los métodos de intensificación del trabajo, sobre la emulación, sobre la mejor manera de formar los dirigentes de los koljoses y los especialistas de todas las ramas. En suma, todo problema y toda particularidad, así sea mínima, siempre que tenga relación con la vida de los campos colectivizados, llenan las páginas de los grandes diarios, son objeto de innumerables publicaciones, pasan por los periodicuchos de las empresas colectivas como la sangre en las venas más pequeñas.

¿Cuál es la significación de todo esto? Que este gran movimiento, cuya importancia misma impide medirlo, ha creado un hombre nuevo en las poblaciones colectivizadas, sacándolo de las tinieblas de las costumbres que se creían invencibles. Aquellas están en vías de superar en sí mismas todo lo que podía interesarla cuando vivían en la pequeña granja familiar. Están ahora tomadas en el engranaje de esta transformación incalculable, no solamente por el lado material, sino sobre todo por la poderosa fuerza de renovación que ejerce sobre su espíritu.

Así la colectivización, explicándose cada día más como una revolución económica, actúa y procede como una revolución de la psicología de las masas rurales.

Un segundo factor es suministrado por el ritmo que la evolución de las poblaciones agrícolas determina en la vida y en el funcionamiento de los soviets de todas las aldeas.

Ya el Estado lo había previsto con una ejemplar disposición. En 1930, mientras que la colectivización triunfaba sobre los kulaks y entraba segura de sí misma en el marco de la economía industrializada, el Estado, por un decreto gubernamental, suprimió las antiguas circunscripciones administrativas o "Gubernia". Las instituciones administrativas debían corresponder, en su mismo territorio, a las situaciones económicas de las diferentes regiones. Sobre todo debían estar lo más cerca posible de las masas a fin de ayudarlas y favorecer la transformación que realizaban hacia la empresa agrícola colectiva. Las circunscripciones administrativas y políticas locales, se transformaron, pues, en radios.

Al año siguiente se procedió a las elecciones generales de los Soviets. El Soviet es el centro donde afluye y refluye la vida de la aldea. El Soviet, ha dirigido esta vida a través de todas sus fases, desde los momentos de la guerra civil, hasta los de la lucha contra el kulak. En los campos que se renovaban gracias a la colectivización, el Soviet tenía una importancia y una función especiales. De coordinar e impulsar ese movimiento de las masas agrícolas, tan radical y tan decisivo para su porvenir. Fue esta plataforma la que la población campesina adoptó en 1931 para las elecciones de Soviets. La propaganda que se hizo era la mejor prueba de la voluntad popular, de agrupar todas sus fuerzas por la victoria de la empresa colectiva agrícola.

Los Soviets tienen hoy una tarea aún más precisa. Deben ser el corazón del desenvolvimiento ulterior de la colectivización. Su obra debe intensificarse constantemente, para esparcir en las venas de la población de los koljós.

Este objetivo es perseguido más particularmente por otro organismo: el Partido. Lo recuerdo solamente ahora para la claridad de mi exposición: pero en efecto, es de una importancia y de un valor tales, que es necesario colocarlo por encima y fuera de toda clasificación.

Hablando de las disposiciones tomadas por el Gobierno soviético en mayo de 1932, con motivo del mercado libre de los koljoses, yo hacía notar que ya el aspecto de los campos era diferente del de los años precedentes, y que la liquidación del kulak como clase era una de sus causas. Pero decía también, con palabras de Molotov, que la lucha contra el kulak pasaba a una nueva fase política, porque se iba a impedir que el kulak entrara en el artel, sea como individuo, sea como mentalidad, para infectar su vida interior. Una encuesta, a fines de 1932, probó que había sabido penetrar en muchos koljoses y que por su acción fraudulenta y oculta, obraba sobre los koljosianos más débiles, insinuándose dondequiera y obstaculizando el cumplimiento de las obligaciones de los koljoses hacia el Estado.

¡No hay nada de extraordinario en esto! Basta pensar con qué astucia el peor enemigo de los campesinos, el fascismo, ha sabido y sabe todavía hoy deslizarse entre ellos. Basta recordar que el fascista se disfraza hasta de revolucionario para ocultar su objetivo de obstaculizar las masas agrícolas en su justa lucha y encadenarlas al carro del capitalismo. Se comprenderá con qué malignidad refinada, el enemigo del Estado soviético, vencido y dispersado como clase, debe haber tratado de penetrar aún entre

los pliegues más ocultos de las empresas agrícolas colectivas.

Pero el Estado proletario no vacila en entablar también esta lucha. El nivel mismo a que han llegado los campos le ofrece los medios adecuados. He aquí que constituye inmediatamente en el seno de las Estaciones de máquinas y tractores y de los sovjoses, las dos palancas mayores en el progreso de la colectivización, la sección política.

Por la constitución en su seno de la sección política, las estaciones de máquinas y tractores y los sovjoses, al mismo tiempo que se inmunizan a sí mismos contra las infiltraciones enemigas, podrán también influir sobre el koljós, aislar el elemento peligroso y nocivo, volver al koljosiano fuerte contra toda influencia contraria a los intereses del Estado y de la colectivización y liberar la empresa colectiva de todos los microbios que la envenenan. Junto a la máquina y al tractor, a las semillas seleccionadas y a las razas escogidas, las secciones políticas agregadas a esos órganos energéticos de la colectivización llevarán consigo el contraveneno de su obra política que será también un elemento nuevo y muy eficaz para la evolución social del artel y del koljosiano.

Esta penetración más directa del Partido en los órganos vitales de la transformación, de los campos soviéticos, ha sido considerada, en el XVII Congreso de Moscú, como una de las fuerzas decisivas de su progreso. No es sorprendente que sea así.

Quien sigue la historia de la colectivización agrícola, y tanto más quien es libre como yo de todo lazo político, constata que está dominada por el estudio y por la acción del Partido. Es en el Partido donde se elabora la doctrina, donde se vela por su aplicación, donde se forman sus elementos propulsores y se forjan sus energías de lucha, donde se componen los cuadros y se marcan las etapas de todas las conquistas. En el régimen de la dictadura del proletariado, decía Stalin en sus “Cuestiones del leninismo”, “la dirección del Partido es lo esencial”.

Esto no debería escandalizar ni aun al burgués, puesto que él oye repetir todos los días declaraciones semejantes a los jefes de los regímenes dictatoriales, que tratan de revestir con un uniforme de partido un conjunto de hombres con convicciones, intereses y aspiraciones absolutamente dispares y enemigas las unas de las otras, para ocultar detrás de sí la realidad de un gobierno de oligarquía capitalista que explota y oprime sin piedad a las masas trabajadoras. Por el contrario, en el Estado Soviético, es el proletariado el que a través del Partido, comienza y prosigue su misión histórica de redención de los campos, de liberación de todos los campesinos pobres, de sus enemigos, de transformación de sus condiciones de vida y de trabajo, para llevarlos poco a poco a la empresa industrializada y colectiva. Cuando ese momento llega es el proletariado quien por el Partido suministra las mejores fuerzas de instrucción técnica y administrativa y de educación política, cito una cifra del informe más reciente a este respecto: 23.000 militantes, para acelerar la madurez de todas estas condiciones, que permitirán edificar, en el camino de la humanidad, una sociedad sin clases. Estas no conciernen solamente a un crecimiento progresivo de la producción, la abundancia de todo lo que puede volver la vida más amable, el desenvolvimiento intenso y general de la cultura: porque la realización de esas condiciones determinará y apresurará la formación en el koljosiano de otra mentalidad y de una alta conciencia política. “La consigna de dar bienestar a todos los miembros de los koljoses —ha dicho y repite el gran jefe del Partido—, está en ligazón estrecha con la consigna de hacer bolcheviques todos los koljoses”.

Así el proletariado, por obra del Partido, se habrá asimilado la gran masa de los trabajadores de los campos, aún en su formación intelectual y política, y habrá alcanzado el objetivo de su dictadura: la edificación de una sociedad de trabajadores en la igualdad y en la prosperidad.

HEROISMO Y FE

Las fábricas soviéticas escriben su historia. Un llamado lanzado a este respecto por Máximo Gorki, fue acogido por ellas con el mayor entusiasmo. Es justo. Nadie podrá traducir mejor que los obreros soviéticos, en páginas luminosas de verdad, su propia epopeya.

Esta historia comprenderá ciertamente toda la parte de la colectivización en que el hombre de la fábrica y el de los campos, escribieron páginas admirables de luchas y de victorias, de conquistas y de sacrificios. Digo de sacrificios y de heroísmo, y agrego que habría en este estudio una deplorable laguna, si no mencionara este hecho indiscutible, es decir, que fueron los duros momentos de sacrificio los que hicieron alcanzar las cumbres más altas, los que unieron las fuerzas obreras a las de los campos e hicieron de esta ley de la alianza del proletariado con las masas agrícolas, el lazo más tenaz de la solidaridad y la

fraternidad.

No pienso solamente en los acontecimientos sangrientos de la guerra civil y en las duras batallas de la campaña contra el kulak, de la que ya he hablado. Quiero referirme más particularmente a las restricciones y a las privaciones en el ritmo de la vida económica a las que en el curso de estos últimos años la población soviética se vio sometida.

La prensa capitalista, de todos los países y de todos los matices, se apoderó de esta situación difícil de la vida cotidiana de las masas obreras y campesinas de la Unión Soviética, con una voluptuosidad sádica. La mostró a los proletarios y a los campesinos de su propio país, para demostrar que en el Estado de los Soviets, si el progreso de la fábrica es indiscutible, y si la campaña se industrializa cada día más, el bienestar de las masas trabajadoras no aumenta en una medida correspondiente.

Esto es cierto, como es cierto que la población de la Unión ha crecido en pocos años decenas de millones, y que el proletariado industrial aumenta cada día hasta pasar, para citar un ejemplo, en sólo el año de 1932, de 18 a 21 millones de obreros: lo que importa una elevación progresiva de sus necesidades y de la consumación general. Esto es cierto, como es cierto que el desenvolvimiento que se verificó en toda la campaña soviética, ha cambiado ya su sistema de vida, y que hasta en las aldeas más pequeñas las exigencias cotidianas han crecido. Ningún trabajador soviético podría adaptarse a la situación en que languidecen, sin trabajo y sin pan, millones y millones de trabajadores en los países de la “civilización” y del “progreso”.

Pero hay otra verdad que es preciso gritar a la cara de todos los enemigos declarados o disfrazados de la Unión Soviética. Hace algunos años y precisamente después que la colectivización tomó un impulso seguro y prometedor, y que la realización del primer Plan Quinquenal se diseñó con todo éxito, las masas obreras vieron disminuir su ración de pan. Se impusieron restricciones en todos los productos y se disciplinaron en sus hábitos como los soldados en la batalla. Nadie ignora la causa. El crecimiento de la potencia económica y política de la Unión inflamaba de coraje al capitalismo mundial: y la guerra que el imperialismo japonés había provocado y comenzado en el Extremo Oriente, amenazaba con extenderse a la Rusia de la Revolución.

Es preciso grabar en letras de oro el impulso y el heroísmo admirables con los que las poblaciones obreras y agrícolas de la Unión entera realizaron su misión histórica de proseguir, inquebrantables, en la edificación preestablecida de su industria y su nueva agricultura, garantizando simultáneamente las fronteras de la gran patria proletaria contra cualquier agresión de sus innumerables enemigos. La preparación de la guerra en los países capitalistas es la fortuna de todos los especuladores y traficantes, del gran propietario y del gran industrial. Pero la preparación de la defensa del Estado soviético, debía por el contrario exigir esfuerzos y sacrificios incalculables a esa población trabajadora. Hoy tenemos la prueba de que su conciencia y su voluntad fueron sacudidas de tal manera que pudieron alcanzar un resultado que sorprendió al mundo.

La amenaza de la guerra es cada vez más grande. En Extremo Oriente, donde las provocaciones del imperialismo japonés contra la Unión Soviética son cada vez más abiertas, en el Occidente, donde la instalación del fascismo en el centro de Europa envalentona a los numerosos partidarios de una guerra antisoviética. Hay en el aire olor de guerra, pero se trata de disipar la impresión de que esta se polarizará contra el país de la Revolución.

Existe un documento a este respecto que sale de la crónica y que debe ser subrayado en toda su importancia. Es el discurso pronunciado por el portavoz oficial del Vaticano, en el Congreso Internacional Católico que se desarrolló en Viena, en septiembre de 1933. Después de haber identificado al bolcheviquismo, con el régimen que reina en la nueva Rusia, declaró: “Se puede decir que el Papa no alimenta más vivo deseo que el de que ese bolcheviquismo sea rechazado y vencido porque es uno de los más feroces enemigos de la Iglesia Católica misma. El Santo Padre ha predicado muchas veces esta lucha... Se regocija cada vez que una pulgada de territorio de cualquier país es purificado de esa peste... Espera ardientemente el día en que esta liberación, en su progreso cotidiano, llegue hasta la desgraciada Rusia... Con este objetivo, cada Estado puede y debe servirse de todos los medios que tenga a su disposición...”

No me detendré sobre el aspecto religioso de estas afirmaciones, porque su significación política es demasiado evidente. He aquí la guerra que todo un mundo sueña y prepara. El Vaticano que ya en 1930, en el período más crítico para la colectivización predicaba una verdadera cruzada, no hace ahora más que tomar su lugar en el ejército de los imperialistas más deseosos de apresurar el ataque contra la Unión Soviética. Pero he aquí la respuesta que fue inmediata y que podía enorgullecerse de los resultados de la heroica resistencia y de la sabia preparación que las masas obreras y campesinas han sabido realizar

frente a la ofensiva del imperialismo mundial.

Fue precisada por el Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, cuando la solemne celebración del XVI aniversario de la Revolución de Octubre. Esta también contiene afirmaciones que sobrepasan la simple crónica para entrar en la Historia como factores decisivos. “El peligro de guerra y de agresión es actual y debemos fijar nuestra atención particularmente sobre las intenciones de los planes imperialistas que tienden a romper el estado de paz. La preparación de los imperialistas para la guerra se desenvuelve no solamente hacia el Oriente sino también hacia el Occidente... Pero estamos convencidos de que, en el momento preciso, el agresor comprenderá lo que significa enfrentarse con el invencible Ejército Rojo”.

¡Ay! El imperialismo mundial con su loca amenaza de guerra, ha podido, es cierto, impedir que todos los beneficios de la fábrica y de la grandiosa transformación cumplida en los campos de la Unión Soviética pudieran expandirse completamente en la vida material y económica de las masas laboriosas. Pero no ha podido impedir el hecho, porque quizás no lo había siquiera previsto, de que toda la población soviética multiplicará frente a ese peligro, las energías de su resistencia, de su impulso, de su voluntad.

El Ejército Rojo es una expresión magnífica de este esfuerzo de educación y de elevación técnica de la Unión entera. Es el ejército más poderoso del mundo, no solamente por su fuerza militar, sino también por el espíritu que lo vivifica, por el ideal al que presta juramento: “la defensa de la Unión Soviética y la lucha por la fraternidad de todos los trabajadores”. Junto a esta realidad se eleva el resultado incontestable de las obras realizadas en los dominios industriales y agrícolas. Al momento de las restricciones sucede ya el período que traerá el bienestar y que no podrá interrumpir ni la sombría amenaza de la guerra en su marcha de edificación socialista hacia conquistas inimaginables.

Estas verdades que ganan en adelante a los elementos intelectuales y políticos más en vista y más serios del mundo burgués, se esparcen como la luz penetra hasta el espíritu de los campesinos más cerrados y más ignorantes. Aunque quizás no las comprendan completamente, las sienten por intuición y conocen qué profundo es el abismo a donde el régimen capitalista los empuja por todas partes, inevitablemente. ¿No es el jefe del Gobierno fascista italiano, quien, después de doce años de su régimen, anuncia a las desgraciadas poblaciones la era del Hambre?

* * *

Escribo estas páginas en un observatorio pequeño pero alto, donde convergen todas las vibraciones, hasta las más débiles, de la vida desolada y estremecida de los campos de la Europa burguesa, y he podido convencerme directamente del profundo cambio que se ha realizado desde el Congreso Campesino Europeo de Berlín.

Sus Comités de lucha, sus manifestaciones cotidianas por pan y por trabajo, su resistencia encarnizada contra el terror, su combate sin tregua por la tierra y por la libertad, tienden hoy a objetivos más altos. No luchan solamente porque la miseria crece por todos lados sino que se entrevé más allá de la bruma, fría y triste, el horizonte que se aclara. La revolución fermenta, guiada por el brillo de la estrella que ha conducido al campesino soviético hacia todas sus conquistas hasta la colectivización.

Esta palabra, aunque no sea comprendida enteramente, no es ya desconocida. Cada respuesta a cada cuestión, a cada problema, a cada parte de la gran historia de los campos soviéticos, me pareció inspirada también por el deber de satisfacer la necesidad de conocerla que arde hoy en todos los campesinos europeos. Sus espíritus están hoy sedientos de verdad sobre el más grandioso movimiento campesino que se expande en la gran empresa colectivizada. “Y aquéllos que están sedientos de verdad —dice una máxima evangélica—, dirigen sus espíritus hacia los milagros de la fe”.

Toda verdadera revolución, engendradora de relaciones nuevas entre el hombre y el mundo que lo rodea, demarcadora en consecuencia de épocas en la historia de la humanidad, es siempre, ante todo y sobre todo, un acto de fe.

La historia entera de la colectivización es también un acto de fe que se despoja de toda mística religiosa y se concreta en la afirmación de verdades orientadoras del porvenir social.

A todos los espíritus que buscan en este crepúsculo de la civilización capitalista un rayo de luz, y sobre todo al campesino oprimido del mundo, ella dice:

“Cree en el proletariado y en su fuerza dirigente, para la construcción del nuevo orden económico y social. ¡Cree en el derecho del campesino a la tierra, para que goce de ella por su trabajo! Cree en la

eficacia de una unión cada vez más íntima entre los obreros de las fábricas y las poblaciones agrícolas, elemento educativo de las masas rurales, arma de lucha para liberarlas de todos los explotadores! ¡Cree en la evolución necesaria de la pequeña empresa individual hacia las formas superiores de la colectivización a fin de llegar a una mejora económica y cultural! ¡Cree en la inteligencia y en la capacidad del trabajador para alcanzar todos los grados de la ciencia! ¡Cree que toda conquista industrial y agrícola puede beneficiar a toda la vida de la colectividad trabajadora! ¡Cree que desde el sombrío abismo de la miseria, donde muere el campesino en el mundo burgués, puede y debe llegar al pleno sol!”

El astrólogo que grita al campesino: “¡Cuidado con el sol, porque el sol es una masa de fuego!”, no ha desaparecido. Pero en el alba de cada día el campesino ha de abrir ojos brillantes de esperanza. En el esplendor del mediodía, se inflamarán las energías más profundas de su espíritu y de su voluntad.

FIN DE LA COLECTIVIZACIÓN DE LOS CAMPOS SOVIÉTICOS